

PAUL DOHERTY

# ASESINATO IMPERIAL

*Claudia intentará descubrir al asesino,  
pero también al hombre que cambió su vida*

Lectulandia

Roma está gobernada por el Emperador Constantino y su madre Helena.

El Emperador intentará sacar provecho de la cada vez más influyente Iglesia Cristiana. Pero su poder se tambalea cuando tres prostitutas de La casa de Afrodita, prostíbulo que él frecuenta, aparecen asesinadas. Los tres cadáveres presentan cruces grabadas en la frente y en cada mejilla.

Con el propósito de proteger el futuro de su hijo, Helena contrata los servicios de una espía, Claudia. Claudia es la sobrina del dueño de una taberna y comienza a trabajar como sirvienta en la casa del Emperador. Claudia intentará descubrir quién es el asesino, y al mismo tiempo encontrar al hombre que le cambió la vida a ella y a su hermano.

**Lectulandia**

Paul Doherty

# **Asesinato imperial**

ePub r1.0  
pepitogrillo 07.01.16

Título original: *Murder Imperial*  
Paul Doherty, 2003  
Traducción: Juan Miguel Lobo Pérez

Editor digital: pepitogrillo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedicado a la memoria de Michael Akos,  
miembro de las Fuerzas Aéreas de los  
Estados Unidos de América,  
muerto en agosto de 2002*

# Personajes principales

## EMPERADORES

DIOCLECIANO:	Anterior emperador, ahora retirado.
MAJENCIO:	Anterior emperador de Occidente, derrotado y muerto por Constantino en el Puente Milviano.
CONSTANTINO:	Nuevo emperador de Occidente.
ELENA:	Madre de Constantino, emperatriz y Augusta.
LICINIO:	Emperador de Oriente.

## OFICIALES DEL IMPERIO

ANASTASIO:	Sacerdote cristiano y escribano al servicio de Elena.
BESSUS:	Chambelán imperial.
BURRUS:	Guardia personal de Elena.
CRISO:	Cabecilla de los agentes de Constantino.
SEVERIO:	Primer ministro de Majencio.
RUFINO:	Banquero mercante, amigo personal de Constantino.

## LA IGLESIA CRISTIANA

MILICIADES:	Papa, obispo de Roma.
SILVESTRE:	Asistente de Miliciades, principal sacerdote de la comunidad cristiana en Roma.

## **LAS CORTESANAS**

---

DOMATILLA

SABINA

## **LOS ACTORES**

---

ZOSINAS

PARIS

IOLO

## **EN LA TABERNA «LA BURRA»**

---

POLIBIO: el propietario.

POPEA: su concubina.

OCÉANO

GRANIO

JANUARIA

FAUSTINA

CLAUDIA: sobrina de Polibio.

MURANO: gladiador.

## Introducción

Según narran los Evangelios, durante el juicio de Cristo, Pilatos quiso liberar a un prisionero. Cambió de opinión bajo la amenaza de que podría perder el favor del César. Según algunas opiniones, Pilatos reconoció la amenaza. Cada gobernador romano se sometía al estrecho escrutinio de los agentes secretos del emperador, los *Agentes in Rebus*; literalmente, «los que hacían las cosas». El imperio romano contaba con una fuerza policial, de carácter tanto militar como civil, aunque con marcadas diferencias entre las distintas regiones. En cualquier caso, sería inexacto afirmar que el imperio recurriese a una figura parecida a un detective, o al actual Departamento de Investigación Criminal. En lugar de eso, el emperador y sus principales políticos pagaban grandes sumas a una legión de informadores y espías. Frecuentemente, estos eran difíciles de controlar, como en cierta ocasión comentó irónicamente Walsingham, el espía principal de Isabel I: «No estaba completamente seguro de para quién trabajaban sus hombres, para él o para la oposición».

Los *Agentes in Rebus* eran una especie aparte entre esta horda de recolectores de chismes, contadores de historias y, en ocasiones, informadores extremadamente peligrosos. El emperador los utilizaba, y su testimonio podía dar al traste con una prometedor carrera. Esto se aplicaba fielmente al sangriento periodo bizantino, al comienzo del siglo cuarto de Nuestro Señor.

El emperador Diocleciano había dividido el imperio en dos mitades, la oriental y la occidental. Cada división contaba con su propio emperador, y, un gobernador, que recibía el título de César. El imperio se resentía por las dificultades económicas y las constantes incursiones de las tribus bárbaras. Su religión oficial se veía amenazada por la floreciente religión cristiana, que hacía sentir su presencia en todas las provincias y en todos los estratos sociales.

En el año 312 A. D, un joven general, Constantino, con el apoyo de su madre, Elena, mujer nacida en Britania, que coqueteaba ya con la iglesia cristiana, centró sus miras en el imperio de occidente. Desfiló hacia el sur de Italia para enfrentarse con su rival en el Puente Milviano. Según el relato de Eusebio, biógrafo de Constantino, el aspirante a emperador tuvo una visión de la cruz bajo las palabras *In hoc signo Vinces* («Con esta señal, conquistarás»). Como continúa la historia, Constantino instó a sus tropas a que adoptaran el símbolo cristiano, y consiguieron una aplastante victoria. Derrotó y dio muerte a Majencio y desfiló triunfalmente hasta Roma. Constantino era ahora el nuevo emperador de Occidente, y su único rival era Licinio, que gobernaba el imperio oriental. Fuertemente influenciado por su madre, Constantino tomó las riendas del gobierno y comenzó a negociar con la iglesia católica, dando así fin a siglos de persecución. Sin embargo, las intrigas y asesinatos seguían estando a la orden del día. Había multitud de asuntos pendientes en Roma, y los *Agentes in Rebus* tenían las arcas repletas...

## Prólogo

«De un solo crimen asimilamos la naturaleza  
de todos los demás».

Virgilio, *Eneida*, 11.65

### Roma: Otoño, AD 311

El Tíber se retorció como una serpiente a lo largo de su curso, revolviéndose para sortear los templos, los apretados suburbios, los atestados muelles y los jardines de los patricios. Aunque la noche ya se dejaba sentir, el Tíber seguía creciendo y menguando como siempre lo había hecho, pacíficamente al fin, despojado de los cadáveres que habían poblado sus aguas durante días, tras el sofocamiento de la última conspiración. El Tíber estaba acostumbrado a tales horrores: el derramamiento de sangre, la consecuencia habitual de una proscripción masiva, terribles asesinatos y muerte. A lo largo de sus orillas, multitud de cristianos habían sido amarrados a cruces, cubiertos de aceite, y usados como antorchas humanas, para señalar el camino de los navegantes. Todo aquello pertenecía ahora al pasado. La estatua de Nerón sobre la Colina Palatina había desaparecido. Su suntuosa residencia dorada, su palacio de magníficos techos abovedados, que representaban las constelaciones del firmamento. Todo se había evaporado. Una sucesión de tiranos siguió a Nerón, para acabar ahogados en el río de sangre que ellos mismos habían causado.

Las voces proclamaban ahora el resurgimiento de una nueva Roma. Los cristianos ya no merodeaban por las catacumbas, reverenciando los huesos de aquellos que habían perecido en el anfiteatro del Coliseo. Roma entera se regocijaba. Constantino se preparaba para marchar hacia el sur y el usurpador Majencio preparaba su ejército para hacerle frente. ¿Y qué importaba? El río Tíber seguía fluyendo. Miles de personas hacían uso de él como una fuente de vida: pescadores, comerciantes, mercaderes y viajeros. En el reflujó de la marea, cuando quedaba al descubierto una densa capa de lúgamo y cieno, los pobres de Roma, o los curiosos, patrullaban sus orillas en busca de tesoros ocultos. La muchacha joven y su torpe hermano eran parte de ellos. Venían de una casa respetable o, al menos, así<sup>89+</sup> había sido en el pasado. Ahora vivían con su tío Polibio, sedicente empresario, gerente y propietario de la taberna Las Burras. La joven, Claudia, se arrojó con la capa que su «querido tío» había birlado a un antiguo huésped procedente de Ostia, y continuó caminando con paso inseguro, hundiendo sus sandalias en el lodo.

—¡Vamos, Félix! —dijo, y después le sonrió.

Félix caminaba sin rumbo fijo, dejando oscilar libremente sus manos a ambos lados. No buscaba tesoros, sino conchas, las reliquias de una vida pasada en el río. La joven retrocedió hasta él y lo zarandeó con suavidad. El chico elevó la cabeza para mostrar unos labios flácidos y unos ojos vacíos. Reconoció la cara de su hermana entre la pálida luz y consiguió descifrar las señales que esta le hacía con sus dedos.

«Debes continuar», decía el mensaje, «debes mantenerte cerca de mí. Te he traído aquí porque tú querías venir».

La joven se detuvo a escuchar los sonidos de la ciudad. Mañana debía entretener a los huéspedes de su tío con un recitado público de las fábulas de Esopo. Claudia se giró, Félix la seguía a la distancia, trotando como un cachorro. Estaban tan embebidos en su tarea que se sobresaltaron ante el hombre que salió de entre las sombras de un muelle desierto. Claudia no conseguía reconocer su cara, aunque llevaba una lujosa toga y vistosas sandalias. El cáliz que llevaba tatuado en la muñeca izquierda captó su atención.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó—. ¿Qué tenemos aquí?

La agarró por los hombros y Claudia se resistió. Estaba acostumbrada a tales atenciones por parte de los borrachos, pero el miedo la atenazaba ahora. El hombre era más fuerte de lo que había pensado. Félix llegó hasta ellos correteando y agarró la mano del hombre. El extraño lo lanzó al suelo de un manotazo. Claudia lanzó un grito, que no obtuvo respuesta. Esta zona del Tíber estaba próxima a la Cloaca Máxima, donde los colectores de la ciudad descargaban el hediondo contenido de letrinas y pozos sépticos. Félix se acercó de nuevo, con la boca abierta, como si tratase de gritar. Claudia trató de prevenirle. Su asaltante se movió como una víbora. La navaja que llevaba en la mano brilló a la luz de la luna y, de un rápido corte, seccionó el cuello del joven. Félix se desplomó como una piedra. Claudia se arrodilló junto a él, gritando desconsoladamente, las lágrimas resbalaban por su rostro. Escuchó un chapoteo en el barro. La muerte de Félix no iba a ser ningún obstáculo: su asaltante estaba sobre ella, la navaja se movía con rapidez.

### **Roma: Otoño, AD 311**

Era bastante bella. Sobre la melena rubia lucía una diadema. Llevaba perlas por pendientes, un collar de piedras preciosas rodeaba su delgado cuello, suspendido entre unos pechos turgentes. El aro que rodeaba su tobillo era de plata, la túnica estaba astutamente teñida de un tono púrpura. Su cadáver yacía bajo los chopos negros de los Jardines de Salustio. Sus bonitos ojos permanecían cerrados, la boca voluptuosa manchada de sangre. Las marcas que se apreciaban sobre el cuello estaban aún frescas. Unos crueles verdugones rojos evidenciaban cómo se le había arrebatado la vida. El asaltante se arrodilló y comprobó el pulso en el cuello de la

joven y luego, bajo la seda, buscó el latido del corazón. Todo estaba en calma. La carne comenzaba a enfriarse. Giró la cabeza de la cortesana y apartó suavemente de su cara los mechones rubios. El atacante, de oscuro atuendo, esgrimió la navaja con crueldad y grabó la cruz sangrienta; primero, en la frente, y después, en ambas mejillas.

# Capítulo 1

«Una serpiente acecha en la hierba».

Virgilio, *Églogas*, III. 64

**Roma: Primavera, AD 313**

**E**n el matadero de la Domus Julia, en la colina Palatina, la espía Claudia permanecía sentada en un incómodo taburete y miraba impasible al hombre de la túnica blanca con rayas rojas, que la escrutaba atentamente desde otra banqueta. Claudia reprimió todas sus emociones; el miedo o la pena no conseguirían nada en esta situación. El matadero era un lugar frío, donde reinaba una gélida quietud. Bajó la mirada, para evitar los ojos del hombre. El suelo estaba aún cubierto de serrín empapado en sangre. Se preguntaba si procedería de las reses que colgaban de los garfios de hierro, o del cuerpo de la joven a la que habían cortado el cuello y a la que, posteriormente, habían colgado de uno de aquellos ganchos.

Claudia se frotó los brazos. Afuera escuchaba los murmullos de palacio, los gritos distantes de los guardias entre la brisa de media noche. Había considerado la posibilidad de salir huyendo, ¿pero hacia dónde? Era solo cuestión de tiempo que los sabuesos del César le dieran caza. Se sentía a la vez intrigada y asustada. Había estado muy atareada en la cocina, fregando las planchas de despiece, cuando Anastasio, el secretario de la Augusta, vino a buscarla. Llegó con una sonrisa en el rostro, pero la cogió por el codo. Una vez fuera, le hizo unas señas con los dedos, instándole a que le siguiera. La trajo hasta aquí y le pidió que se sentase. Anastasio encendió unos candiles de petróleo y los fue colocando cuidadosamente sobre el suelo, alrededor de ella, como si fuese algún tipo de estatua o lar, una divinidad doméstica a la que, más que temer, se debía honrar y venerar.

Claudia observó el cadáver que colgaba del garfio. Se había sobresaltado al verlo por primera vez, pero consiguió mantener la cabeza fría. Reconoció enseguida a Fortunata; un nombre que, dadas las circunstancias, parecía cuando menos inapropiado. Fortunata era una mesonera, bastante diestra en el llenado de vasos y copas de vino en este u otro banquete. Siempre vestía con una túnica de talle bajo, para regalar a los bebedores una buena panorámica de sus hinchados pechos. Para poco iban a servirle ahora. Su cuerpo se había reducido a un trozo de carne, del que pendían sus pechos como sacos vacíos. Sus atractivas piernas pendían en caprichosa postura, y en su rostro, que mostraba un mortecino tono azulado, destacaban sus ojos saltones y la boca impregnada de sangre...

Claudia apartó la mirada: Anastasio seguía sonriendo pero, por supuesto, los mudos siempre sonreían. Su tez delgada y aceitunada, escondida bajo una maraña de pelo aceitado, parecía no conocer otra expresión distinta; siempre sonreía, con los labios y los ojos, como si Anastasio creyese que así desarmaría al resto del mundo. Generalmente, lo conseguía.

—¿Me he metido en problemas? —preguntó Claudia—. ¿He hecho algo malo?

Tradujo sus señales a signos. La cara de Anastasio no mostraba reacción alguna.

—Pensaba que Fortunata nos había dejado. Decían las habladoras que la habían transferido al servicio imperial. A las cocinas del Divino Augusto —un acceso de tos la interrumpió—. ¿Por qué estoy aquí? —continuó.

Adelantó uno de sus pies calzados de sandalias, como para iniciar su marcha. Anastasio le hizo señales con las manos.

—Los guardias de afuera —dijo— tienen órdenes de matar a todo aquel que se marche antes de que llegue la Divina Augusta.

Claudia apartó el pie enseguida.

—¡La emperatriz! —exclamó.

Anastasio asintió con la cabeza.

—¿Y qué quiere ella de mí?

Claudia conocía las leyes, incluso para este lugar lúgubre y sangriento. No debía decirse una sola palabra, ni tan siquiera una indicación, sin el permiso de la Divina Augusta.

—He... He sido leal —tartamudeó Claudia.

Anastasio hizo un rápido movimiento con sus manos.

—¡Cállate, desgraciada! ¡No tienes nada de qué preocuparte!

Claudia sonrió aliviada y se acomodó en su asiento. Se giró hacia su izquierda. La pieza de ternera que colgaba del gancho parecía haber sido sacrificada hacía ya bastante tiempo; las vetas de grasa tenían color blanquecino, adquiriendo un tono amarillento en los bordes, y la carne nervuda tenía un aspecto compacto y glaseado. Por supuesto, en el palacio real no faltaba de nada. Constantino había hecho su entrada en Roma y todos se habían apresurado a rendirle lealtad. Obsequiaron y agasajaron al general victorioso, que había entrado desfilando en Roma con cruces amarradas a las insignias de sus legiones. Se había extendido largamente por la ciudad la historia de que Constantino, antes de su gran victoria en el Puente Milviano, había tenido una visión del signo cristiano, junto a las palabras *In hoc signo Vinces*, «Con esta señal, conquistarás». La multitud se cuestiona la veracidad de esta historia. ¿Experimentaba visiones el divino Constantino? ¿O era el efecto de tomar demasiado vino, o de uno de sus ataques epilépticos? ¿O, incluso, la influencia de su divina madre, la emperatriz Elena? Quizá fuese la hija de una tabernera, pero ahora era la madre de un emperador de Occidente con una simpatía secreta hacia la fe cristiana. ¿Simpatía o política? Se preguntaba Claudia. La fe proscrita se había convertido en una fuerza poderosa en la ciudad: senadores, banqueros, generales, mercaderes, sin

olvidar a la gran masa de ciudadanos ordinarios y esclavos, todos favorecían abiertamente el culto que procedía de las catacumbas. Los templos de Júpiter y Venus podían proclamar su gloria, pero el nuevo orden era el de Cristo y sus seguidores. Convertirse estaba de moda y un general victorioso y, desde luego, su madre, jamás debían pasar por alto las nuevas tendencias.

Claudia escuchó el crujido de la puerta al abrirse, el murmullo de voces y el golpe al volverse a cerrar, junto con el sonido del pestillo al extenderse y el eco de sandalias arrastrándose contra el enlosado. Anastasio se llevó a los labios las yemas de los dedos, como si hubiese olvidado algo; se levantó de su taburete y se perdió en la penumbra, volviendo al poco tiempo con una silla portátil, una simple y rudimentaria silla plegada en cruz y con asiento y respaldo de lona. La mujer que le acompañó hasta el claro de luz se sentó, se reclinó y cruzó las piernas. Llevaba el pelo recogido cuidadosamente en pequeñas ondulaciones, con unos tirabuzones que resbalaban por sus mejillas. Estos se encontraban casi completamente ocultos tras el pañuelo de seda pura que caía sobre sus hombros, cubriendo la parte superior de la túnica blanca de mangas bordadas en tonos púrpura. No llevaba joyas, a excepción de un anillo en el dedo índice de la mano izquierda. Las sandalias eran muy lujosas, de cuero español, con las puntas y las correas doradas. Tenía el rostro alargado, con mejillas huesudas, unas cejas escrupulosamente depiladas y una nariz pequeña que asomaba sobre unos labios que, según observó Claudia, o bien se ceñían en una delgada y pálida línea, o se abrían carnosos y sensuales. Sus ojos eran oscuros: en cualquier otra mujer, pensó Claudia, parecería que había abusado del vino de Falerno. Centelleaban como si aquella mujer estuviese saboreando alguna broma secreta. Con quien fuera que estuviese hablando pensaría que la risa estaba a punto de brotar de sus labios. Claudia sabía que no era así. Conocía bien a la Divina Augusta. Elena era una mujer que podía representar su papel con gran encanto. Podía mostrar gran interés hacia la persona con la que estuviese hablando, pero era solo una máscara. Su corazón era duro, y su voluntad, inexorable.

La Divina Augusta examinó a Claudia de pies a cabeza.

—Bien, mi pequeña ratoncita. ¡Qué placer tan inesperado! —De repente, Elena se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre sus muslos—. ¿No es excitante? ¿Dramático? ¿Por qué crees que he venido a verte?

Claudia señaló el cadáver ensangrentado de Fortunata.

—Vamos, ratoncita, puedes hacerlo mucho mejor.

—Su excelencia, ¿por qué este lugar es silencioso?

—Así es —la emperatriz Elena asintió con la cabeza y sonrió, como si elogiase a su chiquilla favorita—. La primera regla de la política, ratoncita: nunca conspires en palacios. Los muros tienen oídos, los suelos, ojos. No puedes ni alterar la corriente de aire sin que alguien se entere. Algunos piensan que las letrinas son un lugar seguro. Más hombres han sido ejecutados por lo que han dicho en letrinas, que por lo que han susurrado en salas consistoriales o alcobas. Por cierto, ¿por qué no te has levantado y

postrado ante tu emperatriz?

Claudia señaló a Anastasio, que permanecía sentado, mirándola con una serena sonrisa en los labios.

—Bien, ratoncita —arrulló Elena, dando unas palmadas con las manos—, haz lo que te diga Anastasio —la sonrisa se borró de su rostro—. Exactamente lo que te diga y los grandes gatos no te atraparán, tal como hicieron con la pobre Fortunata.

La emperatriz Elena, la Divina Augusta, se reclinó en la silla. Le encantaba la teatralidad. Era una maestra de las entradas espectaculares, pero solo como distracción. Ahora, sin embargo, estudiaba minuciosamente a la joven que tenía enfrente, agitando sus largas pestañas. Pequeña, pensó, con una piel suave y pálida. Con esa destartalada túnica de mangas cortas que le colgaba a la altura de las rodillas. Sus sandalias eran de calidad, robustas, con los lazos bien atados. No llevaba ornamentos de ningún tipo. A Elena eso le complacía: cuantos menos artificios que atrajesen la atención, mejor. En realidad, a esta jovencita le resultaría muy difícil atraer la mirada de cualquier hombre. Llevaba el pelo corto, como el de una golfilla de los suburbios, apelmazado y sin lavar, aunque eso probablemente respondía a las instrucciones de Anastasio. Tenía un rostro vulgar y mofletudo, con nariz y boca poco atractivas, y unos enormes ojos que centelleaban bajo unas cejas pobladas y desarregladas. Una ratoncita perfecta, pensó Elena. Alguien que podría escurrirse por pasillos y corredores, y escuchar los cuchicheos de los sirvientes y los huéspedes de palacio. Sin embargo, Anastasio había prevenido a Elena de que la mente de Claudia era tan despierta como su ingenio. Hablaba poco y escuchaba mucho. Si el sacerdote se hubiese salido con la suya, la habría enviado a ella, y no a Fortunata, al palacio de su hijo. Los dedos de Elena se cerraron fuertemente sobre el puño. Trató deliberadamente de mostrar irritación, pero Claudia no se inmutó. Se mantuvo sentada, con las manos sobre las rodillas, con la mirada fija en el suelo. Si moviese la nariz, pensó Elena, sería una auténtica ratoncita.

—¿De dónde vienes, Claudia?

—De Roma, excelencia.

Elena echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba una sonora carcajada.

—Todas las cosas vienen de Roma, Claudia. Eres la hija de un centurión, ¿no es cierto? Que se retiró y cobró su pensión, pero no vivió lo suficiente para disfrutar de ella, ¿verdad? Su esposa tuvo tres hijos; uno murió en el parto, o eso me dijo Anastasio. Tan solo quedasteis tu hermano y tú. ¿Cuál era su nombre?

—Félix, excelencia.

—Ah sí, Félix; ¿no es cierto que le asaltaron? Le mataron y abusaron de ti. ¿Guardas algún rencor, Claudia?

—Venganza, excelencia; no hay rencor, solo sed de venganza.

—¿Y tu atacante llevaba un cáliz tatuado en la muñeca izquierda? Pero voy demasiado deprisa. Formabais parte de una compañía de actores itinerantes. Tras la muerte de tu padre, tu tío se convirtió en tu guardián. Anastasio dice que eres una

buena actriz, una excelente imitadora: con tus pechitos pequeños y tu voz profunda, incluso puedes representar el papel de un hombre, ya sea en las obras de Terencio o en las farsas de Esquilo. Pero tu director era un borracho, ¿no es así? Demasiado vino y muy pocas representaciones. Los banqueros os cerraron sus puertas: el vestuario y el atrezzo son muy costosos, así que debíais vender vuestros servicios —la mano de Elena se movió de prisa para alcanzar la muñeca de Anastasio—. No debería ser sacerdote, Claudia. No puede hablar ni oír; una deformidad visible, como dice la iglesia cristiana, debería ser un impedimento para el sacerdocio. Además, Anastasio disfruta con el teatro, una actividad prohibida específicamente a los sacerdotes de Cristo. Pero, como ves —dijo con un suspiro—, existe un gran abismo entre Cristo y sus seguidores, ¿no es cierto? En cualquier caso, así es como te encontró Anastasio.

—Me sentí honrada de entrar a tu servicio, Divina Augusta.

—¿Qué servicio? —respondió Elena con brusquedad.

La sonrisa de Anastasio desapareció: Claudia acababa de cometer un error.

—Lo... Lo siento, excelencia —balbuceó—. Aún soy nueva en este papel. Quiero decir...

—No, no —Elena sonrió y extendió los brazos—. Mi pequeña e inteligente ratoncita. Te has aprendido bien tu papel. Es un papel, se trata de actuar. Llevas una máscara sobre el rostro. Yo llevo una máscara. Anastasio lleva una máscara. Los bravucones, los generales, los orondos senadores, los banqueros de ágiles dedos, todos llevan una máscara. Cuando beben, cuando yacen codo con codo, desmadejados sobre sus divanes, y el vino comienza a fluir, la máscara se desprende y comienzan a hablar. *In vino ventas*: el vino conforta el corazón y suelta la lengua, Claudia, y así es como mis ratoncitas obtienen sus pequeños manjares —Elena jugaba con las borlas de su chal mientras hablaba—. ¿Sabes por qué te llamo ratoncita, Claudia? Ya sé que no es muy halagador, pero la gente nunca nota que estás ahí. No eres como la mosca, que revolotea sobre la comida; o la abeja, cuyo zumbido retumba con claridad en tus oídos. No, tú te deslizas con suavidad y desapareces, correteas de aquí para allá. ¿Recuerdas hace dos semanas? ¿La rolliza Valeria, la mujer del mercader de cereales? Trajiste una bandeja de copas de las cocinas. Te hice avisar deliberadamente. Hice que permanecieras junto a la puerta durante un rato. Dejé caer una de mis horquillas del pelo e hice que la recogieras.

Claudia asintió con la cabeza.

—Y cuando te fuiste, ¿sabes lo que le pregunté a la rolliza Valeria? —Elena cubrió con los dedos la risilla que asomaba a través de sus labios—. Le dije: «¿Puedes describirme a la sirvienta que acaba de estar aquí?». ¿Sabes?, ni siquiera se había percatado de que habías estado allí.

Claudia giró la cabeza a un lado; no mostró el más mínimo signo de vergüenza.

—Me pregunto qué estará pasando por esa cabecita tuya —añadió Elena con cierta malicia—. Vamos, ¡deja de mirar a la pobre Fortunata! —dijo bruscamente—. Está muerta. Roma está repleta de cadáveres. Nadie la echará de menos. Era una

necia. Fracasó. ¿Me fallarás tú, Claudia?

—Soy la más humilde servidora de su excelencia.

Elena observó aquellos ojos y sintió un escalofrío de aprensión. Estaba acostumbrada a los espías. Ella misma lo había sido. Pero esta jovencita...

—Anastasio te tiene en gran consideración —susurró Elena—. De todos mis ratones, dice que eres la mejor. Y no lo digas —añadió con voz entrecortada—. Yo lo diré por ti.

Anastasio levantó las manos y gesticuló con los dedos.

—¿Qué te está diciendo? —gruñó Elena—. Algunos de sus símbolos los conozco, otros no.

—Me dice que tenga cuidado —respondió Claudia.

—Ah, sí, él también debería tenerlo —la emperadora abrió la palma de su mano derecha y olisqueó la pequeña bolsita de perfume que llevaba—. Es extraño, ¿verdad? —se preguntó—. La sangre tiene un penetrante olor metálico. Este lugar me recuerda al anfiteatro. El anfiteatro representa la vida, ¿no es cierto, Claudia? Ganadores y perdedores. Espectadores a los que nada de aquello importa, los ricos, los poderosos, los pobres y los lisiados. Cada uno asiste para observar algo distinto. Supongo que los miserables acuden para observar cómo alguien, aún más miserable, sufre ante el filo de una espada. ¿Sabes para qué acude la rolliza Valeria? ¡Aquello le excita! ¡Como si la muy estúpida estuviese en la cama con el gladiador! Los muchachos la agasajan y se aprovechan de sus favores, a ella le entusiasma. ¿A ti te entusiasma alguien de vez en cuando, Claudia?

La joven le devolvió la mirada con frialdad.

—No, supongo que no —añadió secamente Elena—. ¿Eres cristiana, Claudia?

Una sacudida de la cabeza respondió su pregunta. Elena entornó los ojos.

—No crees en nada, ¿verdad? Dioses y diosas, grandes y gordos que muestran sus pezones y levantan las piernas. Solo hay un dios en Roma, Claudia —continuó Elena—. Es mi hijo, el divino Constantino.

Anastasio sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—¡No te enfurruñes, sacerdote! —dijo bruscamente la emperatriz—. Lo sabes todo sobre Constantino, ¿no es cierto? Tu Augusto emperador.

Claudia recordó las órdenes de Anastasio: quédate inmóvil, permanece tranquila, no comentes nada sin que te pregunten.

—York queda muy lejos —continuó Elena con tono soñador—. Tantos emperadores. Ahora solo hay dos: Constantino en el oeste —levantó la mano que sujetaba la bolsita perfumada—. Derrotó a su rival Majencio en la batalla del Puente Milviano, y desfiló hasta Roma con la cabeza de ese tirano clavada en una estaca. En el este, el emperador Licinio. Bueno, voy a contarte ahora para qué te he citado aquí. Hay dos razones. Primero, mi hijo pretende convertirse en el único emperador. Desde luego, le jurará amistad eterna, pero en cuanto Licinio cometa un error, Constantino marchará hacia el este, le presentará batalla, aniquilará su ejército y lo matará. Si

Licinio tiene un poco de cerebro, intentará hacer lo mismo con mi hijo. Se sonreirán y se darán el beso de la paz, cada uno llamará al otro hermano y firmarán el más maravilloso de los tratados de paz —Elena agachó la cabeza—. Pero volvemos al anfiteatro, Claudia. Uno de ellos debe morir. Debe ser Licinio. Para tal fin, mi hijo pretende revocar todos los edictos en contra de la fe cristiana.

—Una buena parte de Roma es cristiana, al igual que la mayoría de los oficiales del ejército; al menos, lo son en secreto. ¿Por qué? ¿Porque Constantino dice haber tenido una visión? No quiero hacer comentarios sobre eso, pero él necesita a los cristianos. Ellos son la segunda razón por la que hablo hoy contigo. Tenemos dos imperios en Roma. Tenemos las columnas de Trajano, el arco triunfal de Tito, el Coliseo, el Foro, pero bajo la ciudad discurren las catacumbas, excavadas por los cristianos para enterrar a sus muertos y para celebrar clandestinamente sus ritos. ¡Observa bien nuestra ciudad! Los monumentos comienzan a decaer, pero la vida en las catacumbas se muestra más vigorosa que nunca. Así está sucediendo a lo largo de todo el imperio. En realidad, poco me importa si hace trescientos años, un judío llamado Cristo, se levantó de entre los muertos tras permanecer tres días clavado en la cruz. Lo que realmente me importa, al igual que a Constantino, es que la cristiandad se ha convertido en un segundo imperio —Elena hizo unos extraños aspavientos con las manos—. Permanece en la sombra, retorciéndose y girando, como esas estrechas galerías de las catacumbas. ¿De qué estoy hablando en realidad, ratoncita? Vamos, tienes mi permiso para hablar.

Claudia miró a Anastasio, que asintió imperceptiblemente.

—Si Constantino —comenzó a decir Claudia suavemente— llegase a un acuerdo con la iglesia cristiana...

—Muy bien —susurró Elena—. «Acuerdo», me gusta esa palabra. No sabía que estabas tan bien educada. Hay muchas cosas de ti, Claudia, que me gustaría conocer. Pero continúa.

—Tu hijo, el divino emperador, no solo uniría el imperio de Occidente, sino que marcaría el camino hacia el imperio de Oriente de Licinio. Licinio se sigue mostrando hostil hacia la cristiandad —continuó Claudia—, pero la iglesia tiene mucha fuerza en Asia.

—Muy bien —dijo Elena mientras aplaudía—. Puedo comprobar que has estado hablando con Anastasio. Constantino se abrirá paso a través del edificio que ha ido construyendo Licinio. Mientras ese necio termina de rematar y pintar las plantas superiores, Constantino se afanará en debilitar las bóvedas de los cimientos. Mi hijo mantendrá correspondencia con los patriarcas de la iglesia cristiana en Asia; mientras tanto, palmeará suavemente las espaldas de los oficiales del ejército de Licinio que muestren simpatía hacia la nueva fe —Elena suspiró profundamente—. Pero eso requiere tiempo. Mientras tanto, tenemos enemigos en Roma, y los enemigos se vigilan entre sí constantemente. Es como la rolliza Valeria. Se presenta ante mí, agasajándome y halagándome, pero ¿crees que le place hacer una reverencia y besar

la mano de la hija de un tabernero de York? —dijo con una risilla burlona—. ¡No! ¡No! Le encantaría ver rodar mi cabeza por los escalones del cadalso; y así, volvemos al argumento de que todos portamos una máscara: incluso el Divino Augusto. Se sienta, come, bebe y alterna con prostitutas junto a hombres que, hace seis meses, habrían pagado una fortuna por ver su cabeza expuesta públicamente en la plaza del mercado. Por eso, recurrimos a informadores: los Especuladores. Se dedican a escuchar habladurías —dijo, agitando un dedo—. A recopilar cotilleos. Sin embargo, el aspecto terrible de estos informadores, Claudia, es que tienen en su poder un bien muypreciado: la información que recogen. Son como los buhoneros del mercado. Están siempre dispuestos a venderla al mejor postor. Peor aún, si no encuentran información, se la inventan. Terminarán diciéndote lo que quieras escuchar. Tú no eres una informadora, ¿no es cierto, Claudia?

—Soy la más humilde servidora de su excelencia.

—No, no, ¿qué eres en realidad?

—Soy miembro de los *Agentes in Rebus Politicis*...

—¿Y qué significa eso, Claudia?

—Soy una espía. Tu espía, excelencia.

—¿Y quién es tu maestro, tu señor?

Claudia señaló a Anastasio, que permanecía sentado, con los ojos cerrados, inmóvil como una estatua sobre su pedestal.

—¡Bien! —exclamó Elena—. Mis agentes no le dicen a nadie quienes son. No tienen amigos, ni compañeros tic confianza. No pueden confiar en nadie, pues nunca saben con quién están hablando en realidad. ¿Es realmente un sirviente ese zoquete medio sordo de la cocina encargado de la limpieza de los retretes? Hay miles de ellos en Roma. ¿O será, quizá, un informador? Hay tantos como hormigas en un hormiguero. ¿O un espía? Y si fuera esto último, ¿trabaja para mí, para mi hijo, para uno de los grandes patricios de Roma, o para la policía? ¿O incluso, Dios no lo quiera, para la rolliza Valeria? Es una vida solitaria, ¿no es cierto, Claudia? Jamás debes decir a nadie quién eres en realidad, exceptuándome a mí, o a Anastasio. Para el resto del mundo eres una sirvienta, sobrina de Polibio, el dueño de la taberna Las Burras, en los suburbios cercanos a la Puerta Flavia. Ah, por cierto, he oído que está metido en problemas —dijo Elena sonriendo.

Por primera vez, Claudia dejó caer su máscara.

—No son problemas políticos. Está demasiado preocupado por sus ganancias. ¿Conoces a Ario?

—Es un mercader de vino —respondió Claudia—. Un mísero avaro. Se marcha a sus granjas y viñedos y, cuando recoge sus beneficios, siempre se aloja en Las Burras.

—Bien, pues está muerto —comentó Elena. He leído el informe del prefecto de policía. Le cortaron el cuello en la taberna de tu tío, y sus asaltantes le vaciaron hasta la última pieza de plata que llevaba.

—¿Mi tío está entre los sospechosos?

—No, pero tiene que dar muchas explicaciones. Nos ocuparemos de él más tarde. Le quieres, ¿no es cierto, Claudia?

—Es un buen hombre, excelencia. Cuidó de mí y de mi hermano. A veces se emborracha, y puede ser demasiado ligero con sus puños...

—¿Un hombre generoso? —sonrió Elena—. Vamos, no te preocupes, Claudia. Tenemos mucho en común. Mi padre también era tabernero —Elena reclinó la cabeza y observó el techo, embadurnado por el humo de las lámparas de aceite—. Está empezando a hacer frío aquí —murmuró—. Le he dicho a mis damas que me apetecía dar un paseo —le dio una cariñosa palmada en la rodilla a Anastasio—. Pero no te preocupes, he puesto en guardia a ese corta-cuellos, Burrus, y estará alerta ante posibles fisgones —se volvió para mirar de nuevo a Claudia—. ¿No se ha preguntado nunca tu tío por qué una niña bien educada como tú —dijo, imitando la voz de Claudia— trabaja de sirvienta?

—En realidad no le importa, excelencia —respondió Claudia—. Después de todo, algún día podría casarme con algún afamado general y convertirme en la madre de un emperador.

Elena aplaudió y se balanceó adelante y atrás entre carcajadas.

—Es cierto, es cierto —dijo, mientras secaba las lágrimas de sus ojos—. Lo mejor que podemos hacer las mujeres, Claudia, es tumbarnos sobre nuestras espaldas, ¿no es cierto? No podría recordar el número de techos que he contemplado en mi vida —el rostro de Elena adoptó un gesto serio—. Pero valió la pena. Constantino es el emperador. Y ahora, volvamos a la pobre Fortunata. Mi hijo ha arrasado en Roma. Es el Augusto, proclamado por el senado, el pueblo y el ejército. No obstante, es un necio si piensa que es el señor de todos. Es cierto, no le pueden atacar. Está demasiado bien protegido, y el ejército le adora. Sin embargo, pueden debilitarle. Mi hijo ha protagonizado una dura campaña. Es demasiado astuto... ¿cómo explicarlo? ... para dejarse embaucar por los encantos de las matronas romanas y de sus hijas —la Augusta se examinó las uñas—. No quiere ofender a nadie. Al contrario, ha disfrutado de la compañía de algunas de las principales cortesanas de la ciudad. A tres de ellas las han encontrado estranguladas —se hizo una señal en la frente—. Sus cuerpos se descubrieron en distintos lugares: uno en su habitación, otro en el atrio de una casa, tirado en el suelo como un saco de carne, y el tercero, en los Jardines de Salustio. Las tres habían sido estranguladas, y les habían grabado una cruz en la frente y otra en cada mejilla. ¿No ves el peligro de esto, Claudia?

—Roma está plagada de prostitutas, excelencia.

—Es cierto, pero las cortesanas son diferentes. Tienen el mismo rango que una sacerdotisa, incluso que el de una virgen al servicio de la diosa Vesta. También tienen amigos muy poderosos, y no solo debido a sus encantos.

—Sino porque conocen muchos secretos —añadió Claudia.

—Continúa —insistió Elena.

—Su excelencia debe preguntarse por qué han asesinado a tres cortesanas,

particularmente, después de ofrecer sus encantos al Divino Augusto —Claudia se detuvo unos instantes para medir cuidadosamente sus palabras—. Podría ser que el mismo emperador las hubiese asesinado, pero eso sería imposible.

—¿Por qué? —preguntó Elena.

—No encuentro una buena razón para ello —respondió Claudia—. Por lo tanto, debe ser obra de algún enemigo. Roma no conoce realmente a Constantino. Constantino no conoce a Roma. Los hombres poderosos van a sentarse a observar. Se preguntarán si las mujeres habían contado ciertos secretos a Constantino que debían ser silenciados. O también, podría ser que sus asesinatos fueran un mero capricho. Roma puede haber visto a muchos emperadores degenerados; solo los dioses saben a cuántos. La gente podría preguntarse si las muertes fueron el resultado de la forma que tiene Constantino de obtener placer, y si las cruces grabadas en sus cuerpos reflejaban su visión: la que dice haber tenido durante la batalla del Puente Milviano.

—¿Cuánta gente —replicó Elena— creería realmente que el emperador está implicado en tales asesinatos?

—Ah sí, excelencia, pero cuanto más protesta este, más preguntas se hace la gente.

Elena cogió del brazo a Anastasio.

—Tienes razón, Anastasio, es muy aguda. Mi hijo —continuó Elena— se siente más avergonzado que amenazado por esos asesinatos. Le he insistido en que sea cauto, en que no solicite la compañía de esas cortesanas, ¿pero, puedes pedirle a un pájaro que no vuele? Constantino siempre fue un chiquillo muy rebelde. Él es de la opinión de que, aun cuando dejase a un lado sus placeres, las sospechas permanecerían en el aire. Se pregunta si existe alguna otra razón para esas muertes; alguna que ni siquiera nosotras conozcamos.

—¿Han muerto todas las cortesanas que le han visitado? —preguntó Claudia.

Elena sacudió la cabeza.

—No todas, y así llegamos hasta la pobre Fortunata. Ahora está muerta, eso te lo aseguro. Fortunata era una de mis agentes. La introduje en el servicio doméstico de Constantino: como dispensadora de vino de palacio. No descubrió nada nuevo y, de pronto, no supimos más de ella. Ya hemos encontrado la explicación a eso. Uno de los carniceros vino aquí esta tarde. Encontró el cuerpo de Fortunata colgado de uno de los garfios. Di la orden de que lo mantuvieran aquí. Una vez que caiga la noche, Anastasio podrá descolgarlo y llevárselo a uno de los cementerios para enterrarla.

Elena se puso en pie. Claudia estaba ansiosa por bajarse del taburete; los muslos y las pantorrillas le dolían por la tensión.

—Tú ocuparás el lugar de la desdichada Fortunata —dijo Elena sonriendo—. El chambelán de palacio, Bessus, está a mi servicio. Nunca recluta a nadie al servicio de mi hijo sin consultarme. Conozco ciertas cosas de Bessus que seguro que preferiría que yo no supiera. Así que, prepara tus cosas, ratoncita, y ve correteando hacia el Palacio del Palatino. Sea lo que fuere que encuentres, Anastasio debe saberlo —su

mano salió disparada como una garra y agarró el brazo de Claudia—. Quiero encontrar al auténtico asesino. Quiero saber el porqué. Quiero que el bastardo que cometió la imprudencia de colgar a una de mis sirvientas, termine clavado de este mismo garfio.

## Capítulo 2

«Con esta señal, conquistarás».

Eusebio, *La Vida de Constantino*, I. 28

**C**onstantino, Augusto, Emperador de occidente, yacía tumbado sobre su diván púrpura bordado de oro, en la sala de banquetes de su palacio real, en el Palatino. Se enjugó los labios y miró satisfecho a su alrededor. ¡Los frutos de la victoria!, pensó. ¡La corona de laurel que marca sus triunfos! Recordó esa rápida marcha desde Milán: los vientos gélidos, la escasez de víveres, el vino agriado y una silla de montar que le irritaba los muslos, y que hacía que le doliera el trasero como si estuviese ardiendo. Ahora todo era diferente. Roma comía en la palma de su mano. Atrás quedaban las raídas tiendas de campaña y las barracas improvisadas: el olor de las cuadras de caballos, el sudor rancio de los hombres, el regusto fétido de las letrinas mezclado con la brisa de la mañana.

El salón comedor era de pórfido mármol. En el suelo lucía un precioso mosaico, obra del emperador Trajano, que representaba a Baco y a Ceres sonriendo ante una cosecha generosa. Sobre el blanco techo destacaban unas estrellas de color azul oscuro, que rodeaban a una gran luna roja. Los pilares, de color negro rasgado por vetas blancas, estaban rematados por cúpulas del oro más puro. Constantino acarició con la mano el cobertor púrpura de su diván. De pronto, le invadió una sensación de sopor y tomó el cojín que tenía debajo del codo derecho y apoyó en él la cabeza, dispuesto a sumirse en un sueño reparador. Aún pesaban sobre él los rigores de la campaña, claramente visibles en su endurecido rostro de soldado, a pesar de haberse rasurado y aceitado y cortado escrupulosamente el pelo, conservando algunos mechones al estilo de los bustos de César y Augusto que había en la habitación. El emperador extendió el brazo para tomar una copa de vino, medio escuchando el zumbido de la conversación a su alrededor. Todo era tan distinto ahora. Las correas de sus sandalias se cubrían de perlas, no de esparto alquitranado. Su túnica y su toga con bordados púrpura eran del lino más noble. Varios anillos y brazaletes, tomados del tesoro del difunto Majencio, decoraban ahora sus dedos y muñecas.

El emperador languidecía sobre el diván.

—¿Su excelencia está cansado?

Constantino contempló a Lucio Rufino, el banquero más poderoso de Roma, amigo de Constantino y su más ferviente seguidor.

—Su excelencia no está cansado —susurró el emperador—. Solo está distraído.

Rufino se mesó los cabellos, grises como el acero, y en su afeitado y aseado rostro de patricio se dibujó una sonrisa. Constantino correspondió con una risilla.

Siempre se sentía relajado con Rufino: un hombre de riqueza y poder que gobernaba un imperio mercantil, pero que no era en absoluto ceremonioso.

—Trato de portarme bien —murmuró Constantino.

Desvió la mirada hacia su derecha, donde yacía tumbada su madre, Elena, con un traje púrpura y el pelo rizado, mirándole con unos oscuros y tiernos ojos.

—Estoy convencido de que, si se lo permitiese —susurró Constantino—, mi madre se levantaría para comprobar que me he lavado bien las orejas.

—Les daría una buena friega, si pudiera —declaró Elena.

Constantino sonrió y meneó la cabeza.

—Siempre se me olvida que sabe leer en los labios —susurró a Rufino.

Constantino eructó suavemente y echó una ojeada a la mesa: por todos lados se desparramaban palillos de dientes y cucharas doradas. Varios esclavos, sosteniendo grandes palanganas de agua de rosa, no dejaban de moverse de uno a otro lado. Los cocineros le habían organizado un fenomenal festín. Rollitos de lirón aderezados con miel y semillas de amapola; enormes langostas adornadas con espárragos; salmonetes de Córcega; y su creación suprema: una gran bandeja de oro con la representación de los signos del zodiaco. Sobre cada uno de los signos, el cocinero había depositado un manjar apropiado: un trozo de ternera sobre el toro, riñones sobre los gemelos y, en el centro, una liebre rellena, especiada y con la piel plegada en forma de alas, para darle la forma de un improvisado Pegaso. El plato final estaba compuesto por un jabalí, que descansaba sobre una gran bandeja, y de cuyos colmillos colgaban dos cestas; una repleta de dátiles secos y la otra de dátiles frescos. A lo largo de este, se habían dispuesto una serie de figuras de pequeños jabatos hechos de mazapán. La bandeja había hecho su entrada en la sala precedida del toque de trompetas y cuernos y el repique de címbalos. Al abrir el estómago del cerdo salieron de su interior un grupo de zorzales, que escaparon volando hacia el techo del salón. Constantino dejó escapar un suave gemido y se frotó el estómago. Había bebido bastante vino aromatizado con miel, aunque, siguiendo el consejo de su madre, y como respuesta a sus constantes miradas, se había cuidado de mezclar su vino de Falerno con abundante agua.

Unos esclavos entraron en las dependencias sosteniendo unos cestos, y comenzaron a esparcir entre los divanes pellizcos de serrín mezclado con azafrán y virutas de bermellón. Constantino deseaba que aquella fuese una tarde normal. Mamá se retiraría y entrarían las bailarinas: en particular, esas españolas de gráciles cuerpos, repicando las castañuelas, taconeando, ondeando sus negras melenas, lanzando al viento sus voluptuosos pechos adornados con oro, deseando ser acariciados. En tales ocasiones, sus oficiales beberían abundantemente, le ofrecerían brindis y el banquete se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. Esta noche era diferente. Los negocios se trataban primero, los placeres se dejarían para más tarde. En el pequeño cubículo que había frente a los jardines de palacios debía aguardarle Sabina, una cortesana de cabellos rojos como el fuego y la piel blanca como la nieve. Constantino observó su copa de vino y reprimió un escalofrío de pánico. Desde los primeros días

de sus campañas, le habían aterrado las terribles enfermedades que podían contagiar las prostitutas que merodeaban por los campamentos. Para ser sincero, y sobre todo con una madre como Elena, Constantino tenía miedo de las mujeres, recelaba del acto sexual: demasiados titubeos, y a veces, incluso, humillaciones. Su propia mujer, Fausta. Constantino sacudió la cabeza: ¡mejor no pensar en ella! Concéntrate en Sabina, pensó: suave y blanca, será como retozar sobre la más pura seda. Sin demandas inoportunas, sin politiquero.

Constantino tomó un sorbo de vino, ignorando la dramática y exagerada tos de su madre. Desde su llegada a Roma había tratado con La Casa de Afrodita, las perfumadas cortesanas dirigidas por Domatilla. ¡Pero esos asesinatos recientes! Constantino miró a Criso, el eunuco afeminado y su consejero personal. ¡Resabiado pedazo de carne! ¡Debería servir mejor a su señor! Constantino contuvo su irritación. Tres cortesanas asesinadas y los rumores comenzaban a transmitirse de boca en boca. ¿Y la cantidad de comentarios que habían surgido en el foro y los mercados? Una representación del símbolo cristiano, la cruz, y bajo ella, la inscripción: *In hoc signo oxides*, «con esta señal, matarás». Una burla a su gran visión previa a la batalla del Puente Milviano. ¡Tres cortesanas muertas! Con la señal de la cruz marcada en sus frentes y mejillas. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—¿Excelencia?

Constantino elevó la cabeza. La conversación se había evaporado. El emperador se percató de que estaba hablando en voz alta. Su madre le miraba con gesto de perplejidad. Junto a ella se situaba el enigmático sacerdote mudo, Anastasio; Criso sostenía el cuenco cerca de los labios; incluso Rufino parecía preocupado. Constantino miró a su huésped de honor, un hombre de pelo blanco con un rostro juvenil, vestido con una simple túnica oscura y una capa: el presbítero Silvestre, enviado personal de Miliciades, obispo de Roma, la auténtica razón de ser del banquete de esta tarde. Bessus, el chambelán imperial, había sacado las piernas del diván. Constantino parpadeó.

—¿Por qué las madres —bromeó— miran continuamente a sus hijos?

Las risas relajaron la tensión. Antes de que Elena pudiese pensar en alguna respuesta ingeniosa, Constantino elevó su vasija de barro cocido y le dedicó un brindis. El resto de la reunión le siguió. Elena hizo lo propio, guiñándole un ojo con picardía.

—¿Por qué no bebes en una copa, como todos los demás —dijo—, en vez de en esa jarra de barro que utilizaría cualquiera para orinar?

—Me siento cómodo con ella, madre.

—Eras igual cuando niño —Elena se levantó del diván.

—Sí, sí —intervino Constantino con rapidez.

La madre tenía el molesto hábito de mencionar de vez en cuando las circunstancias más embarazosas de su infancia a cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar. La amaba profundamente, apasionadamente. Había decretado el título de

Augusta y aprovechó su energía para así explotar su gran talento para fisgonear. Concedió a Elena y a su sacerdote Anastasio control completo sobre los *Agentes in Rebus*. Lo hizo por una razón: se podía confiar en Elena, implícita e incuestionablemente. Tal como ella había dicho en una ocasión: «sin Constantino, no hay Elena». Era su máxima, su lema vital. Elena le miraba ahora con ojos tiernos. Constantino suspiró y sacudió la cabeza.

—Ya hemos comido y bebido suficiente —declaró—. Bessus, ordena que limpien la habitación, que cierren la puerta y que monten guardia. Nadie debe entrar.

Bessus, un hombre alto y de rostro anguloso, con un aire de perpetuo desdén en sus delgados labios, se apresuró u obedecer. Una vez que todo estuvo dispuesto, Constantino levantó su copa y propuso un brindis por su huésped de honor. Se percató de que Silvestre apenas había tocado su comida o su vino. Había permanecido inmóvil, observador y vigilante, como si valorase y juzgase a todos los presentes. Se trataba de un hombre de pequeña estatura y sin ninguna característica distintiva, a excepción de su boca y sus ojos. Una boca generosa, pensó Constantino, dispuesta a reírse. Observó la cicatriz sobre el rostro de Silvestre, y recordó historias imprecisas de como, bajo el mandato de Diocleciano, las tropas imperiales habían perseguido a este poderoso sacerdote cristiano. Ahora era el enviado y portavoz del obispo de Roma. Constantino reprimió un acceso de ira: ¡esclavos y gente común! Aunque Milciades y Silvestre eran tan poderosos, o incluso más, que el banquero Rufino. Podían decidir la opinión de la muchedumbre, distraerle con su oposición, dividir a Roma.

—Considérate bienvenido —dijo Constantino, mostrando su sonrisa sobre la copa.

—Excelencia —respondió Silvestre al brindis—, me haces un gran honor a mí y al santo padre, además de a la iglesia de Roma. Damos a diario las gracias a Dios por tu gran victoria. Le ofrecemos constantes súplicas por nuestra seguridad y bienestar. No existe en Roma, exceptuando la presente compañía —dijo Silvestre, con una media sonrisa— seguidores más leales de tu persona, Augusto, que Milciades y la comunidad cristiana. Os damos las gracias por el edicto de tolerancia.

—Y volverá a repetirse —declaró Constantino—. La tolerancia hacia los cristianos en Roma, y en todo el imperio. Y más aún...

Silvestre elevó la cabeza con una sacudida.

—La restitución de todas las propiedades confiscadas —continuó Constantino—. La garantía de derechos civiles y de libertad religiosa; aquí y en las provincias.

La revelación tomó a Silvestre por sorpresa.

—Y el obispo de Roma —continuó Constantino, complaciéndose con sus propias palabras—, sus presbíteros, sacerdotes y consejeros, no volverán a ser molestados. Todos los juicios que involucren a los cristianos cesarán, se concederá el perdón y se liberará a los prisioneros.

Silvestre agachó la cabeza, tratando de ocultar sus lágrimas.

—Este es, en realidad —murmuró el presbítero—, el día de la salvación —elevó el rostro hacia el emperador—. El Señor nos ha escuchado. A lo largo del imperio, hasta en sus fronteras más remotas, se ofrecerán plegarias, Augusto, por tu salud y bienestar —dirigió ahora la vista hacia Elena—. Y a la de tu madre. Pero, excelencia, si me permites que abuse de tu generosidad —Constantino le miró con gesto sorprendido—. ¿No te parece suficiente? —replicó suavemente—. Paso a paso.

—Excelencia, existen dos problemas. El primero, la doctrina de Ario...

Constantino contuvo un gruñido. Ya le parecía suficientemente difícil comprender la doctrina de Cristo: que Dios se hiciera judío, y que permitiese que le crucificaran, era algo difícil de aceptar para cualquier soldado. Y eso sin mencionar las enseñanzas de Cristo: «Perdona a tus enemigos». Constantino reprimió una sonrisa. Siempre estaba dispuesto a hacerlo, ¡pero después de que estuviesen muertos!

—El archiherético Ario —continuó Silvestre, insistiendo en su argumento— pone en peligro la unidad de la iglesia y, por lo tanto, la del imperio.

—¿Y cómo lo consigue? —preguntó Elena.

—Proclamando que Jesucristo no es Dios al completo, de la misma sustancia divina que el Padre.

Elena parecía tan desconcertada como su hijo, que se encogía de hombros imperceptiblemente. Un día, se prometió a sí mismo el emperador, tendrá que sentarse a escuchar atentamente a uno de estos sacerdotes. Los cristianos predicaban la existencia de un único Dios; pero, al mismo tiempo, hablaban de tres personas contenidas en ese Dios. Podía asimilar tal simbolismo; ¿no aparecía, igualmente, Júpiter en varias formas? Pero los cristianos iban más allá.

—Ese asunto deberá esperar —intervino apresuradamente el emperador antes de que su madre, que gustaba de enfrascarse en tales sutilezas, les condujese a conversaciones que jamás conseguiría comprender—. ¿Has mencionado un segundo problema? —dijo, sintiendo un pellizco en el estómago.

—Divino Augusto —Silvestre no tuvo reparos en conceder cualidades divinas al emperador.

Constantino se sintió halagado. Si todos los cristianos fueran como este sacerdote, se llevaría a cabo un mayor acercamiento sin problemas.

—Ha llegado a nuestros oídos —Silvestre cogió su cuchillo de la mesa y se sirvió unas piezas de cerdo sobre su bandeja de plata— noticias sobre el asesinato de tres mujeres, cortesanías, miembros de La Casa, o el Gremio, de Afrodita —volvió a dejar el cuchillo sobre la mesa—. No estamos aquí para dar ningún sermón, excelencia. Sin embargo, esas muertes han causado un cierto escándalo. Los rumores apuntan hacia ti —continuó—, aunque nos consta que eso no puede ser posible.

—¡Los escándalos y los rumores vienen y van! —interrumpió Elena.

—Señora —replicó Silvestre, inclinando la cabeza en su dirección—, no existe seguidor más ferviente que yo de la casa imperial, o de la mía propia. Sin embargo, se han repartido octavillas en el foro, a lo largo de los muelles de Ostia, en los mercados

y las entradas de los templos. Esos panfletos se burlan de la cruz y de la casa imperial. Mi estimado padre santo, Miliciades, ve en esto el oficio del Maligno: desunir, agitar, provocar división...

—Pero no es ese el auténtico motivo de tu preocupación, ¿no es cierto? —interrumpió Elena. Se sentía airada y avergonzada a la vez. Frente a ella se encontraba su hijo, el señor del imperio de Occidente, negociando con este hombre vulgar y anodino.

—Nos tememos, señora —replicó Silvestre—, que estos crímenes puedan ocultar males mayores. Los oponentes de tu hijo tratarán de desacreditar su nombre...

—Comprendemos perfectamente tus preocupaciones —ceceó Criso—. Tenemos controlado ese asunto. Los asesinatos cesarán y los traidores responsables de ellos recibirán un castigo apropiado.

Silvestre agachó la mirada, embebido en sus pensamientos.

—No pretendo poner reparos, ni hacer críticas —dijo, elevando la mirada mientras sacaba las piernas del diván—. El divino Augusto ha conseguido una gran victoria. La mano de Dios descansa sobre él. Nosotros, la comunidad cristiana, haremos todo cuanto esté de nuestra mano para asegurar la continuidad de tales favores divinos —se levantó y ofreció una reverencia al emperador—. Pero ahora, se hace tarde.

Constantino se levantó junto a él. Silvestre besó el anillo de la mano imperial, hizo lo propio con Elena, dedicó una reverencia al resto de la concurrencia y se retiró. El emperador oyó como se abría la puerta. Escuchó atentamente el sonido de los pasos del presbítero mientras se alejaba por el pasillo de mármol.

—Hace veinte años —dijo Criso, arrastrando las palabras—, nuestro querido sacerdote estaría atado a una cruz, o tratando de escapar de los leones, en el anfiteatro. Esto, excelencia, prueba lo voluble que es la fortuna.

El jefe de ese hombre —replicó Elena— es el señor espiritual y temporal de decenas de miles de romanos en esta ciudad, y de Dios sabe cuántos más en Italia y aún más allá. Nuestro amigo Licinio se encuentra en Nicodemia, observando y escuchando, tratando de descubrir cómo tratamos con él.

—Algún día marcharé hacia el este —dijo Constantino, reclinándose en su diván y llevándose a los labios su copa de vino de Falerno—. Mis legiones se encontrarán con las tuyas y ese será el final de Licinio.

—Sí, querido hijo, y necesitaremos a los cristianos —puntualizó Elena—. Piensa en las poderosas iglesias de Grecia, Palestina y Asia Menor —se levantó y se sentó junto a Constantino, mirándole directamente a los ojos—. Cuando marches con tu ejército —susurró—, el símbolo cristiano aparecerá cosido a tus estandartes y cincelado en los escudos de tus legionarios. ¿Y qué pensarán entonces las iglesias cristianas de Oriente? Te saludarán como a su salvador, el virrey de Dios en la tierra —Elena acariciaba la cabeza de su hijo mientras pronunciaba estas palabras.

Todos los demás en la sala permanecieron fascinados. Era como si Elena hubiese

olvidado que se encontraban allí; ella, la madre abnegada con su hijo favorito.

—¿Tienes ese asunto bajo control? —preguntó Constantino.

—Lo tengo controlado —replicó Elena, advirtiéndole con la mirada.

Constantino acabó su vino, se apartó con delicadeza del lado de su madre y se puso en pie.

—Vuestro emperador está aburrido —declaró Constantino—. Ya ha hablado y bebido demasiado. Ahora necesita retirarse.

Seguidamente, girando sobre sus talones, Constantino abandonó la sala del banquete. Los pasillos de mármol estaban desiertos. Ocasionalmente, algún esclavo se cruzaba apresuradamente en su camino. Los miembros de la guardia real, ataviados con corazas y faldas de cuero, permanecían en las sombras, sosteniendo en alto lanzas y escudos.

—Excelencia.

Constantino se giró, dirigiendo la mano hacia su daga, cuando el sacerdote Silvestre apareció de entre las sombras.

—Creía que te habías marchado. ¿Cómo sabías que vendría aquí solo?

Una débil sonrisa apareció en el rostro de Silvestre.

—Vuestro aburrimiento era evidente, excelencia. Debo hablaros.

—¿Cómo lo sabías? —insistió Constantino, sintiendo un escalofrío de temor.

—Excelencia —Silvestre extendió las manos—. El palacio está repleto de sirvientes y esclavos. Muy pocos de ellos queman incienso ante sus ídolos. Entrad en sus aposentos. Encontraréis nuestro símbolos, las letras griegas *ji* (*X*) y *rho* (*P*), el pez y la palabra *Icthus*. Me han hablado de Sabina.

—¿Y vienes aquí a darme sermones?

—Vuestra moral, excelencia, es un asunto entre vos y Dios. En estos momentos, no es asunto de mi incumbencia.

Constantino se sintió asustado. Él era, como decían todos, el señor de Occidente. Este era su palacio; los pasillos estaban vigilados por su guardia personal, un puñado de legionarios privilegiados, que reemplazaban a los pretorianos que había aplastado en el Puente Milviano. En el Campo de Martes aguardaban acampadas dos legiones, preparadas para entrar en combate en cuanto les diera la señal; un contingente mucho mayor aguardaba más allá de las murallas de la ciudad. Sin embargo, este simple sacerdote parecía capaz de moverse y actuar a su capricho.

—Entonces, ¿para qué vienes? —el emperador miró fijamente a Silvestre.

—Como ya he dicho, tu moral no me concierne, pero tu imperio sí. También nosotros tenemos nuestros espías —susurró el sacerdote—. Esos asesinatos enturbiarán tu nombre, aunque, ¿existe algún personaje político que tenga las manos completamente limpias?

—En la sala del banquete mencionaste males mayores.

—Así es, excelencia, esos asesinatos esconden algo más. De qué se trata, aún lo ignoramos. Se te dio la bienvenida en Roma como al salvador, aunque hay muchos

que suspiran por que vuelvan los viejos tiempos, y te ofrecen sus servicios para tratar de enfrentarte con Licinio.

—Continúa.

—También hay otros, que comparten nuestra fe, que no creen que debemos negociar con un estado que les ha perseguido durante siglos.

—¡Ah! —sonrió Constantino—. ¿Y por eso has venido, Silvestre?

—Por eso y para ofrecerte un último consejo. ¡No confíes en nadie!

—¿Ni siquiera en mi madre?

—Excelencia, no confíes en nadie —Silvestre hizo una reverencia y desapareció entre las sombras.

Constantino permaneció inmóvil y, pasados unos instantes, continuó su marcha. Abrió una puerta y recorrió el peristilo. El jardín que se extendía a su derecha, iluminado por una serie de antorchas y lámparas de aceite, despedía el suave aroma de las flores. La débil luz oscilante hacía danzar las sombras de los laureles, plátanos e higueras. Se escuchaba el chapoteo del agua de una fuente. Constantino se detuvo y observó el reguero de agua que manaba a borbotones de la boca de un pez de mármol, que sujetaba Cupido en sus manos. Se acordó de Sabina y siguió caminando. El pasillo que continuaba tras el jardín estaba desierto; los sirvientes habían encendido las lámparas y las habían colocado en los nichos de las paredes. Constantino se detuvo frente a una puerta y llamó con suavidad.

—¡Sabina!

No hubo respuesta. Constantino abrió la puerta. Se encontró una habitación opulentamente amueblada. Las paredes mostraban bellos motivos y, en cada esquina, había un brasero con hierbas aromáticas. La luz que despedían se reflejaba sobre los ornamentos de cobre, plata y oro que abundaban en la habitación. El diván estaba vacío; la enorme cama de la esquina estaba cubierta por una densa maraña de gasas, iluminadas por una lámpara que ardía sobre la mesilla. Constantino cerró la puerta y cruzó la habitación con sigilo. Apartó a un lado las gasas: Sabina, vestida con una túnica malva oscura, yacía sobre la cama. Incluso bajo la pobre luz de la lámpara, Constantino pudo apreciar las manchas oscuras sobre su cuello de marfil. El collar que llevaba se había partido, desparramándose sobre sus voluptuosos pechos. Sus cabellos rojos le cubrían parcialmente el rostro. Constantino los apartó con un dedo, dejando al descubierto la sangrienta cruz sobre su mejilla derecha. Le giró suavemente la cara: lo mismo apareció a su izquierda y sobre la frente.

Constantino respiró profundamente, tratando de componer su pánico. No quería salir corriendo, gritando como una chiquilla esclava aterrada. Había luchado en batallas en las que los cadáveres se amontonaban por cientos. Había sido testigo de ejecuciones de criminales, de soldados moribundos con las más terribles heridas, pero esto era distinto. Una preciosa joven, con los ojos medio cerrados y la piel rígida y fría. Descubrió un trozo de pergamino sobre las almohadas de plumón de pato y lo tomó en su mano. La caligrafía era rudimentaria. Constantino reconoció un *defixio*,

una maldición solemne. Lo tiró al suelo y salió de la habitación. El pasillo estaba desierto. El emperador recorrió deprisa el jardín y ordenó a uno de los guardias que avisara a su madre, a Rufino y a los demás; seguidamente, volvió a la habitación. Encendió más lámparas, descorrió las cortinas y abrió las ventanas que miraban al jardín. Cuando escuchó la llamada en la puerta no se preocupó por volver el rostro.

—¡Entrad! —gritó.

Su madre entró en la habitación, seguida de Rufino, Bessus y Criso. No se escuchó ningún sonido mientras se aproximaban a la cama, exceptuando suspiros y maldiciones contenidas.

Constantino se giró hacia ellos.

—¡Estrangulada! —declaró—. Y las mismas mutilaciones.

Elena había recogido del suelo el trozo de pergamino.

—¿Qué es eso? —preguntó Rufino.

—Un *defixio*.

—¡Una maldición! —exclamó el banquero.

—Sí, una maldición solemne —apostilló Constantino.

Elena la estudió detenidamente. En el encabezado del pergamino aparecía la representación de un demonio con una larga barba, que sostenía una antorcha llameante; debajo de este había unos símbolos mágicos, y después, la maldición, una consagración formal de su hijo a los dioses del Ultramundo.

*Que una fiebre ardiente atenace sus miembros,  
mate su alma y congestione su corazón.*

*Oh, demonios de las tinieblas,  
romped y deshaced sus huesos,  
cortadle la respiración.*

*Que su cuerpo se retuerza y se quiebre.*

*Esta maldición se ha destilado en intestinos de rana,  
plumas de búho,  
huesos de serpiente, hierbas de las tumbas y poderosos  
venenos.*

—¡Son tonterías! —exclamó Elena, tirando el pergamino sobre la cama.

—¿Seguro? —preguntó Criso—. Virgilio afirma que un hechicero podría hacer bajar a la luna del cielo.

—Bueno, jamás he contemplado semejante cosa —respondió Elena.

Miró a su hijo de reojo, tratando de sofocar su propio temor. Quienquiera que hubiese hecho esto debía de ser muy listo. La naturaleza supersticiosa de Constantino, el legado de su padre, era bien conocida por todos. Podía comprobar que la maldición había causado casi el mismo efecto en él que el propio asesinato. Elena también sospechó que el autor de aquello era alguien cercano a su círculo. ¿Cómo si

no habrían asesinado a una cortesana en sus aposentos privados de palacio?

—¿Por qué? —inquirió.

Constantino se sentó sobre un taburete y comenzó a jugar con los anillos de sus dedos.

—Pensé que sería más seguro —replicó— si traía aquí a Sabina y la hacía regresar escoltada mañana por la mañana.

—¿Cuánta gente sabía que estaba aquí? —preguntó Rufino, sin apartar la mirada del cadáver.

—Cuando llega una cortesana en un palanquín, escoltada por varios portadores de antorchas, además de algunos fornidos exgladiadores... —Constantino se encogió de hombros—. La mitad del palacio. Pensé que estaría a salvo.

—¿Hace cuánto? —preguntó Criso.

—Unas dos horas antes de que comenzara el banquete. Yo mismo vine a verla. Estuvimos hablando unos instantes.

—¿Y no pusiste una guardia en sus dependencias?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —respondió Constantino.

—No ha habido resistencia —dijo Criso.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso —Bessus, el chambelán recorría pausadamente la habitación—. No hay desorden, nada está fuera de su sitio. Debería haber gritado, luchado.

—Haré que mis médicos examinen el cuerpo mañana —propuso Elena. Se sentó en el extremo de la cama y dio la vuelta al cadáver, pasando la mano por su pelo rojo flamígero—. No palpo magulladuras ni contusiones —murmuró—. Nada indica que la cogieran por sorpresa, o que la estrangularan mientras estuviese consciente. Los cortes son ligeros, practicados con una daga muy fina. Una cortesana de alto rango como Sabina no permitiría que nadie entrase en sus aposentos. Habría protestado: debe tratarse de alguien que conocía.

Constantino se dirigió de nuevo hacia la ventana y observó la oscuridad de la noche a través de ella. ¿Qué podía decir? Incluso el sacerdote Silvestre sabía que ella estaba allí, y la maldición... Era la primera vez que esto ocurría. ¿Y si su madre estaba en lo cierto? Sabina debía conocer a su asesino. Miró sobre su hombro a Bessus y se encontró con la mirada de Criso. Cualquiera de ellos podría haberse deslizado hasta aquí. Sabina no habría sospechado nada extraño: lo mismo podría decirse de Anastasio. ¿Y Elena? El palacio había registrado una gran actividad antes del banquete, con el ir y venir de multitud de siervos y esclavos. Cualquiera de ellos podría haber entrado, pero ¿por qué no se resistió Sabina?

—La segunda muerte de esta noche —dijo, dedicando una amarga sonrisa a su madre—. Creo que han hallado el cadáver de una sirvienta, Fortunata, en una de las naves del matadero, ¿no es cierto?

—El asesino te está transmitiendo algo —replicó Elena—. No estás a salvo en este palacio, en tu propia ciudad —dijo, golpeando suavemente el brazo de la

cortesana muerta—. Te han entregado este mensaje en tu propia puerta. Sabina entra aquí con vida y se la llevan muerta.

Constantino quería retirarse. Necesitaba pensar, reflexionar sobre lo que había acontecido. Deseaba que Silvestre estuviese allí pero, por otra parte, ¿podía confiar en él? Después de todo, él también había estado en el palacio. Sabina no le consideraría una amenaza.

—¿Dónde está Anastasio? —preguntó.

—Está encargándose del cadáver de Fortunata —respondió Elena—. Es mejor si lo sacamos de aquí entre las sombras de la noche, y lo mismo se aplica para Sabina. Apaciblemente, sin alborotos. Enviaremos una carta a Domatilla —dijo, exhalando un profundo suspiro—. Sí —continuó, como si estuviese hablando para sus adentros—, quizá sea allí donde deberíamos centrarnos: en la espaciosa villa de Domatilla.

Quería ir más allá; reprender a su hijo, pedirle que controlase sus deseos carnales, pero no era este ni el momento ni el lugar. Recogió una de las sábanas de seda de la cama y la arrojó sobre el rostro de Sabina, preguntándose qué lectura podría sacar de esto su ratoncita.

## Capítulo 3

«La ira es una locura transitoria».

Horacio, *Epístolas*, I. 2

**C**laudia abandonó el Palatino, siguiendo el camino que serpenteaba tras las paredes de mármol, los pórticos y los jardines. Se escurrió entre oscuras sendas, flanqueadas por pinos, cipreses, laureles negros y hiedra. De vez en cuando, los asistentes salían de las sombras, para detenerla e inspeccionarla. Palpaban la carga que llevaba, las míseras posesiones recogidas del dormitorio. Trataban de tocar sus senos, o de pellizcarle el trasero, y la dejaban seguir. Al final de la colina del Palatino pasó junto a la fuente de la Fortuna, cerca del templo de Castor y Pólux. Se cuidó bien de mantenerse a distancia de la explanada principal y de las calles que conducían hacia la Vía Triunfal, prefiriendo ocultarse entre las sombras de las estrechas calles paralelas a la vía principal.

La noche era fría, el cielo estaba despejado. Claudia se detuvo en una esquina y miró hacia atrás, para asegurarse de que nadie la seguía; después, examinó el horizonte, como si estuviese interesada en el imponente perfil del circo Maximus, la Columna de Trajano, las estatuas del foro, o la Basílica Nova del difunto Majencio. Claudia tomó consciencia de todo lo que la rodeaba. De lo estrechas que eran las calles, colmadas de todo tipo de olores; unos dulces, otros ásperos y añejos. Sin dejar de mantenerse alerta, Claudia dirigió su mirada hacia los nómadas que trataban de dormir en los pórticos del templo, al alboroto causado por un perro enloquecido, o a una cerda empapada en barro, con una soga atada al cuello, huyendo del grupo de niños que la perseguían entre gritos.

Recorrió la calle de los talabarteros y entró en la de los curtidores. El aire estaba cargado de incienso, mezclado con el hedor que despedía el tinte púrpura y la orina rancia. En una ocasión, perdió su camino, preocupada por burlar a cualquier posible perseguidor, y se encontró en un callejón, donde unos traperos sirios, ataviados con largas togas de colores, trataban de pasar la noche cobijados bajo una higuera. Debía volver sobre sus pasos: cruzar el cementerio del Campo Esquilmo, cerca de la Muralla Serviana, donde se enterraba a los pobres y se ocultaban sus cuerpos bajo escasas paladas de tierra. Se tapó la nariz y espantó a las aves carroñeras, que remontaban el vuelo a su paso, batiendo sus alas en la noche.

Claudia tenía la certeza de que la estaban siguiendo. Giró rápidamente una esquina, se quedó inmóvil y miró atrás, pero no vio a nadie. Se detuvo en un cruce de caminos, donde se habían cincelado unos enormes falos como protección contra el mal de ojo. Simuló estar interesada en un cortejo fúnebre, precedido por gaiteros, que

desfilaba al sonido de flautas, trompas y tubas. Unas siluetas que portaban antorchas flanqueaban el ataúd de bordes dorados, mientras una legión de plañideras gemía entre gritos, como si desearan levantar al difunto con sus lamentos. Tras el ataúd, caminaba un bufón, que imitaba algunas de las acciones más señaladas del difunto. A este cortejo le seguía una desordenada procesión de pobres, que transportaban un cadáver sobre un carretón, tratando de sacar provecho de la gloria y la pomposidad del otro funeral.

Las calles mantenían aún bastante actividad. Multitud de carretas entraban en la ciudad tras la caída de la noche, junto a lujosos palanquines. De vez en cuando, todos ellos debían apartarse a un lado ante el paso de la guardia nocturna, los *Vigiles*, que permanecían alerta ante la aparición de fuegos o de malhechores. Claudia cruzó una pequeña plaza, bajo cuyos pórticos, los mercachifles vendían cajas de fósforos, los zapateros compraban y vendían zapatos, y los cocineros preparaban pastel de guisantes y salchichas en sus cocinas ambulantes. Un encantador de serpientes y un saltimbanqui trataban de atraer la atención de la multitud, en dura competencia con un domesticador de monos que, látigo en mano, hacía lo que podía para persuadir a un macaco de Berbería para que arrojase dardos a una diana. A veces, la calle se ensanchaba; otras, se convertía en un mero pasillo, recortado por estrechos arcos que podían bloquearse cerrando los postigos. La gente veía pasar a Claudia, pero su caminar decidido y su robusto bastón les hizo percatarse de que no se trataba de una criada que se hubiese extraviado. Claudia había aprendido una estratagema: las víctimas atraían a los asaltantes, pero si caminabas con aire arrogante, agitabas un bastón y devolvías la mirada a los demás, nadie te molestaría. Pasó junto a un prostíbulo; sobre el escalón de la entrada un hombre cantaba:

*¡Aquí encontré a una chica lozana,  
juguetona y alegre, afanosa en la cama!*

Un grupo de borrachines, completamente ebrios, se acercaron tambaleando hasta él y lo bajaron del escalón a empujones. El incipiente altercado acabó bruscamente con la aparición de una patrulla. Los soldados escoltaban a un esclavo con una argolla de hierro en el cuello, signo evidente de que lo habían recapturado, y le habían dado el nombre de su dueño, como si fuera un perro. Finalmente, tras cruzar una rica zona residencial, plagada de espaciosa casas protegidas por recios muros, Claudia llegó hasta la ínsula, el gran bloque de cuatro plantas de apartamentos que albergaba la taberna Las Burras. Ocupaba toda la planta baja. Se trataba de una extensa posada bajo un cartel chirriante. Su espaciosa entrada se veía reducida por un mostrador de mampostería. Sobre el dintel de la puerta principal se sostenía el Búho de Minerva, y junto al quicio aparecía agachado un sonriente Hermes, mostrando un falo erecto. La taberna parecía desierta. Claudia sintió un vuelco en el corazón. ¿Se habrían llevado a su tío? Entró en el salón principal, lo que los ricos llamarían el atrio: Polibio lo había

transformado en una amplia zona donde servir bebidas, iluminada con velas de junco y lámparas de aceite. El ambiente estaba cargado con olores a sebo quemado, carne y pescado.

Claudia permaneció en la sombra, bajo la puerta, y esbozó una sonrisa. ¡Nada había cambiado! Si la guardia entrase, se encontraría vacío el lugar. La mayoría de las personas que frecuentaban Las Burras tenían algo que ocultar. Todo estaba bastante tranquilo: unos hombres jugaban a los dados, al juego denominado «Bandidos», o permanecían sentados, medio borrachos, con la mirada perdida en sus jarras de cerveza. En la esquina más apartada se encontraba el corpulento exgladiador Océano: ancho de pecho, con una barriga prominente, de muslos macizos como troncos. Se estaba quedando calvo, así que solucionó su problema rapándose completamente la cabeza. En una oreja llevaba un anillo de cristal. La otra se la habían arrancado de un bocado durante un combate. Océano la había disecado y la llevaba colgada del cuello con un cordel. Tenía el ceño fruncido, como era habitual en él, escondiendo sus pequeños ojos bajo unas pobladas cejas. Dirigía miradas furtivas de uno a otro cliente, en actitud desafiante. Fijó su mirada en Claudia. Pareció desconcertado unos instantes, pero enseguida esbozó una amplia sonrisa y exhibió la que era, en palabras de su tío, la más completa exposición de dientes rotos y astillados de toda Roma.

—¡Pequeña! ¡Pequeña! —dijo, dirigiéndose a ella con andares de pato y agitando su mugrienta túnica, que le confería un aspecto ridículo. La envolvió en un abrazo con aromas de aceite de oliva, hierbas y sudor rancio.

—No tan fuerte, Océano —susurró Claudia—. ¿Dónde está mi tío?

—Ha salido a ver al prefecto de policía —contestó Océano mientras liberaba a Claudia de su abrazo.

—No se habrá metido en problemas, ¿verdad?

—No —el exgladiador comenzó a dar golpecitos a la oreja seca contra su pecho sudoroso—. Ese estúpido bastardo solo quiere hacerle algunas preguntas. Eso es todo —la acompañó hasta la mesa—. Tengo unas buenas salchichas picantes y un poco de pan fresco. ¡Mirad, todos! —gritó Océano—. ¡Claudia está aquí!

Unas sombras aparecieron en la puerta de la cocina, pero Océano les hizo un gesto para que se retirasen. Sirvió un plato de espárragos y cortó unos trozos de embutido, que le ofreció junto con una copa de vino de Falerno mezclado con agua. Claudia comió atropelladamente. Tenía hambre, aunque Océano jamás preguntaría nada antes de quedarse satisfecho de haberla alimentado bien.

—Bien —dijo, mientras se limpiaba los dedos con la trapo que le había ofrecido—. Polibio está con la policía. ¿Dónde está Popea?

—Nuestra uvita morena está en el jardín de los pájaros, con un paño húmedo sobre la cara. Dice que toda esta conmoción es demasiado para ella.

—¿Qué conmoción?

Claudia no debía permitir que nada se filtrase a esta gente: era una simple sirviente de palacio, nada más.

—Ese estúpido bastardo, Ario. Sale a recoger sus tributos y trae aquí la plata recaudada. Siempre alquila una habitación, termina su cena y alquila el servicio de dos mujeres, para que le entretengan en la cama.

—¿Y qué más?

—Vino aquí, se puso cómodo y cerró la puerta de la habitación más espaciosa que tenemos en la primera planta. Transcurrió una hora. Ese maldito avaro no mandó a nadie por comida, así que me acerqué yo, llamé a la puerta varias veces, pero nadie contestó. Salí al jardín y miré hacia su ventana, pero los postigos estaban cerrados. Volví a subir y miré a través del hueco de la cerradura, pero la llave estaba puesta. Se lo dije a Polibio —Océano hizo una pausa para recordar—. Forzamos la puerta y entramos en la habitación. Ario yacía tumbado en la cama, con una segunda boca.

—¿Le habían cortado el cuello?

—De un extremo a otro, señorita. Sus alforjas estaban vacías, el dinero se había esfumado. Ese viejo ladrón estaba tieso como una estaca. Polibio tuvo que llamar a la policía. Entraron aquí, pellizcando el vino y a nuestras sirvientas. Le echaron un vistazo a Ario, y se disponían a arrestar a Polibio cuando entró Popea atropelladamente con un cepillo. La emprendió a golpes con ellos. Hasta yo me asusté. «¡Cabezas de chorlito!», les gritó. «Mi marido...». En realidad, no lo es, ¿me equivoco?

Claudia sacudió la cabeza.

—Bueno, les dijo que su marido tenía testigos: en ningún momento se había aproximado a la habitación. Eso hizo dudar a la policía. Así que se pidieron algo de vino y se sentaron a esperar al oficial. Ya sabes, uno de esos jóvenes que no dan un palo al aire en el ejército. Estaba completamente desconcertado. Ya has visto la habitación. Es como una caja grande: dos entradas, una por la ventana, aunque estaba cerrada, y ya conoces a Ario, la puerta estaba cerrada y con el pestillo echado desde dentro.

—¿Y el dinero ha desaparecido?

—Se ha esfumado.

—¿Cómo sabemos que lo llevaba cuando llegó a la posada?

—Porque cuando entró aquí, el dinero tintineaba en sus alforjas. La policía envió a un jinete a las afueras; Ario había recaudado sus rentas y, como es habitual, trajo aquí su dinero consigo.

—Es un gran misterio, Claudia.

Granio, un joven espigado y con el pelo de punta, se acercó, mostrando unos ojos apretados sobre unos labios burlones. Era el autoproclamado gerente del tío Polibio. Tras él venía su novia, la sirvienta Faustina. Ambos besaron en la mejilla a Claudia, arrastraron unos taburetes y se sentaron frente a ella.

—Ha sido una horrible visión —declaró Granio—. ¿No es cierto, Faustina?

La sirvienta de rostro felino apartó a un lado unos mechones de brillante pelo negro, un gesto que solía realizar cuando quería que los hombres se fijaran en ella.

—Tenía el pecho cubierto de sangre. Parecía como si alguien le hubiese derramado encima una jarra de vino.

—¿Y aún sigue ahí? —preguntó Claudia.

—Sí. La policía dice que es asunto de Polibio, que debe encargarse de sacar de aquí el cuerpo y llevarlo al cementerio. Espero que no se demore demasiado; mañana por la mañana, Ario estará rígido y comenzará a oler.

—Todos hemos subido a verlo —gritó un cliente que había pegado el oído a su conversación—. Polibio nos ha cobrado dinero por ver el cadáver —arrimó la barbilla al pecho y emitió un gruñido—. No es que Ario fuera un tipo bien parecido cuando vivía, pero allí echado, parecía bastante enfadado de que le hubiesen matado.

—¿Y quién no iba a estarlo?

Otros clientes comenzaron a congregarse alrededor de la mesa, incluyendo a Januaria, una muchacha pechugona, muy indulgente con el gladiador Murano.

—Va a participar en los juegos, ¿sabéis? —dijo Januaria con tono soñador—. Sí, en la celebración de la victoria del emperador.

Posó la barbilla sobre el reverso de la mano, como ausente a todo lo que ocurría en la taberna. Claudia sonrió. Januaria siempre estaba enamorada: Murano sustentaba el récord de haber captado y mantenido su atención más tiempo que ningún otro. Januaria llevaba su rubia melena sobre los hombros. Independientemente de las inclemencias del tiempo, siempre llevaba la túnica muy baja. Había aprendido cómo servir, regalando a sus clientes una visión generosa, aunque sin que asomaran sus redondos pechos.

—Ha dicho que si gana —continuó Januaria, mirando dulcemente a Claudia—, se casará conmigo.

—¡Ni lo sueñes! —susurró Océano—. «Hoy contigo, mañana si ti», como dijo Polibio de su cerdo picazo, que se largó corriendo hace tres semanas.

—¡Es frisio, un buen luchador!

Océano suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

—Murano ha luchado seis torneos y ha ganado cinco. La última vez se salvó porque la multitud sintió lástima por él.

—Pero así es la vida —dijo Simón, un desaliñado y despeinado filósofo, reclinándose sobre un taburete, junto al mostrador. Este autoproclamado estoico pasaba casi todo su tiempo en Las Burras, aleccionando a cualquiera lo suficientemente estúpido como para escucharle. Se levantó y caminó arrastrando los pies, reflejando la miseria en su rostro—. Somos como pellejos de vino —comenzó—. Nos damos muchos aires: peores que las moscas, somos, porque, ¡al menos las moscas sirven para algo! ¿Para qué servimos nosotros?

—¡Dinos algo alegre! —gritó Faustina.

Simón el estoico se enjugó los labios.

—Crispín, el panadero, está muerto.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Océano—. Pero si sería capaz de revolcarse

en el estiércol para encontrar una moneda. Y estaba tan caliente que ni el perro de la casa estaba a salvo.

Claudia miró hacia el umbral de la puerta, distraída por el hombre que curioseaba desde allí; una silueta oscura y de forma indeterminada. ¿La habría seguido hasta allí?

Océano siguió la mirada de la chica y se puso en pie.

—Bienvenido, extraño, ¿qué quieres?

—Me he tragado la mitad del polvo de la Vía Apia —dijo el extraño, acercándose y echando hacia atrás la capucha de su toga: era un hombre viejo, con la cara pequeña y arrugada y escondida bajo una maraña de pelo blanco. Miró a Claudia unos instantes y desvió la mirada.

—¿Una copa de vino y un poco de pescado? —dijo, y se situó en una esquina.

—¡Bueno, vamos! —apremió Océano a Januaria—. Sirve a este hombre.

Claudia permitió que la conversación dejara de centrarse en su persona. Simón el estoico estaba en buena forma: comenzó a aleccionar a Faustina acerca de su apariencia física.

—Una chica debe aprender a lucirse lo mejor posible —proclamó—. Tienes la cara ovalada. Por eso, debes peinarte con la raya en medio. Creo que hay unos preciosos tintes rubios de Germania. ¿Los has probado?

Claudia observaba en silencio al extraño. Januaria salió apresuradamente de la cocina, llevando en sus manos una taza y una bandeja, y las dejó sobre la mesa. El hombre se sentó de espaldas a ella: Claudia aguardó unos instantes y, tras excusarse, se dirigió hacia el umbral de la puerta. Cuando volvió, se detuvo en la mesa. El extraño había introducido un dedo en el vino y había dibujado un pez sobre el número IV. Claudia volvió a su taburete. Faustina había hecho acopio de fuerzas y gritaba a Simón el estoico acerca de su consejo no solicitado. Aquel conflicto habría terminado en pelea si no fuera por la mediación de Océano. Januaria comenzó a gemir en voz alta acerca del paradero de Murano.

—No te preocupes por él —declaró Granio, con cierta malicia, entornando los ojos—. Seguramente, estará liado con alguna potranca joven, asegurándose de que sacuda la cabeza y levante las piernas.

—¡Ojalá te largases de aquí! —dijo Januaria, apoyando las manos sobre la mesa.

—¡Ojalá te largaras tú al sitio de donde vienes: algún cubil de Marsella!

—Yo me iré pronto —dijo Granio, guiñando un ojo a Faustina—. ¿No es cierto, querida?

—¿Adónde? —preguntó Claudia, presa de la curiosidad.

—No sé, quizá al norte. Quizá a Milán. A ver algo de mundo.

—Alístate en el ejército —declaró Océano—. Ahí sí que verás mundo, muchacho.

—No, gracias —replicó Granio—. No me atrae nada perseguir entre la niebla a unos bárbaros con el culo al aire.

—¡No sabrías ni empuñar una espada! —replicó cínicamente Januaria—. ¡Ya

tienes bastantes dificultades para manejar tu verga!

—¡No sigas por ahí!

Claudia miró a su alrededor. Popea había entrado en el salón desde el jardín. Sombría, succulenta y jovial como una pequeña ciruela, Popea llevaba su negra melena recogida en un moño, sujeto con un peine de plata. Cuando entró en el comedor, miró a su alrededor. Claudia se levantó y una sonrisa se dibujó en el rostro de Popea, seguido de gritos de satisfacción, abrazos y besos. Simón el estoico, que había subido las escaleras para echar otro vistazo al cadáver de Ario, desapareció entre las sombras.

—¡Me alegro de verte, Claudia! —exclamó Popea mientras la libraba de su abrazo.

—¡Desde luego! —tronó una voz desde la entrada.

Polibio había vuelto. Caminó con aire arrogante, torciendo con una mueca su rostro duro y oscuro. Se limpió el sudor de la calva, estirando los pocos pelos que le rodeaban la coronilla como si de una corona imperial se tratara. Ignoró a los demás en la sala y, por primera vez ese día, Polibio sonrió. Besó y abrazó a su sobrina y, seguidamente, pellizcó uno de los senos de Popea.

—Preguntas, preguntas, preguntas —refunfuñó, haciendo un gesto a los demás para que volvieran a la mesa—. El prefecto de policía es un bastardo cascarrabias. No ha dejado de hacerme la misma pregunta: si yo no he matado y robado a Ario, entonces ¿quién ha sido?

—¿Y qué le has respondido? —preguntó Claudia.

—Le dije a ese necio que yo dirijo una posada con una buena cocina, refectorio y habitaciones limpias. ¡El jefe de policía es él, no yo!

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Popea.

—Saturnino. Le he estado llamando Burrino todo el tiempo. Ese patán ha tardado una hora en darse cuenta de que me estaba burlando de él.

—¿Y bien? —demandó Popea.

—Ahora no —dijo Polibio, poniéndose en pie—. Quiero una copa de vino sin aguar.

Claudia se percató de que el extranjero había desaparecido, dejando su cena a medio terminar. Su tío la hizo levantarse y la observó de la cabeza a los pies.

—Así que una sirvienta en el palacio imperial, ¿no es cierto? —sus labios se movían con desdén, pero mantenía una mirada dulce y tierna. Estiró el brazo y pellizcó a Claudia en una de sus mejillas—. Me alegro de verte —murmuró—. Estaba muy preocupado —continuó ignorando al resto—. Cada vez que te miro me recuerdas a tu madre —dijo, parpadeando rápidamente—. Una chica adorable, Claudia, con una sonrisa que iluminaba mi día. Si tu padre no se hubiese casado con ella... —Polibio se enjugó los labios, perdido en sus propios pensamientos—. He ido a ver la tumba de Félix.

—¡Deja eso ahora! —dijo Claudia, acariciándole su enorme mano peluda—. Ya

tienes suficientes problemas.

Polibio tomó la copa de manos de Océano y bebió un largo trago.

—Pero el negocio va bien, ahora que El Cerdo Grasiento ha ardidido en llamas. ¿Recuerdas a ese viejo pícaro de Casio, el que regentaba esa sucia taberna que estaba a dos callejones de aquí? Era un auténtico timador, capaz de volver blanco el vino tinto y al revés. Bueno, pues estaba cocinando al fuego unos filetes, borracho como uno de los cerdos a los que se parece. Todo el local terminó siendo pasto de las llamas.

Claudia no permitió que desviara su atención.

—¡Ario! —insistió.

—Ah, sí —suspiró—. Lo mejor será que te lo muestre: los demás, quedaos aquí.

Claudia siguió a su tío escaleras arriba. Siempre le había fascinado el edificio. Polibio era el dueño de las tres plantas que daban a la parte delantera: el resto era una conejera, y olía como tal, aunque Polibio mantenía limpia su parte. Las escaleras y paredes estaban bien fregadas, y estaban adornadas con multitud de macetas con flores. Incluso había colocado unos grabados en las paredes.

Polibio había servido también como soldado en el Segundo de Augusta, y había luchado contra germanos y bretones. Claudia conocía poco de su vida anterior, pero le quería tal como lo que era: un hombre que aparentaba ser miserable y seco, pero que, en realidad, era amable y tierno, a excepción de su odio enconado hacia la policía local. Es cierto que Polibio era también un granuja que metía las manos en diversos asuntos. Claudia sospechaba que le gustaba este apartamento porque tenía muchas escaleras, salidas y entradas; haría falta traer a una legión al completo para hacer una inspección minuciosa. Mientras subían las escaleras, Claudia recordaba los suaves golpes en la puerta al final de la noche; las discretas reuniones de Polibio en el salón o en el jardín; carrozas con las ruedas forradas de trapos o paja, entregando cargas secretas a las horas más sorprendentes.

—¿Estás bien, tío? —dijo al llegar al final de la escalera.

Polibio se detuvo un momento, posando la mano sobre el picaporte de la puerta que parecía haber sido forzada. Varios trozos de madera se habían desprendido de la puerta y aparecían amontonadas en el suelo.

—Lo estaba, hasta que este bastardo apareció por aquí. ¡Entra!

La habitación estaba a oscuras, con las ventanas aún cerradas completamente. Claudia podía oler el hedor de la muerte: un olor fétido y desagradable. Sin dejar de susurrar maldiciones, Polibio abrió las ventanas de par en par y encendió las lámparas con un fósforo de azufre. La habitación era como una caja. Contenía algunos muebles: un banco, taburetes, una mesa, una gran palangana de barro y algunas perchas en las paredes. El cuerpo de Ario yacía sobre la cama de la alcoba, cubierto con una gualdrapa.

—¡Contempla a nuestra belleza dormida!

Polibio retiró la manta y acercó la lámpara al cuerpo. Alguien había realizado un

intento patético de conceder algo de dignidad a Ario, estirándole las piernas. Se trataba de un viejo escuálido, de cabellos blancos, bigote entrecano y barba. La barbilla parecía estar hundida en el pecho, dando la impresión de que los miraba con sus ojos medio cerrados. La túnica azul oscura que llevaba estaba empapada de sangre, al igual que las sábanas y las mantas. Claudia lo inspeccionó minuciosamente. Había visto cadáveres en multitud de formas y estados. Se había arrodillado y llorado ante el cuerpo de su hermano. ¿Qué nuevos horrores podían infligirse? La muerte era el final. Un bulto de carne tratada sin piedad.

—Esto es muy extraño —Claudia inspeccionó las desgastadas alforjas situadas a los pies de la cama—. No hay nada en su interior. Porque debía haber llevado varias sacas de monedas, y mira, tío, aunque esté echado en la cama —dijo, golpeando suavemente las botas de piel del difunto—, ni siquiera se las ha quitado.

—Siempre fue un bastardo desconsiderado —gruñó Polibio.

Claudia observó que la capa de Ario estaba aún enganchada a sus hombros; la cadena que la aseguraba aparecía también manchada de sangre. Caminó alrededor de la cama y miró hacia la puerta. El cerrojo estaba forzado, la cerradura destrozada, y la llave permanecía aún en su interior.

—Entonces —preguntó—, ¿Ario subió hasta aquí?

—Sí, Granio le condujo hasta aquí. Mi noble asistente le preguntó si quería algo de comer o de beber. Ario, tan miserable como siempre, se sentó en la cama y dijo que no deseaba nada por el momento, así que Granio se retiró y lo dejó aquí solo. Escuchó como cerraba la puerta y echaba el pestillo.

—¿Era eso lo habitual?

—Desde luego —Polibio señaló hacia una caja de madera de sicómoro con unos cierres especiales—. Ario guardaba ahí cualquier cosa que llevase encima, y cerraba puertas y ventanas.

—Debe de haber comido y bebido otras veces.

—Sí, y pagaba muy bien: en otras ocasiones, le subíamos comida en una bandeja. Cuando terminaba, abría la puerta y nos avisaba con un grito. Granio subía a recoger la bandeja y organizaba la visita de alguna chica. Escucha, ¡Ario no era nada popular! Solo pagaba el precio que se le pedía, y las chicas siempre decían que las hacía trabajar muy duro.

—Pero esta vez fue diferente, ¿no es cierto? —ahora Claudia parecía preocupada. La bravuconería que había mostrado Polibio abajo había desaparecido. Permanecía sentado en un taburete, rascándose el estómago, un gesto que hacía normalmente cuando se sentía muy nervioso.

—Sí, esta vez fue diferente. Granio se retiró. Se encontró a Faustina en lo alto de las escaleras. Ella también escuchó el sonido de la cerradura y del pestillo. Ambos bajaron. Transcurrió el tiempo, la tarde comenzó a caer. Ah sí, creo que este bastardo miserable no pidió nada de comer. Océano subió y llamó a la puerta, sin respuesta. Salió al jardín, pero las contraventanas estaban cerradas, así que vino a avisarme.

Enseguida tuvimos a la mitad del vecindario asomado en las escaleras. Granio trajo un banco de madera. Océano y yo rompimos la puerta. Destrozamos el pestillo y esta es la escena que nos encontramos.

—¿Y qué dijo la policía?

—No tienen ninguna prueba contra mí, ni contra nadie, pero el prefecto me está amenazando con cerrar el local durante un mes, o quizá dos, para poder llevar a cabo una investigación minuciosa.

—¿Y Ario era...?

—Un comerciante de vinos. Salía todos los meses a cobrar sus deudas. Vivía al otro lado de la ciudad. Era soltero. Creo que le gustaba pavonearse por aquí durante dos o tres noches, concederse unos placeres, y continuar con su vida miserable. Haría cualquier cosa —gimió Polibio—. No estoy muy seguro de que el prefecto quiera aceptar un soborno, pero si me cierran, Claudia, será una fatalidad peor que la misma muerte. Ojalá hubiera seguido el consejo de Popea —continuó, perdido en su propia retahíla de lamentos—. Me advirtió que comprase una barba de lobo y que la colgase del pomo de la puerta, para espantar a la mala suerte.

Claudia le escuchaba a medias, mientras caminaba alrededor de la cama. El colchón de paja estaba recubierto por una sábana. Se percató de que estaba metida bajo el colchón por una esquina. La levantó, dejando al descubierto unas deslucidas planchas amarillas de pergamino. Las sacó de la cama y las desenrolló.

—A nadie se le ha ocurrido mirar ahí —dijo Polibio—. ¿Qué es eso?

Claudia trató de ocultar sus nervios. El pergamino era de mala calidad, bastante grasiento. En el encabezado aparecían los signos cristianos: el *ji* (*X*) y el *rho* (*P*). Más abajo, garabateados en tinta roja oscura, como si se tratara de sangre, las letras *In hoc signo occides*.

—¿Qué es todo esto?

Polibio se lo arrebató de las manos.

—¡Mierda! Es algo relacionado con los cristianos, ¿no es cierto? Reconozco esos signos. Últimamente, aparecen por todos los rincones de Roma.

—Creo que debería llevármelos —dijo Claudia.

—¡Debería dárselos a la policía!

—Creo que no —replicó Claudia—. Los llevaba encima Ario. El prefecto podría decir que te pertenecían a ti.

Polibio estaba muy alterado.

—Será mejor que me los lleve yo —repitió Claudia, tratando de tranquilizarle—. Si encontrasen todo esto en tus manos, se te podría acusar de algo mucho más serio.

Polibio comenzó a recorrer nerviosamente la habitación y cerró la puerta. Se giró y apoyó la espalda contra ella.

—¿A qué te refieres, Claudia?

—Hay un nuevo emperador en Roma; los rumores de taberna dicen que los cristianos van a ser tolerados.

Polibio se dirigió hacia ella y la sujetó por los hombros.

—¿Cómo sabes todo esto? Mírate, Claudia, con tu pelo corto, tu cara pálida y esos ojos. No eres más que una niña. Y a veces, actúas como si fueses mucho mayor de lo que realmente eres. Te he estado mirando antes, en el salón: observando y escuchando. Nunca hablas acerca de lo que haces. De aquí para allá, siempre ocupada —Polibio asió su rostro con sus enormes y callosas manos—. Siento mucho lo de Félix. Siempre cuidó de su tumba. Siento mucho lo que te sucedió. ¡Jamás debí haberte permitido ir allí!

—No fue culpa tuya —dijo Claudia, apartando sus manos con delicadeza.

—Pero no lo has olvidado, ¿verdad?

—No, tío. Un día encontraré al hombre que me atacó y que mató a Félix.

El rostro de Claudia estaba tan pálido, y sus ojos negros brillaban tan intensamente, que Polibio llegó a preguntarse si había perdido la razón.

—Lo atraparé y lo mataré, tío.

—Silencio, chiquilla. No digas esas cosas. ¿Por qué no vuelves aquí? Tú podrías hacerte cargo de este local por mí. Mi hermano te dio la mejor educación posible. Estaba muy orgulloso de ti. «Escucha a mi Claudia», decía. «Virgilio, Cicerón,...». ¿Recuerdas el día, debías tener unos doce años, en que te pusiste en pie sobre una mesa, en el salón, y recitaste de memoria la primera parte del discurso *Pro Milone*, de Cicerón, seguido de la descripción de Virgilio de la huida de Troya de Eneas? —continuó, esbozando una sonrisa—. Ninguno de esos patanes tenía la más mínima idea de qué estabas narrando, pero se quedaron impresionados, y yo me sentí orgulloso. Después, saliste de gira con aquellos actores itinerantes. ¡Ojalá ese estúpido borracho no hubiese venido nunca aquí!

—Valeriano dijo que yo era una actriz nata.

—Lo sé —gruñó su tío—. Te he visto imitar a algunos de nuestros clientes. ¿Qué más cosas eres, Claudia? No soy estúpido. Te deslizas entre las sombras, haces recados en los palacios. No eres una informadora, pues la policía no me habría dejado respirar —dijo, mirándola con expresión triste—. Estoy muy preocupado.

—Y yo estoy preocupada por ti —añadió Claudia—. ¡*Carpe diem*, tío, *Carpe diem*! ¡Vive cada día! —Claudia cogió el trozo de pergamino y se lo mostró—. De esto me ocupo yo. ¿Vas a retirar el cadáver?

—Mañana por la mañana.

Claudia se levantó y caminó hacia la puerta. Las bisagras estaban dañadas, y la rudimentaria cerradura estaba tan destrozada que se veía claramente la rueda que albergaba el compartimento de la llave.

—Paso por paso —murmuró Claudia—. Vamos, tío. Muéstrame mi habitación.

## Capítulo 4

«Deja el resto a los dioses».  
Horacio, *Odas*, I. 9

Claudia yacía tumbada en la cama, mirando al techo. Desde la cocina, en la planta de abajo, subían gritos y risas, y el sonido de una pandereta, lo que significaba que Januaria se preparaba para bailar. Su habitación era muy simple. Miró la pared que tenía enfrente, donde antiguos inquilinos habían dejado multitud de mensajes grabados:

*«Teofania es una buena yegua».*  
*«Pornus tiene una boca prodigiosa».*  
*«Quaestus es una herramienta pública».*  
*«Olvida la república, céntrate en lo púbico».*

Algo más abajo encontró una cita más culta, de Virgilio:

*«Quedaron silenciados, cada uno de esos hombres».*

Claudia cogió aire y se tapó la nariz, tratando de evitar el olor a coles hervidas. Observó cómo oscilaba la llama de la lámpara de aceite, estimulada por la brisa que penetraba a través de las contraventanas. No dejaba de recordar el rostro de Polibio y sintió una punzada de dolor ante su propia pérdida. Mamá se había ido, papá estaba muerto, y además, el pobre Félix. Decían que era como su sombra: allá donde fuera, la seguía siempre Félix. Se culpaba a sí misma de su muerte. Habían ido hasta los barrios bajos, junto al Tíber, a remover los lodos en busca de objetos de valor, una moneda, un anillo. A Félix le encantaba hacerlo. ¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Más de un año? Aquella terrible silueta saliendo de entre las sombras. La vida de Félix, extinguiéndose como una vela. Su asesino que se abalanzaba sobre ella, presionándole el cuello con una navaja. Claudia siempre recordaría su olor: incienso, aceite y vino. Llevaba oculto el rostro con algún tipo de máscara, pero alcanzó a ver el cáliz tatuado sobre su muñeca. Había oído hablar de ataques similares por aquella zona.

Los días que siguieron habían sido una pesadilla. Jamás lloraba, pero se echaba junto al ataúd de Félix y dormía con él, como solía hacer cuando estaba vivo. Después, todo cambió. Valeriano entró en la taberna con aire arrogante; se subió en una mesa y comenzó a recitar extractos de una obra de Terencio. Le preguntó su

edad, le acarició los pechos y soltó una risotada cuando Claudia le imitó. Con tal precisión, tal exactitud, o al menos, eso le dijo más tarde, que decidió ofrecerle un trabajo. Polibio montó en cólera, pero ella terminó marchándose con Valeriano y su compañía, a recorrer los caminos de Italia durante meses, ajenos al avance de los ejércitos, a la conmoción del imperio. En Milán, el clérigo Anastasio la observó detenidamente durante su interpretación de una pieza de Proteo. Usó el lenguaje de signos para hacerse entender, y fue así como todo empezó.

Claudia se giró sobre su lecho. Valeriano solía beber demasiado. Se declaró en bancarrota en Roma, a finales del verano; a los pocos días, Anastasio visitó la taberna. Se comunicaba con fluidez, moviendo los dedos en rápidos movimientos. A la tarde siguiente, se encontró con él en las afueras de Roma y se adentró más y más profundamente en su mundo. La reclutaron al servicio de la casa de Llena en Milán, y permaneció con Constantino durante su marcha rumbo al sur.

Claudia había actuado de espía y de informadora. Se jactaba de que tan solo traicionaba a los traidores. Anastasio le hizo una promesa solemne. No simplemente dinero, que depositaría en manos de los banqueros, sino, algún día, la vida de su asaltante.

Claudia escuchó una risotada: Océano recitaba a viva voz unos burdos ripios de una canción. ¿Y todo este asunto? Se preguntó Claudia. ¿El asesinato de las cortesanas? ¿Qué importaba si el emperador quería satisfacer sus apetitos? Pero ¿por qué matarlas? ¿Para mancillar su nombre? Quizá. Debe haber otras piezas en este rompecabezas. Claudia se quedó dormida preguntándose de qué se hablaría a la mañana siguiente en las oscuras catacumbas.

Se levantó temprano, tras el amanecer. Se aseó y se vistió con una túnica azul nueva que Popea debía haber traído a la habitación durante la noche. Seguidamente, se calzó unas sandalias, cogió su bastón y bajó las escaleras. La taberna estaba aún tranquila. En las calles, todo era ruido y agitación: el sonido metálico de martillos, la algarabía de los chiquillos correteando hacia la escuela, el serpenteo de los clientes adinerados encaminándose hacia las mansiones de sus ricos patrones, el ir y venir de los siervos. A lo largo de las calles, una legión de esclavos, armados con escobas de tamarisco, brezo, o mirto, retiraban el serrín de los escalones, y lo apilaban después en pequeños montones. Dos borrachos caminaban tambaleándose, pestañeando con fuerza ante la luz del sol. Las contraventanas comenzaban a retirarse de las tiendas, los puestos se llenaban de género, los braseros humeaban entre el frío aire de la mañana y los barberos se ocupaban ya de sus clientes más madrugadores.

Claudia no dejaba de mirar hacia los pisos superiores de las estrechas callejuelas: era la hora de las palanganas, en la que todo tipo de porquería e inmundicia se arrojaba a las calles antes de que los *Vigiles* comenzaran su ronda. Claudia se encontró pronto fuera de la zona que tan bien conocía, y se internó en el mercado. En las columnatas bullía la actividad: zapateros y mercaderes de telas, vendedores de copas de cobre, puestos de salchichas calientes, chicos que ofrecían pan y pasteles,

mujeres que portaban cestos repletos de frutas y verduras, escribas que ofrecían plumas y pergamino. Los puestos estaban cargados de dátiles fritos, pasteles de carne y pequeños cuencos de estofado. Los vendedores de vino gritaban que su producto era el de mejor calidad. Cuanto más se internaba Claudia en la ciudad, más se incrementaba el bullicio. Matronas sentadas en sus sillas, un hombre gordo sentando en una carretilla, de la que tiraban esforzadamente sus dos hijos. Unos oficiales de alto rango se apoltronaban sobre sus literas, leyendo algunos pergaminos, o apremiando a sus esclavos para que encontrasen un camino más rápido entre la multitud.

Claudia continuó corriendo en dirección sur, en contra de la corriente de tráfico que penetraba en la ciudad desde la periferia. Los mendigos se apiñaban como moscas, los chapuceros caminaban de un lado para otro, buscando trabajo. La joven sujetaba con firmeza su bolsa, que llevaba atada alrededor de su cintura con un cordel. Se paró en un puesto a comprar pan, dátiles y vino aguado. Claudia continuó estudiando minuciosamente a la multitud, mientras comía y bebía apresuradamente. Aligeró aún más el paso. Se detuvo justo antes de alcanzar la calle principal que bajaba hasta la Puerta Apia, se compró una salchicha condimentada y se sentó en los escalones de un templo. Se comió su salchicha caliente, mirando a su alrededor de vez en cuando, tratando de localizar algún rostro que hubiese visto antes. Un borracho se acercó tambaleando y le levantó el dobladillo de la túnica. Claudia levantó el bastón y le golpeó juguetonamente en el estómago.

—¡Momento inapropiado, lugar inapropiado y mujer inapropiada! —dijo con aspereza.

El borracho se tambaleó. Claudia podía comprobar que no estaba actuando.

—Márchate a casa —murmuró—, y duérmela.

Se levantó, se lo quitó de encima de un empujón y caminó hasta las puertas de la ciudad, donde unos celadores, vestidos con túnicas rojas y cascos y escudos azules, holgazaneaban en la garita de la guardia, hurgándose los dientes con un palillo y siseando a las chicas. Claudia aligeró el paso. Al principio, tuvo que detenerse; en este punto se amontonaban las carretas, que aprovechaban para descargar sus productos para que los esclavos los transportasen hasta los numerosos mercados. Finalmente, consiguió abrirse paso entre ellos. El camino comenzó a despejarse según se iba aproximando al gran cementerio, la ciudad de los muertos, que se extendía más allá de donde el ojo alcanzaba a ver, a ambos lados de la Vía Apia: mausoleos, estatuas, lápidas simples, una auténtica necrópolis.

Claudia se adentró en él, siguiendo un camino que serpenteaba entre los túmulos funerarios, el menguado esplendor de las tumbas de los patricios, las burdas imitaciones de aquellos menos acaudalados. Cuanto más se introducía en el camposanto, más se apreciaba el silencio, roto ocasionalmente por la llamada de alguna ave, o el correteo de algún animal entre la hierba. La primavera acaba de entrar; el sol brillaba ya con fuerza, pero la brisa se mantendría fresca hasta el

mediodía. Claudia se detuvo y se apoyó en su bastón para subir a lo alto de un túmulo y mirar atrás, hacia el camino que acababa de recorrer: nadie. En la distancia se distinguía la aglomeración de viajeros que transcurrían por la Vía Apia, pero se encontraba sola; nadie la había seguido hasta el cementerio.

Claudia volvió a bajar y siguió el camino hasta un descampado. Incluso bañado por la luz del sol parecía adusto y desolado. Este lugar se había usado en una ocasión como campo de ejecución. Aquí, según aseguraba la leyenda, el oficial cristiano Sebastián murió acribillado a flechazos. En la distancia, distinguió la tumba en ruinas, la entrada a las catacumbas que había bajo la superficie. Claudia siempre se sentía intranquila aquí. Una noche, que había venido hasta aquí se tropezó, por casualidad, con dos ancianas horribles, descalzas y con el pelo enmarañado, con una palidez mortecina en sus rostros embadurnados de pintura blanca. Envolvían sus cuerpos en sábanas negras, y cantaban sus hechizos con aullidos lastimeros. Claudia permaneció escondida. La brujería era un fenómeno bastante común en Roma, y, por esa razón, no era usual que la convocasen durante la noche. Este sitio era frecuentado por magos, que invocaban a las sombras de la noche, para cuartear la tierra con sus uñas y verter en sus improvisadas zanjas la sangre de un cordero negro, o de cualquier otro animal. Aquella noche en particular, Claudia tuvo que esperar hasta que las ancianas terminasen su rito, o a que cayeran al suelo extenuadas.

El descampado se encontraba vacío ahora, aunque podía distinguir algunos puntos en los que se habían encendido hogueras nocturnas. Se movió con precaución. Algo que había en la hierba llamó su atención: las plumas de un gallo negro, y junto a ellas, unos huesos blanquecinos. Claudia cerró los ojos, hizo la señal de defensa contra el Maligno, y llegó hasta la tumba. Se agachó y entró en su interior, poniendo mucho cuidado, pues con cada paso se internaba más y más en la oscuridad. Siguió bajando unos pasos más y se detuvo, tratando de distinguir algo en la oscuridad. No había señal de luz alguna. Debía de ser la primera. Claudia tanteó la pared con cuidado al llegar al último escalón. Suspiró aliviada cuando sus dedos tocaron la lámpara de aceite y los fósforos de azufre. Encendió la lámpara con manos temblorosas y miró a su alrededor. Las catacumbas habían sido excavadas en la roca porosa que rodeaba la ciudad de Roma. En un principio, fueron tumbas para los pobres, pero los cristianos se introdujeron en ellas para usarlas como escondite, cementerio, e incluso, lugar de adoración. Los hombres, mujeres y niños que habían tenido una muerte cruel en la arena se traían aquí en secreto por la noche, para darles sepultura. Algunos de ellos tenían incluso la reputación de ser lo que los cristianos denominaban santos: que, debido a los sufrimientos padecidos, pasaban directamente al Paraíso. A pesar de todo esto, Claudia recordaba las historias de terror que le contaba su madre cuando niña: del *Mormo*, una espeluznante mujer con patas de burro, o del *Lamia*, un espíritu de fauces sangrientas, que merodeaba por las noches en busca de niños a los que devorar. Las estrechas catacumbas, escasamente iluminadas, frías y húmedas, eran un lugar apropiado para tales pesadillas.

Claudia, lámpara en mano, siguió adentrándose en la oscuridad, deteniéndose de vez en cuando para encender otras que encontraba dispersas. Seguía las marcas grabadas en las paredes, unas flechas con forma de peces. Las catacumbas eran peligrosas; era fácil entrar en ellas, pero si se perdiese en su laberinto de pasadizos, aquello podría suponer su enterramiento en vida. Cada pocos pasos, se detenía y se aseguraba de que iba en la dirección correcta.

Finalmente, el pasadizo se ensanchó y se abrió en una pequeña cueva. Observó el banco de mármol, robado de uno de los mausoleos que había bajo la tumba de la mártir Filomena.

Claudia caminó hacia el banco y se sentó en él. A su derecha se abría otro túnel. La habían instruido con precisión: en caso de peligro, este túnel la conduciría al exterior, atravesando el cementerio. Claudia sonrió para sus adentros. ¿Qué peligro? Ella no era cristiana. Y, si fuera ese el caso, los cristianos no tenían nada que temer en la Roma de Constantino. Le habían dicho que estuviese aquí a las cuatro, y calculaba que había llegado a la hora acordada. Para calmar su agitación, se puso en pie y caminó a su alrededor, observando las tumbas y sus variadas inscripciones. Escuchó un ruido, unas pisadas en el pasadizo. Apagó el candil y permaneció inmóvil en una esquina, vigilando la entrada. Apareció una figura. Claudia suspiró aliviada cuando el sacerdote Silvestre penetró en la antecámara, con una lámpara en la mano.

—¿Estás aquí, Claudia?

—Estoy aquí.

Claudia avanzó a su encuentro. Reavivó su lámpara, mientras Silvestre encendía otras más situadas en nichos excavados en la pared. Ambos se sentaron en el banco.

—¿Por qué aquí? —preguntó la joven—. Odio estos lugares. Tú no tienes nada que temer.

—Tengo todo que temer —replicó Silvestre con aspereza—. Constantino nos ha prometido muchas cosas, pero ¿respetará su palabra? No deberías temer a los muertos, Claudia. Ellos están con Dios. Son los vivos los que suponen una amenaza. No quiero hacerte perder el tiempo —se giró para situarse cara a cara frente a ella—. Dicen que eres como tu madre, Claudia, excepto por tus ojos. ¡Yo siempre veo en ellos a tu padre!

—¿Cómo era él? Apenas lo recuerdo. Un hombre embutido en una túnica, con el pelo muy corto y mirada sagaz.

—Siempre haces la misma pregunta, Claudia. Y siempre te doy la misma respuesta. Julio era uno de los nuestros. Un buen soldado. Comandaba las tropas auxiliares del Tercer Regimiento Pannoniano. Un hombre decente, que estaría muy orgulloso de ti, aunque no hayas aceptado el bautismo.

—No tengo ninguna dificultad en aceptar a vuestro Dios —replicó Claudia—, como concepto. Me preocupa más que permita que algún borracho acaudalado mate a un niño y viole a una chiquilla.

—No tengo novedades sobre aquello —replicó Silvestre—. ¿Crees que tu

asaltante era cristiano?

Claudia asintió con la cabeza.

—Pues no lo era. ¿Quizá un soldado? ¿Un sacerdote consagrado al rito dionisiaco?

—¿Qué grupo de sacerdotes es ese?

Silvestre respondió con una media sonrisa.

—A mi entender, Claudia, todos son bastante parecidos. Dionisios, Afrodita, Baco. Existen auténticas hordas, y todos comparten su apoyo a Majencio. Pero sí, puede que este canalla esté en Roma, escondido. Puede que se haya hecho cristiano o que, incluso, se haya marchado hacia el este, con Licinio. El tiempo lo dirá. Quisiera aconsejarte —añadió— que depositases tu confianza en Dios. Pero tú no tienes Dios, ¿no es cierto, Claudia?

—¡Mira a tu alrededor, sacerdote! —exclamó Claudia—. Lllaman a esto la ciudad de los muertos. ¿Volverán todos ellos a la vida? ¿Resucitarán?

Silvestre agachó la cabeza.

—En su momento, Claudia. Pase lo que pase, tienes mi palabra en lo relacionado con el hombre del cáliz tatuado en la muñeca...

—Pero no hemos venido hoy aquí por eso.

—No, tienes razón.

Silvestre apoyó las manos sobre sus muslos y se inclinó hacia delante, como si estuviese hablando solo.

—Este es el principio de una nueva era para la iglesia cristiana, Claudia. No habrá más persecuciones, proscripciones, muertes violentas en el anfiteatro. En el este, Licinio se agrupa en Nicodemia y conspira; el resto del mundo observa. Hay asuntos pendientes por concluir. Constantino, o Licinio, emergerá como el único señor del mundo romano. Nosotros rezamos porque Constantino resulte victorioso. Nos ha otorgado una posición favorable. Consideramos a su madre como uno de nuestros aliados más poderosos.

—¿Y el asesinato de las cortesanas pone en riesgo todo eso?

—Sí, proceden de la casa de Domatilla. Se llaman a sí mismas el Gremio, o La Casa de Afrodita. Son chicas de familias de alto rango, con amigos muy influyentes.

—Pero no son las únicas cortesanas que hay en Roma.

—No, no lo son. Constantino ha tomado amigas de otras casas y nada les ha ocurrido.

—¿Y qué le hizo inclinarse por las de Domatilla?

—Es amiga de la Augusta Elena. Es una buena forma de que la madre de Constantino pueda mantener vigilado a su chico. Hasta ahora —continuó irónicamente—, la moral personal del emperador no había sido asunto de nuestra incumbencia; pero ahora lo es. Ya ha habido tres asesinatos, posiblemente cuatro.

—¿Otro más?

—Es lo que nos dicen nuestros espías en el palacio imperial. Una chica llamada

Sabina entró allí la pasada noche, y la encontraron muerta más tarde, con cruces sangrientas grabadas en su frente y mejillas. También dejaron un defixio junto al cadáver.

—¿Una maldición solemne?

—Sí, Claudia, una maldición solemne. Es cierto —dijo Silvestre, agitando una mano— esas muertes no son atribuibles a nuestro emperador. Pero crean inquietud, desasosiego y ofenden las susceptibilidades de la gente. Todos dicen que los antiguos días siniestros han acabado, que Roma no volverá jamás a someterse al mandato de un Nerón, Diocleciano, Calígula, o de un Elegalbo.

—¿Las cruces sangrientas han traído el descrédito también a vuestra fe?

—Así es, Claudia. En algunos lugares, aún se considera a la cristiandad como un movimiento desviado y sediento de sangre, cuyo auténtico propósito se mantiene oculto bajo un manto de secreto. La gente podría pensar que esos asesinatos prueban que ni Constantino ni la cristiandad son dignos de confianza.

Claudia le habló del asesinato acaecido en Las Burras, y de los pergaminos que allí encontró.

—Bueno, eso al menos prueba algo —dijo Silvestre, dándose unos golpecitos en la sandalia—. El objetivo de esos asesinatos es crear incertidumbre e inquietud, y avivar las habladurías contra Constantino y contra nosotros. Ario era un mercader de vinos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Puede que el asesino haya trabajado para algún agente de Licinio —explicó Silvestre—; alguien cercano a Constantino, que intenta desacreditarnos a nosotros y al emperador con esos asesinatos.

—Entonces, ¿Licinio está detrás de esto?

—Sí, Licinio y un traidor en la corte de Constantino.

—Pero no puedo imaginarme tal cosa —replicó Claudia—. Cada vez que asesinan a una prostituta, el asesino arriesga su propia vida. ¿Matar a una mujer como Sabina en pleno corazón del palacio real...?

Silvestre sacudió la cabeza.

—Piensa en Licinio como en el centro de una rueda. Se encuentra en Nicodemia, deseando sembrar el desconcierto en torno a la figura de Constantino; sus agentes en Roma son los radios de esa rueda.

—¿Y la circunferencia de la rueda? —preguntó Claudia.

—El mismo asesino, alguien cercano a Constantino.

—Pero no has respondido a mi pregunta. Si fue Bessus, el chambelán, o incluso la propia madre de Constantino, sorprendida junto al cuerpo de la cortesana, con la navaja en la mano...

—Las muertes podrían haber sido bastante fáciles —replicó Silvestre—. Una murió tras abandonar los baños, la segunda, en el atrio de una casa en el Esquilmo, la tercera, en unos jardines públicos, y la cuarta, en el mismo palacio. Ahora, las

cortesanas viven sus vidas. Guardan secretos; es parte de su especialidad, la discreción. Así que, si un patricio poderoso quiere satisfacer sus apetitos, deberá encontrarse con la mujer que elija en un lugar que esté a salvo de miradas indiscretas.

—¿Entonces? —preguntó Claudia.

—El asesino puede ser la misma persona que invita a la cortesana. O, más probable aún, acecha a su víctima hasta que está listo para golpear —suspiró Silvestre—. Aunque debo admitir que el asesinato de anoche ha debido de ser mucho más difícil de llevar a cabo que ningún otro —Silvestre hizo una pausa y trató de captar algún sonido desde las sombras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claudia.

—Nada, creí haber escuchado algo. Podría ser cualquier cosa —se llevó un dedo a los labios, quedándose inmóvil—. ¿Has oído hablar del Sicario?

—Chismes y habladorías. El nombre significa «hombre-daga», ¿no es cierto?

—Sí, es también el nombre de un asesino profesional: un hombre que acepta un contrato para perpetrar asesinatos.

—Pero Roma está llena de ellos. Hay tantos asesinos como ratas en las alcantarillas.

—No, este hombre o mujer, quienquiera que sea el Sicario, es especial. Quieres que se cometa un asesinato y está hecho.

—¿Cómo?

—No lo sé —dijo Silvestre, negando con la cabeza—. Hay una taberna cerca del Tíber llamada El Caballo de Troya. Es mezquina, miserable y llena de recovecos. Su dueña es una bruja, una envenenadora, una matrona de putas, de nombre Locusta. Es retorcida y malvada. Lo único que sé es que el Sicario demanda una fuerte suma. Cuando le contratan, el nombre de la futura víctima se negocia en esa taberna.

—Entonces, ¿por qué no la cierran las autoridades?

—Primero, no tienen pruebas suficientes. Segundo, ¿por qué iban a cerrar las autoridades algo que, probablemente, ellos mismos hayan usado? Finalmente, si la policía entrase allí, tan solo capturaría la jaula y no al pájaro.

—Entonces, ¿me estás diciendo que Locusta recibe el nombre de la víctima y se lo transmite al Sicario?

—Eso parece, y sería muy difícil atraparlo. Es como si yo fuese allí y diese tu nombre —Silvestre le pellizcó el brazo en broma—. Probablemente, no lo aceptaría. En realidad, me estaría poniendo en peligro. Él querría saber quién soy y de dónde vengo. Se han dado casos en los que el Sicario ha llevado a cabo ejecuciones privadas contra aquellos que le han importunado.

—Pero el emperador o la Augusta podrían intervenir, usando la fuerza o el soborno.

—Es posible, ¿pero tendrían éxito? Una alimaña como el Sicario acepta una tarea y trabaja para un señor. Si está comprometido, el asesino olería la trampa.

—¿Y crees que este Sicario ha matado a las prostitutas?

—Probablemente.

—¿Qué pruebas tienes?

Silvestre se puso en pie y se desperezó.

—¿Qué es lo que te ha contado la emperatriz Elena? —preguntó.

—No mucho más de lo que me has contado tú.

—Sabemos —dijo Silvestre con una sonrisa— que, hace cinco años, el Sicario recibió el encargo de rastrear y matar a uno de nuestros patriarcas. Tuvo éxito, y el Sicario dejó su propia marca individual: una moneda en la mano del muerto. Un chiste macabro, para que su víctima pueda pagar a Caronte, el dios del Ultramundo, cuando cruce el río Styx.

—¿Y esas mismas monedas se han hallado en las manos de las cortesanas?

—En realidad, en las dos primeras, pero después dejó de hacerlo, o se perdieron las monedas.

—¿Y todas las víctimas eran de la misma casa? ¿No podría ser que el asesino tuviese alguna cuenta pendiente con Domatilla? Y en ese caso, ¿por qué no abandona Roma?

—Según los rumores —replicó Silvestre—, pretendía hacerlo, pero la mismísima Augusta en persona se lo prohibió. Aparentemente, Elena adujo que parecería que Domatilla ya no confiaba en su emperador; eso podría causar una protesta generalizada y atraería aún más la atención hacia los asesinatos.

—¿Podría ser Domatilla la responsable?

—¿La Domatilla hedonista y amante de los placeres? Lo dudo mucho. Ella vive para su leche perfumada, sábanas de seda, cotilleos y el auspicio de los poderosos y famosos —dijo Silvestre, frotándose las manos—. Es propietaria de una opulenta villa con grandes jardines, cerca del Esquilino. Durante la guerra civil, mientras Constantino marchaba sobre Roma, Domatilla, junto con Lucio Rufino, era la adepta más poderosa de Constantino. Cuando la situación entró en crisis, Majencio y su esbirro Severio comenzaron su ofensiva. Domatilla y sus chicas abandonaron Roma. Tomaron un barco hasta Ostia, y desde allí a Milán. Severio se apoderó de la villa de Domatilla. Primero, por su opulencia; segundo, para hacerse con cualquier tesoro que Domatilla hubiese dejado atrás; y tercero, para registrar la villa en busca de cualquier documento importante que pudiera albergar.

—¿Y qué ocurrió con Severio?

—Bueno, como ya sabes, Constantino aplastó a los ejércitos de Majencio en el Puente Milviano y entró en Roma. Severio, como todos los demás, decidió cambiarse de bando. Sin embargo, una tarde recibió la visita de una joven. Cuando sus siervos fueron a despertarle a su alcoba, Severio estaba muerto, con una daga que atravesaba su corazón, y no hallaron resto alguno de la joven. Constantino hizo su entrada en Roma, llevando consigo la cabeza de Majencio, Domatilla decidió volver, y todo fue dulzura y alegría, hasta que comenzaron estos asesinatos.

Claudia miraba fijamente la luz parpadeante del candil que Silvestre había

depositado en el suelo. Debía evaluar la situación, preguntarse si aquello no era demasiado peligroso para ella. Silvestre tenía razón. Había un trasfondo mucho mayor en todo esto que el asesinato de varias jóvenes. Claudia se maravillaba en silencio de la gran cantidad de información que manejaba este poderoso sacerdote cristiano. No era extraño que Constantino y Elena mostrasen su favor hacia una organización con semejante legión de espías e informadores desplegados a lo largo de la ciudad y el imperio.

—¿En qué piensas, Claudia?

—¿Y sí —replicó lentamente Claudia— esos asesinatos no tuviesen relación con Licinio? Desde luego, le agradecería mucho oír hablar de ellos, y se dispondría a pescar en aguas turbulentas. Pero ¿y si Constantino tiene un enemigo secreto, un hombre, una mujer, o un grupo, que le guarda un feroz rencor? ¿Quién podría estar interesado en tomar posesión del imperio? No, no —dijo, sacudiendo la cabeza—, eso carece de sentido. Constantino controla al ejército, las tropas le adoran. Pero ¿y si —dijo, continuando con sus especulaciones— los asesinatos no tuvieran relación alguna con Constantino y más con Domatilla y su villa? Sí —siguió, con creciente excitación—, ¿y si Severio hubiese dejado algo oculto allí?

—¿Qué te hace decir eso?

—¿Y si alguien está interesado en ver a Domatilla fuera de Roma? ¿Y si tratan de asustarla; ya sea porque sepa algo, o porque su villa esconda algo que quiera el asesino?

—Entiendo —dijo Silvestre, esbozando una sonrisa—. Eso tiene sentido. Explica la mala imagen que pretende darse de la familia imperial y de nuestra iglesia. Podría ser...

—Es como una atracción secundaria en un circo —añadió Claudia—. Después de todo, son Domatilla y sus chicas las que han sido castigadas, y no el emperador.

—¿Y el asesino?

—Alguien que tiene algo que ocultar, y que desprecia intensamente a Constantino. Este asesino es el director de escena; el Sicario es su agente, el que organiza y amenaza a la gente, como a Ario, el comerciante muerto, para que introduzcan pergaminos y octavillas en la ciudad y las distribuyan.

—Sí, eso tendría lógica.

—Lo que me lleva a pensar en una muerte —declaró Claudia— a la que a nadie parece preocupar. La chica Fortunata, que fue asesinada, y posteriormente, colgada de un gancho de carne, en el palacio imperial. Estos días, los pasillos de mármol del Palatino están abarrotados de informadores y de espías. Los siervos se muestran dispuestos a vender la información que recopilan. Así que, ¿por qué centrarse en una chica en concreto, a menos que supiese algo? ¿Pero qué?

—Eso deberás averiguarlo tú —replicó Silvestre—. Queremos que cesen esos asesinatos, y que el autor sea desenmascarado. Si consigues hacerlo, Claudia —dijo, sonriendo con picardía—, no solo conseguirías el favor del emperador y de su

Augusta madre, sino también la protección personal del obispo de Roma.

—¿Y el hombre con el cáliz en la muñeca?

Silvestre se puso en pie.

—Si haces eso, Claudia, no habrá sitio donde pueda esconderse. Si está vivo, encontrarás justicia y venganza. Ahora debo dejarte. Creo que vas a trasladarte al servicio de la casa del emperador. Cuando lo hagas, busca a una chica llamada Livonia, pregúntale por Fortunata; quizá pueda serte de ayuda.

El sacerdote se detuvo a la entrada del pasadizo y le hizo la señal de la cruz.

—Ve tras de mí, dentro de unos instantes.

Y se marchó.

Claudia se sentó y aguardó, tan embebida en sus propios pensamientos que sintió el peso de los párpados. Cuando despertó, se preguntó inmediatamente si se trataba simplemente del frío de este oscuro lugar, o si había escuchado un ruido.

## Capítulo 5

«Todo en Roma tiene un precio».

Juvenal, *Sátiras*, I

Claudia se puso en pie y agarró su bolsa y su bastón. Se internó en el pasadizo y se detuvo, paralizada por el miedo. Las catacumbas eran un lugar laberíntico y vacío. Silvestre y ella seguían siempre el mismo ritual al despedirse. Él se marchaba primero, ella le seguía, apagando una tras otra las lámparas de aceite. Ahora todas se encontraban apagadas, la que tenía a su lado y las que había distribuidas a lo largo del pasillo. Silvestre jamás habría hecho tal cosa. Había alguien más allí, un intruso que aguarda en las sombras con una daga o un garrote. Claudia recordó un incidente en los alrededores del campamento de Constantino, un mes antes. Siguiendo órdenes de Anastasio, Claudia se había marchado a reunirse con un espía del ejército de Majencio. Según la había informado el sacerdote imperial, nadie se percataría de la presencia de una ratoncita, una chica del servicio dispuesta a satisfacer a su chico, que tendría la mala suerte de estar de servicio. Aquella noche, las cosas no salieron así. Habían descubierto al espía y lo habían ejecutado. Un asesino a sueldo aguardaba en su lugar. No hizo la señal acordada de antemano. En este momento, Claudia sentía el mismo pellizco en el estómago que experimentó entonces, en esa fría noche de octubre. La muerte la acechaba: alguien la había seguido hasta las catacumbas. Seguramente, no se habría atrevido a atacar a Silvestre, ¿pero a una chica del servicio? Claudia avanzó despacio.

—¿Quién anda ahí? —gritó con aspereza.

—¡Claudia! —la respuesta fue suave y con voz ronca—. ¡Claudia, ven aquí!

Claudia retrocedió unos pasos.

—¿Quieres que juguemos al ratón y el gato? —dijo la voz, con tono burlón—. ¿Al escondite, entre las tumbas? ¿Debo perseguir a mi pequeña ratoncita? Observa las paredes, Claudia, llenas de recovecos. Dejaré tu cuerpo entre los fieles difuntos y nadie lo descubrirá jamás.

Claudia se puso tensa; la voz se aproximaba. ¿Perteneecía a un hombre, o una mujer? ¿Joven, o viejo? Se restregó las manos en su túnica azul oscuro y gritó una palabrota; es lo mejor que se le ocurrió. Se le secó la boca mientras trataba de ver entre las sombras. Llevaba consigo una pequeña daga y un bastón.

—Juguemos al ratón y al gato —respondió, en tono amenazante—. Y recuerda que el cazador puede convertirse en presa.

Claudia retrocedió hacia la caverna de donde procedía y se internó en otro pasadizo. Se detuvo en un recodo y escuchó el tenue sonido de unas sandalias.

Continuó retrocediendo, deteniéndose de vez en cuando en los lugares en los que se colaba algo de luz a través de alguna grieta del techo.

«Dirígete siempre hacia la izquierda», le habían dicho. «Sigue la señal del pez».

Así lo hizo pero, aunque su perseguidor se movía con cautela, no había duda de que le estaba dando alcance.

—¡Claudia! —la voz se tornó ahora insistente—, lo único que pretendo es hablar. ¿Por qué no descansamos un poco?

La joven aligeró el paso. Sentía el sudor en la piel, y el pecho comenzaba a dolerle. Sabía que no se había perdido, aunque aún no había señal alguna de una entrada; de todas formas, si conseguía salir, ¿no continuaría su perseguidor con la caza? No estaría a salvo hasta alcanzar la Vía Apia, cuando se fundiera entre la multitud que se dirigía hacia la ciudad. El bastón se le escurría de las manos. Dobló una esquina y suspiró aliviada. La luz se hacía más fuerte. Miró atrás, hacia la entrada estrecha por la que había pasado. Al fondo, a cada lado, destacaba un pequeño saliente rocoso. Colocó el bastón sobre estos y escuchó con atención. Su perseguidor estaba cerca.

—¡He acabado la carrera y he ganado! —gritó hacia las sombras, burlándose—. ¡Pronto me habré ido!

Claudia cogió su carga y continuó bajando por el pasadizo. Escuchó un golpe y sonrió con malicia. Quienquiera que la estuviese persiguiendo, había tropezado con su bastón.

—¡Sabré quién eres! —gritó con voz amenazante la joven—. ¡Reconoceré tu tobillo herido y tu cojera!

Finalmente, subió los escalones que la condujeron hacia el extremo del cementerio, bajo la luz del sol, no demasiado lejos de la Vía Apia. Corrió entre los decadentes monumentos y tumbas, las jarras funerarias de marfil y las desgastadas lápidas. Cruzó una zanja y casi se dio de bruces con un sorprendido grupo de granjeros que empujaban sus carretas hacia la puerta de la ciudad.

—Lo siento —tartamudeó—, pero mi novio es muy persistente.

Los granjeros soltaron una risotada e hicieron comentarios obscenos. Uno le ofreció un pellejo de vino, otro un crujiente pastel de avena. Claudia los aceptó de buen grado. Miró hacia atrás, pero no vio señal alguna de su perseguidor. Siguió a los granjeros en su camino a través de las puertas que guardaban la ciudad. Les dio las gracias y se detuvo frente a un puesto de comida para comprar algo de carne y una copa de vino aguado. Fue entonces cuando comenzó a temblar, sintiendo cómo se le encogía el estómago ante su ajustada huida. Observó a la gente que desfilaba hacia la ciudad, pero no reconoció a nadie que actuara de manera sospechosa. Un anciano pasó cojeando junto a ella, pero tenía la espalda arqueada y la cara manchada de barro y lodo. No vio señal de nadie más que pudiera suponer una amenaza. Claudia suspiró y continuó su camino. Se detuvo frente a una carpintería, para comprar un nuevo bastón, y se internó entre la muchedumbre, poniendo rumbo hacia el centro de

la ciudad.

Se detuvo en una taberna y trató de asear su aspecto, pero había poco que pudiera hacer allí para recomponer su túnica. Estaba rasgada y manchada de barro y lodo verdoso, tras haberla restregado contra las paredes de las catacumbas.

Cuando se presentó antes las dependencias de la servidumbre del palacio imperial, en el Palatino, un chambelán la miró de pies a cabeza y esbozó una sonrisa burlona.

—No eres una gran adquisición, ¿no te parece?

—¡No soy ninguna adquisición! —respondió secamente Claudia—. ¡Soy una sirvienta contratada para el servicio doméstico!

—Es posible —continuó el joven en todo jocososo—. Pero solo contratamos a gente limpia.

Chasqueó los dedos y un chico de la cocina se llevó a Claudia, a través de pórticos y jardines, hasta un dormitorio que había tras el palacio; una simple habitación sobre los establos. Contenía dos filas de camas, sobre las que había un pequeño cazo y una cuchara. Una de las sirvientas yacía en su catre, retorcida y enferma. Un sanitario permanecía sentado junto a ella, sujetando un gran cazo de infusión de raíces, y apremiaba a la chica para que inhalara los vapores. El dormitorio estaba escasamente iluminado: unas ventanitas, apenas unas aberturas en la pared, proporcionaban algo de luz; el aire apestaba, cargado del aroma a sudor, orín y aceite de los sementales, y el olor a perfume barato. En el extremo opuesto de la habitación había un lavabo, compuesto por una serie de palanganas, apoyadas sobre una precaria base de madera, y unas jarras de agua. Claudia cogió una de estas, se lavó la cara y las manos, y volvió a recorrer el dormitorio. El chico de la cocina se aprestaba a deshacer sus bultos. Claudia levantó el bastón con gesto amenazante. El chico se agachó, levantó su túnica, ventoseó escandalosamente en su dirección y se retiró.

Claudia se desabrochó la túnica con rapidez. Desenrolló su nueva túnica azul y la depositó en el cajón, junto con algunos recuerdos. No temía que le robaran. Ya había trabajado varias veces en lugares como este. Había una regla no escrita en este tipo de dormitorios por la cual una chica jamás robaba a otra. Sin embargo, lo que consiguieran afanar en cualquier otro lado, era asunto de cada cual.

—¿Eres tú, Claudia?

Una chica alta la miraba desde la entrada del dormitorio, con una cabellera sucia recogida con firmeza sobre su espalda. Tenía un rostro ancho y curtido, y su voz tenía un tono gutural.

—Soy Clatina. Trabajarás conmigo en las cocinas.

Claudia avanzó hacia ella. Clatina parecía una persona atemperada, con unos pequeños ojos azules y delgados labios. Tenía las manos apretadas y la piel ajada y agrietada. Ambas se estudiaron minuciosamente. De nuevo, se desarrollaba el mismo juego de otras veces. Claudia sabía lo que debía estar pensando Clatina, y viceversa: ¿Quién eres? De verdad, ¿quién eres? ¿Una informadora? ¿Una espía? ¿Tienes algún

protector poderoso? ¿O algún matón entre los guardianes? ¿Eres alguien al que debo apaciguar, o temer?

—¿Eres germana? —preguntó Claudia.

—No, helvecia.

Claudia asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—Mi padre era un centurión romano, y mi madre era de Britania.

Esta vez fue Clatina la que asintió, sin que sus ojos dejaran de escudriñar a Claudia.

—¿Por qué estás aquí?

Claudia se encogió de hombros.

—Trabajaba en una casa. Ahora, me han transferido a otra. Soy una mujer libre.

Clatina forzó una sonrisa. Claudia sabía que había tomado una decisión. La recién llegada no era alguien a la que había que castigar, golpear o intimidar. Nada de trucos sucios en la cocina. Ningún accidente simulado con una sartén rebosante de aceite hirviendo.

—Comprobarás que soy una buena trabajadora —le aseguró Claudia—. Mantengo la boca cerrada y la cabeza gacha.

Los ojos de Clatina se llenaron de alegría. De nuevo, tomó una decisión. Esta nueva chica conocía las reglas, el respeto por la jerarquía.

—Puedes trabajar conmigo —ofreció Clatina—. No está del todo mal. Los cocineros son unos bastardos, y los chicos de la cocina tratarán de pellizcarte el trasero. Los soldados creen que son la respuesta de los dioses a la feminidad. Y en cuanto al resto... —Clatina no se dejaba afectar por cortesanos, lacayos, adláteres y visitantes—. ¡Procura asegurarte de que nunca te quedas a solas con ellos! Ya has trabajado antes en sitios como este, ¿no es cierto? Los grandes personajes vienen y van —la sonrisa de Clatina se desdibujó y se mordió el labio: tal comentario podía ser considerado como traición. Sus ojos adoptaron una mirada suplicante.

—Lo comprendo —dijo Claudia con una sonrisa—. Los grandes personajes vienen y van cada día. Pero nunca se quedan a trabajar desde la mañana hasta la noche.

Clatina extendió la mano. Claudia la estrechó.

—Creo que te irá muy bien —murmuró Clatina—. Pero vamos. El chambelán ha dicho que deberías haber estado aquí al amanecer.

Y fue así como empezó el servicio de Claudia en las cocinas y los pasillos de palacio. Una rutina monótona y aburrida, corriendo de aquí para allá, transportando vasijas de agua o jarras de vino. Horas y horas en las cocinas, donde se concentraba el calor y el humo se elevaba como nubes; o en la sala de prensado, donde se obtenía el aceite y se almacenaba en grandes cubas. Había que lavar las mesas, fregar los suelos. Unos rápidos bocados de mantequilla, huevos y queso de cabra, entrelazados con el tintineo de los platos y cubiertos. En general, Claudia fue confinada al entorno

de trabajo del palacio. De vez en cuando, tenía que cruzar hasta donde los personajes sublimes se alojaban, entre pasillos de mármol y columnatas bañadas por el sol. Se mantuvo muy reservada; retirando a un lado las manos curiosas, escuchando los cuchicheos malintencionados, pero nunca respondiendo a ellos. Al principio se notaba su presencia, pero pronto llegaron a ignorarla. En una ocasión, se cruzó con Anastasio en un pasillo. El sacerdote le guiñó un ojo y continuó su camino. Claudia asimiló la rutina del palacio y, lo que era más importante, aprendió quién era Livonia: una fornida chica rubia que trabajaba en la lavandería. Al principio, Claudia se tomó su tiempo, hasta una tarde en la que se encontraba almorzando junto a otras sirvientas, en un soleado patio del palacio. Se las arregló para sentarse junto a Livonia, que devoraba su comida con glotonería. Claudia la observó con simulado asombro.

—Toma —dijo, y le cedió su plato de madera con porciones de pan, uvas, queso y trozos de carne adobada; las sobras de un banquete.

—¿No tienes hambre? —replicó Livonia con ojos atónitos.

—No tanta como tú —sonrió Claudia—. Me recuerdas a mi amiga Fortunata.

Livonia se tragó su comida y la engulló con dificultad, mirando a Claudia con unos grandes ojos repletos de fascinación.

—¿Conocías a Fortunata?

Claudia sonrió, preguntándose si Livonia era tan estúpida como parecía o si estaba fingiendo. En los palacios de los Césares, nada era lo que parecía.

—Servimos juntas en varios sitios —replicó Claudia—. Pero, de pronto, desapareció. Supongo que se fugaría con algún marinero.

—No lo creo de Fortunata —dijo Livonia con aire burlón—. ¡Era lista como una serpiente! Tenía grandes pretensiones de convertirse en actriz. Deberías haberla visto cuando vino aquí la compañía de Zosinas. ¿Has oído hablar de él? Es dueño de un teatro cercano a los baños de Diocleciano.

Claudia asintió con la cabeza. Zosinas era un empresario muy conocido, que contratava a distintas compañías y organizaba representaciones en Roma y en muchos otros lugares.

—¿Qué te hace pensar que Fortunata se habría ido con él? —preguntó Claudia.

—Un par de semanas antes de que desapareciera, la compañía visitó el palacio. Fortunata estaba muy excitada, no paraba de hablar de Paris, uno de los actores principales.

—He oído hablar de él —intervino Claudia.

Muchos actores en Roma se habían creado una gran reputación: Claudia siempre mostraba mucho interés por la meteórica ascensión y caída de este u otro actor. Había oído mencionar el nombre de Paris en Las Burras, y había leído su nombre pintado en muchas paredes alrededor de Roma.

—Estaba muy enganchada —declaró Livonia—, como una perra en celo, pero es posible que haya estado ladrando al árbol equivocado —estalló en una tremenda

risotada, que dejó perpleja a Claudia, y le golpeó con el codo con gesto cómplice—. Ya conoces a esos actores: ¡son unos culos inquietos!

—Claro, por supuesto —respondió Claudia entre risas—. Entonces, ¿Paris no la correspondió?

—No lo sé. Fortunata estaba muy enganchada, pero si llegó a algo con él o no, no tengo ni idea.

—Pero ¿por qué Paris? —preguntó Claudia.

—Es un presumido. Se organizó una obra para los notables y poderosos. Después de la función, todo el reparto acudió a las cocinas para que les dieran comida. Creo que Fortunata se encargó de rellenar la copa de Paris.

—¿Se encontró después con él? —preguntó Claudia.

Livonia se dio unos golpecitos en su rechoncha nariz.

—No hagas preguntas, y no escucharás mentiras. Además, creí que tú eras su amiga, deberías saberlo.

—He estado fuera —explicó Claudia—, y cuando volví a buscarla...

—Es extraño que digas eso —dijo Livonia, rebañando su plato—. Alguien más ha estado preguntando por ella. No me preguntes quien, ni por qué. Son solo chismes, habladurías. Bueno, gracias por tu comida —dijo, y empujó hacia ella el plato de madera.

Claudia se reclinó contra la pared y miró hacia el techo. Al hacerlo, una ventana se cerró muy rápido. Podía haber sido cualquiera, pero estaba convencida de que Livonia y ella misma estaban siendo observadas.

A la tarde siguiente, Claudia se deslizó hacia el exterior del palacio. Clatina le había dicho que podía tomarse la tarde libre, y Claudia estaba decidida a visitar a ese tal actor, Paris. El día era sorprendentemente cálido, y el aire contenía un suave toque de frescor de primavera. Los grandes patricios y sus señoras, seguidos por su séquito de esclavos y sirvientes, se exhibían ante el vecindario. Las calles estaban abarrotadas de literas y palanquines, mercachifles y comerciantes y escuadrones de soldados que desfilaban de vuelta a sus barracones. Claudia caminaba como siempre solía hacerlo, rápidamente, por los callejones y los caminos estrechos. De vez en cuando, se detenía, pero no detectó a ningún posible perseguidor.

Se encontró con el teatro de Zosinas al final de una pequeña plaza, empequeñecido por la impresionante mole de los baños de Diocleciano; un edificio circular, con unas cabezas de sátiros labradas en piedra sobre la puerta principal. Se introdujo hasta un pasillo; nadie la detuvo. El foso de la orquesta estaba lleno de obreros y músicos, gente sudorosa que no paraba de gritar mientras cambiaban el escenario para una nueva representación. Claudia se sintió como en casa al instante. La pintura, el serrín, los extraños perfumes de las cabinas de maquillaje, el chirrido del laúd y del arpa al ser afinados. La gente chillaba, en vez de hablar, en una atmósfera general de excitación. Los directores de escena iban de un lado para otro, lanzando órdenes, o dictando a unos escribas de aspecto tenso. Unas chicas jóvenes

correteaban de aquí para allá, luciendo máscaras pintadas y disfraces. Los muchachos volvían apresuradamente de los puestos de cocina, portando bandejas de comida humeante y cestas repletas de pan y pescado.

Claudia se sentó en el extremo de una hilera de sillas, bajando la mirada hacia la orquesta. Una chica subió hasta donde se encontraba.

—¿Has venido para el ensayo?

—No, estoy aquí para ver a Paris.

—Como todas nosotras, ¿no? —dijo la chica con picardía.

—¿Qué estáis preparando? —preguntó Claudia.

—Las últimas grandes producciones de Zosinas: dos obras de Terencio, *Medea*, de Ovidio, y *La Casa de Fuego*, de Ferino.

—¿Todo a la vez? —dijo Claudia en tono de broma—. Yo trabajé en el pasado en la compañía de Valeriano.

—¿De veras? —la sonrisa desapareció—. ¿Así que estás buscando trabajo?

—No, busco a Paris —Claudia abrió su bolsita y sacó una moneda—. Le traigo noticias urgentes. Alguien que conocía ha muerto. Te lo prometo, es la única razón por la que deseo verle.

La chica miró el dinero y se enjugó los labios.

—Es tuyo —ofreció Claudia, alzando la moneda ante sus ojos—, si me llevas hasta Paris.

La chica salió correteando. Claudia se desplazó para sentarse en la sombra, resguardándose del sol, que comenzaba a brillar con fuerza. El calor rebajó la frenética intensidad del trabajo de los operarios, pintores, artistas y actores, que buscaron también la sombra para descansar unos instantes. Al poco rato, apareció la muchacha.

—Paris estará contigo enseguida. De hecho, está más cerca de ti de lo que imaginas.

Sus ojos enfocaron más allá de Claudia; se giró y contempló al joven que sonreía a su espalda.

—¿Eres tú Paris?

—Eso es lo que todos dicen.

Claudia jamás había visto a nadie tan bien parecido: un suave rostro aceitunado, ojos lozanos que se elevaban ligeramente en los extremos, una nariz estrecha y recta sobre unos labios carnosos y sensuales. Llevaba una túnica oscura; tenía el pelo negro rizado, con unos tirabuzones que le caían hasta las mejillas.

—Entrégale a la chica su moneda —dijo.

Claudia se la dio. Paris atravesó la hilera de sillas y se sentó junto a ella. Le rodeo el hombro con el brazo y la miró con ojos traviosos.

—¿Tú nombre es?

—Claudia —tartamudeó. Estaba acostumbrada a los actores, a su falsa familiaridad y a sus saludos exagerados que no significaban nada. En el teatro, la

gente te besaba y abrazaba y, una hora más tarde, te ignoraba por completo.

—¿Y trabajaste de actriz en la compañía de Valeriano, ese borracho fanfarrón que acabó arruinado? —Paris chasqueó los dedos y la señaló con el dedo, con una uña perfectamente esculpida—. He oído hablar de ti, Claudia. No eras demasiado buena leyendo tus líneas, pero eras brillante con la mímica. ¿No te habré visto una vez? ¿En una representación, en Capua?

—He estado en Capua.

—¿Y ahora?

—Me dedico al servicio. Tal como has dicho, Valeriano quebró. Mi tío regenta Las Burras, cerca de la Puerta del Esquilino.

—¿Y estás buscando trabajo?

—No.

—¡Bien! —Paris agitó la mano lánguidamente—. Las directoras de escena son unas arpías —dijo—. No son más que un atajo de fulanas. Te prometen el mundo, pero todo lo que les interesa es una buena ganancia y un buen revolcón.

Claudia contemplaba su rostro suave, casi hermoso, las largas pestañas, sus finas cejas y esa gloriosa mata de pelo negro. Paris se recostó sobre el respaldo de la silla y balanceó las piernas, ágiles y fuertes, resplandecientes por el aceite que se había untado, y golpeó suavemente entre sí las sandalias.

—Bueno, los demás están comiendo, bebiendo o fornicando. Lo que sea. La chica me dijo que alguien que yo conocía ha muerto, pero la gente muere constantemente, ¿no es cierto, querida?

—¡Fortunata ha muerto!

Paris encogió las piernas y retiró el brazo.

—Lo siento —murmuró—. Era una chica alegre, de ojos despiertos y boca descarada. Quería convertirse en actriz. Yo la ofendí —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Era demasiado mayor para comenzar. Sin embargo, parecía gozar de buena salud.

—Y así era, hasta que la asesinaron.

—¡Asesinada!

—Le cortaron el cuello, y colgaron su cuerpo de un gancho de la carne.

Paris se echó a un lado para dar una arcada. Cuando consiguió controlarse, tenía el rostro pálido y los ojos empañados.

—¡Por todos los dioses! ¿Quién haría tal cosa?

—No lo sé. Por eso vengo a verte, al igual que hizo Fortunata, ¿recuerdas?

—Sí, sí, por supuesto que lo recuerdo. Fuimos al palacio. Representamos algunas obras y algo de mímica y cante. Seguidamente, como es habitual, nos dieron de comer en las dependencias de los sirvientes. Fortunata se acercó a mí; era un encanto de mujer.

—¿Te acostaste con ella?

—Vaya, eres una chica muy picara —susurró Paris—. Pero sí, lo hice. Nos

hicimos grandes amigos. Solía venir al teatro y después cenábamos en un refectorio. Era una mujer —dijo, haciendo una extraña mueca— un poco misteriosa.

—¿Y entonces?

—Un día dejó de visitarme.

—¿Te mencionó algo? —Claudia hizo una pausa—. ¿Algo extraño?

Paris sacudió la cabeza.

—Habladurías de palacio sobre otros sirvientes. Que estaba deseando marcharse de allí.

—¿Habló de un matrimonio? ¿Había alguien más?

—Sí, lo había. Un gladiador, uno de esos frisios. Ya sabes, de esos grandes y forzudos, que gustan de llevar pomposos cascos y unos pequeños pantalones ajustados, y que suelen representar la danza de la muerte en el anfiteatro. ¡Ya sé, Murano!

Claudia ocultó su sorpresa. ¿No era Murano el pretendiente de Januaria? Aunque, por otra parte, los gladiadores eran conocidos por sus enredos amorosos.

—¿Era amable con él?

—Querida, no sé con quién era amable. Era muy buena conmigo, y yo lo era con ella. Le dije que mencionaría su nombre a Zosinas. No, no —dijo alzando una mano—. No le prometí nada a cambio de recibir favores. Simplemente, mencioné su nombre para procurar conseguirle un trabajo en el teatro, o una plaza en el coro. Había algo más —hizo una pausa y bajó la mirada hacia la orquesta—. Jamás conseguirán poner el escenario en condiciones. ¿Sabes una cosa? Le dije a estos patanes que no trataran de hacer nada excesivamente complicado, pero —dijo, agitando la mano lánguidamente— es como si les hablara a las piedras.

—Fortunata... ¿has mencionado que era misteriosa?

Paris deslizó la mano tras su espalda.

—¿Quieres venir a almorzar conmigo, Claudia? Estoy algo cansado de la gente del teatro.

Claudia sonrió.

—A mí tampoco me gustan demasiado. Pero sí —añadió—, si así puedes seguir ayudándome.

—Hay un refectorio estupendo junto al foro —Paris se besó los dedos—. Ostras, con una salsa deliciosa. Puedes reservar tu propia mesa. Está por encima de la barra, así que puedes observar a todas las fulanas que deambulan por allí —dio un profundo suspiro—. ¡Pero, volvamos a Fortunata! Pensé que no era nada fuera de lo ordinario. Bueno, excepto en la cama, donde demostró tener muy buena voz. Pero un día llegó tarde y, desde luego, ¡nadie llega tarde para Paris! Entonces, me puse de mal genio y di un puñetazo en la mesa. No la iba a perdonar hasta que no me contara dónde había estado. En realidad —dijo, elevando la mirada con expresividad—, ¡podía haber derribado mi fortaleza con muy poco esfuerzo! La pobre necia me dijo que había estado en la taberna El Caballo de Troya, cerca del Tíber.

—¿El Caballo de Troya?

—Ya conoces su reputación. No habría entrado allí ni con un pelotón de gladiadores. Fue entonces cuando mencionó a Murano, y dijo que él había solicitado su compañía. Debo admitir que, a partir de entonces, nuestra relación se enfrió un poco. Conozco bien los comedores y tabernas de Roma: El Caballo de Troya es un sitio del que debes guardarte.

—¿Se mostró reservada?

—Sí, podía parlotear como una cotorra, pero siempre tenía la impresión de que su mente estaba en otro sitio. A veces, incluso en la cama, podía notar con claridad que no estaba pensando en mí —Paris respiró profundamente—. Y ya sabes como es esto de actuar, Claudia, debes mantener la mente centrada en tu trabajo —suspiró teatralmente—. ¿Pero terminar sus días colgada de un gancho de la carne? Si yo fuera tú, querida, cambiaría unas palabras con Murano. Ese es el tipo de cosas que hacen los gladiadores.

—¿Y dónde puedo encontrarle?

Paris la sujetó por los hombros.

—No tan rápido, pajarillo. Dame un beso —arqueó los labios y cerró los ojos.

Claudia le dio un ligero beso.

—¿No tienes ya suficientes amiguitas por aquí? —dijo, en tono de broma.

Paris soltó una estridente risotada.

—¡Mírame, Claudia, y no seas tan arisca conmigo! Tengo una buena voz, y lo que Zosinas denomina buena presencia —dijo, y seguidamente, le mostró los dientes—. Mira mis dientes. Ya sabes lo que le ocurre a los actores...

Ni siquiera tuvo que terminar la frase, pues Claudia comprendió enseguida lo que estaba queriendo decir. Los actores tenían una notoria reputación de mujeriegos. Incluso en la pequeña compañía de Valeriano, no era inusual ver a matones que aguardaban en la puerta a que apareciera algún actor que había estado arando unas tierras que no eran las suyas, o así es como solía describirlo Valeriano. Era difícil actuar con dedos rotos, un brazo fracturado, o una boca llena de dientes astillados. Y, una vez que un actor comenzaba una caída, era difícil detener su descenso.

—Claudia, no soy distinto de los hombres con los que has trabajado, ya lo sabes. Está muy bien que alguna dama notable te elija para que compartas su litera, pero tarde o temprano, ha que pagar el precio.

—Luego, ¿han de ser chicas como Fortunata y como yo?

—Sí, chicas como Fortunata y como tú. Dime, ¿dónde trabajas? ¿En el palacio?

Claudia esbozó una sonrisa.

—Siempre puedes encontrarme allí.

Paris le dio unos suaves golpecitos en la nariz.

—Entonces, iré a buscarte allí.

Se puso en pie, dispuesto a retirarse. Claudia observó que no tenía herida alguna en los tobillos, y que no cojeaba al andar, aunque admitió en silencio que era difícil

imaginarse a un hombre como Paris persiguiéndola por los oscuros pasadizos de las catacumbas.

—¿Dónde puedo encontrar a Murano? —le dijo.

—¡No seas tan cruel como para darme celos! —respondió—. ¿Dónde crees? Ve al anfiteatro. Al igual que los demás carniceros, se está preparando para los juegos que se celebrarán dentro de unos días.

Claudia observó cómo se marchaba. Sabía que le había contado la verdad. Fortunata era una espía, un miembro de los *Agentes in Rebus*, pero mandaba en su vida privada. Paris no confraternizaría con las chicas del teatro. Tales relaciones daban siempre lugar a habladurías, envidias y división. Parecía natural que hubiese optado por una chica como Fortunata, y era bastante comprensible que ella le hubiera correspondido: una alianza casual que beneficiaba y proporcionaba placer a ambos. Pero ¿para qué iría Fortunata a El Caballo de Troya? ¿Y qué tipo de relación tenía con Murano? Claudia se estremeció en su silla. Que Fortunata se hubiese aventurado en tal taberna significaría que habría descubierto algo. Locusta, su propietaria, tenía una pésima reputación y, según afirmaba Silvestre, El Caballo de Troya era el antro donde se solía contratar a los sicarios. Claudia se enjugó los labios mientras continuaba desmadejando su hilo de pensamiento. Fortunata debía haber visto, oído, o descubierto algo. ¿O, simplemente, estaba haciendo averiguaciones, y de ahí su brutal asesinato? Claudia maldijo en silencio a Augusta y a su propio maestro, Anastasio. Como solía ocurrir, le habían contado lo menos posible. Se limpió las manos en la túnica.

—Si te quedas más tiempo ahí, vas a tener que pagar.

Claudia miró a su alrededor. Uno de los corpulentos porteros le hablaba a su espalda.

—Ya me marchó —dijo Claudia, con una sonrisa.

Claudia abandonó el teatro y cruzó la plaza, abarrotada de puestos ambulantes, entre los que deambulaban pequeños mercachifles y buhoneros, vociferando las virtudes del género que pretendían vender. Se abrió camino y se plantó en un establecimiento de comida que había en la esquina de un callejón. Era un lugar sucio, con mesas cubiertas de grasa, pero sus salchichas condimentadas estaban calientes y muy sabrosas, aunque muy pringosas al tacto. Se las comió con rapidez mientras aclaraba sus ideas. Si Fortunata conoció a Murano, este podría entonces aportar algo de luz sobre el misterio. Acabó su almuerzo y se internó en un callejón.

—¡Señorita! ¡Señorita!

Se giró sobre sus pies. Un golfillo corría hacia ella, con un bastón en la mano. Claudia reconoció el bastón que había dejado en las catacumbas. El mozalbete, mellado y harapiento, lo puso en sus manos.

—Me han encargado que te de esto.

Claudia sintió un escalofrío. Se puso de cuclillas para hablar con el chico.

—¿Quién?

Agarró la escuálida muñeca del muchacho y buscó una moneda en su bolso apresuradamente. La sostuvo ante su cara.

—Él me ha entregado otra también.

—¿Quién?

—El soldado.

—¿Qué soldado?

El muchacho miró por encima del hombro.

—¡Ya se ha marchado!

## Capítulo 6

«La honestidad se alaba y se abandona al frío».

Juvenal, *Sátiras*, I

**C**laudia cogió el bastón y dejó marcharse al niño. Inspeccionó el callejón y la plaza. ¡Así que la habían estado siguiendo! Se apresuró a recorrer la vía que la conduciría hasta la escuela de gladiadores, cerca del Coliseo. Claudia sabía que tales tugurios, que se multiplicaban por toda Italia, compartían la misma distribución: una pared de cortinas, una garita de guardia en la entrada, y tras ella, la zona de instrucción y las barracas de los gladiadores. Algunos eran esclavos, y otros, hombres libres: su habilidad y coraje, su danza constante con la muerte, siempre atraía a muchos espectadores y curiosos. Hoy no iba a ser distinto. Una multitud de chicas jóvenes se apiñaba en las puertas, tratando de ver algo entre los guardianes. Unos vendedores de empanadas habían montado sus puestos. Un carro de una taberna local servía copas de cerveza y vino. Claudia trataba de abrirse camino. El capitán de la guardia, un viejo gladiador, la agarró por el hombro y la empujó hacia atrás.

—No puede entrar nadie —gruñó, pestañeando con su único ojo sano. Era un hombre alto y corpulento, vestido con un taparrabos de cuero, grebas que protegían sus piernas y un desgastado casco sobre la cabeza.

—Tengo que ver a Murano —declaró Claudia—. Me está esperando.

El hombre frunció los labios, pero esbozó una sonrisa cuando Claudia sacó una moneda de su bolsa.

—Dile que vengo de parte de Fortunata. Si me deja entrar, te daré esto.

El capitán desapareció. Regresó algo más tarde, agarró a Claudia por el hombro y la empujó a través de la cavernosa garita hasta la soleada arena. Claudia se sentía como si hubiera entrado en un campo de batalla. El campo de instrucción estaba flanqueado a cada lado por un pórtico sombreado. En el extremo opuesto, había una sala que debía utilizarse para el adiestramiento con malas condiciones climáticas. Sobre unos bancos, en el exterior, algunos hombres descansaban bebiendo y comiendo y sin perder de vista el área de entrenamiento. El aire era denso, cargado de sudor, sangre y aceite.

Los gladiadores, siguiendo las instrucciones de los «doctores», especialistas en las distintas modalidades de lucha, embestían y atacaban a sus oponentes con falsas armas de imitación, o se agrupaban en círculos, practicando golpes y cortes según las ásperas órdenes de sus instructores. Claudia observaba con fascinación. Los jóvenes, de varias nacionalidades, eran como bailarines, ondulando sus cuerpos delgados, compactos y aceitados: se movían rítmicamente, como danzando al son de alguna

música inaudible.

—¡Atacad!

Los hombres avanzaban con escudos, espadas de madera, o redes.

—¡Defended!

Los hombres retrocedían; un movimiento espasmódico, extendiendo los brazos y bajando la cabeza. El ritmo era contagioso: las fuertes pisadas, las órdenes imperiosas, la respiración entrecortada, los movimientos de lado a lado, la mirada fija de los gladiadores. Claudia había bebido y comido con ese tipo de hombres. Todos decían lo mismo: «Jamás apartes la vista de tu enemigo, aunque tenga cubierta la cara. Siempre sabrás qué movimiento está planeando. Olvida las armas, la red, el tridente, el escudo, la espada. Observa la cara. Vigila el pecho. ¿Está cansado tu oponente? ¿Comienza a flaquear? ¿Respira con dificultad?».

Los gladiadores vivían a la sombra de la muerte. Un día podían resultar victoriosos, cubrirse de flores, regalos, monedas, abrazos de bellas mujeres. Al siguiente día, podían encontrarse postrados en la arena del circo, con los brazos alzados, suplicando a la muchedumbre para escuchar en respuesta: *¡Hoc habet! ¡Hoc habet!* «¡Que acabe con él! ¡Que acabe con él!».

Algunos conseguían luchar durante años: solo unos pocos conseguían amasar una fortuna. La mayoría morían desangrados sobre la arena de algún anfiteatro. Otros, como Océano, reconocía a tiempo las señales: la mengua de reflejos, la confusión. Tal como le había dicho una vez el mismo Océano: «Acabas cansado de tanta muerte, Claudia. El anfiteatro no es lugar para los cansados o asustados».

Claudia observó a los gladiadores. Los samnitas, con sus pesadas armaduras. Los reciarios, con sus extraños cascos, redes y tridentes. Los simples espadachines, con pequeños escudos circulares, que confiaban más en su agilidad que en la fuerza, o en la armadura. Comprobó que todos los gladiadores adoptaban una posición ligeramente encorvada. De hecho, Océano adoptaba constantemente esa postura. Algunos se habían rapado la cabeza. Otros llevaban el cabello recogido sobre la espalda. Algunos llevaban alhajas, un zarcillo sobre el lóbulo izquierdo, o una medalla sobre el cuello; posiblemente, un recuerdo de algún admirador.

—Te comerían viva, pequeña.

Claudia se sobresaltó. El hombre que descubrió a sus espaldas era alto y muy esbelto, y lucía pelo corto de tonos rojizos. Tenía el rostro cuadrado y estaba bien afeitado. Sus ojos, de un color azul claro, eran despiertos, como los de un niño. Vestía una simple túnica sin mangas. Sus piernas, suaves y musculosas, estaban aún empapadas de sudor; sus sandalias de cuero estaban cubiertas de polvo.

—¿Eres tú Murano?

—¿Y tú?

El hombre se agachó y sonrió, limpiándose el sudor del rostro con el dorso de la mano.

—Soy Claudia.

—¿Y conocías a Fortunata?

—No —dijo con una sonrisa—. He contado una mentira.

—Me alegro de que me hayas dicho la verdad, pequeña. Fortunata jamás mencionó a ninguna Claudia. Bueno, ¿para qué has venido?

—Conocí a Fortunata, vagamente —tartamudeó—. Me quedé horrorizada ante su asesinato.

Murano la cogió del brazo y la sacó del campo de instrucción, conduciéndola hasta la sombra de la columnata. La dejó sentada sobre un banco y rellenó dos vasos de barro con el agua de una gran vasija. Volvió con ella, le entregó uno y levantó el suyo.

—¡Los que van a morir te saludan! —desvió la mirada hacia la arena con ojos tristes—. Los juegos tendrán lugar dentro de pocos días —murmuró—. El emperador quiere organizar una gran celebración. Todos los maestros de gladiadores están preparando a sus hombres. No va a haber combates pactados, ni amañados. Todos serán a vida o muerte —dijo, mirándola fijamente—. Es extraño, ¿no es cierto? Algunos de esos tipos son mis mejores amigos. Comemos, bebemos y dormimos juntos; compartimos las mismas prostitutas, pero, dentro de unos días, trataré de matar a alguno de ellos y él tratará de matarme a mí —tomó un sorbo de agua—. Me gustaría atrapar al asesino de Fortunata. Me gustaría hacerle lo mismo a él. Era una buena chica.

—¿La conocías bien? —preguntó Claudia.

Murano soltó una carcajada y dejó el vaso en el suelo.

—Parece que bastante mejor que tú. Era mi hermanastra: el mismo padre, madres diferentes. Fortunata era de una ciudad de la Galia. Nacimos como ciudadanos libres. Nuestro padre era soldado; se compró una pequeña granja. Y, desde luego, odiaba cada centímetro de ella. Todo lo que producía en ella se lo bebía. Fortunata entró a trabajar en el servicio. Yo pensé en unirme al ejército, pero vino a mí el recuerdo de mi padre, así que decidí hacerme gladiador.

—¿Te habló Fortunata sobre su vida?

—Yo no pregunté y ella no me contó nada. Es cierto, tenía mis sospechas. Parecía tener más plata de la que parecía razonable, pero se lo tomaba a broma. Era bastante generosa con los hombres. ¿La recuerdas?

Claudia recordó el cuerpo cubierto de sangre, colgando de aquel garfio en el matadero.

—Era atractiva. Consiguió atraer la atención del actor Paris.

—Nos hemos encontrado en algunas ocasiones —murmuró Murano—. Si no fuese un hombre, sería una buena mujer. A Paris le gustan los hombres y las mujeres. A veces se acerca hasta aquí para vernos luchar. ¿Por qué estás interesada en Fortunata?

—Coincidencia —replicó Claudia—. Tenemos mucho más en común de lo que piensas, Murano: te traigo cariñosos saludos de Januaria.

Murano se quedó boquiabierto, y la miró atentamente.

—¡Claro que sí, Claudia! Eres la sobrina de Polibio —la agarró por los hombros y la besó en la frente—. ¿Por qué no me lo has dicho? Conozco a Polibio, Popea y Océano. He oído hablar de ti —dijo, esbozando una sonrisa—. ¿Es por eso por lo que realmente estás aquí? ¿Para espíarme? ¿Para averiguar quién era en realidad Fortunata?

—En cierta forma, sí —replicó Claudia con labia—, pero es extraño que nos conozcamos a través de otra gente. Tenía curiosidad por ti y por Fortunata.

—Y, desde luego, yo la tenía por ti. A veces, me pregunto —continuó, inclinándose hacia ella— qué hacen en realidad las chicas como Fortunata y como tú. Mi hermana no era una prostituta, y tú tampoco lo eres. Tus ojos me lo dicen. No tienes esa malicia en la mirada —le agarró la muñeca y apretó—. Al igual que ella, te escurres de aquí para allá, haciendo preguntas.

—Mera coincidencia —repitió Claudia.

—¡Memeces! —replicó—. Nada de coincidencias. Observa —se giró hacia un lado—. ¡Crixus! —gritó a un gladiador que descansaba bajo la columnata, a pocos metros de ellos—. ¿Qué opinas de Las Burras?

—Es una buena taberna —respondió a gritos el compañero—. Pero debes andarte con ojo con Océano. ¡Si te emborrachas, te arrancará el pellejo!

Murano le dio las gracias y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Ves, Claudia? Puede que Roma sea el centro del imperio, una gran ciudad en expansión, pero la gente como nosotros nos conocemos bien: los guardianes de tabernas, sus chicas, los tipos como Paris. Somos una pina, excepto Fortunata y tú. Vosotras os mantenéis apartadas del resto del rebaño —dijo, y se frotó suavemente un corte que tenía en el labio—. Una vez le pregunté si era una espía, una informadora. Simplemente, se echó a reír. Me temo que si te hiciera a ti la misma pregunta, recibiría la misma respuesta, ¿me equivoco?

Claudia sonrió.

Y ahora llegamos a la muerte de Fortunata —continuó—. ¿Quién mataría a una pobre chica del servicio como ella? ¿Quién le cortaría el cuello y la colgaría de un garfio de la carne? Es lo que me dijo el chambelán del palacio, aunque los embalsamadores hicieron un trabajo aceptable antes de entregarnos el cuerpo.

Claudia se puso tensa. Murano era un tipo muy agudo.

—Si a alguien se le ocurriese asesinar a una persona como tú, o como Fortunata —declaró—, os cortaría el cuello y tiraría vuestro cuerpo al Tíber, o al fondo de algún colector. Sin embargo, el cuerpo de Fortunata quedó como advertencia para alguien, ¿no crees? —dijo, dándole unos golpecitos en la rodilla—. Ya veo que no vas a contarme la verdad. De todas formas, no pretendo causarte ningún problema. Así que, dime qué quieres saber. No te andes con rodeos, debo volver a mi trabajo.

—¿Te dijo Fortunata algo que te resultara extraño? —preguntó Claudia.

—Casi no nos veíamos.

—Pero te la llevaste a la taberna El Caballo de Troya, junto a los muelles.

El rostro de Murano adoptó un gesto defensivo.

—Ella vino a verme —replicó—. Me pidió que la acompañara allí. Aquello me inquietó un poco. Ya había estado allí antes, pero se escuchan muchas historias, habladurías.

—¿Qué historias?

—¿Cómo puedo explicártelo? —dijo, y paseó la mirada alrededor del campo de instrucción—. Si necesitas una poción, o un filtro, o si has encontrado una joya en la calle que necesitas vender. O si quieres sacar a alguien de Roma sin que se enteren los guardias. Es un sitio muy popular entre maleantes y asaltantes de caminos, pero no les gustan los extraños. Si entrara allí ahora, no me mirarían dos veces, ¿pero Fortunata, o tú? Las caras extrañas llaman la atención. Le dije todo esto a ella, pero insistió.

—¿Por qué?

—Dijo que quería sentarse y observar. Yo sería el gladiador y ella mi novia, tomando unos vinos en la noche. Fue tan insistente que terminé por acceder. Fuimos hasta allí, unos dos o tres días antes de su desaparición. Reservamos una mesa en el comedor: Fortunata y yo simulamos estar borrachos.

—¿Y hubo algún problema?

—Ninguno, en absoluto. Tras dos horas, me aburrí y dije que debía irme, así que nos fuimos.

—¿Mencionó Fortunata en alguna ocasión al Sicario?

Murano la miró nerviosamente por encima del hombro.

—Ya he escuchado ese nombre antes, pero ella jamás se refirió a él. Y eso es todo lo que puedo contarte —dijo, extendiendo las manos. Seguidamente, propinó unos golpecitos a los bastones de madera de fresno de Claudia—. Deberías comprarte algo más sólido —le indicó, con una sonrisa—. Deberías marcharte ahora, pero deja uno de estos aquí.

Claudia, desconcertada, obedeció. Se puso en pie, le dio la mano a Murano y atravesó las puertas que conducían hacia el exterior. Caminó con determinación, alejándose de la multitud y se detuvo para abrocharse el lazo de su sandalia.

—¡Claudia! —gritó Murano, que corría hacia ella—. ¡Olvidas esto! —la alcanzó y le devolvió el bastón. Le sujetó cariñosamente el mentón con un dedo y la besó intensamente en los labios—. No le cuentes esto a Januaria.

Claudia, representando su papel, le sonrió.

—Dile que la veré pronto, ¡y que debe asistir a los juegos! Y quiero que recuerdes algo —los ojos de Murano dejaron de sonreír—. Te lo diré aquí, donde nadie puede escucharme. Has mencionado a cierto asesino. Creo que Fortunata iba tras él. Cuando entramos en la taberna, no vi a nadie que conociera, pero cuando dejé a Fortunata junto a las puertas del palacio, me dijo que había visto algo interesante. Le pregunté que de qué se trataba. Ella simplemente se rio y dijo que deberíamos tener otra cita.

Aquella fue la última vez que la vi con vida —levantó una mano y la miró a los ojos—. Cuídate mucho, Claudia.

La joven permaneció inmóvil mientras observaba como Murano se perdía entre la multitud, deteniéndose para besar a una mujer, o levantando una mano, en señal de saludo, hacia alguien que gritaba su nombre. Finalmente, golpeó el suelo con el bastón. Si su hermano era inteligente, Fortunata lo había sido aún más. De alguna u otra forma, se había percatado de que el Sicario estaba involucrado en el asesinato de las cortesanas. ¿Habría descubierto Fortunata de quién se trataba? ¿Sería esa la persona a la que vio en la taberna El Caballo de Troya?

—Has estado muy atareada, Claudia —dijo la emperatriz.

Claudia permanecía sentada en una pequeña silla y miraba al siempre sonriente Anastasio. Había regresado al palacio del Palatino para realizar sus labores habituales, y la habían enviado, portando una jarra de agua, a la Cámara de los Delfines, una pequeña sala de juntas en las dependencias imperiales. El suelo era de mármol azul y gris, en donde unos delfines de plata saltaban sobre olas de tonos rojizos y dorados. Unos motivos similares decoraban las paredes, mientras que el techo, pintado de azul oscuro, mostraba en su centro un gran sol dorado. Era una habitación circular, sin ventanas exteriores; contaba con una única puerta, protegida por un pasillo estrecho: el lugar ideal para que los príncipes se sentaran a conspirar. La Augusta se sentó en el extremo de un sillón púrpura, de brazos cubiertos de oro y tallados con la forma de leones al acecho. En el otro extremo descansaba Rufino, con el codo apoyado sobre el apoyabrazos y la boca escondida tras los dedos, observándola atentamente. Claudia no respondió a la emperatriz al instante. Debía ser cautelosa. Todo lo que había descubierto provenía de confesiones de gente como Murano o Paris. No debía hacer referencia alguna a su visita a las catacumbas, sus confidencias con Silvestre, o a esa persecución criminal entre las tinieblas.

—¿Has estado atareada? —los dedos de Anastasio se movieron ostentadamente en el aire, dibujando el signo de interrogación para enfatizar la pregunta.

—¡No respondas de la misma forma! —dijo Elena—. De veras me pregunto de qué habláis entre vosotros. ¿Qué has descubierto, Claudia?

Claudia lanzó una rápida mirada a Anastasio, que asintió con la cabeza, advirtiéndola con un gesto de que debía ser honesta.

—No he estado tan atareada —replicó—, pero sí lo estuvo Fortunata.

Enseguida le ofreció un rápido resumen de todo lo que había descubierto de Livonia, a la que describió como una conocida, y de Paris y Murano. Insinuó que lo poco que había averiguado sobre el Sicario venía de ellos. Mientras hablaba, la expresión de sus interlocutores se tornó más sombría. Anastasio se puso especialmente nervioso.

—Mi opinión —concluyó Claudia— es que Fortunata no se concentró en las víctimas, sino en el Sicario.

—No me lo creo —murmuró Rufino—. Lo encuentro bastante difícil de aceptar.

—Entonces, deberías decirle por qué —replicó Elena.

Rufino se incorporó ligeramente y unió las manos.

—¿Cuánto sabes en realidad del Sicario?

—Muy poco, a excepción de lo que me contó Paris acerca de El Caballo de Troya, de los chismes provenientes de la taberna de mi tío y de las insinuaciones de algunas personas.

—El Sicario es un asesino profesional —dijo Rufino—. No trabaja para nadie. Siempre se mantiene muy bien oculto.

—¿Y por qué no, entonces —respondió Claudia—, envías tropas a El Caballo de Troya, arrestas a Locusta y la interrogas?

—¿Quieres decir que la torture? —se burló Rufino—. ¿Con qué pruebas? Mandamos tropas a los suburbios, registramos una taberna, arrestamos a la dueña, que con toda seguridad no nos dirá nada, y jamás le pondremos la mano encima al Sicario.

—Esa no es toda la verdad, ¿no es cierto? —preguntó Claudia.

—¡Muy lista, ratón cita! —intervino Elena—. ¿Cuál crees que es la verdad?

—¡Que lo habéis usado!

Elena unió sus manos con fuerza, pero asintió.

—Sabemos del Sicario desde hace meses. Cuando mi hijo, el divino emperador, planeaba su marcha sobre Roma, usamos sus servicios para quitar de en medio, de manera rápida, a cierto oponente.

—¿Te refieres a Severio? —preguntó Claudia—. ¿El consejero personal de Majencio?

—Me refiero a Severio —respondió Elena.

—Pero a él lo mató una mujer.

Elena la miró, desconcertada.

—¿Y cómo sabes eso?

Claudia pensó que debía haberse pellizcado muy fuerte, antes de hablar.

—Rumores, habladurías.

—Sí, claro, rumores y habladurías. Pero, mi pequeña ratoncita, ese es precisamente el problema: en aquel momento, no sabíamos si el Sicario era hombre o mujer.

—¿Y quién, en nombre de Constantino —preguntó Claudia—, envió el mensaje de que Severio debía ser asesinado?

—Yo lo hice —respondió Elena—. Una simple carta con mi sello personal y, desde luego, acompañada del dinero necesario, almacenado en dos bolsas de cuero. Uno de nuestros espías, un mercader, dejó el pequeño paquete en El Caballo de Troya. Apenas había salido de la taberna cuando le detuvieron. Los soldados de Majencio le crucificaron. ¡Pobre hombre! —suspiró—. Dicen que tardó dos días en morir.

—Entonces, ¿este Sicario solo actúa —preguntó Claudia— si tiene pruebas

fehacientes de la persona que contrata sus servicios? ¿No es eso peligroso?

—Es posible, pero no puede hacernos chantaje, ¿no es cierto? —apostilló Elena—. Matar a Severio era parte del juego.

—¿Pero asesinar a esas cortesanas? —replicó Claudia—. Quienquiera que las haya matado se burla del cristianismo y amenaza al emperador. La misma persona está colocando carteles y pancartas por toda la ciudad: eso es, desde luego, un acto de traición.

—Ya sé lo que es —dijo Rufino, agitándose en su sillón—, pero no tenemos pruebas que involucren al Sicario. Lo mismo podría decirse de cualquier otro traidor de la ciudad que acepte dinero de los enemigos del emperador para causar desconcierto y desasosiego —Rufino dio un taconazo en el suelo con su sandalia bordada en plata—. ¡La misión de Fortunata no era perseguir asesinos!

—¡Silencio! —gritó la emperadora, mostrando la palma de la mano.

Claudia miró fijamente al patricio. Su rostro enjuto estaba desencajado por el enfado; de pronto, se recompuso, le sonrió y levantó la mano.

—No pretendo insultarte.

Claudia aceptó su disculpa. Incluso para un patricio, tal ofrecimiento de disculpas era una señal clara de que se arrepentía de lo que acababa de decir.

—Digamos —dijo Claudia— que este enemigo del emperador está conspirando y que, para conseguir su objetivo, ha contratado los servicios de un asesino profesional. El asesino debe de conocer la identidad de este enemigo. Si seguimos la lógica de Fortunata, si le atrapamos, atraparemos también al hombre que le contrató.

La emperatriz inclinó la cabeza y cubrió su risa con la mano. Anastasio sonrió, pero Rufino parecía furioso.

—¡Augusta! —dijo bruscamente el banquero—. ¿Qué te parece tan divertido?

Elena levantó la cabeza.

—Ahí está mi ratoncita, escurriéndose por los pasillos. Apuesto a que sé lo que estás pensando, Rufino: por qué no me habían contado todo esto antes, ¿me equívoco?

—Excelencia, tal pensamiento ha pasado por mi cabeza.

Elena se volvió hacia Anastasio.

—¡Trae a Burrus!

Pasados unos instantes, hizo su entrada el guardaespaldas personal de la emperatriz. Un mercenario germano de cabellos dorados. Mostraba un aspecto colosal, con su casco de gladiador, su cinto y su falda de cuero; la espada que llevaba envainada era enorme. No tenía ojos para nadie, excepto para su señora: se habría postrado ante ella, pero Elena chasqueó los dedos. El rostro de Burrus mantenía un gesto de pura adoración.

—No seas tonto, Burrus: quédate a mi lado.

El germano obedeció, y Elena le acarició su mano velluda, sonriendo aún a Claudia.

—Yo pagué —explicó— para que ejecutaran a Severio. Envié un pergamino al Sicario con su nombre y mi sello. El agente que lo llevó fue crucificado, pero asesinaron a Severio. Más tarde, me enfadé. Me preguntaba si el Sicario no había hecho un doble juego llevando a cabo mi encargo, pero asegurándose de que el emisario era capturado. Así que —dijo con un suspiro—, el pasado octubre, cuando las legiones de mi hijo entraron en Roma, ofrecí un soborno para entrevistarme con el Sicario; una invitación simple, para discutir algunos temas.

—¿Y lo mataste? —interrumpió Rufino.

—Lo maté, o mejor dicho, lo hizo Burrus. Le siguió cuando abandonó el palacio, recuperó el oro que le había entregado, le cortó el cuello y arrojó su cuerpo al gran colector. No podía permitir —dijo, endureciendo el gesto— que merodease por Roma un hombre que pensaba que había embaucado a la madre del emperador. La persona responsable de dirigir a los *Agentes in Rebus*.

—¿Y cómo era ese hombre? —preguntó atónito Rufino.

—Un hombre joven, no tan brillante como cabría pensar. Decía venir de Dalmacia.

—¿Pero estás segura de que se trataba de él?

Elena hizo una mueca.

—Es cierto, el Sicario podría tratarse, en realidad, de dos personas, pero lo dudo. Sabía mucho de Severio, y podía aportar muchos detalles sobre la muerte de ese bastardo. Le gustaba su vino, era un poco fanfarrón. Ahora, su lengua se ha silenciado. Su boca se ha sellado para siempre, ¿no es cierto? Luego, entonces, ratoncita, has estado desperdiciando mi tiempo.

Claudia ocultó su furia. La Augusta podía haberle hablado de esto antes: desvió la mirada hacia Anastasio; no se había portado mucho mejor.

—Pero ¿por qué mataron a Fortunata? —demandó Claudia.

—No lo sé —respondió la emperatriz—. Eres tú la que debe averiguarlo. Quizá metió las narices en asuntos en los que no debía —Elena elevó la mirada hacia su mercenario germano—. Recuerdas cuando mataste a Severio, ¿verdad?

El mercenario asintió con la cabeza. Claudia se preguntó cuanta gente habría despachado este guardaespaldas personal de la emperatriz.

—¡Muy bien, buen chico! Ahora, ¡retírate y monta la guardia en la puerta!

Elena aguardó hasta que la puerta se cerró tras él.

—Sigo opinando que esas cortesanas fueron asesinadas por alguien que persigue el descrédito de mi hijo. Quiero que paren esos asesinatos. Quiero que atrapen a ese villano —se puso en pie frente a Claudia—. Creo que estás perdiendo el tiempo aquí. Mañana —continuó, mirando a Rufino— comenzarán los juegos. Domatilla y sus chicas estarán aquí. Rufino, puedes introducir a nuestra pequeña Claudia. Di que es un nuevo miembro de su hacienda.

—¿Pondrá alguna objeción? —preguntó Rufino.

—¿Tú crees que objetará, Claudia? —sonrió Elena.

—No, excelencia.

—¿Por qué no?

—Porque, excelencia, Domatilla también está en tu nómina.

Elena acarició el rostro de Claudia.

—Muy lista, ratoncita.

Y, girando sobre sus talones, Elena abandonó la habitación, seguida de cerca por Rufino.

Anastasio no hizo ningún movimiento. Se quedó inmóvil y se arregló la túnica con cuidado. Cuando estuvo seguro de que los habían dejado solos, se levantó y empujó la silla hacia ella, de manera que sus rodillas casi rozaban las de Claudia. Le acarició la mejilla con delicadeza, observándola con sus ojos oscuros. Claudia sintió un pellizco en el corazón. Siempre ocurría lo mismo. Siempre que se encontraba cara a cara con este enigmático sacerdote pensaba en Félix, que solía sentarse frente a ella para contemplarla durante horas. Pero Anastasio no era Félix. Su cara era la máscara de su astuto cerebro y aguzado ingenio. Claudia se preguntaba si Anastasio sabría algo de su relación con Silvestre. Pero ¿no estaba comenzando a dividirse la facción cristiana? Surgían sectas extrañas, tales como el gnosticismo y el arrianismo. Estaban, por un lado, los de Oriente y, por el otro, los de Occidente. Algunos, como Anastasio, creían que la iglesia y el imperio tenían mucho en común. Otros veían a Roma como a otra Babilonia. Unos pocos tomaban el camino entre ambos: Silvestre y Miliciades, el obispo de Roma, que pensaban que podía encontrarse un término medio.

¿Sería capaz Silvestre de traicionarla? La conexión entre ellos era su padre, y si Silvestre le había contado la verdad, el sacerdote le debía la vida. Claudia se decidió a hablar primero.

—Pareces triste y preocupado, Anastasio.

El clérigo permaneció en silencio, sin apartar sus ojos de ella.

—¿Estoy en peligro? —preguntó.

Anastasio asintió con la cabeza y respondió, haciendo señales con las manos. Claudia sacudió la cabeza.

—Te mueves demasiado deprisa.

Claudia no podía entenderle, así que repitió los signos.

—Estás en peligro, ratoncita. Pareces saber más de lo que debieras sobre el Sicario, y has hecho pocos progresos.

Claudia contrajo los labios en señal de desagrado. La habían convocado a esta reunión por sorpresa. Aunque, por otra parte, así era su vida: siempre debía estar preparada para lo inesperado.

—Lo que he descubierto procede de Livonia, Paris y Murano. Además, Fortunata sí que estuvo en El Caballo de Troya.

Anastasio sacudió la cabeza.

—Te han estado siguiendo —replicó, usando los dedos de una mano.

—Siempre hay alguien siguiéndome —dijo sonriendo.

—¿Trabajas para alguien más?

Claudia paseó los ojos alrededor de la habitación. Se encontraban bastante lejos de la puerta, pero nunca podía estar suficientemente segura. Trató de ocultar su alivio. La emperatriz Elena controlaba a los *Agentes in Rebus*. Ella personalmente, asesorada por su sacerdote, las elegía a dedo. Esto molestaba a otras personas, desde luego. A hombres como Bessus y Crisis. Estos, por su parte, contaban con su propia legión de informadores. A veces intentaban sobornar a los que trabajaban para la emperatriz; era eso, precisamente, lo que sospechaba Anastasio.

—No trabajo para nadie más —replicó cansinamente.

—Ten mucho cuidado —advirtió Anastasio.

—¿Crees que el Sicario está muerto? —susurró Claudia. Habló despacio, sin hacer señales, pues Anastasio tenía bastante habilidad para leer en los labios.

La réplica llegó enseguida.

—Si la emperatriz dice que ha muerto, entonces, el Sicario está muerto.

El clérigo agitó un dedo admonitorio ante ella, se levantó y abandonó la habitación.

Claudia cogió la jarra que había traído a la habitación y le siguió. Regresó a la cocina y se sentó en un banco, observando a uno de los chicos de la cocina, que trataba de encender un fogón. Se preguntó qué estaría ocurriendo en Las Burras, y sonrió ante la idea de trabajar en uno de los prostíbulos más selectos de Roma. ¿Habría ido allí Fortunata? Si el Sicario estaba muerto, ¿para qué habría ido la chica a El Caballo de Troya? ¿Qué habría visto que provocó su propia muerte violenta? Si Elena estaba en lo cierto, el Sicario había dejado de operar. ¿O había más de uno? ¿Habría dejado un sucesor?

## Capítulo 7

«Recuerda mantener la cabeza bien alta en tiempos difíciles».

Horacio, *Odas*, II. 3

Claudia se ocupó de sus tareas. Al final de la tarde, justo cuando se encendían las lámparas y se hacía el cambio de guardia, se vio sorprendida con una nueva llamada de Anastasio, que la citaba esta vez en las dependencias privadas de la emperatriz. Claudia esperaba verse rodeada de opulencia, pero solo encontró una cámara casi tan austera como la tienda de cualquier soldado. Las paredes y los pilares eran de mármol negro. La única concesión al lujo la daban unos elegantes muebles de madera de fresno, y algunas mesas, taburetes y sillas; las paredes no mostraban decoración alguna. Claudia observó unos cofres y arcones cerrados. Dos de ellos estaban abiertos: uno estaba repleto de pequeñas bolsas de piel, y el otro, de rollos de papel de vitela y pergamino. Las ventanas que miraban a los jardines imperiales se encontraban completamente abiertas; la cámara estaba fuertemente perfumada con una esencia que provenía de unas jarras de alabastro y unos pequeños braseros situados en cada esquina. Elena permanecía sentada en una silla con aspecto de trono, tras un enorme escritorio, dándose suaves golpecitos en la mejilla con un trozo de pergamino. Estaba vestida completamente de blanco, aunque su manto y su túnica estaban adornados con una delgada cinta dorada. Llevaba el cabello recogido, aunque sin adornar. A la luz de las lámparas de aceite, Claudia comprobó que aún conservaba parte de la gran belleza que, en su día, cautivó al padre del emperador. También tenía una expresión en el rostro que Claudia no recordaba haber visto antes: miedo, preocupación.

—Me alegra que hayas venido, Claudia —susurró Elena con suavidad, como si su visitante fuera alguna gran mujer de la nobleza.

Anastasio trajo taburetes para él y para ella.

—Siéntate, siéntate —Elena se rascaba la parte posterior del cuello—. Antes te he tratado con demasiada dureza, ratoncita. ¿Qué piensas realmente de este asunto?

—Encuentro bastante difícil de creer que el Sicario haya muerto.

—¿Y qué más?

—Las señales en los rostros de los cadáveres. Es cierto, el asesino se burla del emperador, pero también lo hace de la iglesia católica.

Elena intercambió una mirada con Anastasio.

—Continúa, ratoncita.

—Las muertes. Son cortesanas, damas de clase alta. Las asesinaron en parques y lugares tranquilos de Roma. Pero una fue asesinada en este mismo palacio.

Posiblemente, ese asesinato sería bastante fácil de investigar.

Elena asintió con la cabeza.

—Ya lo han investigado. Nadie puede entrar en las dependencias privadas del emperador sin un pase. Los guardias recuerdan que hubo gente entrando y saliendo. Han reconocido a algunos, a otros no. Recuerdan perfectamente cuando entró Sabina en su litera. Y, escucha esto, otra mujer, muy bella y cubierta con un velo, exhalando una embriagadora fragancia. Los guardias recuerdan su entrada, pero no recuerdan haberla visto salir.

—Ella es la asesina —replicó Claudia.

—Pero, si es una mujer —declaró Elena—, la única salida posible es por la ventana, atravesando los jardines, y están constantemente vigilados por la guardia —la Augusta se encogió de hombros—. No se dio alarma alguna aquella noche, y ahora nos encontramos con esto —dijo, y le entregó el rollo de papel. La escritura era extensa, y la caligrafía bien formada.

—¿Son citas? —preguntó Claudia.

—Léelo, ratoncita.

—La primera es de Salustio: «Solo alterar la paz parece una buena recompensa en sí misma».

—¿Y la segunda?

—Del mismo autor, de su libro sobre Yugurta: «Todas las guerras son fáciles de comenzar, pero difíciles de acabar. Su comienzo y final no se someten al control de la misma persona» —Claudia movió el trozo de pergamino para tratar de descifrarlo bajo la luz de la lámpara de aceite—. Los otros dos que quedan son de las sátiras de Juvenal.

—Ya sé lo que dicen —Elena se reclinó en su sillón—. El primero es «Todo en Roma tiene un precio»; el segundo dice: *Quis custodiet ipsos custodes* «¿Quién guardará a la guardia?». Cada una de estas citas podría interpretarse como una advertencia dirigida a mí.

—Se ajustaría a la mente del asesino —dijo Claudia—. Esas citas de Salustio acerca de crear el desconcierto por puro placer, y afirmar que aquellos que comienzan las guerras no son necesariamente los que las terminan.

—¿Y los epigramas de Juvenal? —preguntó Elena.

—Son más amenazadores. El escritor sostiene que puede comprarse cualquier cosa en Roma. El último hace referencia a tus guardias.

—Se acerca mucho a la verdad —dijo Elena, recuperando los pergaminos—. Nos entregaron estos rollos a última hora de la tarde. El Sicario no está muerto. Y, si lo está, alguien ha ocupado su lugar. La última cita: «¿Quién guardará a la guardia?», es la misma frase que cité al hombre que pensé que era el Sicario. Estaba sentado delante de mí, y se rio y me ofreció sus servicios —Elena agitó una mano—. Desde luego, yo simulé estar de acuerdo. Antes de despedirle, le volví a plantear la misma pregunta: ¿Cómo podía confiar en él? ¿Quién guardará a la guardia? —tras una

pausa, volvió a mirar a Claudia a los ojos—. ¿Qué opinas, ratoncita?

—Creo que el Sicario no fue asesinado. Él, o ella, envió a alguien en su lugar, como un reclamo, para observar qué ocurriría en realidad. Sería fácil sobornar a alguien para salir de las sombras y suplantar al Sicario, dándole seguridad de que no correría peligro alguno. Prometiéndole la protección y el favor de los nuevos gobernantes de Roma. En realidad, excelencia, si no lo hubieras matado, el Sicario lo habría hecho.

—¿Se sirvió de él como su instrumento? —preguntó Elena.

—Más bien como su máscara, excelencia. El Sicario es un asesino consumado, ladino y sagaz. Por una parte, estaría deseoso de entrevistarse contigo, pero por la otra, se mantendría receloso ante el nuevo poder de Roma —Claudia agachó la mirada—. La gente que ostenta el poder necesita a personas como el Sicario.

—Pero ese zorro astuto no confió en mí —dijo Elena, sonriendo—, y envió a otra persona en su lugar. Ahora, ha vuelto para vengarse. ¿Pero por qué no me ataca a mí directamente? ¿Por qué selecciona a sus víctimas de la casa de Domatilla?

—Más importante aún, excelencia —se apresuró a intervenir Claudia, ignorando las señales de Anastasio que le aconsejaban cautela—, ¿cómo se las arregló este Sicario para obtener los pases imperiales? Necesitaría uno para entrar en las dependencias privadas del emperador y matar a Sabina.

—Tan solo los escribas, sacerdotes y oficiales de alto rango consiguen esos salvoconductos —dijo bruscamente Elena—. Debe de haber traidores entre nosotros. Hombres dispuestos a entregar sus salvoconductos a cambio de una buena suma.

Anastasio golpeó suavemente a Claudia en el hombro para que le mirara. Movié sus manos con rapidez. Claudia sabía por qué: Anastasio podía escuchar muy bien, y con frecuencia, se comunicaba con su señora por medio de la escritura. Sin embargo, Elena era muy astuta; a lo largo de los años, había aprendido el lenguaje de los signos. De vez en cuando, Claudia pedía a Anastasio que repitiese algunos gestos.

—¿Cuál es la emergencia, ratoncita? —demandó Elena—. Tu cuidador parece más agitado que yo.

—Dice que no deberías haber intentado eliminar al Sicario, que ahora te ha declarado la guerra y que te hará todo el daño que pueda. Anastasio cree que el Sicario está actuando al servicio de alguien cercano al emperador.

—Ya me lo había dicho antes.

—Sí, excelencia: pregunta si no es posible que el mismo emperador lo esté utilizando.

—¡Tonterías! —interrumpió Elena—. Constantino está tan preocupado por esos crímenes como yo. Es obra del Sicario —enfaticó—. Nos sentamos y estuvimos hablando largo y tendido. Le hablé de mi gran sueño: ganar el favor de la iglesia católica, ir hacia el este y encontrar la auténtica cruz en la que murió Jesús. Según mis espías, está enterrada en las afueras de Jerusalén —la emperatriz se inclinó hacia delante, con un extraño brillo en la mirada—. ¿No lo imaginas, Claudia? ¡Vaya

trofeo! ¡Qué gran golpe maestro, como muestra de gratitud por la visión de mi hijo antes de su victoria en el Puente Milviano!

Claudia se quedó atónita. Pudo interpretar en los ojos de Anastasio que ya sabía algo de este sueño, y se preguntó lo mismo de Silvestre.

—Eso explica las cruces en los rostros de las cortesanas —declaró Claudia—. Excelencia, creo que debías haberme hablado de esto.

—Y hay más aún. Me reuní con el Sicario en la casa de Domatilla, poco antes de que las tropas de mi hijo entrasen en Roma.

—¿Tomó parte Domatilla en la supuesta muerte del Sicario?

—No, de hecho, fue él quien eligió la villa.

—Pero eso podría explicar los ataques a las chicas de Domatilla.

Claudia estudió cuidadosamente a la emperatriz. La Augusta, Anastasio y ella misma se habían reunido siempre en lugares parecidos: cámaras oscuras, o tiendas de campaña manchadas por la humedad, durante los tumultuosos días en los que Constantino marchó hacia el sur para enfundarse la toga púrpura. Se preguntó si Constantino conocería todos los secretos de su madre. ¿O confiaría tanto en ella para dejarlo todo en sus manos? ¿Habría cambiado ahora de opinión? ¿Estaría Anastasio en lo cierto? ¿Sería ese el medio por el cual obtuvo el Sicario su pase imperial para entrar en el palacio? Después de todo, la historia de Roma estaba salpicada de casos en los que la madre del emperador había recibido mucho poder, para perderlo poco después. Nerón y Agripina, incluso el antiguo emperador Diocleciano, ahora en el exilio, amén de muchos otros. En ocasiones, la relación entre el emperador y su madre se mantenía hasta la muerte. En otras, se rompía en una sangrienta reyerta de palacio.

—¿Cómo era este impostor?

Elena hizo una mueca.

—Joven, de pelo moreno y rostro enjuto: uno de esos bravucones de los suburbios a medio educar. Lo sabía todo de la muerte de Severio, dijo haber pagado a una prostituta para que lo matara: más tarde, la estranguló. Descubrí muy poco de mi misterioso invitado.

—Un medio para descubrir la verdad —sugirió Claudia— sería mandar a la tropa a El Caballo de Troya. Arrestar a Locusta y traerla hasta aquí para interrogarla.

Elena rio con suavidad.

—Ya hemos considerado esa posibilidad —la Augusta miró a su sacerdote—. Creo que es el momento de hacer entrar a nuestro visitante.

Anastasio se puso en pie y caminó hacia la puerta, sigiloso como una sombra. Volvió pasados unos instantes, seguido por una figura oscura. El sacerdote se echó a un lado. Claudia distinguió que su acompañante era una mujer; alta, de rostro severo y nariz afilada. Llevaba el pelo ceniciento cubierto por un pañuelo, que se quitó con rapidez. Se postró sobre una rodilla, con la mano en alto, en señal de saludo.

—Siéntate, Locusta —murmuró Elena—. Estás entre amigos.

Los ojos de Locusta se desplazaron hasta Claudia. A Claudia le recordaba a uno de esos mosaicos de Milán que representaba a arpías de nariz aguileña y mirada cruel. Claudia la catalogó como una mujer despiadada e implacable, alguien con la que no convenía cruzar la mirada.

—¿Por qué estoy aquí, excelencia?

Tenía la voz gangosa. Tomó asiento, ligeramente inclinada hacia delante y con las manos apoyadas en las rodillas. Al principio, Claudia había pensado que llevaba un vestido muy gastado, pero cuando lo observó más de cerca, se percató de que era de pura lana negra. De su muñeca colgaba una cadena de plata, y en los anillos de sus dedos brillaban multitud de piedras preciosas.

—¿Qué sabes del Sicario? —demandó Elena.

—No conozco a tal persona.

—Vamos, Locusta. Podría preparar una orden de arresto y desaparecerías para siempre.

—Entonces, excelencia, desapareceré —dijo burlonamente Locusta—. Pero tengo amigos, senadores y abogados, que demandarán por qué una mujer inocente ha sido detenida y confinada sin juicio previo. Soy una ciudadana romana.

—¿Sabes quién es el Sicario? —preguntó Elena.

—He oído hablar de él: un asesino que lleva a cabo asesinatos sigilosos para los notables.

—¿Y suele frecuentar El Caballo de Troya?

—Si lo hace, excelencia, no tengo constancia de ello.

—Puedo ser tu amiga —murmuró Elena—. Si cuentas con mi amistad, Locusta, no necesitarás senadores ni abogados.

—El Sicario está muerto —declaró Locusta con desgana—. Sí, solía frecuentar mi taberna. Pagaba bien. Nos reuníamos cuando él lo precisaba, en una de las casas anexas. La eligió deliberadamente. Tiene una puerta lateral y ventanas, un lugar difícil para atrapar a un hombre. Está en un cruce de callejones.

—¿Y os encontrabais allí?

—Solía venir gente, siluetas oscuras entre las sombras. Dejaban una bolsa y un trozo de pergamino con el nombre de la víctima. Yo me encargaba de entregárselo.

—¡Estás mintiendo! —interrumpió Claudia.

Locusta la miró con ojos de asombro.

—¿Y tú quién eres, niña?

—Una sirviente del emperador.

—¿No me digas? —farfulló Locusta entre dientes—. ¿Por qué no vienes a El Caballo de Troya y me llamas mentirosa allí?

—Creo que el Sicario trabajaba para un solo hombre —interrumpió Claudia—. El usurpador Majencio; o para él, o para su consejero personal, Severio.

Locusta soltó una risilla burlona.

—Tienes razón. Severio lo llamaba con distintos nombres: el Sicario trabajaba

solo para él —dijo, sonriendo a la emperatriz—. Excepto en los últimos días, Augusta. Alguien vino a El Caballo de Troya. Traía una carta con tu sello personal: esta vez, el nombre de Severio aparecía en ella.

Un músculo vibró ligeramente en la mejilla de Elena, una señal evidente de que trataba de controlar su famoso temperamento ante la imprudencia de esta mujer.

Pero el resto es verdad. Me reunía con el Sicario en la casa auxiliar, le entregaba la talega y el nombre. Él me pagaba mi parte y se marchaba.

—¿Y jamás averiguaste de quién se trataba?

—Si lo hubiera hecho, o si, incluso, hubiera simulado saberlo, dudo mucho que pudiera haber seguido con vida hasta ahora.

—¿Era hombre o mujer?

—No lo sé.

—¿Y qué ocurrió —preguntó Elena— en los últimos y tumultuosos días de Majencio?

—Todo era como dices, excelencia, tumultuoso. Oímos hablar de la muerte de Siverio —dijo Locusta, arqueando una ceja—. Las tropas desfilaron, tu hijo entró en Roma. Desde entonces, no he visto ni recibido señal alguna del Sicario.

—¿Ha desaparecido?

—Tal como dices, excelencia, ha desaparecido.

Claudia estudió a esta malvada mujer. Permanecía allí sentada, irradiando aplomo y desenvoltura, pero Claudia sospechaba que seguía contando mentiras.

—Entonces, ¿por qué debía morir Fortunata? —preguntó Claudia.

—¿Fortunata? ¿Quién es Fortunata?

—Visitó tu taberna con su hermanastro, el gladiador Murano.

—Conozco a Murano —dijo Locusta, haciendo una mueca—. Pero no guardo un registro de quien entra y sale de El Caballo de Troya. Todo el mundo es bienvenido —dijo, sonriendo—, hasta tú.

Claudia se volvió hacia Elena. Podía sentir la exasperación de la emperatriz. Locusta se mantenía firme en su relato: había ayudado al Sicario en los días previos a la toma de poder de Constantino, pero a partir de entonces, nada. Elena deslizó la mano por debajo de la mesa. Cuando la levantó, sostenía una pequeña bolsa de piel repleta de monedas, que lanzó hacia Locusta, y que está atrapó con habilidad.

—Divina excelencia —dijo Locusta, haciendo una reverencia—, es para mí un gran honor. Soy, y seré por siempre, tu más leal servidora.

—Claro, desde luego —Elena forzó una sonrisa—. Y una servidora leal debe ser recompensada. Te lo agradezco, Locusta.

La tabernera se levantó, hizo una nueva reverencia y se retiró. Elena se recostó en su sillón, y desvió la mirada hacia Claudia.

—¿Qué conclusiones sacas de todo esto, pequeña?

—Ninguna, excelencia, excepto que Locusta miente más que habla.

Elena, furiosa, hizo una señal con la mano.

—¡Puedes retirarte!

Claudia abandonó la habitación y recorrió el pasillo de mármol. A cada lado de las paredes, unas imágenes representaban escenas de las vidas de los emperadores: Trajano cruzando el Danubio, Diocleciano en oriente, luchando contra la caballería persa. Los murales, confeccionados en piedra, eran un elegante testimonio de las conquistas y victorias de los emperadores. Claudia siguió avanzando. Pensó en todo lo que había descubierto, pero no sabía como desenmarañar el enredo de mentiras. ¿Estaba el Sicario vivo o muerto? Sospechaba que, de alguna manera, el ataque criminal de Elena sobre el asesino profesional había agitado el avispero. Pero cómo, o por qué, seguía siendo un enigma. Tampoco se había conseguido descifrar la identidad del asesino: ¿sería hombre o mujer? ¿Noble o llano? ¿Cómo había conseguido el Sicario introducirse en palacio? ¿O habría enviado este esquivo asesino a alguien en su lugar?

Claudia entró en las dependencias de los sirvientes: las paredes estaban gastadas, las estrechas ventanas permanecían cerradas. Se disponía a cruzar el patio cuando escuchó su nombre. Paris aguardaba en la columnata, con un brazo apoyado en un pilar. Estaba elegantemente vestido, con una túnica y una bata que parecía una toga: Claudia se preguntó si tendría permiso para llevar una. Caminó hacia él. Paris llevaba el cabello perfectamente aceitado y recogido, y estaba escrupulosamente afeitado. Parecía un actor a punto de recitar su papel. Sus altas botas marrones contrastaban con su elegante atuendo, como si quisiera agradar igualmente a todos los hombres. Era un romano refinado, muy susceptible a los deseos y lujurias de aquellos que se apilaban en la orquesta para verle actuar.

—¿Qué discurso preparas? —preguntó Claudia—. Te pareces a Hermes, preparado para revelar un mensaje de los dioses, una invitación a unirnos a ellos en el Olimpo.

Paris relajó la pose.

—Vengo a pedirte que me acompañes a tomar una copa. Vamos a una taberna, a una con cocina. La tarde es joven aún —los bellos y lustrosos ojos de Paris se abrieron completamente, pestañeando con picardía—. ¿Un poco de pescado, o de ave? ¿Pan blanco, un vaso de vino?

—¿Cómo has entrado aquí? —Claudia se arrepintió inmediatamente de su pregunta apresurada: cualquiera tenía acceso libre a las dependencias de la servidumbre.

—Le dije a los guardas que me moriría si no te veía.

—¿A que viene esta familiaridad? —preguntó Claudia con recelo.

Paris dio una palmada y levantó la mano en gesto triunfal.

—Tu tío me dijo que dirías eso.

—¿Polibio?

—He ido a verle —dijo Paris, avanzando hacia ella—. Roma es un lugar peligroso, Claudia. Debía asegurarme de que eras quien decías ser —suspiró y bajó

las manos—. ¿Podrás perdonarme?

Claudia reflexionó que no podía culparle, pues había hecho lo más lógico. Ella se había presentado en su teatro sin avisar, inundándolo de preguntas. Había accedido a responder, así que era natural que buscara confirmar su identidad. Se percató de una llave, engarzada en un cordón de plata, que colgaba de su cuello.

—¿Qué es eso?

—Mi corazón —dijo Paris, sonriendo—. Pero —continuó, alzando una mano—, traigo mensajes de tu tío —su gesto se volvió serio y Claudia sintió un pellizco en el corazón.

—¿De qué se trata? —tartamudeó—. ¿Algo va mal?

—Aquí no —murmuró, cubriéndole las manos con las suyas—. Permíteme que te muestre la grandeza de Roma, Claudia.

—No estoy preparada. Necesito cambiarme de ropa.

Paris guiñó un ojo.

—Estás lo suficientemente bella para mí. Pero, debes creerme —caminaron cruzando la columnata que bordeaba los jardines del palacio imperial—, tenía que asegurarme de quién eras en realidad, y el tío Polibio es un hombre muy parlanchín. Aparenta estar muy preocupado. El prefecto de policía ha vuelto, profiriendo amenazas...

—¿Y? —preguntó Claudia.

—Tu tío podría afrontar un cierre de un mes... ¿Tiene algo que ver con el asesinato de un comerciante, quizá?

—Ario —explicó Claudia.

Mientras caminaban, la joven se relajó y le contó a este actor presumido todo lo que había sucedido en la taberna de Las Burras. Cuando concluyó, habían recorrido ya casi todo el Palatino.

—Ya entiendo el problema —dijo Paris—. Ario era un comerciante bastante poderoso. Le mataron y le robaron su plata. La policía está siguiendo la pista al asesino.

—¿Por qué te ha contado todo esto mi tío?

—Me armé de valor, fui a la taberna y me presenté. Algunos de los presentes me conocían, y yo les conocía a ellos. Ya había visto antes a Januaria, y ese tronco de roble, Océano, también me es familiar... —Paris cogió su mano y la acarició—. Dije algunas mentiras, pero tu padre me tomó por lo que soy —dijo, sonriendo—, un tipo honesto.

Claudia se echó a reír. Se sentía a gusto con este actor que se parodiaba a sí mismo. Por un lado, era honesto; por el otro, como muchos de su especie, meticuloso y cauteloso.

—Conocí a Granio y a Faustina, e incluso a Simón el estoico —Paris hizo una pausa—. Un gran mal —dijo, apartando el brazo y lanzando una mirada triste a Claudia— se cierne sigilosamente sobre nosotros. La vista y el oído no darán la voz

de alerta. El mal toma varias apariencias: espada y fuego, pesadas cadenas, o bestias salvajes, dispuestas a devorar tus entrañas —Claudia desvió la vista hacia el cielo—. Imagínalo en tu mente —dijo, imitando perfectamente el tono del estoico—, la prisión, la cruz, la tortura, el garfio y la estaca. Albergan horrores capaces de destrozarse la vida de un hombre...

Claudia soltó una carcajada. La imitación de Paris era tan exacta, y el tono de voz tan certero, que si hubiera cerrado los ojos, habría asegurado que el filósofo se encontraba frente a ella. Paris batió las palmas.

—Un tipo miserable, ¿no es cierto? ¡Ese viejo salido! Todo el tiempo persiguiéndome con la mirada, como si quisiera meter las manos bajo mi túnica —su gesto volvió a endurecerse y, de nuevo, unió sus manos con las de Claudia—. Pero tu tío está preocupado. Debe entregar al asesino, o afrontar el cierre y una fuerte multa. Popea, tu tía, se pasa casi todo el tiempo en el jardín, aullando lastimosamente a la luna. Aunque es todo bastante simple.

—¿A qué te refieres? —preguntó Claudia.

—Es una cuestión de lógica.

Paris la guio hasta la entrada de un callejón. Claudia se preguntaba adonde pensaba llevarla, pero encontró interesante al actor y, más importante aún, era portador de noticias.

—He escuchado el mar de problemas de tu tío. Me disculpo de antemano, Claudia, pero parlorea como una ardilla. La solución es bastante simple. Ario fue asesinado en una habitación que tenía un solo acceso: la ventana estaba atrancada, así que el asesino debió de entrar por la puerta.

—Sí, pero estaba igualmente cerrada y atrancada.

—Lo sé. Ese es el problema —Paris hizo una pausa y tomó su mano—. Piensa en todo ello como en una representación teatral, Claudia, una escena de algún drama. Sabemos que la ventana estaba atrancada y cerrada. Sabemos que no hay entradas secretas, ¿de acuerdo?

Claudia asintió.

—Pero ¿sabemos, a ciencia cierta, que la puerta estaba atrancada y cerrada?

—Mi tío tuvo que echarla abajo.

Paris se rascó la coronilla.

—Sí, ¿pero estaba realmente atrancada y cerrada? —dijo, agitando un dedo—. Piensa en ello.

Siguieron caminando tranquilamente por el callejón: olía a desperdicios, a vegetales podridos, orina y a otros olores fétidos provenientes de las casas de los alrededores. Pasaron junto a una taberna con la puerta y las ventanas abiertas de par en par. Claudia se asomó a su interior: había un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa, en la que se amontonaban bandejas, platos, jarras de vino y copas.

—Gladiadores —exclamó Paris—. Los juegos comienzan mañana, así que, para algunos de ellos, esta será su última cena —levantó un brazo, imitando el gesto de los

luchadores—. ¡Los que van a morir, te saludan! ¡Pero lo hacemos —añadió, con un susurro— borrachos como cerdos y con el estómago repleto!

—¿Te gustan los juegos? —preguntó Claudia.

—Fui una vez a verlos —replicó Paris—. Juré no volver jamás. Tenían a un prisionero atado a una cuerda, unida a un carro. Le empujaron hacia un oso hambriento. La bestia le abrió el estómago de un golpe de su enorme zarpa y sus entrañas quedaron al descubierto. Estuve enfermo durante días —Paris acercó la cara—. Pero, sigue hablando —susurró—, y cuélgate de mi brazo, como si fuera el auténtico Héctor, y tú una de mis admiradoras.

Claudia sintió un escalofrío.

—¿Por qué?

—No seas tan tímida —replicó Paris—. Eras algo más que una sirvienta, Claudia, lo veo con claridad. Pero ya he bebido y comido antes con informadores. Lo que es más importante, nos están siguiendo —cogió la cara de Claudia entre sus manos, presionando con fuerza, para evitar que se girase—. Cuando yo te diga —susurró—, mira al fondo del callejón, suelta una carcajada y date la vuelta de nuevo —Paris sonrió y apartó sus manos—. ¡Ahora! —ordenó.

Claudia miró hacia el lugar por donde habían venido, y vio unas siluetas que se movían de puerta en puerta.

—O te siguen a ti —añadió secamente Paris—, o son admiradores secretos míos. Pero vamos, continúa andando.

Paris caminaba con rapidez. Entraron en una casa con unas grotescas figuras labradas en el dintel; Hermes, con un enorme falo rojo. Los pasillos olían a perfume barato, aceite y vino derramado. Claudia observó un grafiti en las paredes y cayó en la cuenta de que habían entrado en un prostíbulo. Pasaron junto a una pequeña habitación y miró en su interior: un diván de piedra junto a una pared, repleto de cojines y colchonetas; sobre él, una chica a medio vestir les dirigía una mirada insinuante. El pasillo conducía a una sala principal, con un enorme candelabro que colgaba del centro del techo. Desde esta dependencia, se abrían cinco pequeñas habitaciones, cuyas puertas se encontraban entreabiertas: unas chicas desnudas se movían de aquí para allá, hablando entre ellas. Algunas calzaban zapatos rojos o blancos, y llevaban rosas rojas en sus cuellos y cabellos. Llegaron hasta unas escaleras, donde había un habitáculo en el que se encontraba el gerente, y siguieron caminando hasta salir al jardín: lo atravesaron, y cruzaron una portezuela que conducía a otro callejón. Paris la guio hasta un espacioso establecimiento que era, a la vez, taberna y comedor, con una ancha barra en la que se servía cerveza y vino. Tras ella, subiendo algunos escalones, se llegaba hasta un amplio comedor. Paris la llevó hasta allí de la mano, lanzando saludos a aquellos que pronunciaban su nombre. El tabernero se acercó hasta ellos y les entregó una pequeña tabla con la relación de los platos del día. Paris pidió unos filetes de cordero en salsa, verduras, pan blanco y vino aguado. Claudia estaba nerviosa, pero le agradaban las atenciones del actor.

—¿Cuál es la auténtica razón de todo esto? —preguntó con aspereza cuando le sirvieron la comida.

—Ya te lo he dicho. Me gustan las chicas que no están ligadas al teatro.

—No te vas a acostar conmigo esta noche —replicó secamente. Paris soltó una carcajada—. No —dijo, alzando las manos—. He ido a ver a tu tío Polibio. Traigo algunos mensajes, y eso es todo.

Comieron en silencio. Una vez pasada la excitación de su encuentro y comunicados los mensajes, Claudia comenzó a sentirse incómoda. Normalmente, solía mantener a raya a los hombres, convencida de que no tenía tiempo para escauceos amorosos. Alzó la mirada. Paris la observaba con mirada expectante.

—¿Conoces la ciudad?

Claudia asintió con la cabeza.

—¿Has visto alguna vez a un hombre —preguntó la joven, mostrando el dorso de su mano derecha— con un cáliz púrpura tatuado en la muñeca?

Paris engulló la comida que tenía en la boca.

—He visto unos cuantos —replicó, en voz baja—. Hay una asociación, o una fraternidad, dedicada a Afrodita —dijo, mirándola con rostro serio—. Pero ¿qué relación tienes tú con ese grupo decadente?

—¿Decadente?

—Sí, decadente. Le gustan las chiquillas, los niños. Hasta los tipos más despreciables de la ciudad se enorgullecen de no formar parte de ellos.

—¿Y dónde suelen reunirse?

—No tienen un templo o santuario determinado.

Paris miró hacia la habitación del bar que tenían más abajo. Claudia siguió su mirada. Un grupo de hombres, con los hombros cubiertos con capas desgastadas, se concentraba en la puerta. Llevaban los rostros ocultos bajo las capuchas.

—Me gustaría llevarte al teatro —dijo un sonriente Paris—. Deberías venir a verme actuar. Durante los problemas recientes, me he visto obligado a retirarme, pero ya estoy de vuelta, y quiero hacer famoso mi nombre —continuó, y vació su copa de un sorbo—. Sin embargo, no me gusta la compañía que continúa siguiéndonos —sonrió socarronamente—. Creo que es momento de que te vayas a casa.

Claudia se puso en pie. Pensaba que iban a bajar los escalones, pero Paris la cogió de la mano y la condujo hacia la parte trasera de la habitación.

## Capítulo 8

«Los que van a morir, te saludan».

Aclamación de los gladiadores antes de los juegos.

**O** quieren verme, o pretenden intercambiar unas palabras contigo, Claudia — declaró Paris, ya en el callejón trasero del edificio. La cogió de los hombros y la atrajo hacia su pecho—. ¿Quién eres en realidad? ¿En qué estás metida?

—¡Mi ocupación no es asunto tuyo! —dijo bruscamente, separándose de su abrazo.

—Una última copa —murmuró Paris—, pero en un lugar que yo conozco.

Siguieron caminando a través de callejones estrechos. Claudia se percató de que volvían en dirección al Palatino, tomando una ruta circular. En la distancia, podía distinguir los monumentos y pilares, iluminados por la tenue luz del cielo estrellado; aunque a su alrededor tan solo había casuchas sucias y destartaladas. Unas prostitutas, ancianas y decrepitas, permanecían en sus entradas, incitándoles con la mirada.

—¡Te lo hago a ti y a tu amigo! —gritó una de ellas.

Paris se giró, le hizo un gesto despectivo y condujo a Claudia hasta La Lámpara de Aceite, un pequeño establecimiento de comidas. El aire en su interior era dulce y cargado de sabores, y el suelo del comedor estaba limpio; había varios reservados para beber, y sobre ellos, había una tribuna. En cuanto hizo su entrada, Paris comenzó a recibir saludos, y la gente se acercó hasta él para estrecharle la mano. El actor aceptó sus aclamaciones con petulancia. El encargado los dirigió hasta un compartimento y les trajo dos copas de lo que catalogó como el mejor vino de Campania. Un joven se acercó hasta ellos: rostro enjuto, labios carnosos y ojos saltones, bajo un cabello rubio muy corto.

—¡Paris! —exclamó, y se sentó.

Claudia reconoció a Iolo, antaño un famoso actor, hasta que comenzó a beber demasiado y terminó por ponerse en ridículo sobre el escenario.

—Te conozco —balbuceó, señalando a Claudia con el dedo—. Así que el valiente Paris está de vuelta.

—¿Cómo dices? —preguntó Claudia.

—Cuando Majencio gobernaba la ciudad —explicó Paris—, representé una obra de mímica en el teatro. A Severio no le gustó; pensó que me burlaba de su señor. Así que tuve que huir. Pasé la mayor parte del tiempo escondido en un sótano. No volví hasta la llegada de Constantino. ¡Estoy más que satisfecho con este cambio de

gobierno!

—Nunca has sido una persona a la que guste empuñar armas —comentó Iolo, y tomó un sorbo de la copa de Claudia. Su gesto se endureció—. ¿Puedes utilizar tu influencia, Paris? Aceptaré cualquier tipo de trabajo.

—Tengo uno para ti en este momento —Paris depositó una moneda de plata sobre la mesa—. Vamos a salir por la puerta trasera. ¡Claudia, nuestros huéspedes han llegado!

Un grupo de matones se abrían paso hacia ellos. Rostros sin afeitar y miradas amenazantes. Paris la cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta. Al instante, Iolo comenzó a crear un alboroto para distraer a sus perseguidores.

—¡Vamos!

Paris había dejado de ser el actor arrogante y despreocupado. A la pálida luz del crepúsculo, su rostro aparecía pálido y desencajado. Claudia obedeció. No era esta la primera vez que tenía que huir de unos asesinos, y siempre seguía el mismo patrón: deslizarse entre la gente, correr con fuerza, evitar los baches en las calles, girar constantemente de calle en calle, volverse para comprobar si sus perseguidores aún seguían tras ellos. Cuanto más corrían, más consciente era Claudia de lo terriblemente asustado que estaba Paris. Ahora, era ella la que debía agarrar la muñeca de Paris y tirar de él. Entonces, como si se tratase el final de una carrera, alcanzaron la vía principal que conducía hasta el Palatino. Alcanzó a ver a un grupo de guardias y de jinetes. Paris y ella se detuvieron junto a una fuente y miraron a su alrededor: sus perseguidores habían desaparecido.

—Es la última vez —dijo Paris, con voz entrecortada y el rostro empapado de sudor— que te invito a una copa de vino. La próxima vez, me tendrás que venir a ver al teatro —se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

—¿Paris?

Había comenzado a retirarse, pero volvió hacia ella.

—¿Por qué has venido a verme esta noche? ¿Dónde estabas cuando asesinaron a Fortunata?

El actor suspiró exasperado.

—Claudia, yo no os elegí; ni a Fortunata, ni a ti: ambas vinisteis a buscarme. ¿No es cierto?

Claudia asintió.

—Sentía curiosidad por ti, tenía que probarte, ¿de acuerdo?

Claudia sonrió.

—Soy actor —continuó Paris—. Odio el derramamiento de sangre, y me importan un pimiento los emperadores. Hui de Roma mucho antes de que muriesen Majencio y Severio: me gustaba Fortunata, pero he estado muchos días fuera de Roma. Fortunata aún vivía cuando me fui. Y sí —añadió Paris, sonriendo ante la confusión de Claudia—, Zosinas me envió a su villa en las colinas Albanas; suficientemente cerca de Roma, pero demasiado lejos para mí. Volví el mismo día

que me encontraste —Paris sostuvo en alto la llave que colgaba de su cuello—. Esto es para mi caja fuerte; todo lo que deseo es hacerme rico —le apretó la mano y desapareció entre las sombras.

—¿Estás bien?

El centurión de guardia se aproximó hasta ella. Se agachó y acercó su rostro curtido con gesto amable: por un momento, Claudia pensó que se trataba de su padre.

—Sí, sí —respondió—. Estoy bien. Todo lo que necesito es una buena noche de sueño.

Cuando alcanzó las dependencias de la servidumbre, Claudia estaba demasiado cansada como para reflexionar acerca de los acontecimientos que se habían desarrollado durante la tarde. Se limpió el rostro y las manos con agua fresca, se metió en la cama y concilio el sueño en pocos minutos.

A la mañana siguiente, se levantó muy temprano. Se aseó y vistió con rapidez, e introdujo sus pertenencias en una bolsa. Se calmó un poco en el refectorio, donde saboreó un poco de pan y un estofado algo rancio. Seguidamente, se encaminó hacia el patio del palacio, donde Rufino se estaría preparando para marcharse hacia los juegos. El cielo estaba iluminado con un resplandor rojizo, como si toda Roma se acabara de despertar y, de repente, hubiera caído en la cuenta de que hoy se celebrarían los juegos. Todos, desde el más insignificante esclavo hasta los propios ministros del emperador, estarían presentes para presenciar el desfile de sangre y muerte. Claudia podía sentir la excitación al llegar al patio. Un grupo de sirios, vestidos con túnicas rojas, aguardaban sentados alrededor del gran palanquín, con las cortinas recogidas, en el que iban a transportar a Rufino hasta el Coliseo. Unos negros, vestido de blanco, precederían la litera y, a cada lado, desfilaría una pequeña escolta al mando de un oficial, que se encargaría de mantener alejada a la multitud sudorosa del ministro del César.

Claudia se abrió paso entre el grupo de siervos y otros miembros de la comitiva. Bessus, el chambelán, advirtió su presencia, y chasqueó los dedos para que se acercase.

—Tienes que caminar junto a la litera de Rufino —anunció pomposamente.

—Caminaré junto a la litera de Rufino —repitió Claudia con pesar—. ¿Tengo que asistir a los juegos, Bessus?

—¡Desde luego que sí, mi niña! —sus labios carnosos se arquearon, en señal de asombro—. Vas a entrar al servicio de la casa de Domatilla. ¡Vaya un espléndido sitio para servir! —dijo, y siguió con su faena.

Los sirvientes se acercaban portando comida: queso, uvas, cerveza. El sol brillaba con fuerza en el cielo.

—¡Espero que no se demore demasiado! —murmuró uno de los portadores sirios—. Las calles del Coliseo estarán abarrotadas, y va a hacer mucho calor. ¡Espero que se de prisa ese bastardo!

Finalmente, tras una larga hora de espera, sonaron las trompetas: Rufino bajó las

escaleras con aire esplendente, con su toga blanca, su pelo ceniciento bien peinado y su tez aceitunada, rematada con la mejor de sus sonrisas. Los esclavos que esperaban a cada lado portaban fruta, vino y parasoles. Rufino subió en su litera. Miró a Claudia y le guiñó un ojo.

—Podrías venir conmigo —susurró, observándola detenidamente—, pero si mi mujer lo descubriese, me costaría meses de explicaciones. Si vas a pecar, Claudia —añadió—, hazlo siempre en secreto.

Los portadores ocuparon su lugar. El palanquín abandonó el suelo y la procesión comenzó su recorrido triunfante, colina abajo, hacia las calles de la ciudad. La excitación allí era tangible. Ningún mercado, puesto ambulante o tienda había abierto sus puertas. Las tabernas estaban cerradas. Todos iban a los juegos. Las calles estaban tomadas por una muchedumbre feliz y ruidosa. Los más expertos proclamaban en alto las habilidades de ciertos gladiadores, los apostadores gritaban al aire sus jugadas. Algunos de los combatientes poseía su propio séquito de seguidores, que sostenían en alto enormes pancartas que proclamaban las virtudes de sus ídolos. Un grupo de escolares cantaban un antiguo silogismo: «Mi burro tiene orejas. Tú tienes orejas. Por lo tanto, tú eres mi burro».

Grupos de guardias despejaban el paso. El estruendo y el barullo eran ensordecedores. En un momento determinado, la multitud enmudeció. Rufino, que leía algunos papeles en su palanquín, asomó la cabeza por la cortina.

—Claudia, encanto, ve a ver qué ocurre.

La joven se internó aprisa entre la multitud, pasando a los soldados, abriéndose paso entre el gentío. Llegó hasta el extremo de la gran explanada que rodeaba el Coliseo y observó horrorizada. La guardia imperial trataba de contener a la masa, que se concentraba ante la primera visión de sangre del día. Había una hilera de carros que transportaba a multitud de convictos, hombres condenados a morir a mediodía en el Coliseo. Los prisioneros, hacinados, llevaban las manos atadas a la espalda. Un prisionero, incapaz de soportar la tensión, y poco dispuesto a morir para entretener a los demás, se las había arreglado para escapar de su carro, y se suicidó introduciendo la cabeza entre los radios de la rueda del carro que le precedía. Su cuerpo permanecía enganchado en la rueda, con sus sucios harapos cubiertos de sangre. Claudia se llevó la mano a la boca. Se dio la vuelta y regresó trotando. Rufino asintió con la cabeza cuando le contó lo sucedido.

—Eso despertará el apetito —suspiró—. A la gente le encantará.

—¿Detendrá el emperador los juegos? —preguntó Claudia.

Los asombrados ojos de Rufino se abrieron completamente, y posó el dedo sobre los labios.

—¡Calla, niña! Ya hay bastantes rumores de que el obispo de Roma y su círculo no están nada contentos —dijo, sonriendo—. Después de todo, durante toda mi vida, las únicas ocasiones en que los cristianos iban al Coliseo... —dejó la frase inacabada.

El capitán de la guardia volvió hasta su posición y les comunicó que comenzarían

a moverse en breve. El palanquín volvió a elevarse. Cruzaron la amplia explanada. Claudia miró furtivamente al carro. El esclavo seguía enganchado. Un soldado desenvainaba su espada para seccionarle los tendones del cuello. Claudia se alegró de que la multitud se moviese aprisa. La guardia personal de Rufino abrió paso a la litera entre la masa sudorosa.

El Coliseo rugía sobre ella, con sus ladrillos blancos sobre los que destacaban las oscuras sombras de las arcadas. La fachada se elevaba cuatro plantas, y cada una mostraba un tallado diferente. Unas enormes estatuas presidían las entradas principales, que sumaban un total de setenta y cinco. Sobre cada puerta, aparecía un número tallado. Aquellos que pretendiesen entrar debían entregar un boleto en el que figuraban los números de la entrada, la fila y el asiento. Sin embargo, Rufino accedió por la entrada imperial, dominada por una colosal estatua de Nerón; aunque, desde luego, los sucesivos emperadores habían ido cambiando su rostro para que reflejara el suyo propio.

Rufino abandonó la litera. El magistrado de los juegos, los jueces, los lanistas, y los propietarios de las escuelas de gladiadores, le aguardaban junto a la entrada. Se distribuyeron unas copas de vino, se hicieron brindis y se intercambiaron cumplidos. Claudia permaneció en una esquina, sujetando su fardo y su bastón. Pensó que el banquero se había olvidado de ella, pero justo antes de que le condujesen a su asiento, chasqueó los dedos.

—¡Tú te quedas conmigo, Claudia!

Subieron algunos escalones y una suave rampa que daba paso al anfiteatro. Claudia se quedó paralizada por la impresión. Contempló los banderines, estandartes, banderas y penachos, mecidos por la brisa de la mañana, los palcos de los ricos, sombreados y adornados con costosas telas; la arena estaba teñida de un extraño color naranja; y, sobre todo, la rugiente multitud. Aunque aún era temprano, el mar de caras y los gritos de miles de personas la hizo sentirse mareada. Rufino la tomó de la mano con gentileza y Claudia lo siguió hasta el palco, junto al podium imperial. A su izquierda, Claudia observó las dependencias que ocuparían más tarde el emperador y su séquito donde habían dispuesto unos sillones forrados en oro y unas mesitas bajas.

—El emperador no hará acto de presencia hasta esta tarde —susurró Rufino—. Su lugar lo ocupará el comisario de los juegos —el banquero mencionó el nombre de algún noble.

Claudia observó un grupo de sillas dispuestas sobre unos escalones, dentro del palco de Rufino.

—Son para Domatilla y sus chicas —explicó Rufino—. Me temo que tú tendrás que permanecer de pie.

Claudia asintió con la cabeza, se acercó a un extremo y observó el mar de caras. Su tío, Popea y todos los sirvientes de Las Burras debían de estar allí. La taberna estaría cerrada y sellada, vigilada por algún matón. Océano estaría también presente, gritando a todos lo que debían presenciar. Intentó reconocer caras entre la multitud,

pero era imposible.

El Coliseo se llenó pronto. Buhoneros y mercachifles recorrían los pasillos ofreciendo agua, vino, salchichas picantes, pan empapado en salsa de pollo, pasteles de miel, trozos de pergamino con los nombres de los gladiadores que iban a luchar. Los contables, fácilmente distinguibles por los enormes parasoles que sujetaban los escritorios, junto con sus pizarras, aceptaban las apuestas del público. El sol se encontraba ahora en su cénit. Sobre algunas partes del Coliseo, unos marineros tiraban de unas cuerdas, que extendían sobre la multitud unos enormes toldos empapados en agua para paliar los peores efectos del terrible calor.

En el anfiteatro se habían dispuesto unas enormes tablas sobre caballetes de madera sobre las que reposaban las armas de los gladiadores. Estas serían inspeccionadas minuciosamente antes de comenzar los juegos. Jueces y lanistas, pomposos y solemnes, caminaban entre las tablas, levantando escudos, comprobando cascos, humedeciéndose el pulgar para comprobar el filo de las espadas. Unos sirvientes alisaban y nivelaban la arena con grandes rastrillos. Un grupo de músicos trataban sin éxito de que el público coreara con ellos alguna canción. Los soldados, armados con espadas y grandes escudos, se situaban ya cerca de la puerta por la que harían su entrada los gladiadores. Guardarían la vía de escape, con instrucciones estrictas de dar muerte a todo gladiador que tratase de huir, presa del pánico. Bajo el zumbido del público se podían percibir los rugidos de leones y tigres, encerrados en jaulas situadas en los sótanos del anfiteatro. Claudia sentía un escalofrío. Odiaba los juegos, no sabía bien por qué. Había presenciado campos de batallas, atestados de cadáveres. Era por algo que le había dicho su padre, parafraseando a un poeta... ¿cómo era? «En los juegos, la muerte es tan barata, tan vulgar».

Claudia escuchó extáticos chillidos y ovaciones, y se giró con curiosidad. Domatilla y sus mujeres hacían su aparición y recibían el saludo de Rufino. Eran bellas mujeres de diferentes nacionalidades: africanas, sajonas, dacias, ilirias, germanas y galas; con el cabello perfectamente recogido, preciosas joyas adornando sus orejas, cuello, muñecas y dedos; sus bellos cuerpos cubiertos con las más finas sedas y mantos. Sus rostros estaban perfectamente maquillados, sus cejas escrupulosamente depiladas y las pestañas debidamente resaltadas. Rufino les dio la bienvenida con besos y abrazos. Ocuparon sus asientos, y unos sirvientes les llevaron unas copas con sorbete de helado. Rufino acompañó a Domatilla, hasta un asiento situado en la zona central del podium. El público, que descubrió su llegada, las saludó con alaridos, silbidos, comentarios obscenos y burlas. Entre estos, surgió un cántico acallado: *In hoc signo occides! In hoc signo occides!* El gesto de Domatilla se torció ante este elocuente testimonio de lo extendidas que estaban las noticias de los asesinatos en Roma. El cántico se hizo más audible. Afortunadamente, el magistrado de los juegos se puso en pie en el palco imperial y avanzó unos pasos, alzando los brazos. El público le saludó con un fuerte aplauso. Domatilla suspiró aliviada y se recostó en su silla.

—¡Alabados sean los dioses! —susurró y, tras abrir su abanico, comenzó a agitarlo vigorosamente.

Rufino llamó a Claudia y la presentó. Domatilla la cogió por los hombros y le dio dos sonoros besos en las mejillas, embriagándola con el aroma de su perfume exótico. Era una mujer algo entrada en carnes y de aspecto agradable, con una lustrosa cabellera negra, claramente teñida, y una gruesa capa de pintura en el rostro.

—¿Así que te unirás a nosotras en la villa? —susurró, examinando a Claudia de pies a cabeza—. No eres muy bella, pero pareces interesante. Puedes esperarme hasta después. Quédate en las sombras, pero recuerda, lo que la gente no paga, no consigue —apostilló, torciendo el gesto remilgadamente y mirándola a los ojos.

Claudia sospechaba que Domatilla sabía quién era ella en realidad.

—La divina Augusta ya me ha enviado un mensaje. Te llama su ratoncita, y hay muchos gatos sueltos, ¿no es cierto, Claudia?

Claudia se limitó a sonreír. Rufino, sentado junto a Domatilla, guiñó un ojo con picardía.

—Ahora, voy a ver los juegos —dijo Domatilla. Retiró la mano, de uñas esculpidas y pintadas de púrpura, y dedos engalanados con gemas preciosas. Sus múltiples brazaletes tintineaban al chocar entre sí—. Espero que los juegos sean interesantes —murmuró—. Ya era hora de que la ciudad recuperase sus placeres, ¿no es cierto, Rufino?

Claudia interpretó aquello como un signo de despedida y se retiró a las sombras del palco. Miró a su alrededor. Algunas cortesanas la miraban de soslayo, susurrando y riéndose entre ellas. Los sirvientes hicieron su entrada, portando bandejas de plata para servir vino blanco y algunas delicadezas. El aire se cargó con el perfume de las túnicas de las damas. Los murmullos y las risas cesaron con el rugido de las trompetas. Los juegos iban a comenzar. Sin embargo, el magistrado de los juegos debía, estar ocupado, pues no respondió al toque de trompetas. Las damas comenzaron de nuevo con su parloteo. Hablaban de una historia acerca de un criminal que se había suicidado.

—¡He escuchado —gritó Domatilla— que ha habido otros suicidios! Un germano entró en una letrina y se asfixió, introduciéndose por la boca un trozo de madera y una esponja, de esos que suelen utilizarse para el más vil de los propósitos.

Su testimonio levantó gritos de horror del resto.

—Y tres sajones se han ahorcado...

De nuevo, sonaron las trompetas. El magistrado se situó en el extremo de su palco y levantó la mano. Una atronadora ovación lo saludó desde la grada. Los gladiadores hicieron su aparición desde los pasadizos subterráneos del anfiteatro: tracios, samnitas, reciarios. El Coliseo enmudeció, como si una mano hubiera tapado la gigantesca boca colectiva de la multitud. Dieciséis gladiadores en total, de cuerpos brillantes por el sudor. Algunos llevaban la cabeza desnuda, otros, unos cascos muy elaborados; unos llevaban grandes escudos, otros, pequeños y circulares. Se alinearon

frente al palco imperial y alzaron sus armas.

—¡Los que van a morir, te saludan!

El responsable de los juegos alzó la mano en señal de reconocimiento, y la multitud agradeció ruidosamente su aprobación. Podía olfatearse la sangre en la cálida brisa de la mañana. El ruedo se había despejado. La pompa y la solemnidad habían desaparecido. La multitud comenzó a corear el nombre de sus luchadores favoritos; algunas mujeres arrojaron flores: la danza de la muerte estaba a punto de iniciarse. Claudia observó atentamente a los gladiadores al retirarse, tratando de reconocer a Murano, hasta que descubrió que se había quedado sobre la arena. Sería uno de los primeros en pelear. Su cuerpo y pecho estaban cubiertos de placas de cuero y de metal. Llevaba un taparrabos de lino rojo, ceñido a la cintura por un cinto del que colgaba una espada. Llevaba las pantorrillas protegidas por grebas, y el brazo izquierdo cubierto por una manga de piel, reforzada con placas de metal. Llevaba un pequeño escudo y una espada curvada, en forma de hoz. Murano era tracio, tendría que confiar en su habilidad y su fuerza. Se colocó el casco, bastante grande y tallado con la forma de la cabeza de un oso. Su oponente, un samnita, portaba un pequeño escudo y una espada larga y afilada. Vestía un taparrabos, cinto y protecciones de cuero en muñecas y piernas. Su victoria dependía de su velocidad y agilidad. Otro toque de trompetas. El terreno quedó despejado, el magistrado hizo un gesto. La multitud lanzó un suspiro colectivo, seguido de murmullos de reconocimiento, cuando los dos hombres se separaron. Apenas se movían; debían conservar sus fuerzas: comenzaron los amagos y las fintas con el escudo y la espada. De pronto, como si sintieran la impaciencia de la masa, ambos hombres se enzarzaron en un violento y vigoroso combate: espada y escudo se movían con rapidez, buscando la ventaja, el desliz del oponente. Claudia observaba fascinada. El oponente de Murano, el samnita, se retiró, encogiéndose y, flexionando el brazo, lanzó hacia delante su pequeño escudo y su espada. Se movió hacia la derecha, Murano se movió con él. El samnita amagó, Murano golpeó, tratando de llevar al suelo a su oponente. Chocaron sus espadas, los escudos se cruzaron en un estridente eco metálico. La competición se estaba prolongando más de lo esperado. Ambos hombres parecían impassibles ante el bochornoso calor; de pronto, Murano no se movió con suficiente rapidez. Su oponente le lanzó por los aires, su espada salió despedida.

—¡Ya lo tiene! ¡Ya lo tiene! —rugió la multitud.

Claudia sintió un pellizco en el estómago.

—¡Mitte! ¡Mitte! ¡Acaba con él! ¡Acaba con él!

La multitud mostraba su estima hacia las habilidades de Murano. El tracio se movió aprisa ante una distracción de su oponente, causada por el público: rodó sobre la tierra, alcanzó su espada y se puso en pie de un salto. El combate renació con fuerza, pero a un ritmo diferente. Murano parecía decidido a terminarlo cuanto antes. El samnita perdió su casco, Murano le provocó un profundo corte en el brazo y el samnita se descompuso. Tiró la espada y levantó un dedo de la mano izquierda hacia

el palco imperial, una señal de que no podía continuar el combate y de que imploraba misericordia. Su brazo erguido estaba completamente cubierto de sangre; la herida había sido más profunda de lo que podía pensarse. Los lanistas entraron en el ruedo, armados con látigos y espadas, por si los gladiadores decidiesen dejar de pelear. Se colocaron entre Murano y su oponente derrotado. El magistrado se levantó y se inclinó sobre el extremo del palco. El samnita plantó una rodilla en la arena. Había arrojado la espada y permanecía inclinado hacia delante, con las manos extendidas. La muchedumbre estaba dividida. Habían disfrutado con la pelea, pero se volvieron contra el samnita. El público pensó que debía haber luchado con más bravura. El grito emergió desde las gradas.

—¡Córtale el cuello! ¡Córtale el cuello!

El grito creció hasta convertirse en un rugido. El responsable estiró su mano derecha con el pulgar extendido. El rugido se hizo aún más intenso. El responsable inclinó el pulgar hacia abajo: no habría clemencia, ni misericordia, ¡el samnita debía morir! Murano se quitó el casco, tiró a un lado el escudo y avanzó, blandiendo su espada. El samnita trató de incorporarse, y se apoyó en el muslo de Murano para mantenerse erguido. Murano le miró a los ojos y le dirigió unas palabras. El hombre alzó la cabeza. Murano hundió la espada en la garganta desnuda de su oponente. El samnita cayó hacia atrás; permaneció medio sentado y se fue escurriendo lentamente hacia un lado. La multitud enmudeció. Murano, exhausto, también cayó sobre la arena.

Unas extrañas criaturas hicieron su aparición en el ruedo, liderados por una figura grotesca vestida con una túnica ajustada y largas botas de cuero fino. Sobre el rostro lucía una máscara con la figura de un pájaro. En una mano llevaba un mazo, y en la otra, un hierro candente. El extraño grupo se aproximó al gladiador muerto. El cabecilla estampó el hierro en el pecho del samnita, para asegurarse de que estaba muerto en realidad y, seguidamente, golpeó fuertemente su cabeza con el mazo. Le ataron una cuerda a los talones y lo sacaron a rastras por la Puerta de la Muerte, mientras el personaje esperpéntico, que representaba a Caronte, Señor del Ultramundo, bailaba una frenética danza. Murano se puso en pie y extendió los brazos, aceptando la aclamación del público. Mientras se retiraba, los operarios trabajaban deprisa, removiendo la sangre entre la arena con sus rastrillos y recogiendo las armas que habían caído. Los juegos continuaron.

Claudia se sentó al fondo de las sombras del palco. Le alegraba que Murano hubiese salido victorioso, y de que Januaria no tuviese que verter lágrimas sobre su comida, pero se sentía enferma e inquieta. Observó a las otras mujeres. Algunas estaban claramente excitadas, deslizando sus manos entre sus vestidos, entre sus piernas. Dos de ellas, sentadas en sillas contiguas, intercambiaban caricias, paseando sus manos por muslos, brazos y senos. Domatilla se desplomó en su silla, con la boca bien abierta, como si hubiese bebido demasiado. Aunque Rufino simulaba estar atento a la competición, leía en secreto algunos documentos, que apoyaba sobre sus

rodillas.

La mañana llegó a su cénit; los juegos seguían su curso. A veces, los gladiadores se mostraban renuentes; otros, complacían a las masas, y a todos se les permitía seguir con vida. Finalmente, terminó la primera parte de las festividades del día. Los toldos se extendieron por completo sobre las gradas, y los mercachifles y vendedores ambulantes comenzaron a hacer negocio. Muchos espectadores abandonaban sus localidades en busca de sombra y aire fresco. Otros, sin embargo, se vieron obligados a permanecer bajo el inclemente sol: los esclavos y malhechores convictos, que afrontaban su ejecución colectiva. Cinco o seis de estos fueron arrojados al ruedo, donde aguardaban tres enormes osos. Al principio, los animales y los hombres guardaron las distancias. Al poco tiempo, unos hombres comenzaron a hostigar a los animales con látigos y hierros candentes. Enfurecida, una de las bestias arremetió contra los prisioneros, derribándolos como a muñecos de trapo. Al olor de la sangre, las otras dos se unieron a la primera. Uno de los prisioneros consiguió liberarse y comenzó a huir, perseguido por un oso. La multitud se olvidó de su almuerzo y comenzó a rugir con fuerza, carcajeándose ante la desesperada carrera de aquel desdichado. Claudia giró la cabeza. Se dirigió hacia la puerta y se retiró sigilosamente. A su alrededor, la gente sentada en los bancos disfrutaba de aquella macabra fiesta, con la boca llena de la comida que habían comprado, o traído de sus casas. Solo tenían ojos para aquel miserable criminal, ahora exhausto y paralizado por el miedo, al que rodeaban las tres bestias. Claudia trató de ignorar los rugidos y los gritos de la multitud. Un golfillo, con el rostro mugriento y la boca manchada de miel, la miraba con los ojos bien abiertos.

—¿Eres Claudia? —tartamudeó.

—Soy Claudia.

—El tío Poli... El tío Polib...

—Polibio —Claudia terminó por él.

—Dice que debes venir. El hombre con el cáliz en su muñeca. Está abajo. Está en las celdas de los animales.

Claudia sintió un pellizco en el estómago. ¡Llevaba mucho tiempo buscando a ese hombre! Y ahora estaba allí, entre el calor sofocante del Coliseo, el aire cargado de aceite, grasa y sangre, y los gritos y risas de las masas ante el cruel desenlace de algún desdichado. Claudia miró fijamente al chico.

—El tío Polibio le ha visto. ¡Debes venir! ¡Debes venir! —dijo, agitando la manita.

Claudia se sentía extraña, algo confusa y aturdida por la impresión. La multitud comenzó a deformarse y a desfigurarse ante sus ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie. Alargó un brazo y tocó al hombre que permanecía sentado en el extremo de la fila.

—¡Puedes apoyar la mano un poco más abajo si quieres, querida!

Claudia respiró con fuerza. El chico había comenzado ya a subir los escalones

aprisa, levantándose su túnica desgastada y dejando al descubierto su roñoso trasero. Claudia no tenía otra opción que seguirle. Llegaron a la entrada de los fosos. Los guardias estaban ocupados, vigilando el ruedo. El chico había llegado casi al fondo, con el rostro desdibujado en la penumbra. Claudia sintió que recuperaba las fuerzas, un hormigueo de excitación le recorría el estómago. Comenzó a bajar. El pasadizo que tenía frente a ella era largo, y su final se perdía en la sombras. En el aire flotaba un olor rancio, fétido, a excrementos y paja, el olor de los animales salvajes en cautividad.

Claudia había estado allí una vez, hace años, con su padre. Era un día de fiesta, y la había llevado hasta allí para contemplar un tigre, blanco como la nieve, con grandes ojos verdes. Cada puerta de ese corredor comunicaba con una serie de pasillos paralelos, repletos de jaulas con animales salvajes, apiladas a ambos lados. El chico abrió una puerta y Claudia la cruzó. El pasadizo estaba oscuro, iluminado tan solo por una lejana antorcha, colocada en una oquedad en la pared. Se percató de que había multitud de jaulas almacenadas. La que había a su derecha estaba vacía. De pronto, gritó horrorizada cuando un enorme león, de poblada melena y pelaje cobrizo, se estremeció tras los barrotes que había a su izquierda. Se recostó sobre sus cuartos traseros y abrió completamente sus fauces, revelando unos enormes dientes blancos.

Claudia se giró hacia la puerta, pero la habían cerrado a sus espaldas. El león se puso en pie y la miró con sus enfurecidos ojos de color ámbar. Claudia miró el pestillo de la compuerta. Estaba corrido totalmente. No tenía nada que temer. El león rugió de nuevo, echando atrás la cabeza; su alarido se contagió a las bestias de las otras jaulas. Claudia trató de nuevo de abrir la puerta. Se había cerrado desde el exterior. La empujó violentamente, golpeándola con los puños. De nuevo, el león rugió con fuerza y, a lo largo del pasadizo, distinguió multitud de siluetas golpeándose contra los barrotes. Avanzó un paso. El león volvió a cargar. Era como si estuviese en alguna antesala del Ultramundo. El aire tenía un sabor amargo, la paja crujía bajo sus pies. La antorcha situada sobre la puerta del extremo opuesto hacía temblar su sombra. ¡Qué estúpida había sido! ¿Sería esta alguna especie de broma cruel? El chico la había guiado hasta allí, un golfillo al que le habrían dado una moneda y un mensaje que transmitir. Pero ¿por qué? Empezó a sentirse mareada, así que se apoyó sobre la puerta, respiró profundamente y trató de calmarse. Esta puerta estaba cerrada, pero ¿y la otra? El león la estudiaba con curiosidad, como si estuviese desconcertado. De repente, dio un gran salto y sacó una descomunal zarpa entre los barrotes, cortando el aire.

Claudia comenzó a correr. En su huida se percató de los barrotes que la flanqueaban a cada lado, el aire se inundó de rugidos y gruñidos, una multitud de ojos llameantes la miraban. Procuró mantenerse en el centro de la galería, a salvo de las garras de las bestias. Finalmente, alcanzó la otra puerta y trató de abrirla. Estaba cerrada. La golpeó con los puños. De repente, la puerta del otro extremo se abrió. ¿Se trataría de algún juego sádico? Se giró y miró horrorizada. Alguien había entrado por

la otra puerta, en el extremo opuesto de la galería: la puerta volvía a cerrarse ahora, pero el pestillo de la jaula del león estaba descorrido, y la puerta se abrió de par en par. Claudia se quedó paralizada por el terror. El león salió de la jaula, estiró sus patas delanteras. Se giró y rugió con fuerza, dibujando una gigantesca y monstruosa sombra sobre la pared trasera. El león comenzó a avanzar, con la cabeza gacha. Claudia palpó nerviosamente su cinto, en busca de alguna daga o cuchillo; no llevaba nada. Se giró hacia la derecha, pero todo lo que podía ver era una oscura sombra en una jaula; a su izquierda, un oso permanecía recostado sobre un lecho de paja. Claudia se preguntó si estaría herido. El león se había detenido en su marcha. Claudia se alzó de puntillas y estiró el brazo en toda su extensión, consiguiendo sacar la antorcha de su nicho de hierro. Se dio la vuelta y agitó la ardiente tea. El león se mostraba algo confuso ante su recién ganada libertad. Claudia era una presa: iba a atacar, pero la antorcha lo mantenía a raya. Intentó un primer ataque indeciso, pero se detuvo. Claudia escuchó unos gritos, alguien que aporreaba la puerta. Cayó en la cuenta de que se trataba de ella misma: su talón izquierdo estaba completamente magullado. El león avanzó unos pasos. Claudia agitó nerviosamente la tea. El felino se detuvo y se echó sobre sus cuatro patas. La bestia había decidido observar y esperar, para súbitamente saltar sobre la antorcha, al igual que haría si se tratara de un cercado. Algo pesado golpeó la cabeza de Claudia. La puerta se había abierto. El león comenzó a moverse de nuevo. La asustada joven arrojó la antorcha hacia él y, en ese momento, alguien la cogió en volandas y la sacó por la puerta. Murano la cerró rápidamente de una fuerte patada.

## Capítulo 9

«¿Quién resiste para ganar?».  
Cicerón, *Pro Milone*, XII

Claudia distinguió el resplandor de las antorchas, los gladiadores con sus protecciones, sus torsos embadurnados de aceite. Murano empuñaba una espada, se había recogido el pelo sobre la espalda. La posó suavemente en el suelo, sobre el que se puso inmediatamente a gatas y comenzó a vomitar.

¡Por el pene de Apolo! —gritó—. ¡Y los testículos de los dioses! ¿Qué ha ocurrido, Claudia?

Se arrodilló y apoyó una mano en su hombro. Claudia tuvo arcadas de nuevo. Murano gritó algo a sus compañeros. Uno de ellos trajo un pequeño recipiente de barro, repleto de agua mezclada con vino. Claudia olisqueó el tinte de mirra y sacudió la cabeza.

—No quiero dormir —jadeó—. He venido hasta aquí en busca de alguien. Me han dejado sola.

—¡Por supuesto! —dijo enseguida Murano—. Es mediodía, todos están en las gradas, viendo a esos pobres bastardos en el ruedo. Por estos pasillos solo pululan los domadores de fieras, armados con látigos y antorchas.

Claudia se limpió la boca en el dorso de la mano.

—¿Dónde está Polibio?

—Pegándose un atracón —Murano le acarició suavemente el rostro con un dedo—. Pareces un fantasma salido del Ultramundo. Claudia, por todos los dioses, ¿qué hacías? ¿Cómo te ha dejado pasar la guardia?

—Buscaba a alguien. Un chiquillo me guio hasta aquí...

—Ya debe de andar muy lejos —susurró Murano—. Habrá vuelto a los suburbios. Alguien ha tratado de matarte, ¿no te parece? No es la primera vez que ocurre tal cosa, ¿no es cierto, muchachos?

No pudo distinguir el rostro de los otros gladiadores en la penumbra, pero percibió el gruñido de confirmación.

—Es un chiste macabro —explicó Murano—. Confundes a alguien para que te acompañe hasta los pasajes de los animales, y actúas igual que los domadores, cuando deben soltar a las bestias. Descorres el pestillo de la jaula, con la mano o con un gancho. El animal queda libre —Murano siguió el pasaje con el dedo hasta la luz que marcaba la entrada al ruedo.

—Yo misma he bajado hasta aquí —repitió Claudia—. Buscaba a alguien. He cometido un grave error —apoyó la cabeza contra la pared—. Te lo agradezco,

Murano, ¿qué hacías aquí?

—Esa es mi Claudia —dijo, sonriendo—. No importan los peligros, ni el rescate, siempre haciendo preguntas —le rozó cariñosamente la punta de la nariz con el dedo—. Ojitos brillantes, cara de muñeca.

Claudia sintió el latido de su corazón. Podía oler la sangre y el sudor en ese gladiador; y sin embargo, era un hombre tierno. Le había salvado la vida.

Claudia asintió con la cabeza.

—Alcé la vista hacia la tribuna imperial. Me dieron ganas de reír. Allí, junto al noble, distinguí a esta carita que me miraba con ojos tan grandes como los del búho de Atenea. Subí en busca tuya. Te vi bajar los escalones, pero había tanta gente que no pude seguirte. Vi como escapaba el niño corriendo, como una rata de un agujero. Bajé, la puerta estaba cerrada, pero escuché tus gritos, así que fui en busca de los muchachos y fuimos por el otro extremo.

Murano la ayudó a incorporarse. Claudia observó su rostro, que lucía con rústica belleza a la pálida luz de las antorchas. Le recordaba a su padre; permanecía frente a ella igual que lo hiciera él, estudiándola minuciosamente, como perplejo ante su pequeña estatura.

—Será mejor que vuelvas —susurró Murano.

—No... No puedo hacerlo —dijo, meneando la cabeza—. ¿Podría alguien presentar mis excusas a la señora Domatilla? Decidle que tengo asuntos urgentes que solucionar. Me uniré a ellas en su villa mañana.

—¡Crixus! —gritó Murano a uno de sus compañeros—. Lleva a esta joven a casa.

—A Las Burras —susurró Claudia—. Junto a la Puerta Flavia.

—¡Vamos, deprisa! ¡Llévala a casa! Ya has luchado tu combate. Allí podrás llenar la panza de vino —le dio un golpecito cariñoso a Claudia en el hombro—. Yo me ocuparé de transmitir tu mensaje a la dama Domatilla.

Claudia le agarró por la muñequera de cuero.

—Murano, te lo agradezco. De veras. Me alegro de que hayas ganado tu combate. Los ojos de Murano se llenaron de lágrimas.

—Yo también. Ese pobre bastardo no consintió en pedir clemencia. Era nuevo en el oficio, muy rápido de piernas, pero corto de entendederas —se inclinó hacia ella, colocando su rostro a pocos centímetros del de ella—. ¿Sabes, Claudia? A veces, cuando escucho el aullido del público, cuando veo a esas fulanas mofletudas y a sus maridos gritando para acabar con la vida de un gladiador, hay ocasiones en las que desearía que las masas tuvieran un único cuello, para que pudiera atravesarlo con mi espada.

Hizo una pausa al oír gritos y rugidos al otro lado de la puerta. Esbozó una sonrisa socarrona.

—Parece que los domadores acaban de descubrir que hay un león suelto por los pasadizos. Has tenido suerte, Claudia: habían alimentado a esa bestia esta mañana. Algunos de los gatos que he visto atacan sin vacilar, sin temer al fuego, ni al filo de la

espada —volvió a hacer una pausa ante el rugido del público, en las gradas—. Los osos han acabado —susurró—. Ya es hora de que salgamos de aquí.

Murano se retiró. Claudia desvió la mirada hacia Crixus, un hombre de pequeña estatura, pero de complexión fuerte, con la nariz aplastada, orejas deformadas, pelo corto y un ojo magullado y medio cerrado.

—Si Murano quiere que estés en Las Burras —dijo—, es allí exactamente donde voy a llevarte.

Claudia no se resistió. Abandonó el Coliseo con el caminar confuso de un sonámbulo. Las calles de la ciudad estaban desiertas, no había tiendas ni puestos ambulantes abiertos. Los policías y los soldados, en sus uniformes de gala, permanecían en las esquinas, o alrededor de templos, monumentos y accesos a las basílicas. Crixus no paraba de hablar, pero Claudia apenas entendía sus palabras. De vez en cuando, se detenía a intercambiar saludos, o a bromear con algún conocido. De repente, Claudia se sintió aturdida y sus piernas comenzaron a temblar.

—Tranquilízate, muchacha —susurró—. No todos los días le persigue a uno un león —le sonrió, mostrándole unas encías agrietadas—. Sé cómo te sientes. Una vez, en el anfiteatro de Trento, acababa de vencer en una pelea, pero esos bastardos soltaron a dos leones en el ruedo. Recuerdo perfectamente el aullido de la masa y a esas dos bestias acechándome.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Claudia, invadida por la curiosidad.

—Lo mismo que tú, escapé del anfiteatro corriendo como alma que lleva el diablo. No me detuve hasta estar a diez kilómetros de la ciudad.

Claudia soltó una carcajada. Permitted que Crixus sujetara su mano, y antes de que pudiera darse cuenta, se encontraba en la puerta de Las Burras. Januaria bajó las escaleras y abrió la puerta.

—Está cerrado. Oh, Claudia, eres tú —miró a Claudia, y después a Crixus—. ¡Murano! —jadeó.

—No te preocupes —Crixus la echó a un lado y llevó a Claudia al interior del comedor—. Volverá aquí, con la verga erecta —dijo, lanzándole una mirada lasciva—, y preparado para otro tipo de lucha.

Januaria cerró los ojos y se tapó el rostro con las manos.

—¡Dios sea alabado, y tú, Cristo Señor!

—No sabía que fueras cristiana —dijo el gladiador.

—No lo soy —respondió, apartando las manos—, pero estoy pensando en convertirme. Claudia, ¿qué ocurre? ¿Adónde vas?

—Me voy a mi habitación. No me apetece comer ni beber nada. Estoy muy cansada —Claudia se detuvo en el descansillo de las escaleras—. Crixus se beberá mi parte.

Subió las escaleras; las ventanas de la planta superior estaban abiertas, y la luz de la tarde se colaba por ellas. Se detuvo a observar el movimiento de las motas de polvo. Solía hacerlo cuando era niña, y se preguntaba si serían en realidad pequeños

dioses. Siguió caminando hacia su habitación, abrió la puerta y se metió dentro. Polibio siempre mantenía preparada una habitación para ella. A veces, cuando la taberna estaba llena, se la alquilaba a algún viajero ocasional. Claudia se sentó en el suelo y sacó el viejo cajón que guardaba bajo la cama. El cierre estaba roto, el pasador colgaba de las bisagras. Lo abrió y sacó su muñeca, un monigote gastado y hecho jirones; supuestamente, representaba a una matrona romana, hecha de tela y madera, y rellena de serrín. La pintura había perdido su color, y uno de sus ojos de cristal estaba roto. Dejó la muñeca en el suelo y sacó un caballo de madera: le faltaba una de las ruedas. Jugó con su caballo unos minutos, haciéndolo rodar de un lado para otro. Continuó sacando otras posesiones del baúl. Algunas eran suyas, otras habían pertenecido a Félix, recuerdos de su infancia. Recordó lo sucedido aquella noche, en la orilla del río Tíber, cuando buscaban pequeños tesoros hundidos en el lodo: aquella terrible sombra, aquel hombre vestido elegantemente, su perfume intenso, el cáliz tatuado en la muñeca. El dolor y la humillación que siguió. El cuerpo frío de Félix, sus ojos abiertos, sin vida.

Claudia comenzó a llorar: por ella, por Félix, por su padre, por cómo eran las cosas en realidad, y cómo deberían ser. Recordó el tacto suave de Murano, pero ¿qué podía significar? No soportaba la proximidad de ningún hombre. Anastasio, hombre astuto, lo sabía. La había seguido y observado, y le había ofrecido un empleo, edulcorándolo posteriormente con la perspectiva de la venganza. Claudia se enjugó las lágrimas: ya era suficiente. El error que había cometido hoy no se repetiría jamás. Había caminado hacia una trampa como uno de esos lerdos campesinos de la campiña. ¡Un hombre con un cáliz en la muñeca! ¿Qué había dicho el niño? ¿Había mencionado a Polibio? Así que el que le tendió la trampa conocía su historia, pero eso tampoco era tan extraño. Todos en Las Burras sabían del asesinato de su hermano. Su tío Polibio había incluso llegado a ofrecer una recompensa, ofreciendo la descripción del hombre, describiendo su tatuaje. La sangre de Claudia comenzó a hervir en sus venas. ¡Qué astuto había sido el asesino, y que fácil le había resultado! Solo había tenido que esperar y observar. Si no hubiese abandonado el palco, el chico habría llamado a la puerta para entregar su mensaje. El asesino podría haber sido cualquiera: el emperador, la Augusta, Rufino, Domatilla. Podría buscar al niño, pero sería inútil. Considerando, incluso, que lo encontrase, habría escasas posibilidades de que pudiese describir a la persona que le había transmitido el mensaje ficticio.

Claudia se incorporó, caminó hacia la puerta y la abrió. Januaría estaba sentada en la planta de abajo, riendo con Crixus y compartiendo con él una jarra de vino. Claudia se acercó a la ventana y miró a través de ella. El jardín del exterior era obra de Popea: algunas verduras, flores, una pared circular de estuco pintado, y sobre ella, la jaula de los pájaros, una estructura de madera labrada. Popea se enorgullecía de sus dotes en la crianza de hermosos pichones y cotorras, a las que enseñaba a hablar. Claudia permaneció inmóvil unos minutos, tratando de apaciguar sus pensamientos. El ataque en los bajos del Coliseo había pasado. El asesino no había fracasado, pero

¿por qué habría querido acabar con ella? ¿Porque se estaba acercando a él? Claudia caminó hasta la cama y se recostó. Dejó volar sus pensamientos, tratando de hallar respuestas.

—¿Qué he aprendido? —preguntó al techo.

Claudia cerró los ojos. Hace unos meses, Roma y su Imperio Occidental eran conducidos por Majencio y su ministro Severio. En Nicodemia, Licinio regía la mitad oriental del imperio. Constantino había marchado hacia el sur, derrotando y matando a Majencio en el Puente Milviano. En Roma, Domatilla y los suyos y Paris habían tenido que abandonar la ciudad. Severio, el consejero y primer ministro de Majencio se había apoderado de la villa de Domatilla, y se había publicado orden de captura para Paris, que había sido tan torpe como para hacer una sátira de Majencio. En la ciudad, un asesino profesional, el Sicario, trabajaba para Majencio.

Claudia abrió los ojos.

—Aún no sé con certeza —susurró— si el Sicario era hombre o mujer.

Volvió a sus reflexiones. Indudablemente, el Sicario era responsable del asesinato de Severio. Había sido contratado por la Augusta Elena para realizar semejante tarea. Finalmente, Constantino había entrado victorioso en Roma, pero Elena había hecho algo muy estúpido. Convocó al Sicario para una reunión ficticia y organizó su asesinato. Probablemente, el Sicario había enviado a otra persona en su lugar. Un reclamo, que habría suplantado su identidad. El Sicario habría escapado, jurando vengarse de Elena y Domatilla.

—Sí —Claudia rodó hacia un extremo de la cama y contempló los juguetes que había esparcido por el suelo: eso tendría sentido. También explicaba los asesinatos. Domatilla estaba recibiendo su castigo; lo mismo ocurría con Elena; el Sicario atacaba lo que más quería: su hijo Constantino. Los cuerpos aparecían deliberadamente desfigurados con el signo cristiano, el cual, en palabras de Hiena, había sido el responsable de la aplastante victoria de su hijo. Elena respondió preparando como espía a la niña Fortunata, introduciéndola al servicio de la casa de su hijo. Por otra parte, Fortunata tenía relación con Murano y Paris: ambos mantenían que la chica había visitado la taberna El Caballo de Troya. Algo más tarde, Fortunata fue ejecutada, y hallaron su cuerpo colgado de un gancho de la carne, en el matadero del palacio imperial. ¿Porqué? ¿Porque había descubierto algo que no debía? Claudia se rascó la mejilla: ¿Cuántas de estas conclusiones podrían verificarse? Locusta, esa vieja bruja que regentaba El Caballo de Troya, mantenía que el Sicario había desaparecido.

Entonces, ¿estaría realmente muerto el Sicario? ¿Habría dos Sicarios? ¿Habría ocupado otra persona su lugar? Todos los asesinatos podrían interpretarse como actos de venganza, cuentas pendientes saldadas, pero ¿por qué estaba tan interesado Silvestre, el sacerdote romano? ¿Temerían él y su jefe que pudiera debilitarse la posición de Constantino? Después de todo, la muchedumbre del Coliseo sabía que había habido asesinatos. Por otra parte, Ario, asesinado en esta misma taberna, había

introducido unos pergaminos en la ciudad, en los que se anunciaban los asesinatos y se hacía burla de Constantino. ¿Quién lo había organizado? Y, más importante aún, el asesino había demostrado que los palacios imperiales y las guardias personales significaban poco para él. Aparentemente, tenía autoridad para moverse con libertad hasta las dependencias privadas de la emperatriz, para asesinar a la cortesana Sabina.

Ella misma también había experimentado ataques hacia su persona, en las catacumbas y en el Coliseo, aparte de los matones que la habían perseguido, a ella y a Paris, la pasada tarde. ¿Sería todo esto obra del Sicario, o de quién? ¿De Paris? Claudia sacudió la cabeza. El actor era un petimetre. Estaba con ella cuando les persiguieron, y como muchos de su especie, odiaba el anfiteatro. Era una figura muy popular. Si Paris se acercase por el Coliseo, sería reconocido al instante por el público. Además, estaba ausente de Roma cuando se perpetraron los asesinatos de Severio y Fortunata. Por otra parte, cuando asediaron a Claudia en las catacumbas, su atacante debía haberse lastimado los tobillos, y Paris no mostraba signos de heridas ni contusiones.

Así que, ¿quién más? ¿Domatilla? A Severio lo había asesinado una mujer. Durante la noche que asesinaron a Sabina, Domatilla podía haberse disfrazado para introducirse en el palacio. Sin duda, Sabina le habría permitido el acceso a su habitación. ¿O se trataría de Murano, el gladiador? ¿Un asesino innato? ¿Sería la escapada de Claudia del león una argucia de Murano para protegerse? ¿Para ocultar su verdadera naturaleza? ¿Cómo había descubierto Murano su paradero? ¿Por qué no había manifestado sorpresa alguna acerca de que estuviese trabajando para Domatilla? ¿Y cómo podía saber que había dejado sus pertenencias en el palco de Rufino, a menos que la hubiera seguido? ¿O el Sicario era otra persona distinta? ¿Elena? ¿Decía ella la verdad? Burrus, su mercenario, haría todo cuanto le pidiera. ¿Y Rufino, el banquero?

La lista era interminable. Los párpados de Claudia pesaban cada vez más, mientras escuchaba a lo lejos las risas de Januaria y Crixus. Se preguntaba cómo conseguiría Polibio salvar la sombra de sospecha que se cernía sobre él. De repente, una mano le tapó la boca. Por un momento, pensó que se trataba de su pesadilla, en las enlodadas orillas del río Tíber. Abrió los ojos y comenzó a luchar, tratando de zafarse del abrazo indeseado. La figura que se inclinaba sobre ella llevaba una capa y una capucha. Claudia vio algo de plata que colgaba de su cuello y, de pronto, la capucha cayó hacia atrás.

—¡Silencio, Claudia! —Silvestre la miraba, esbozando una sonrisa—. Voy a soltar la mano. No pretendo hacerte daño.

Se sentó en el extremo de la cama y esperó unos instantes a que Claudia se repusiese de la sorpresa.

—¿Para qué has venido? —siseó.

—Debo verte urgentemente. No había tiempo de que nos reuniésemos en las catacumbas.

—No habría vuelto allí de todas maneras —respondió Claudia.

Se disponía a contarle lo que había sucedido, pero Silvestre selló sus labios con un dedo.

—He llamado a la puerta principal; el pestillo de la puerta estaba abierto.

Claudia profirió algunos insultos hacia Januaria.

—Escuché unas risas desde el jardín, así que subí por las escaleras.

—Debemos irnos —susurró Claudia.

Enfundó los pies en sus sandalias, cogió su capa y su bastón y se apresuró a bajar las escaleras.

Afortunadamente, el callejón estaba desierto: la prostituta ocasional, recostada en una pared, algunos niños jugando con un aro. El final del callejón comunicaba con un amplio erial. En el centro, se alzaba un templo abandonado, antaño dedicado a una divinidad egipcia. Sus columnas de yeso se estaban descascarillando; los peldaños estaban agrietados y quebrados, y algunos se habían caído. Claudia subió los escalones y atravesó la puerta. Un mendigo apareció de entre las sombras, con ojos blanquecinos, boca desdentada y la baba colgando de su mentón sin afeitar; extendió sus manos, largas y delgadas como zarpas. Claudia lo evitó con habilidad. Le cogió por las muñecas y le puso una moneda en la palma de la mano.

—Consíguete algo de comer y beber, abuelo. ¡Vamos, viejo, quiero estar sola!

—No es cierto —balbuceó el pordiosero, y olisqueó el aire—. Una niña y su amigo sacerdote, ¿no? Ya huelo el incienso. ¡Aquí va a haber golpes de traseros!

—¡Lárgate, viejo! —ordenó Silvestre—. O te quitaremos la moneda.

El pedigüeño se retiró aprisa. Claudia se situó en una esquina lejana. Unos débiles rayos de sol se colaban por las ventanas situadas en lo alto de la pared, proporcionando una tenue luz que iluminaba las extrañas tallas y pinturas y las decrepitas estatuas.

—Solía venir a jugar aquí —dijo—, con Félix, mi hermano. Llamábamos a esto la entrada del Ultramundo —señaló con un dedo la esquina opuesta—. Hay unos escalones que conducen al sótano. Pensábamos que era la morada de todo tipo de bestias y demonios.

—Probablemente, sea un hogar de demonios —replicó Silvestre acercándose hasta ella—. Mi iglesia cree que los lugares como este deberían ser purificados y consagrados. Sacrificios de toros y pájaros...

—Creo que los demonios se alojan en lugares mucho más confortables que este —dijo Claudia, sentándose en un plinto—. Has venido a verme, debe de ser muy urgente. ¿Por qué?

—¿Trabajas para Elena, la divina Augusta?

—Ya lo sabías —dijo Claudia—. También trabajo para ti, por lo que me prometiste y por mi padre.

—Y porque tenemos grandes esperanzas depositadas en ti, Claudia —Silvestre sonrió entre las sombras—. Cuando se establezca el nuevo orden, la iglesia necesitará

ojos y oídos.

—En este momento, estos ojos y oídos están muy magullados —respondió Claudia—. También estoy cansada y hambrienta, aparte de asustada.

Le relató a Silvestre exactamente lo que había sucedido.

—Ya conocemos a Murano —declaró Silvestre cuando Claudia concluyó su relato—. A veces, nos preguntamos si realmente es quien dice ser —dijo mordiéndose el labio—. Ha asistido a algunas de nuestras asambleas. No sabemos con certeza si es un espía o un buscador de la verdad: si trabaja para la emperatriz, o para otra persona.

—¿Y Paris?

—Paris es una mariposa —rio Silvestre—. Recuerdo que, durante el reinado de Majencio, cuando abandonó Roma, buscó ayuda de unos amigos cristianos para que le sacaran de aquí. Decían que estaba muerto de miedo.

—¿Y los otros?

—Todos —confió Silvestre— son sospechosos. La emperatriz Elena, aunque alardee de su amistad. Bessus, Rufino, Criso. Todos han comprobado que los vientos han cambiado de dirección.

—¿Y hacia donde sopla ahora ese viento?

Silvestre se rascó su fina cabellera gris. Se sentó sobre el plinto, como sí fuera un maestro de escuela, apoyando las manos en las rodillas; una capa oscura le cubría desde el cuello a los pies. Claudia siempre se había sentido intrigada por él. Profesaba cierto aprecio hacia este hombre, más bien humilde, que atesoraba tanto poder.

—¿Podemos confiar en Anastasio?

—No te fíes de nadie —Silvestre repitió una vez más su consejo—. Sobre todo ahora. Hemos recibido mensajes —continuó— de las iglesias de Bitinia. Como sabes, el emperador Licinio, el gobernador de oriente, también flirtea con el cristianismo. Licinio —añadió secamente Silvestre— bebe demasiado. Recientemente, en un banquete, se le escapó que algo dramático iba a ocurrir en Roma que cambiaría el estado del imperio. Ahora bien, si aplicamos la lógica, ¿qué podría cambiar el imperio de Constantino en occidente? El ejército lo adora. La gente lo reconoce como su salvador. Los patricios y comerciantes se desviven por ofrecerle su dinero. Hasta la iglesia cristiana le da su bendición.

—¿Un asesinato? —intervino Claudia, y habló a Silvestre de las amenazas que había recibido Elena.

—Es posible —admitió Silvestre—. El Sicario ha declarado su guerra particular contra la emperatriz y, quizá también, contra su hijo. ¿Qué ocurriría, Claudia, si el emperador o su madre fueran atacados? Si Elena muriese, Constantino quedaría destrozado. Si fuese Constantino el que muriese, Elena no encontraría razones para seguir viviendo. El imperio cambiaría de manos. Pero —dijo, alzando un dedo— ¿y si este asesinato, consumado o no, se hiciera a las puertas de la iglesia cristiana? Perderíamos todo lo que hemos ganado. Nuevas persecuciones, el regreso de las

penumbras, de vuelta a las catacumbas, reuniones a la luz de las velas: los nuestros volverían a desfilar hacia la arena del Coliseo.

Claudia apoyó la cabeza sobre la mugrienta pared. Silvestre estaba en lo cierto, pensó. Más emperadores han muerto asesinados que por causa de la edad, enfermedad o heridas de guerra.

—Si finalmente fueran asesinados —replicó Claudia—, lo haría alguien cercano a ellos, alguien en quien confían. Pero, por otra parte...

—¿Qué? —preguntó Silvestre.

—Pensaba en la cortesana Sabina —replicó Claudia—, que murió en las habitaciones privadas de Constantino. ¿Y si alguien como ella se acercase al emperador? ¿Alguien que pretendiera ser quien no es? Así es como ocurrirá —continuó—. El veneno es demasiado peligroso. El emperador y su madre tienen sus propios cocineros y degustadores oficiales. ¿Por qué no les adviertes —añadió— de esta nueva amenaza?

—¿Cómo vamos a hacerlo, Claudia? —replicó Silvestre—. No tenemos pruebas. El emperador pensaría que tratamos de engañarlo, o de ganar méritos o, peor aún, creería que es la iglesia cristiana la que lo amenaza.

—Pero culpará a Licinio en oriente.

—De nuevo, no hay pruebas, aunque sospecho que nuestro asesino se apresurará en recoger su recompensa.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Atrapar al Sicario —respondió Silvestre—. Atraparlo y darle muerte, antes de que pueda hacer más daño.

—¿Y esperas de mí que haga eso?

Silvestre se puso en pie y permaneció frente a ella.

—Debemos hacerlo entre todos, Claudia. Pronto será verano. Constantino participará de nuevo en sus campañas, protegido por sus amadas tropas. La emperatriz Elena viajará a Palestina. Sí, desde luego —sonrió—, ya hemos oído hablar de sus sueños, sus ambiciones de hallar la cruz verdadera. Si el Sicario golpea, será en cuestión de días, no de semanas. Vamos, te acompañaré hasta la taberna.

Abandonaron el templo. En las escaleras del exterior, un mendigo levantó las manos hacia ellos en tono suplicante y gimió, ocultando su rostro entre sus precarias ropas. Silvestre dejó una moneda en su mano y, tomando a Claudia por el hombro, la condujo de nuevo por el callejón. El mendigo observó atentamente su marcha, con los ojos bien abiertos. Tiró a un lado la moneda. El mendigo se apresuró a levantarse: sin mostrar signo alguno de debilidad, se introdujo en el descampado y volvió a la ciudad.

Más tarde, ese mismo día, Locusta, autoproclamada bruja, ama de burdel y propietaria de la taberna El Caballo de Troya, abandonó su opulenta alcoba, cerrando la puerta tras de sí, y bajó las escaleras que conducían hacia el comedor. El local comenzaba a llenarse. Los juegos habían concluido, y la gente entraba en masa para

comer, beber y charlar acerca de lo que habían presenciado. Las chicas tenían mucho trabajo: mientras observaba, dos de ellas se llevaron a unos clientes hacia el callejón, para complacerles. Los sirvientes no dejaban de entrar y salir con bandejas de comida. Los matones que había contratado Locusta asintieron con la cabeza y levantaron la mano, en señal de saludo. Locusta se sentía satisfecha. Esta noche sería muy próspera. Se detuvo en el rellano de la escalera y miró a su alrededor, buscando alguna cara que no reconociese: espías de la policía, informadores. Locusta sonrió. ¡Nadie sería tan estúpido! Si apareciese un extraño, sería interrogado minuciosamente, y de inmediato.

—¡Ven aquí, mujer! —un corpulento y fornido marinero se puso en pie—. He apostado por Murano y por Crixus, y han ganado los dos. ¡Soy dos sestercios más rico!

Inmediatamente, surgió una discusión sobre los juegos. El marinero imitó a uno de los desafortunados malhechores a los que había perseguido el oso. Locusta chasqueó los dedos y ordenó una ronda de bebidas para todos los asistentes. Había estado en los juegos para asegurarse de que alguno de los gladiadores se presentase en su local esta noche. Sin embargo, se sentía incómoda. Se sentó y dio un sorbo a su copa de vino, prestando poca atención a las bromas y las conversaciones que se sucedían a su alrededor. La reunión con la Augusta Elena no le había reportado los beneficios que había calculado. De camino al palacio, se había preguntado si, al igual que ocurriría con su tocaya durante el reinado del tirano Nerón, se requerirían sus servicios como envenenadora. En cambio, había tenido que enfrentarse a un duro interrogatorio, por parte de la emperatriz y de esa sirvienta con cara de ratón cita. ¡Recordaba muy bien a esta última! ¡Porque, si ella era una simple sirvienta, Locusta era el papa de Roma! Se trataría de uno de los muchos informadores de la emperatriz; o, incluso, de un miembro de los *Agentes in Rebus*. Locusta estaba también intranquila por lo que había descubierto en el palacio. Desde aquel fatídico día en el que le había entregado la invitación para reunirse con Elena, no había tenido noticias del Sicario. Las habladurías aseguraban que había sido asesinado, pero Locusta jamás llegó a creérselo. Y, aparentemente, tampoco lo hizo la emperatriz. Entre todos los hombres y mujeres de Roma, Locusta solo temía al Sicario, un asesino implacable que jamás perdonaba que le hiciesen enfadar. Hace tiempo, unos dos años, Locusta había sido demasiado amistosa con él, demasiado inquisitiva, y su perro favorito apareció cortado por la mitad y sus pedazos esparcidos sobre el descansillo de la puerta de la taberna. El Sicario no dijo nada, y Locusta estaba demasiado asustada como para preguntar, pero supo reconocer la advertencia. Siempre que ella recibía un encargo, se reunían enseguida en su lugar de encuentro. El Sicario pagaba rápida y generosamente. Jamás había fallado. Locusta tomó otro sorbo de su copa.

—Señora.

Locusta alzó la vista. Una de las chicas le ofreció un objeto, una moneda de plata del reinado de Domiciano. Locusta derramó su vino. La moneda era la señal de

llamada del Sicario, su reclamo para reunirse. El procedimiento era siempre el mismo. Esperaba unos instantes, y después cruzaba los jardines y entraba en una de las dependencias exteriores. Locusta apuró su copa de vino. No tenía otra opción que responder a la llamada. Atravesó la cocina, pasó la fuente, el estanque de los peces, las jaulas de pájaros, las pequeñas pérgolas, que podían alquilar los clientes si se les antojaba alguna de las chicas. Abrió la puerta del excusado exterior y entró. La gran ventana del extremo opuesto se encontraba cerrada, pero bajo ella distinguió una figura sentada sobre un plinto de piedra. Como siempre, Locusta cerró la puerta al entrar, echando el pestillo. Abrió nerviosamente un taburete de tres patas y se sentó en él, como un alumno frente a su profesor.

—Buenas tardes, Locusta.

La mujer sonrió a la oscuridad. Esta vez, la voz era profunda. A veces era aguda. En una ocasión, tenía un cierto acento. No había observado ningún gesto distintivo, excepto uno, cuando se movió el Sicario, pudo distinguir su pronunciada calvicie.

—Caronte sigue navegando —Locusta le ofreció la contraseña convenida.

—¡Bien! —susurró en respuesta la voz—. ¡Caronte sigue navegando!

—¿Qué quieres? —preguntó—. Majencio está muerto. Roma tiene nuevos dueños.

—Así es, y tú has ido a verles, ¿no es cierto?

Locusta sintió un escalofrío de aprensión.

—Me citaron.

—¿Para qué?

—Ellos creen que sé quien eres —dijo Locusta, con una risa nerviosa.

—¿Y es eso cierto?

—¡Por supuesto que no!

—¿Recuerdas, Locusta? Fue por medio tuyo que recibí la invitación para reunirme con la Augusta Elena.

—No es justo culpar al mensajero.

Locusta cerró los ojos ante el terrible error que acababa de cometer.

—¿Culpar, Locusta? ¿Por qué diablos te iba a culpar a ti?

—He oído historias —tartamudeó Locusta—, habladurías en el mercado. No quería causar daño alguno.

—Por supuesto que no, Locusta. Ven aquí, dame tu mano.

Locusta extendió el brazo; alguien agarró sus dedos con fuerza. Antes de que pudiera gritar, sintió un fuerte tirón hacia delante, y la daga se clavó profundamente en su corazón. Su asaltante giró y agitó el puñal. Locusta abrió la boca para gritar, pero se atragantó con la sangre que manaba abundantemente. Llegaron hasta sus oídos las risas de la taberna, fue el último sonido que escuchó. Su asesino la posó con suavidad sobre el suelo, y preparó minuciosamente su cuerpo, situándolo como si estuviese en un velatorio. El Sicario suspiró con fuerza y, de nuevo con suavidad, cerró los ojos de Locusta. Seguidamente, dejó sobre ellos una moneda.

—Para el barquero.

El Sicario abrió las contraventanas y saltó hacia las sombras de la noche.

## Capítulo 10

«Ahoga ahora tus preocupaciones en vino».

Horacio, *Odas*, I. 7

**T**ras la caída de la tarde, a la luz de las lámparas de aceite, Las Burras se abarrotaba de gente que procedía de los juegos. Por supuesto, Murano era el héroe del día. Se sentó como un César, en la mejor silla, luciendo una corona de laurel sobre la cabeza y unas guirnaldas de flores adornando el cuello. Januaria le había recibido con chillidos y gritos de satisfacción. Polibio había abierto la que calificó como su mejor cuba de vino de Falerno. Popea estaba ocupada sirviendo platos de pastel de pescado, filetes de anguila y otras delicias de la cocina. Polibio saludó a Murano como el héroe de los juegos y todos hicieron comentarios sobre su destreza.

De vez en cuando, algún joven daba unos saltos tratando de imitar los movimientos de Murano en la arena. Granio, con el brazo ceñido a la cintura de Faustina, lideraba los vítores y elogios. Paris hizo su aparición, con el pelo perfectamente arreglado y aceitado. Llevaba una túnica de color rosa-salmón, de gran vistosidad, que provocó los suspiros de las mujeres. Llevaba el rostro maquillado y pintado, al igual que las uñas, para hacer juego con su opulenta túnica. Se abrió paso entre los asistentes para tomar asiento junto a Claudia.

—*Victor a eternus* —susurró—. ¿Por qué todas las mujeres aman a los gladiadores, Claudia?

No había malicia en sus palabras, y sus brillantes ojos irradiaban picardía. Claudia desvió la mirada hacia Murano. De vez en cuando, los ojos del gladiador se encontraban con los suyos, y adoptaban un aspecto afligido. No había hecho alusión al incidente acaecido en los sótanos del anfiteatro, aunque podía leer claramente en el rostro de Polibio que lo sabía todo, y que estaba profundamente preocupado.

La única sombra que planeó sobre la celebración fue la llegada de los *Vigiles*. Entraron en la taberna, preguntaron a voces por Polibio y se lo llevaron al exterior. Claudia se excusó y lo siguió. Los policías, vestidos con faldas y cinturones de cuero, de los que colgaban sus espadas, habían llevado a empujones a su tío hasta el otro extremo del callejón, y se apiñaban alrededor de él. El oficial al mando, un hombre pequeño y corpulento, con el pelo corto y el gesto horrible de un mastín, mantenía en alto el brazo, con la mano abierta.

—Cinco días, Polibio. Tienes cinco días para devolver la plata de Ario. ¡Nos importa una mierda el asesino!

—¿Y si no, qué?

—Te cerraremos la taberna hasta que pagues una buena multa.

Polibio avanzó un paso al frente.

—¿Así que estoy condenado, haga lo que haga? Lo único que os interesa es el dinero, ¿no es cierto? El de Ario y el mío. Pase lo que pase, parte de él irá a parar a vuestras sucias y avariciosas manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claudia.

El policía se dio la vuelta, la miró y lanzó una carcajada.

—¡Lárgate a limpiarte el trasero, niña! —gruñó—. ¡O lo haré yo por ti!

Polibio se lanzó hacia él, pero el policía le repelió de un empujón.

—¡Deja en paz a mi sobrina!

—¿Así que tu sobrina? ¿Sobrina o sobona? —dijo el policía, riéndose de su propio chiste—. Puedes pagar en metálico o en carne.

—Y también puedo ir al palacio —respondió serenamente Claudia.

—¿No me digas? —el oficial de policía soltó a Polibio y se acercó a trompicones hacia ella: el aliento le apestaba a cebollas rancias.

—¿Y qué piensas hacer, pequeña? ¿Traer aquí a las legiones?

—No —respondió con calma Claudia—. Solicitaré una audiencia con la divina Augusta, o con su secretario, el sacerdote Anastasio.

Los ojos del oficial comenzaron a parpadear nerviosamente. ¿Quién sería esta criada de taberna? ¿Cómo conocía el nombre de los colaboradores cercanos de la emperatriz? Se puso aún más nervioso cuando miró por encima del hombro de Claudia. La joven se giró: Océano y Murano permanecían inmóviles en la cabecera del callejón.

—Creo sinceramente que deberíais marcharos —sugirió Claudia.

El oficial de policía retrocedió unos pasos.

—Nos vamos —dijo, levantando el brazo, sin dejar de mirar fijamente a Claudia—. Pero, en cinco días, volveremos —amenazó, chasqueando los dedos—. ¡Vamos, muchachos!

Los policías se retiraron apresuradamente. Polibio se apoyó sobre la pared del callejón, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Estás bien, jefe? —gritó Océano.

—Sí, sí —respondió con irritación—. Volved a la taberna. ¡Ocupaos de los clientes! ¡Claudia, acércate!

Polibio se acomodó en un saliente de la base de la pared. Claudia hizo lo propio.

—¿Qué ha ocurrido hoy en el Coliseo?

—Una estúpida burla —replicó Claudia—. Pensé que iba a ver al hombre del cáliz púrpura en la muñeca. He sido una tonta. Bajé en su búsqueda, alguien había dejado abierta una jaula, y el resto ya lo conoces.

—¡Gracias a Dios que estaba allí Murano! —murmuró Polibio—. Pero ¿en que lío andas metida, Claudia? Vas al palacio para trabajar de sirviente, y hablas aquí como si tuvieras una relación íntima con los notables, los que visten de púrpura y oro.

Claudia se inclinó sobre su tío y le besó en la mejilla.

—Sabes perfectamente qué soy, y la razón para hacer lo que hago. Así que, ¿para qué hacer preguntas? ¿Conoces tú también —continuó— a un asesino conocido como el Sicario?

—¿Y quién no? —respondió Polibio—. Particularmente, tras la muerte de Severio. Aunque, por otra parte, no conozco nada de él, Claudia, y tampoco deberías tú. Me preocupan más esos estúpidos policías y el crimen que no saben resolver.

—He pensado mucho en ello últimamente —Claudia se recogió las rodillas y se sentó cómodamente—. Popea y Océano pueden ocuparse de la taberna. Tío, cuéntame otra vez qué sucedió exactamente.

—Ario se presentó aquí, dejó su poni en los establos y subió las escaleras con sus alforjas repletas.

—¿Siguió la misma rutina de siempre?

—Sí.

—¿Y por qué llevaría esos pergaminos —preguntó Claudia—, sobre los asesinatos?

—No lo sé. Pensaba que era un comerciante de vinos.

—Continúa —demandó Claudia.

—Granio le llevó hasta la habitación y le acomodó, preguntándole si necesitaba algo. Ario, desde luego, como el miserable avaro que era, le dijo que se retirase. Granio salió hasta el pasillo. Faustina estaba en la parte alta de las escaleras. Ambos escucharon el sonido de la llave al girar la cerradura, y del pestillo. Pasó algún tiempo. Ese miserable bastardo no asomó la cara. El resto ya lo conoces. Forzamos la puerta. Ario estaba dentro, con el cuello cortado, y su plata se había evaporado.

—Pero no me estás contando toda la verdad, ¿no es cierto, tío?

Polibio se enjugó los labios.

—Esos panfletos. Ario no los trajo aquí, ¿no es verdad? A él no se le habría ocurrido esconderlos bajo un colchón. Tú lo hiciste, ¿me equivoco?

Polibio tosió nerviosamente.

—Si los hubiese traído Ario —continuó Claudia— los habría ocultado con más cuidado, en algún lugar secreto. Lo que yo sospecho, querido tío, es que te has vuelto a meter en un lío, ¿no es cierto? Puedo imaginarme lo que ha ocurrido. Una oscura noche te llaman desde este callejón, donde haces la mayoría de tus auténticos negocios. Un hombre, mujer, chico o chica, no estoy segura, te espera aquí, entre las sombras. Te hace la oferta habitual. ¿Podrías esconder unos pergaminos en la habitación? Ya lo has hecho antes, ¿verdad?, para este u otro político. Así que, ¿por qué negarse ahora? ¿Cuánto te ofrecieron?

—Dos piezas de plata —musitó Polibio—. Dos piezas de plata y ninguna pregunta. Debía esconder los carteles arriba, donde me pareciera más oportuno. Acepté y los cogí, esto ocurrió dos días antes de que llegase Ario. No me lo pensé dos veces hasta que llegué a mi habitación y los leí. Pensé que era la basura habitual.

¡Vota por esta persona, o esta otra! O, ¿por qué ha subido tanto el precio del pan? O, ¿por qué la policía es tan asquerosamente corrupta?

—¿Y te diste cuenta de que estos eran diferentes?

—¡Por supuesto que sí! Todos han oído hablar de los asesinatos de las cortesanas y de las marcas practicadas en sus rostros, mientras se sigue refiriendo la visión del emperador, previa a la batalla en el Puente Milviano, como un gran milagro. No sabía qué hacer. Cuando asesinaron a Ario, decidí que era una oportunidad fantástica. Los puse bajo el colchón y pensé: «Echémosle la culpa a este estúpido fiambre». La política es una cosa, la traición y el asesinato es otra muy distinta.

—Pero ¿y la persona que los trajo?

—Vamos, Claudia, no lo sé. Ve por Roma, pregunta al guarda de mi taberna. La gente se acerca a nosotros constantemente.

—Tío, cuéntame la verdad. No se entregan dos piezas de plata y se olvida uno de todo.

—No, es cierto. Desde luego, regresó. No supe quién era en realidad. Volvimos a encontrarnos en el callejón. «¿Qué ha pasado con mis carteles, Polibio?», y se lo conté todo. Un comerciante había sido asesinado. Me asusté cuando vino la policía, así que los quemé. Quienquiera que fuese, permaneció allí inmóvil, entre las sombras. Entonces, protesté. Le dije que aquello no era asunto mío; ¡si la policía los hubiese encontrado...!

—¿Y qué hizo, o qué te dijo, ese visitante misterioso de la medianoche?

—Nada. Ofrecí devolverle las dos piezas de plata. «No, no», respondió. «Quédatelas, Polibio, pero la próxima vez...». Y se marchó.

—No deberías hacer esas cosas —declaró Claudia—. Tío, uno de estos días, vas a salir a este callejón y vas a caer en una trampa de algún espía, de la policía o del palacio.

—Bueno, si eso ocurriese —alegó Polibio—, iré a ver a mi sobrina, que se codea con esta o aquella persona.

Claudia bajó la vista hacia el callejón. Desde la taberna, percibía los gritos de Murano, que remedaba a alguna cortesana de las que había visto en los juegos.

—¿Cuánto pesaba el dinero que llevaba Ario?

—Era muy pesado.

—¿Así que nadie podría moverse con él por la taberna sin ser advertido?

Polibio rio ante la pregunta de su sobrina.

—Claudia, como bien sabes, hay un sonido que provoca un silencio inmediato en Las Burras, y es el tintineo del dinero. ¿A dónde quieres llegar?

—¿Y si —sugirió Claudia— el dinero estuviese aún en la taberna? —se giró y agarró el brazo de Polibio—. Y antes de continuar, querido tío, quiero que me asegures que no eres responsable de la muerte de Ario.

—Yo no lo hice —la respuesta fue contundente.

—Estupendo, entonces, acompáñame.

—¿Qué pretendes hacer?

—Vamos a volver al comedor, acabaremos con el alboroto, y organizaremos un registro minucioso de tu taberna.

Incluso en la débil luz del callejón, Claudia pudo sentir el nerviosismo de Polibio.

—Todo, excepto tu habitación —añadió.

Exhaló un sonoro suspiro de alivio.

—Pero no vas a encontrar nada.

—No, pero cuando apeles al emperador contra la policía, podrás alegar que has hecho todo lo humanamente posible.

Polibio no necesitó más argumentos. Al entrar de nuevo en Las Burras, Polibio tocó el signo fálico de la buena suerte que había junto a la puerta. En el interior, todos se habían agrupado alrededor de la mesa sobre la que permanecía Murano. Ahora, imitaba a uno de esos petimetres de la corte: su caminar ligeramente afeminado, agitando las muñecas, y la forma de mirar a los demás por encima del hombro, arqueando las cejas, provocó estallidos de risa entre su público. Todos habían bebido abundantemente. La nariz de Océano había adoptado un tono rojo brillante, mientras que Januaria apenas podía mantenerse sentada.

—¡Largaos de aquí! —gritó Polibio.

Murano bajó de un salto y le dedicó una reverencia. Polibio pidió a Océano que se acercara, una señal inequívoca de que quería que todos permanecieran en silencio.

—Estoy metido en serios problemas con la policía —comenzó a relatar Polibio.

Sus palabras se recibieron con silbidos y abucheos.

—Así que voy a mostrarles que voy en serio. Vamos a dividirnos en parejas para inspeccionar la taberna, hasta la última piedra, en busca de la plata de Ario. Y el jardín también. El único sitio donde no podéis entrar es en mi habitación.

—¿Por qué? —gritó alguien—. ¿Es ahí donde está escondido el dinero?

Se sucedieron más gritos y silbidos, pero Polibio era un tabernero popular, y cuando les ofreció una recompensa todos, sobrios o borrachos, aceptaron ayudar. Claudia permanecía en la penumbra, observando cuidadosamente las caras. A su vuelta de la reunión con Silvestre, se había sentado a pensar en el problema de su tío. Sonrió en silencio, satisfecha. La solución que había propuesta debía ser la correcta.

Bajo la dirección del tío Polibio, se retiraron las jarras y ánforas de vino. Muchos de los clientes, incluyendo a Simón el estoico, se tomaron esta inspección como un juego. Los codazos y empujones se sucedieron. Januaria gritó que solo aceptaría emparejarse con Murano. Paris trató de convencer a Claudia de que fuera con él.

—Podríamos intercambiar un beso y unos abrazos en la bodega —susurró.

Claudia se ruborizó y negó con la cabeza. Paris recibió entonces el abrazo de Popea, que le pestañeaba insinuantemente.

—Si quieres, podemos ir juntos a las sombras.

Paris se fue con ella sonriendo, ignorando las airadas miradas de Polibio. Claudia se sentó sobre una mesa y se dedicó a escuchar: las risas que provenían del jardín, las

pisadas sobre la escalera. El eco de unas voces resonaba desde la bodega. Su mente retrocedió de nuevo hacia aquella siniestra recámara, bajo el coliseo: el león, que se dirigía decididamente hacia ella, la puerta cerrada, el olor fétido y húmedo, el resplandor de la antorcha. ¿Qué habría sucedido si hubiera muerto allí? Paseó la mirada alrededor del comedor y, por un momento, se preguntó qué habría pasado si no hubiese trabajado en el palacio. Observó la estantería situada sobre el mostrador, donde Polibio había colocado un soldado de madera, el juguete favorito de Félix, en un lugar privilegiado. Claudia solo podría descansar cuando obtuviera venganza, cuando se hiciera justicia por el alma de su querido hermano.

La tarde fue dando paso a la noche. Polibio y Océano imponían el orden. Era obvio que nadie comería ni bebería hasta que se completase la búsqueda. Paris y Popea estaban en el jardín. Se escucharon gritos y exclamaciones ante el hallazgo de varios objetos, cosas que Popea y Polibio habían perdido hace años. Incluso monedas o efectos personales de algún cliente largamente olvidado. Claudia permaneció inmóvil. Estaba atemorizada. Por lo que sabía, cualquiera de los clientes de Polibio podía ser un espía, o un informador que trabajase para otra persona. ¿Y el Sicario? ¿Se habría introducido también en la taberna, buscando su oportunidad para actuar? Las horas pasaron. Claudia comenzó a escuchar lamentos y quejidos de desacuerdo. Algunos de los clientes habían tenido suficiente y decidieron marcharse; pero entonces, justo antes de medianoche, escuchó un grito de triunfo que provenía del jardín, de Popea.

—¡*Hoc habet!* ¡*Hoc habet!* ¡Lo tiene! ¡Lo tiene!

Claudia saltó de la mesa. Murano, seguido de Paris, entró en el comedor, portando un gran saco de monedas en cada mano. Sonrió triunfalmente a Claudia, y las depositó sobre la mesa. Polibio bajó apresuradamente las escaleras. Todos los demás se acercaron. Polibio se abrió paso y observó el sello lacrado sobre las cuerdas que cerraban los sacos.

—¡Son de Ario! —exclamó—. ¡Utilizaba los mismos sellos en sus jarras y ánforas de vino! ¿Dónde los has encontrado?

—En el interior de una de las vasijas donde almacenamos agua y comida para los pájaros —exclamó Popea—, ya sabes, Polibio...

El tabernero asintió con la cabeza. Claudia salió de la habitación.

—¿En cuál? —preguntó.

—Al final del jardín —explicó Popea exasperada—. Hay seis vasijas de barro enterradas, a casi un metro de profundidad.

—Pero no has podido alcanzar a esa profundidad, por mucho que te hayas estirado —insistió Claudia.

—No he tenido que estirarme —dijo Paris, con una sonrisa tonta—. Soy demasiado inteligente para eso. Murano introdujo un palo y tiró de ellas. Pedí a los demás que dejaran de gritar. Escuché el tintineo metálico de las monedas, y eso fue todo —adoptó una pose teatral, llevándose la mano al pecho—. ¿No irás a acusarme a

mí o a Murano, verdad? —dijo burlonamente—. No nos acercamos ni un solo momento al hediondo Ario el día que murió. He estado antes en la taberna, pero —continuó, guiñando un ojo maliciosamente a Claudia— solo he venido por el vino. Ahora vengo por la compañía.

—Pero aún tenemos un problema —dijo Murano.

—A propósito, ¿nadie nos lo va a agradecer? —exclamó Paris.

Cerró los ojos, arqueó los labios y acercó el rostro a Claudia. La joven le dio un rápido beso en los labios.

—¡Qué ingratitud la de las mujeres!

—Eso es todo lo que conseguirás de ella —dijo Polibio, posando su mano sobre el hombro de Paris—. Pero, siempre que vengáis, Murano y tú tendréis una copa de vino de Falerno gratis.

—¿Has dicho que aún había un problema? —preguntó Claudia a Murano, que había retrocedido unos pasos, dejando que el actor se llevara los méritos.

—Ya sabes cuál es, mi pequeña hermosura —respondió Paris en tono burlón—. Cuando tu querido tío Polibio devuelva la plata, van a pensar que la persona que lo robó también asesinó a Ario, y que, probablemente, trabaja aquí.

—No necesariamente —replicó Claudia—. Por algún medio, el asesino se las arregló para llegar hasta la habitación de Ario, le mató, robó el dinero y lo escondió en las vasijas de barro. Planeó volver a buscarlo posteriormente.

—Si te crees eso, es que puedes creerte cualquier cosa —declaró Simón el estoico—. Pero, de todas formas, nosotros hemos encontrado el dinero. ¿Dónde está nuestra recompensa, Polibio?

Aunque la noche estaba muy avanzada y estaban todos muy cansados, los sirvientes y los clientes demandaron su recompensa. Popea volvió a la cocina. Polibio abrió más vino. Las puertas y las ventanas se cerraron por miedo a la policía, y todos se pusieron cómodos. Polibio comenzó a preocuparse de que se quedaran allí toda la noche, pero el vino y el cansancio pronto causaron su efecto. Uno a uno, incluidos Murano y Paris, se fueron despidiendo, para internarse en la penumbra del callejón. Claudia subió hasta su habitación, y se lavó la cara y las manos. Sacó su mejor túnica azul, aún marcada y rajada tras la persecución en las catacumbas.

—Solo la he llevado una vez —murmuró—. ¿Traerá mala suerte?

La desdobló y se preguntó si Popea podría hacer algo con ella. Escuchó la llamada de Polibio. Dejó la túnica en el exterior de la habitación de Popea y se dirigió escaleras abajo.

—¡Nadie ha hecho la pregunta! —exclamó Polibio.

—¿Qué pregunta, querido tío? —dijo Claudia, pestañeando con aire de inocencia fingida.

—No te hagas la tonta conmigo. ¿Cómo sabías que el dinero estaba aquí?

—Pues, querido tío, porque los asesinos también lo están.

—¿Los asesinos?

—Tú mismo has dicho, tío, que solo un tonto saldría de esta taberna con las bolsas de dinero en las manos. Así que, ¿dónde si no iba a esconderlas?

—¿Quién? —preguntó un encrespado Polibio.

—Pues, querido tío, la gente que lo robó. Ellos viven, trabajan, comen y duermen aquí. Así que no pueden esconderlo en ningún otro sitio. Si se lo llevaran a un banquero, o a un platero, levantarían sospechas. Así que, ¿por qué no esconderlo en el jardín de Popea? Nadie sale nunca allí. Poca gente soñaría ni siquiera en meter sus manos en esas vasijas.

—¿Quién?

—Di a Granio y a Faustina que bajen —demandó.

Su tío obedeció. Granio se acercó con aire arrogante, desde la cocina. Faustina caminaba tras él: llevaba el rostro muy pálido, y se mordía las uñas.

—¿Estás decepcionada? —preguntó Claudia cuando ambos se sentaron frente a ella.

—¿Y por qué íbamos a estar decepcionados?

Granio trató de adoptar un gesto altivo, aunque le flaqueó la voz. Se humedeció los labios y miró hacia la puerta, como si esperase que, de un momento a otro, la policía la cruzara a toda prisa.

—Lo sabéis muy bien —declaró Claudia—. Y no se lo vamos a contar a la policía; bueno, aún no. Ario era un comerciante de vinos. Salió a la campiña, a recoger sus ganancias, y volvió a la ciudad. Visitaba Las Burras en las mismas fechas, cada mes, y seguía siempre la misma rutina monótona. Alquilaba una habitación, se lavaba, rellenaba el buche y pedía compañía femenina. Desde luego, permanecía en su habitación, con la ventana cerrada y su preciosa plata a buen recaudo. Un viejo desagradable y soez, ¿verdad? Por eso decidisteis asesinarle.

—¿Y cómo íbamos a hacerlo? —interrumpió Granio—. Cerró la puerta y echó el pestillo desde el interior.

—Bueno, quisiera sugerir —replicó Claudia— que vayamos arriba y examinemos esos cerrojos y pestillos, pero ya no están allí, ¿no es cierto? Habéis tenido tiempo de sobra para ocultar todas las pruebas.

—¿Qué quieres decir? —dijo bruscamente Faustina—. ¿A qué viene todo esto? Ya se ha encontrado el dinero.

—Y también a los asesinos —replicó Claudia—. Hoy he estado en el Coliseo. No estoy de acuerdo con lo que hacen; es una forma terrible de morir para un asesino.

La petulante boca de Faustina comenzó a temblar.

—Os diré lo que ocurrió —continuó Claudia—. Los cerrojos y las bisagras se habían aflojado, de manera que, al empujar la puerta para abrirla, parecería que habían sido forzados.

—¿Y la cerradura? —preguntó Polibio.

—Tío, las cerraduras que sueles comprar son muy baratas. El orificio de la llave es muy amplio. No creo que fuese muy difícil introducir una pequeña barra de hierro

de bordes afilados, que, al girar, abriría el mecanismo; aunque la llave estuviese metida por el otro lado.

—¡No tienes pruebas de eso! —los ojos de Granio irradiaban furia. No tanto por haber sido descubiertos, sino por haber perdido el botín que habían robado con tanto cuidado.

—¡No, no! —replicó Claudia—. Esto es lo que sucedió. Ario llega a la taberna. Sube a su habitación. Tú lo acompañas. Cierras la puerta tras él y, en cuanto se da la vuelta, le cortas el cuello y dejas su cuerpo sobre la cama. Seguidamente, robas la plata, quizá ocultándola en el interior de algún objeto que llevabas contigo: una vasija, bolsa o jarrón. Ario muere deprisa. Todo acaba en cuestión de minutos. Echas el pestillo, pero aflojas los pasadores, dejando la puerta preparada para cuando la fueren. Las contraventanas permanecen cerradas y con el pestillo echado. Abandonas la habitación. Tu cómplice, Faustina, aguarda en el rellano de las escaleras. Probablemente, lleve encima una vasija o un jarro grande, de los que abundan en esta taberna. Introducís el dinero rápidamente en él. Faustina se da la vuelta y baja las escaleras. Se convierte, entonces, en tu guarda, además de bloquear el paso a todo aquel que quisiera subir demasiado deprisa. Mientras tanto, te agachas, introduces de nuevo la varilla de metal en la cerradura y la cierras. Ario queda encerrado en su habitación. No hay entradas secretas, las contraventanas están cerradas, y para cualquiera que pregunte, la puerta está cerrada y el pestillo echado.

—Pero todo el mundo sabe —objetó Polibio— que la puerta estaba cerrada, y el pestillo echado. La gente escuchó como... —se detuvo súbitamente—. Aunque, claro —reconoció—, las únicas personas que lo escucharon fueron Granio y Faustina.

—Muy sagaz, querido tío. Es eso lo que me intrigó desde el principio. Constantemente, oímos puertas que se cierran noche y día. Nunca recuerdo con exactitud si las puertas quedan cerradas, o con el pestillo echado, pero estos dos sí. Desde luego, nadie lo encontraría sospechoso. Primero, Ario siempre cerraba la puerta de su habitación, echaba el pestillo y mantenía a todos alejados...

—Segundo, cuando subimos a la habitación —interrumpió Polibio—, eso es precisamente lo que nos encontramos —se aproximó a Granio y le sujetó por el hombro—. Y tú estabas allí conmigo, ¿no es cierto? Tú me ayudaste a echar la puerta abajo. Recuerdo que comenzaste a lanzar órdenes de cómo hacerlo. Primero, intentamos empujar por la parte superior, pero tú nos indicaste que nos concentráramos en el centro.

—Para cuando conseguisteis forzar la puerta —explicó Claudia— el pestillo estaba roto y los pasadores daban la impresión de haber sido forzados aunque, como ya he explicado antes, todo había sido preparado cuidadosamente con antelación. La auténtica prueba del asesinato ha sido astutamente retirada. ¿Estoy diciendo la verdad, Faustina?

La tabernera estaba temblando, frotándose los brazos. Sus labios vibraban, sin emitir palabra.

—Era simple lógica —dijo Claudia—. Primero, nadie entró en esa habitación, excepto tú, Granio. Pensé que era una curiosa coincidencia que Faustina estuviese en el rellano de las escaleras en el preciso instante en que salías. Y, más curioso aún, los dos recordabais con claridad que los pestillos y cerrojos se habían forzado. Granio también desempeñó su papel forzando la puerta. ¿Y en cuanto a la plata? —dijo, encogiéndose de hombros—. Me dijiste que planteabas abandonar Las Burras, así que ¿por qué no esconder la plata en alguna vasija profunda y sucia, en el extremo más alejado del jardín? No te habría sido tan fácil esconderla en tus aposentos, o llevarla a un platero o banquero. Planeaste dejarla allí hasta el día en que te marcharas. Abandonaríais Roma como vagabundos, pero llegaríais a cualquier otra ciudad como gente pudiente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Granio.

—Me voy a apiadar de vosotros —declaró Claudia—. O, al menos, mi tío lo hará. Si empaquetáis vuestras cosas, podréis salir de aquí al amanecer. Mi tío simplemente dirá que ha encontrado el dinero; la policía descubrirá vuestra desaparición y comenzará a sospechar. Pero, para entonces —Claudia esbozó una sonrisa—, estaréis a muchos kilómetros de aquí, ¿no es cierto?

## Capítulo 11

«No hagas preguntas.  
No se nos permite conocer el destino  
que nos reservan los dioses».

Horacio, *Odas*, I. 11

**L**a villa de Domatilla era espaciosa, una estancia bastante bonita, enclavada junto a la vía principal que cruzaba el Esquilmo: preciosas columnatas y pórticos a la sombra, un jardín muy bien cuidado, con pequeñas huertas y pérgolas donde los amantes, si lo deseaban, podían perderse. Argénteos estanques brillaban bajo el sol de primavera; bellas placitas, en las que el agua brotaba de inmaculadas fuentes. Pozos ornamentales, donde las abultadas carpas nadaban indolentes.

—Un auténtico paraíso —describió Domatilla, mientras mostraba la hacienda a Claudia, antes de guiarla hasta la casa. Era un elegante edificio de dos plantas, conectado a otros apartamentos por caminos flanqueados por columnas, protegidos de las inclemencias del tiempo por techos de tejas rojas. Los lujosos aposentos tenían paredes de mármol y elaborados mosaicos en el suelo. El aire estaba perfumado, la pacífica atmósfera se rompía de vez en cuando por el murmullo de alguna conversación, la risa de las doncellas, o el tintineo de alguna campana, cuando se solicitaba la presencia de algún sirviente para que llevase algún refresco a una u otra habitación.

—Tan opulento como un palacio —afirmó Claudia.

Domatilla se detuvo al final de un pasillo y le sujetó el brazo.

—Pero nunca olvides, Claudia —dijo mirándola con ojos enrojecidos por la falta de sueño, y adoptando un gesto cómico— no es nada más que un prostíbulo común, y yo soy poco más que el ama de las prostitutas del emperador —apartó a un lado los rizos teñidos que le cubrían la frente—. Estoy cansada, y lo aparento —comentó—, pero tú tienes aspecto de no haber pegado ojo.

—He estado muy atareada en la taberna de mi tío —replicó Claudia.

—¿Cómo de atareada? —preguntó Domatilla con picardía.

—¡No, así no! —se apresuró a responder Claudia—. Teníamos algunos problemas que necesitaban resolverse.

Domatilla reinició la marcha descansando el brazo sobre el hombro de Claudia.

—Sé quién eres —susurró Domatilla con complicidad—. Si la emperatriz, la divina Augusta, envía a una sirvienta como tú, no será para lavar los platos, ¿me equivoco?

Abrió la puerta y cedió el paso a Claudia hacia una alcoba. Había una gran cama en una esquina y muebles de diferentes tipos y diseños: dos mesitas bajas, un diván, taburetes, un baúl con cierres de bronce. Sobre las paredes había ganchos para colgar la ropa. La elevada ventana estaba cerrada y tapada. El aire estaba cargado con la fragancia que despedían los candelabros de cera.

—Esta habitación es como la de las demás chicas —comentó Domatilla—. Quizá no esté tan bien amueblada, pero acabas de llegar: solo los dioses y la divina Augusta saben cuánto tiempo permanecerás aquí. Los ventanales están tan altos porque, de vez en cuando, hay merodeadores que pretenden asomarse para echar un vistazo. Además, las paredes son también bastante altas, y contamos con unos vigilantes con perros que patrullan la zona durante la noche.

Acompañó a Claudia hasta el extremo de la cama, cerrando la puerta tras ella. Cogió una pértiga, descorrió la barra de las contraventanas y las abrió, y entonces, resollando y jadeando débilmente, tomó un sillón acolchado y se sentó frente a Claudia.

—Esta habitación está junto a la mía —explicó, enfatizando sus palabras con el movimiento de sus dedos rechonchos y cargados de joyas—. En apariencia, eres mi sirvienta.

—¿En la realidad? —preguntó Claudia.

—Mantén oídos y ojos bien abiertos —advirtió Domatilla—. Ya han asesinado a cuatro chicas. A la última, como ya debes saber, la mataron en el mismo palacio imperial, pero a las otras tres las engatusaron.

—¿Las engatusaron?

—Verás, aquí solo traemos a lo mejor —dijo Domatilla—. Doncellas de buenas familias, y no prostitutas baratas de las calles. No son esclavas, sino mujeres libertadas, con parientes en el servicio imperial y en el ejército. Ayer las viste, durante los juegos. A propósito, ¿adónde fuiste?

Claudia estudió a esta matrona de prostitutas, carnosa y afable. Domatilla había explicado que, tras los juegos, había pasado la noche de bacanal o, como ella misma describió, actuando de anfitriona para atraer a miembros del senado. Era una mujer cordial y habladora, con pocas pretensiones para ella misma y muchas menos aún para el resto de la humanidad. Se reía mucho, hinchando sus gruesas mejillas. Apestaba a perfume y, de vez en cuando, estallaba en sonoras carcajadas, pero sus ojos, tensos y vigilantes, jamás cambiaban. Su rostro recordaba a Claudia al de un actor con una máscara. ¿Sería ella la asesina?, se preguntaba Claudia. ¿Habría embaucado a sus propias chicas para darles muerte? Después de todo, ayer había estado sentada en el palco, observando como morían muchos hombres a manos de gladiadores y animales salvajes. ¿Sería ella el Sicario, o conocería su identidad? Domatilla se inclinó hacia delante, agitando la mano ante los ojos de Claudia.

—¿Te has quedado dormida, niña?

—No, no, lo siento —Claudia se rehízo y se disculpó—. Ayer tuve que atender un

asunto urgente en la taberna de mi tío.

—Rufino dijo que eras muy extraño —dijo Domatilla, llevándose los dedos a la boca—. Dijo que la divina Augusta te llamaba su ratoncita. Y, si eso es así, yo debo ser su conejita mofletuda, ¿no crees? Pero ¿de qué estaba hablando?

—De tus chicas —respondió Claudia—. Decías que eran mujeres libres, de buena calidad.

—Sí, sí, yo misma las he instruido. Les procuro ropas, perfumes, comida y alojamiento. No les falta nada: peluqueros, manicuristas, doctores, enfermeros. Su salud es la mejor atendida de Roma. Los clientes, agradecidos, me pagan bien. Yo le doy a las chicas la parte convenida: lo que haga cada cual con su parte, es asunto suyo —Domatilla agarró la parte delantera de su túnica blanca de seda y comenzó a agitarla, como si tuviera calor—. Sin embargo, las muy picaras pretenden conseguir un mayor beneficio a escondidas. Todas tienen grandes esperanzas de contraer un matrimonio conveniente, o de convertirse en la concubina de algún senador o general. Después de todo, poseen gran destreza en las artes del amor. Uno de sus primeros encargos, cuando llegan aquí —dijo, con sonrisa picara—, es aprender versos del *Arte de amar*, de Ovidio.

—Así que, en otras palabras —interrumpió Claudia—, ¿si reciben el mensaje de reunirse con tal o cual persona...?

—Se apresuran a acudir, como las abejas a la miel; es difícil detenerlas. Si se suben a una litera y ordenan a los esclavos que las lleven aquí o allá, ¿cómo podría prohibírseles? Tienen libertad para visitar a sus amigos en la ciudad.

—¿Y cómo consigues sacar beneficios? —preguntó Claudia.

—Los hombres siempre terminan cansándose —se burló Domatilla, simulando pena—. Siempre quieren algo distinto, así que vuelven trotando a Domatilla y comparten sus secretos.

—Entonces, ¿las tres primeras que fueron asesinadas —preguntó Claudia—, habían salido a hacer algún encargo secreto?

—Sí —suspiró Domatilla—. Y no sé quién entregó el mensaje, o adonde iba. Lo primero que supe de ello fue cuando trajeron sus cuerpos.

—¿Y todas habían estado con el emperador?

—Sí, todas se habían acostado con el emperador.

—¿Cómo las mataron?

—Las estrangularon; y les marcaron esos símbolos cristianos en la frente y las mejillas, dejando junto a los cuerpos un trozo de pergamino con el mensaje *In hoc signo vinces*, escrito con letras de sangre.

—¿Se encontró una moneda? —preguntó Claudia.

—¿Una moneda?

—Sí, como las que se ponen en los ojos de un difunto, para pagar a Caronte, el barquero.

Domatilla hundió los dedos en sus mejillas.

—En uno de los cuerpos sí, pero en los otros... —se encogió de hombros—. Sé que dejaron una maldición junto al cadáver de Sabina. Al emperador no le habrá gustado nada. Es un soldado: respecto a las supersticiones, son aún peores que los marineros.

—¿Y por qué crees —preguntó Claudia— que eligieron a tus chicas? ¿Porque se habían acostado con el emperador?

Domatilla se levantó y se desplazó hasta una mesa. Apartó la tela de lino de una bandeja, rellenó dos copas y volvió junto a Claudia.

—Ves —dijo, poniéndole la copa en la mano—, no eres mi sirvienta. Bébete esto. Es de los viñedos del norte. Es fresco y ligero y no requiere agua.

Claudia, obediente, tomó un sorbo.

—No creo que hayan matado a mis doncellas únicamente por haberse acostado con el emperador —explicó Domatilla—. Constantino es un semental. Apostaría un saco de plata a que ha montado a muchísimas damas de Roma. Ya conoces a los hombres, Claudia, no hay nada como la victoria y los gritos de la multitud para hacerles sentir como si fueran el único gallo del corral.

—¿Pero a ninguna de esas otras mujeres la han asesinado?

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué? —insistió Claudia.

—Indudablemente, el asesino odia al emperador y a su madre —replicó suavemente Domatilla—. E indudablemente —continuó pestañeando con rapidez—, también me odia a mí. Estoy perdiendo mi buen nombre, Claudia. Las jóvenes ya no vienen a verme. Soy como una carnicera: mis clientes siempre vienen buscando carne fresca. Cuatro de mis doncellas han muerto, asesinadas de forma cruel y salvaje. El asesino pretende darnos una lección a mí y a los divinos —suspiró profundamente—. ¿Puedo hablarte con franqueza, Claudia?

Su compañera asintió con la cabeza.

—Culpo de ello a la divina Augusta. El Sicario era un asesino profesional. Estaba al servicio, y cobraba, del difunto Majencio. Todos en Roma podían comprobar que la estrella de Majencio comenzaba a perder su brillo. Perdió el control de la ciudad y si no hubiera sido por su guardia pretoriana, alguien le habría asesinado, tarde o temprano. Cedió Roma a su ministro, Severio. Todos los que tuvieron oportunidad, desaparecieron. Yo hui a una villa en la campiña: Severio se hizo con mi casa. Solía ser cliente nuestro, y le gustaba el lugar —dio un sorbo a su vino—. Ya conoces la historia. La divina Augusta envió un mensaje y se las arregló para contratar los servicios del Sicario. Aparentemente, alcanzaron un acuerdo, y la vida de Severio pasaba a valer menos que la llama de una vela. Mientras tanto, durante los últimos días del mandato de Majencio, Severio utilizó esta villa para sus propios propósitos, organizando fiestas y bebiendo hasta altas horas de la noche. Se conocen pocos detalles, pero el día después de que muriese Majencio, en el Puente Milviano, una mujer misteriosa, vestida elegantemente, como una cortesana, visitó a Severio. Se

encontraron en un salón comedor; Severio se la llevó a sus aposentos privados — Domatilla levantó la copa, simulando un brindis—. Cuando forzaron la puerta, hallaron muerto a Severio, con el cuello rajado de oreja a oreja; habían abandonado el cuerpo con cuidado sobre la cama, y tenía dos monedas sobre sus ojos abiertos. Recibió un funeral muy pobre.

Hizo una pausa, inflando los carrillos.

—He vuelto aquí y he puesto en orden todo el desaguisado. Habían saqueado la villa, pero no se llevaron nada que no se pudiese reemplazar. La divina Augusta, desde luego, vino a darme las gracias por mi apoyo. Mencionó que deseaba reunirse con alguien aquí. No sé de quién se trataba, pero reservó un ala entera del edificio. Había un puñado de guardias, y venía acompañada de esa bestia, Burrus. Desconozco lo que ocurrió, excepto que sacaron un cadáver, con mucha discreción, por supuesto. La divina Augusta me dio las gracias y se fue. Inspeccioné la habitación, palmo a palmo. Había sido un buen huésped —añadió Domatilla secamente—. Se preocupó, incluso, de limpiar las manchas de sangre.

—¿Entonces sabes que se suponía que el Sicario había sido la víctima de la divina Augusta?

—Sí, sí, lo supe todo más tarde. Ya desde el principio, pensé que había cometido un tremendo error.

—¿Sabes algo de ese Sicario? —preguntó Claudia.

—Claudia, Claudia —replicó la matrona de prostitutas—. ¿Quieres veneno? Conozco a muchos alquimistas. ¿Un aborto, un crédito, un salvoconducto para abandonar la ciudad? Ese es el tipo de gente con la que suelo hacer negocios. Puedo, incluso, contratar a matones y salteadores de caminos. El Sicario era distinto. Era el hombre del difunto emperador. Su reputación había crecido durante los últimos tres o cuatro años. Si alguien es un traidor, envías los guardias a su villa y pides al culpable que se abra las venas, o que se beba una copa de veneno. Pero ¿qué haces con los hombres que no son culpables de ningún crimen o, al menos, que no ha sido probado? ¿O con alguien que simula ser tu amigo, pero es en realidad tu enemigo? Majencio se ganó el favor del senado, con sus banqueros y comerciantes. Pero —dijo, alzando un dedo acusador—, si quisiera quitarse a alguien de en medio, o si alguien le desagradara, siempre ocurría lo mismo: un accidente, una caída por las escaleras, un ataque al corazón en el baño, el asalto de unos ladrones.

—¿Demasiadas muertes bien planeadas?

—Así es como lo describe uno de mis clientes —dijo Domatilla sonriendo—. Y siempre ha sido igual. Sin dejar rastro, ni pistas, y así empezó la leyenda del Sicario. Al principio, la gente pensaba que se trataba de una historia para tratar de asustar a los opositores de Majencio. Después de un tiempo, el Sicario se hizo de carne y hueso; se materializó en una persona real.

—¿Y la relación con Locusta? ¿Cómo comenzó?

—¡Esa perra malvada! Una noche, en una cena de fiesta, Majencio había bebido

demasiado, y alguien mencionó a un enemigo. Majencio replicó: «¡Ah, sí, ese! ¡Debería ir a tomarse una copa con Locusta, en El Caballo de Troya!» —Domatilla se humedeció los labios—. Unos días más tarde, el hombre en cuestión sufrió un desafortunado accidente. Paseaba junto a la Basílica Nova y le cayó encima un trozo de cornisa que le aplastó la cabeza.

—Entonces, ¿fue así como relacionaron a Locusta con el Sicario?

—¡Qué chica más lista! —replicó sardónicamente—. Sin embargo, lo que me preocupa —añadió— es que, con Majencio, el Sicario podía moverse por donde se le antojase. Indudablemente, poseía un sello imperial, algún tipo de salvoconducto. Pero —continuó—, Majencio está muerto ahora, su cabeza se pudre en el extremo de una estaca. No obstante, el Sicario puede moverse de nuevo por los palacios imperiales, cometiendo asesinatos y disipándose como el humo en una mañana de primavera. ¡Pero bueno! —Domatilla vació su copa de vino y la depositó en el suelo—. Debo prepararme para la noche —dijo, arqueando una ceja—. Por supuesto, supongo que no lo sabrás, pero los Divinos vienen aquí: Constantino, su madre, Anastasio, Rufino, y hasta ese extraño sacerdote cristiano, Silvestre.

Claudia recordó las carretillas que había visto aparcadas a la puerta de la cocina.

—Es un banquete —explicó Domatilla—, para celebrar el fin de los juegos, y para que Constantino de fe de su patrocinio sobre mi casa. He contratado a ese cobarde de Paris y a su compañía de actores para entretenerles.

—¿Conoces bien a Paris? —preguntó Claudia con curiosidad.

—¿Bien? Se escondió conmigo cuando huyó de Roma, se ocultó en una bodega. Durante una temporada, llegó a irse más lejos aún, a la campiña. Puede llegar a ser muy divertido, nuestro Paris. No volvió a Roma hasta después de la muerte de Severio, una vez que Elena y su hijo se hubieron instalado definitivamente.

Se detuvo al escuchar una llamada en la puerta. Una chica del servicio entró y le ofreció un pequeño rollo de pergamino. Domatilla se lo arrebató de la mano. El pergamino era de buena calidad, y la cinta era de seda roja. Claudia sospechaba de qué podía tratarse: la mirada de Domatilla se lo dijo todo. Las mejillas de la cortesana se hundieron.

—¿De qué se trata? —demandó Claudia.

Domatilla se lo entregó. La caligrafía era como la de un niño, aunque las letras estaban dibujadas con esmero. En la parte superior aparecía el símbolo cristiano, y bajo este, las palabras que un esclavo solía susurrar a un general victorioso durante su entrada triunfal en Roma: *Sic transit gloria mundi*: «Así pasa la gloria del mundo». Junto a las palabras había una mancha de barro, y bajo esta: *In hoc signo vinces*. A esto le seguían unas citas del poeta Horacio. La primera era de sus odas:

*A todos se nos convoca para un mismo fin. Cada uno de nosotros deposita su carga en la urna funeraria. Tarde o temprano, nos embarcan en el batel de Caronte, hacia el exilio eterno.*

La segunda era mucho más mordaz:

*Piensa en cada nuevo día que amanece como en tu último.*

—Es una advertencia —dijo Domatilla, tragando saliva, se levantó, se dirigió apresuradamente a la puerta y llamó a la sirvienta.

—¿Cuándo ha llegado esto?

—La ha traído un oficial.

Domatilla se quedó perpleja.

—¿Cómo dices?, ¿un oficial? —demandó Claudia.

—Era un oficial. Llevaba una capa, una coraza en el pecho, una falda roja de cuero y grebas en las pantorrillas. Se acercó a una de las puertas laterales y el guarda le dejó entrar.

—¿Qué aspecto tenía?

—Tenía el rostro enrojecido, un bigote rubio y barba. Dijo que venía de parte del emperador, y por eso le permitieron pasar. Mi señora, ¿algo va mal?

Domatilla despidió a la muchacha. Volvió a llenar la copa de vino y la sostuvo con mano temblorosa.

—¿Seré yo la siguiente? —susurró, sin preocuparse por darse la vuelta—. ¿Aparecerá mi cadáver en la oscuridad, bajo algún olivo?

—No tienes nada que temer —dijo Claudia—. Pronto atraparán a este asesino —añadió, tratando de parecer más convencida de lo que realmente estaba—. Estás bien protegida. Estarás a salvo mientras no abandones la villa.

—Eso es cierto —Domatilla se terminó la copa de un solo sorbo—. Contrataré más guardas y matones. En el banquete de esta noche, la divina Augusta me ha insistido en que toda la comida y el vino deben ser probados con anterioridad —parecía perdida en su propio mundo, con sus carrillos temblorosos y unas gotas de kohl que resbalaban por sus mejillas pintadas—. ¡Debo hacer todo lo que pueda! —y, murmurando algo incomprensible, abandonó la habitación.

Claudia cerró la puerta y echó el pestillo. Apoyó su bastón junto a la entrada, deshizo su petate y sacó de él dos dagas. Una la puso sobre un taburete, cerca de la puerta; la otra, bajo la almohada. Cerró las contraventanas y se sentó, como había hecho otras veces cuando niña, acurrucada en una esquina, abrazándose las rodillas. La euforia, la sensación de júbilo que había experimentado al atrapar a Granio y Faustina, había desaparecido hace tiempo. Ambos habían confesado, recogieron sus cosas y se marcharon en mitad de la noche. Se disculparon ante Polibio, explicándole que, en el pasado, Ario había intentado violar a Faustina en una ocasión. Su muerte era un acto de venganza, además de un medio para hacerse ricos.

—Fue muy fácil —reconoció Granio—. Lo maté inmediatamente. Había roto previamente las bisagras desde el interior. Había forzado la cerradura para poder girar la llave desde el exterior —se giró hacia Claudia, con mirada de culpabilidad—. No

fue una varilla de metal, sino unas tenazas. Deformé un poco el agujero de la cerradura, hice varios intentos y, finalmente, descubrí que podía hacerse. En el rellano de la escalera, entregué el dinero a Faustina, que aguardaba, vigilante. Pensamos que el jardín era el mejor lugar, en esas vasijas de barro hundidas en el suelo, donde se recoge agua para los pájaros de Popea.

Polibio y Claudia les habían escuchado abandonar la taberna. Polibio, incluso, les había entregado algo de dinero, unas túnicas de repuesto y sandalias, un poco de vino y comida, y les advirtió que procuraran estar lo más alejado posible de Las Burras a la mañana siguiente.

—¿Llamarás a la policía? —preguntó Claudia, tras la marcha de la pareja culpable.

—¡No diré nada a esos bastardos avariciosos! —gruñó Polibio—. Voy a llevar el dinero directamente al Tesoro Público —sacó su puñal y cortó la cinta que cubría los cuellos de los sacos de dinero, que había extraído de su caja fuerte—. Y ahora, voy a cobrarme mis gastos. Si no se lo cuentas a nadie, yo tampoco lo haré.

Claudia no había objetado. Subió fatigosamente las escaleras, empaquetó sus cosas y se marchó directamente a la villa. Pero ¿para qué? El Sicario estaba vivo y coleando, inmerso en su propia guerra particular contra la corte. El asesino podía moverse por toda la ciudad a su antojo, como un animal salvaje que acecha un corral, dispuesto a atacar. Estaba jugando al gato y al ratón. El asesinato de las cortesanas era una clara advertencia, dirigida a Domatilla y a la emperatriz. Ahora se estaba acercando mucho. Elena y Domatilla habían recibido sus avisos. Solo era cuestión de tiempo que asestase su golpe definitivo. Pero ¿a quién?, y ¿cómo? Claudia se puso en pie y se sentó en el extremo de la cama. Los otros asesinatos habían sido fáciles de explicar. Las prostitutas habían acudido hacia su muerte, víctimas de su avaricia; todas, menos Sabina: era muy extraño. Indudablemente, el asesino era una persona con mucho poder. Claudia no estaba aún convencida por completo de la inocencia de Domatilla. ¿Y si ella misma hubiera preparado el envío de la carta misteriosa? Y ¿cuándo atacaría el Sicario? ¿Esta noche, durante el banquete? Eso sería bastante difícil: la villa estaría repleta de guardias y espías. Claudia oyó un golpe en la puerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—¡Claudia, soy yo, Domatilla!

Se levantó y la dejó entrar. La matrona de prostitutas tenía ahora un aspecto más compuesto y sereno.

—He oído noticias de la ciudad sobre esa perra malvada de Locusta. La pasada noche la encontraron apuñalada en una de las casetas exteriores —cerró la puerta y se apoyó sobre ella—. ¿Qué puede significar eso, Claudia?

—He estado pensando —estudió a Domatilla minuciosamente con la mirada.

—¿Por qué me miras así?

—Siempre lo hago cuando pienso —dijo Claudia, esbozando una tímida sonrisa—. Sospecho que el Sicario se prepara para retirarse. Va a hacer algo muy peligroso,

y no quiere dejar ninguna pista tras de sí.

Domatilla desvió la mirada hacia el suelo.

—A veces, me pregunto... —tartamudeó.

—¿Qué? —demandó Claudia.

—Si eres tú la asesina.

Domatilla no hizo intento alguno de ocultar su rubor. Claudia se quedó inmóvil, mirándola con perplejidad.

—¿Por qué no? —continuó Domatilla—. Te he estado observando: representas perfectamente tu papel moviéndote de acá para allá.

—Podría decir lo mismo de ti —contraatacó Claudia—, y eso es lo sutil de esta situación —continuó, acercándose a ella—. Si el Sicario se saliese con la suya, conseguiría que nos atacáramos unos a otros —dijo enfatizando sus palabras con los dedos—. Una cortesana podría venir por mí si pensara que soy yo la que entrega los mensajes. Yo podría haber matado a Fortunata. Podría haberlo arreglado todo para que un oficial del ejército hubiera entregado ese mensaje.

Domatilla suspiró y levantó en alto una mano.

—No tenía intención de acusarte —balbuceó—. Estoy muy preocupada.

Se dispuso a retirarse, pero Claudia la agarró por el brazo.

—Dime, Domatilla, ¿si te dijese que busco a un hombre con un cáliz púrpura tatuado en la muñeca, sabrías cual es la razón?

Domatilla la miró por encima del hombro y sonrió.

—Me gustaría mentirte, pero esos ojos felinos tuyos conocerían la verdad —se alejó de la puerta y se situó frente a Claudia—. Sí, conozco la historia. Es más común de lo que piensas. No tienes pareja. A nadie, en absoluto. Has averiguado cosas sobre mí, y yo lo he hecho sobre ti —dijo con una sonrisa—. Nos enorgullecemos de ser espías, informadores de los Divinos. En realidad —continuó, adoptando un gesto desagradable—, somos como animales, Claudia, y los poderosos devoran a los débiles —descubrió la daga sobre el taburete y sonrió—. Me he encontrado otras veces con chicas como tú, que fueron asaltadas y violadas. Yo no soy distinta: fue así como me convertí en lo que soy. En mi caso, un pariente, alguien que simulaba ser mi amigo. No estás sola: la mitad de las mujeres de esta villa odian a los hombres con los que se relacionan, y entre ellas surgen sentimientos encontrados.

—¿Conoces a ese hombre? —demandó Claudia.

—No. Esos hombres no vienen aquí, Claudia. Se asustan de las mujeres adultas, y... —iba a completar la frase, pero se encogió de hombros.

—¿Sabes algo? —la curiosidad de Claudia crecía por momentos.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Domatilla.

—Hace alrededor de un año.

—Deberías ir a hablar con la policía.

—Mi tío lo hizo.

—¿Y?

—No ayudaron en nada.

—No, debes apuntar más alto. Algún día, cuando consigas algo de tiempo libre, entre tanto escuchar y fisgonear, solicita a tu protectora que busque entre los informes de la policía.

El corazón de Claudia comenzó a latir con fuerza. Jamás había pensado en esa posibilidad. Su tío había hecho cuanto había podido, pero la policía se había encogido de hombros, ante la posibilidad de que se tratase de algún noble o sacerdote borracho, que había salido a la calle en busca de algo de placer.

—Ya sabes lo estúpidos que son los policías —continuó Domatilla—. No se preocuparían por gente como tú. Están mucho más interesados en su papeleo, en aceptar sobornos, o en vigilar lo que hacen los grandes —cogió la daga de Claudia y se sentó en el taburete. Se percató de que Claudia retrocedió unos pasos—. Yo no soy peligrosa, ratoncita —declaró Domatilla—. La divina Augusta me ha contado tu historia. Me dijo que te violaron, y me dio algunos detalles —dijo, haciendo una mueca—. Sí, así es. Le pregunté si serías rival para alguna de mis chicas, o si estarías interesada en encontrar trabajo aquí. La divina Augusta me lo contó todo, y despertó mis recuerdos —comenzó a balancear la daga entre sus dedos—. Hace más de un año... Sí, debió ocurrir sobre esa fecha. No lo olvides, Claudia, la policía se interesa por la política: los que se hacen con el poder, los que caen. Roma no es un lugar apacible. Además, he escuchado chismes y habladurías acerca de jóvenes que han sufrido ataques en diversas partes de la ciudad. Esa es una de las mejores ventajas de ser una prostituta. Recopilas mucha más información que la policía. Los ataques tuvieron lugar durante un periodo abultado de tiempo. A la policía no le importaba una mierda. Tienen cosas mejores que hacer que preocuparse por el asalto a una pobre desgraciada de los suburbios. También escuché una historia, aunque de segunda mano, sobre otra víctima, ella también consiguió sobrevivir, y describió a un hombre con un cáliz púrpura en la muñeca. Pensé que sería una pista muy fácil de seguir. Cada vez que alargase la mano para comprar algo, o para alzar la copa, o comer, alguien se daría cuenta.

—Pensé que se trataba de un sacerdote.

—Deberías haber venido a buscar a Domatilla antes. Ya he visto ese tatuaje.

—¿Dónde?

—En las muñecas de muchos hombres. No es solo la marca de un sacerdote, sino también de un soldado, una secta que adora a Mitra —chasqueó la lengua, divertida ante el asombro de Claudia—. Sí, pequeña, puede ser una pista bastante difícil de seguir.

Claudia arqueó las cejas.

—Los soldados llevan muñequeras —insistió Domatilla, poniéndose en pie—, que muestran su rango, pero que pueden también ocultar un tatuaje. Ahora, debemos marcharnos. Por cierto, el gladiador Murano desea verte.

## Capítulo 12

«La fortuna favorece a los valientes».

Terencio, *Formión*, I. 203

**M**urano aguardaba en la caseta del guarda. Los guardias le habían hecho pasar hacia la pequeña casa techada, le habían ofrecido una copa de vino, y comentaban con él algunos aspectos de los juegos del día anterior. Murano permanecía sentado, respondiendo educadamente, aunque estaba intranquilo. Tenía el cabello recién cortado, la cara afeitada, y llevaba una simple túnica verde, que colgaba por debajo de las rodillas. Sus brazos y cuello aún mostraban las contusiones de su lucha victoriosa, sus ojos estaban cargados y delataban los efectos de una noche de poco sueño y mucho alcohol. Consiguió zafarse de la incesante sesión de preguntas y se llevó a Claudia al camino de gravilla.

—¡Podéis utilizar los arbustos! —gritó uno de los guardias—. ¡Pero no os vayáis muy lejos! ¡Tenemos instrucciones muy estrictas!

Murano y Claudia se sentaron en la hierba, a la sombra de un laurel.

—A Januaria no le va a gustar esto —comentó Claudia. Arrancó una flor silvestre y se la ofreció—. Empezarán a murmurar sobre ti.

Murano no estaba de humor para bromas.

—¿Por qué te has ido tan rápido? —preguntó secamente—. Estás en la taberna, dirigiéndonos para buscar esto y lo otro. Se encuentra el dinero y, a la mañana siguiente, me encuentro con que Granio y Faustina se han esfumado, y que tú te has desvanecido como un ladrón en la noche.

—Entonces, ¿me has echado de menos? —se apresuró a preguntar Claudia.

Murano la miró con el ceño fruncido.

—Sí que me echaste de menos —insistió Claudia—. Vamos, deja de mirarme así, Murano. No te pega. Eres muy bien parecido, pero sonrío. Mira las flores, distraerás a los guardias. Vamos —se burló—, ya te he visto hacer mímica la pasada noche. Tienes sentido del humor, puedes relajarte. Januaria lo sabe.

Murano permanecía sentado, jugueteando con el tallo de una flor.

—Me gusta Januaria —dijo—, sin embargo...

—Así es como te llamaré —ironizó Claudia—, «Senador Sin Embargo...».

Claudia sintió una punzada de compasión hacia Murano, pero le gustaba bromear con él.

—¿Eres indulgente conmigo?

—Me gustaría conocerte mejor.

—Y a mí me gustaría llegar a conocerte, Murano.

El gladiador levantó la cabeza, observándola con ojos bien abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Para quién trabajas?

—Soy gladiador, ya lo sabes. Mato a gente en el ruedo. Si sigo matando a gente, me haré rico; pero un día podría cometer un error, y ese será mi final.

—¿Trabajas para el emperador?

Murano soltó una carcajada.

—¿Quieres decir, un espía?

—¿Dónde vives?

—En las barracas, con los demás.

—Ahora me estás mintiendo.

—Es cierto —reconoció Murano—. Tengo una pequeña buhardilla en la calle de los Perfumes. Pago un alquiler. Es un lugar al que acudo cuando quiero estar solo.

—¿O estar con Fortunata? —preguntó Claudia.

—Ya te lo he dicho, mi hermana era extraña, y por eso estoy aquí. No sé en qué asuntos estaba involucrada, pero me pidió que la llevase a El Caballo de Troya. A propósito, ¿has escuchado las últimas noticias? Locusta ha muerto.

—Sí, a estas alturas, ya debe saberlo media ciudad. ¿Hablabas de Fortunata?

—Sí, fuimos a El Caballo de Troya. Como ya te he contado, nos sentamos allí y comimos y bebimos. Fortunata era todo ojos, observando aquí y allá. Si hubiese estado sola, seguro que los muchachos de Locusta la habrían interrogado, pero me reconocieron, y la dejaron en paz. No ocurrió nada. Abandonamos la taberna y caminamos por una calle lateral. Cuando llegamos al cruce, dos arrieros se habían enzarzado en una pelea. ¿Los has visto alguna vez? Se golpeaban el uno al otro con sus látigos. Una de las cocinas ambulantes volcó, y el cocinero se disponía a entrar en la trifulca —Murano desvió la vista hacia la flor—. La gente gritaba y les increpaba. La policía se acercó y comenzó a separarlos. Además, habían atrapado a un esclavo, que se había puesto en fuga. Le habían colocado un anillo de hierro alrededor del cuello, y entonces, ocurrió. Estoy seguro de que fue la única cosa que salió mal.

—¿A qué te refieres Murano?

—Estaba anocheciendo, los jóvenes habían salido a la calle, en busca de un poco de diversión: los caballeros y sus damas asistían a las fiestas. Conseguimos librarnos de la confusión, y estábamos cruzando la plaza cuando pasamos junto a la litera de una dama. La cortina estaba descorrida —Murano agitó la mano—. Del interior se desprendía un delicado perfume. Distinguí un rostro maquillado, una diadema de plata. Fortunata pudo verla mejor. Quería retroceder, pero la presión de la multitud era demasiado fuerte, y la litera desapareció. Cuando llegamos al extremo de la plaza, Fortunata sacudió la cabeza: «¡No puedo creerlo! —susurró—. ¡No me lo puedo creer!».

—¿Dijo a qué se refería?

Murano sacudió la cabeza.

—Yo había bebido bastante, pero Fortunata estaba enajenada, y no estoy del todo seguro de cuál era la causa —elevó la vista para encontrarse con los ojos de Claudia—. Podía haber sido la persona de la litera, o las personas que la portaban. En aquel momento —Murano deslizó la flor en el interior de su muñequera de cuero—, no pensé nada, excepto que mi hermana había visto la fuente de algún jugoso chisme o escándalo: una dama de alta alcurnia, a la que llevaban en secreto a reunirse con su amante, o algo por el estilo —hizo una mueca—. Anoche lo recordé, así que pensé en venir a contártelo.

—¿Y por qué debías contármelo? —preguntó con suavidad.

—Lo sabes muy bien —respondió Murano—. ¿Crees que somos todos tontos, Claudia? Polibio sabe en qué andas mezclada. Buscas a ese hombre con el cáliz púrpura en su muñeca, simulando ser una simple sirvienta de palacio. Aquellos policías vinieron anoche a buscarle problemas a Polibio. Desaparecieron en seguida en cuanto saliste. Yo también tengo amigos entre la guardia. Te han visto en algunas zonas de palacio donde no permitirían la entrada de una chica del servicio.

Claudia se inclinó sobre él y le puso un dedo en los labios.

—Somos lo que somos, Murano, o lo que la vida hace de nosotros.

—¿Volverás a Las Burras? —preguntó.

—Cuando haya terminado.

—¿Necesitas ayuda? De verdad...

Claudia sacudió la cabeza. Murano la miraba con gesto suplicante.

—¿Y cuándo terminará todo esto, Claudia?

La joven se puso en pie y se sacudió la hierba de la túnica.

—Terminará, Murano, cuando atrape al hombre con el cáliz púrpura en la muñeca, y cuando Murano, el gladiador, deje de pelear sobre la arena.

Claudia le besó en la frente y, antes de que pudiera detenerla, cruzó corriendo el césped y se introdujo en la villa.

Estaba conmovida por la preocupación de Murano. Se sentía ligeramente incómoda. El rubor le encendía el rostro. Sentía deseos de volver para hablar algo más con él, pero necesitaba ser precavida. Murano era más de lo que decía ser. De vuelta a sus aposentos, Claudia se refrescó el rostro con agua, secándose despacio con una toalla. Los sonidos de la villa llegaban hasta sus oídos: el corretear de pisadas y los gritos de los sirvientes, mientras terminaban los preparativos para las celebraciones de la tarde. Se escuchó un golpe en la puerta, y Paris asomó la cabeza. Llevaba puesto unos cuernos de sátiro sobre la cabeza, y se había pintado el rostro de negro. Claudia estalló en una carcajada.

—¿Qué haces aquí?

El actor entró en la habitación, cerrando la puerta al pasar.

—Esta noche es la noche, Claudia —dijo frotándose las manos y adoptando una pose dramática—. Tengo el orgullo —declaró con voz pomposa— de actuar ante el emperador —unió las manos y elevó la mirada al cielo—. ¿Quién sabe adonde

conducirá todo esto? —declaró, en voz de falsete. Señaló hacia la cama con el dedo—. ¿Estás cansada? ¿Te apetece tumbarte?

—¡No seas descarado! —exclamó Claudia, pero le resultaba difícil enfadarse con este petulante personaje.

—¡Paris! ¡Paris! ¿Dónde te has metido?

—Me reclama Domatilla —dijo Paris, haciendo una exagerada reverencia. Tenía la mano apoyada en el pomo de la puerta cuando se giró—. Si me siento cansado, ¿puedo volver aquí y acostarme contigo?

Miró hacia el taburete e hizo una mueca al descubrir el puñal.

—¿Me esperabas, Claudia?

—¡Paris! —la voz de Domatilla elevó el tono hasta convertirse en un alarido.

—Volveré.

El actor le lanzó un beso y desapareció por la puerta. Claudia se apresuró a cerrarla. Se disponía a desnudarse y asearse cuando escuchó de nuevo una llamada. Abrió la puerta a uno de los sirvientes de Domatilla, una vieja bruja de rostro enrojecido y cabellos naranjas.

—Dice Domatilla que vas a servir al emperador esta noche. No vayas a derramar su vino.

—Sí, sí, muchas gracias —dijo Claudia con irritación.

—Y tienes que llevar esto.

La mujer dejó sobre la cama una larga túnica de estilo griego, de color turquesa y ribeteado en dorado, y sujeta al hombro por un broche de plata: junto a esta depositó unas centelleantes sandalias.

—¡Puedes usar los baños! —la mujer chillaba tan fuerte que Claudia llegó a sospechar que estaba medio sorda. Entonces, sin esperar respuesta, salió apresuradamente al exterior.

—Ahora voy a tener un poco de paz y tranquilidad —se dijo Claudia.

Volvió a cerrar la puerta. Se recostó en la cama, girando hacia un extremo y manteniendo en alto las rodillas. Murano aún acaparaba su atención. Se distrajo pensando en las palabras de Murano. El gladiador y su hermana habían abandonado El Caballo de Troya y cruzaban la plaza. Fortunata vio a alguien en una litera, una mujer noble, a la que reconoció. Debió quedarse intrigada, lo que significa que vio a alguien que no debería estar allí. ¿De quién se trataría? ¿La emperatriz Elena? ¿Domatilla? ¿Una de sus chicas?

Claudia se sumió en el sueño, y cuando despertó, intuyó que debía haber dormido durante, al menos, dos horas. El calor del día se había disipado, y el reloj de agua del pasillo exterior indicaba que la hora de las celebraciones se aproximaba. Claudia se aseó y se cambió de ropa, enfundándose la túnica que Domatilla le había dado. Las sandalias le quedaban perfectas, aunque el cuero era nuevo y tuvo que atar fuertemente los lazos. Habían depositado sobre la mesita una pequeña vasija llena de esencia de romero, mezclada con otras fragancias. Se extendió una pequeña cantidad

sobre la cara y las manos. Se sentó, manteniendo los ojos cerrados, y trató de serenarse. Debía recordar quién era en realidad: tan solo un sirviente de alto rango de la casa de Domatilla. Debía recordar las normas de Anastasio. No debía dejar escapar señal alguna de su relación con él, ni con ningún otro miembro de la casa imperial. No debía asumir ninguna afectación, sino actuar como se esperaba de ella: como una sirvienta responsable de servir vino al emperador, nada más.

Claudia abandonó la habitación y se dirigió hacia el atrio. El gran comedor de mármol era amplio y estaba opulentamente amueblado. Sobre el suelo había extensos mosaicos que representaban las leyendas de Hércules, centrándose, sobre todo, en sus andanzas amorosas. Varios frescos y pinturas de similar temática cubrían las paredes. Los divanes de la sala del banquete se habían dispuesto en forma de herradura. Las mesitas bajas se habían colocado junto a ellos, y estaban ya cargadas de preciosas copas, platos, cucharas y cuchillos del tesoro particular de Domatilla. El diván del centro, donde se sentarían el emperador y su madre, estaba cubierto con una tela de seda púrpura bordada en oro. Se encendieron unos recipientes de alabastro rellenos de aceites preciosos. Un grupo de músicos, en la esquina más alejada, se ocupaban de preparar flautas, laúd y liras. Los sirvientes, bajo la atenta mirada de Domatilla, correteaban de un lado para otro, mientras el aire se cargaba con la sabrosa fragancia que provenía de las cocinas.

La principal preocupación de Domatilla era el escenario improvisado que se había preparado. Tras una gran tarima, hecha de planchas de madera unidas entre sí, se elevaba un enorme decorado, ricamente engalanado, frente al que actuarían los comediantes. Estos últimos resultaron convertirse en una auténtica fuente de confusión. Vestidos de oro y escarlata, con el pelo cubierto con grandes pelucas, y el rostro oculto tras unas caretas rudimentarias, correteaban de aquí para allá, dando los últimos retoques a su actuación. Se montó un ingenio mecánico para simular el sonido de los truenos. Se instalaron lámparas para crear sombras trémulas. Todos se gritaban y se chillaban entre sí, Paris el primero, dando instrucciones, alternando un irascible tono imperativo con la súplica más dócil. Domatilla vio a Claudia y agitó la mano. La anfitriona del emperador se había transformado, se había pintado el rostro con delicadeza y sus cabellos lucían con belleza. Estaba vestida con una túnica perfumada de seda de color marfil. Las joyas centelleaban en sus dedos, muñecas, brazos y cuello. Agitó sus pestañas postizas y le dedicó una rápida sonrisa.

—Estoy tratando de no perder los nervios, aunque grite o ría —susurró—. La pintura de la cara no se ha secado aún. No quiero que se quiebre. Escucha, Claudia, todo lo que debes hacer es asegurarte de que la copa del emperador esté siempre llena. No lo hagas todo tú. Su doncella o el probador del vino levantarán la copa, y tú la rellenarás. Bajo ningún concepto debes rellenar una copa y entregársela a alguno de mis huéspedes sin que se haya probado previamente. Lo mismo se aplica a las comidas. Debe ser una tarde agradable...

Se detuvo en mitad de la frase, ante el sonido distante de las trompetas.

—¡Alabados sean los dioses! ¡Alabados sean los dioses! ¡Ha llegado el emperador! —vociferó, agitando al viento las manos y correteando como un pato.

Su chambelán entró majestuosamente en la habitación. A Paris y sus actores les ordenaron que «se esfumaran y esperasen a ser llamados». Se dieron los últimos retoques: cestas de dulces, flores de delicadas fragancias, más candelabros de aceite perfumado, colocar en su sitio los cojines. Los sirvientes prepararon jarras y copas. El jefe de cocina comenzó a propinar golpes a diestro y siniestro con un cucharón, sin parar de dar órdenes, para preparar su procesión triunfante de manjares. Más órdenes y gritos provenían del pasillo. Claudia pensó que aquello era igual que un teatro poco antes de que comenzara la función. Al clamor y el ruido ensordecedor le siguió un repentino silencio. Se escuchó el sonido rítmico de unos pasos por el pasillo. Unos miembros de la guardia imperial, bajo el mando de un joven tribuno, entraron en formación y tomaron posiciones alrededor de la dependencia. Constantino y su madre hicieron su entrada, seguidos por la suprema sacerdotisa de las vírgenes vestales y por otras personalidades, a las que Claudia reconoció enseguida: Bessus, Criso, Anastasio y, con aspecto de avergonzado y de encontrarse fuera de lugar, el sacerdote Silvestre. Rufino encabezaba un pequeño círculo de influyentes cortesanos. El chambelán los condujo a sus asientos. Domatilla colocó una corona de laurel y plata sobre la coronilla de Constantino, y entregó otra similar a la emperatriz Elena. Constantino bromeó, y la tensión se relajó. Se sucedieron brindis dedicados al emperador, a su madre, a la victoria en el Puente Milviano y, desde luego, a los juegos. Constantino se giró hacia Elena y comenzó a conversar en tono suave, una señal evidente de que el banquete había comenzado.

Claudia observó que todas las copas que se servían eran probadas de antemano, al igual que ocurría con los numerosos platos. Los chambelanes probaban la comida con un pequeño cuchillo, cortaban una porción, la probaban, y asentían con la cabeza para que se sirviera el plato. Cuando así lo ordenaban, Claudia rellenaba de vino el vaso del emperador. Su madre le codeó ligeramente, y el emperador indicó a su probador que añadiese agua.

—La divina Augusta —susurró un chambelán— sabe que el emperador debe hacer gala de su mejor comportamiento.

Claudia miró a la fila de invitados donde permanecía sentado Silvestre, probando los manjares. Solo una vez se cruzaron sus miradas, y el sacerdote movió casi imperceptiblemente los labios en señal de saludo. Por su parte, Elena le había guiñado un ojo al moverse tras el hombro de su hijo; el resto, simplemente la ignoraba.

La celebración era muy decorosa, y no como una de las fiestas de borrachos que solía celebrar con sus compañeros soldados. Domatilla se sentó algo más apartada, junto a Anastasio, aunque su risa histriónica resonaba en toda la habitación. Tenía el rostro sonrosado, empapado de sudor, y estaba ansiosa por complacer y muy halagada ante este gesto de favor imperial. La mayoría de las conversaciones giraban en torno

a los juegos y a los planes del emperador para cuando llegase el verano.

Claudia observaba minuciosamente a los invitados. No detectaba nada sospechoso, y reconoció que solo un loco intentaría algo aquí. Aunque el banquete discurría con cordialidad, los soldados permanecían en las sombras, y los oficiales no cesaban de moverse de aquí para allá, en estado de alerta. No se había dejado nada al azar. Los cocineros de Domatilla se habían superado a sí mismos: bandejas de jabalí, rodaballo, pollo, ubres de cerda, acompañados de manzanas y otras frutas, marisco, ostras y caracoles. El banquete fue progresando. Las risas y el rumor de la conversación fueron creciendo. Unas bailarinas sirias entraron en escena, y representaron unas sinuosas danzas. Constantino las animó efusivamente, poniéndose en pie y aplaudiendo ruidosamente. De repente, se percató de que Silvestre le observaba; tosió y volvió a sentarse inmediatamente, ante las risas contenidas del resto de sus invitados.

Aparecieron juglares y tragafuegos. El vino se cambió, y comenzaron a servir unos caldos blancos, frescos y aromáticos, de las bodegas privadas de Domatilla. Se preparó el escenario, Paris y sus actores hicieron su aparición, vestidos con sus túnicas estridentes y con sus rostros cubiertos con máscaras. Paris, que llevaba una con el rostro de Heracles, dedicó una profunda reverencia y comenzó la actuación. No era una obra completa, sino una sucesión de diferentes escenas, seleccionadas de la mitología o de la historia de Roma: Tiestes, devorando a sus hijos para cenar; Edipo, dando muerte a su padre; Hércules, doblegando a una bestia mítica; la riña entre Rómulo y Remo. La representación carecía de gran ingenio; sin embargo, dirigidos por Paris, los actores cantaron a su pena y a su furia en emotivas arias. Cada escena se sucedía rápidamente por otra. De repente, se produjo un cambio en el tono hacia una bulliciosa farsa, en la que unos payasos representaban a los modelos clásicos de las pantomimas.

Claudia reconoció a algunos de los personajes que ella y los demás habían representado alrededor de Italia, con la compañía itinerante. Allí estaba Pathos, ese ridículo y estúpido viejo, siempre pensando en las chicas; Macáis, el papanatas al que era tan fácil burlar. Después de estos, continuó la representación: historias sobre bebés recién nacidos, secuestrados por piratas; doncellas raptadas por tratantes de esclavos; proxenetas y banqueros, soldados y parásitos, avaros y despilfarradores. Sus payasadas provocaron los estallidos de risa de Constantino. El emperador estaba disfrutando realmente de la representación. De vez en cuando, provocaba una pausa para aplaudir, o solicitaba su bolsa de un chambelán, e interrumpía la representación para arrojar unas monedas de plata sobre el escenario.

Paris consiguió superarse a sí mismo, particularmente con su parodia satírica de un petimetre desfilando por el foro. Hacia el final, a modo de *pièce de résistance*, los actores representaron los últimos días de Majencio en Roma: las preocupaciones del antiguo emperador, la agitación de sus adversarios. Constantino no cesaba de aplaudir, ordenando a los actores que se acercaran más, para que no se perdiera

ninguna palabra. Los chambelanes se pusieron visiblemente nerviosos. En un momento determinado, cuando Paris yacía en el escenario con el rostro cubierto por una gran máscara, los actores se mezclaron con los invitados. Tomaron comida de sus bandejas y bebieron de sus copas, siguiendo una antigua tradición, por la que se permitía a los actores burlarse de la audiencia y hacer bufonadas sin recibir reproche alguno. Las chicas se sentaron en el diván de Constantino: hubo una que incluso le rodeó con sus brazos y le besó en los labios. Dos muchachos jóvenes, enmascarados y portando sendas capas, se sentaron junto a Domatilla. De vez en cuando, los actores se retiraban y volvían a entrar en escena. Los huéspedes también se levantaron y se movieron con ellos, hasta que Paris se subió a una silla y tocó las palmas. La compañía se congregó alrededor de él y le dedicaron una reverencia al emperador, como señal de que la representación había llegado a su fin.

Constantino estaba muy satisfecho. Se distribuyeron más obsequios. Los actores hicieron un último ademán y desaparecieron tras el escenario. El banquete siguió su curso. Constantino, ahora luciendo el mejor de los talantes, se puso en pie y propuso un brindis por Domatilla. La achaparrada matrona de prostitutas se puso en pie, algo temblorosa. Comenzó a ofrecer su agradecimiento al emperador en términos grandilocuentes. De repente, se detuvo. La copa resbaló de sus dedos y se retorció, como si hubiese recibido un fuerte golpe en el estómago. Claudia observó horrorizada. Domatilla alzó el rostro con gesto de agonía absoluta, abriendo y cerrando la boca. Cayó sobre sus rodillas y comenzó a vomitar. El emperador dio un salto y corrió hacia ella. Domatilla se encontraba en el paroxismo de la agonía. Comenzó a agitar brazos y pies, volcando una mesita y todo su contenido.

Llamaron al médico privado del emperador. Claudia se abrió camino hacia la víctima. La mayoría de los invitados retrocedieron, incapaces de aceptar lo que estaba sucediendo. Una mancha de espuma apareció en la comisura de la boca de Domatilla. Tenía el rostro rígido, y el cuerpo se agitaba en fuertes convulsiones, mientras emitía un sonido sofocado. El médico le introdujo un dedo en el cuello, tratando de descubrir si había algún objeto atascado. Retiró la mano. La cabeza de Domatilla cayó hacia un lado. El tribuno emitía órdenes con rapidez: los soldados abandonaron la habitación y se apresuraron a bloquear puertas y ventanas. Pusieron el cuerpo sudoroso de Domatilla sobre un diván. Toda su belleza la había abandonado. Su rostro mostraba un tono verdoso y pálido, sus labios parecían más rojos, el pelo estaba enmarañado. El médico le palpó la garganta.

—¿Un ataque? —preguntó Elena.

El doctor le abrió la boca.

—Ya he visto esto antes —murmuró—. Tiene la lengua ennegrecida. Divina Augusta, creo que esta dama ha sido envenenada.

Domatilla había derribado una de las mesas al caerse, pero no la suya propia. Bajo la dirección de Bessus, el chambelán, el médico cogió la bandeja de plata y la copa de Domatilla y se las llevó a una esquina, para examinarlas minuciosamente.

Hicieron entrar a un esclavo y, con la punta de la espada del tribuno pinchándole el cuello, e invadido por el terror, se vio obligado a beber del vino y probar la comida. Claudia observó que Silvestre se había quedado inmóvil, haciendo el gesto de la cruz, como única reacción. Se dispuso a objetar ante lo que obligaban a hacer al esclavo. Claudia caminó hacia él, advirtiéndole con la mirada que no interviniese. Al final, tal intervención no fue necesaria. El médico trajo de vuelta la bandeja y la copa.

—¿Y bien? —Constantino había vuelto a recostarse sobre su diván.

—Si la dama ha sido envenenada —declaró el doctor—, no ha sido con nada que haya bebido o comido aquí. La comida no está alterada. No hay ninguna poción mezclada con el vino.

—Eso parece lógico —intervino Elena—. Todo ha sido probado previamente, comida y bebida.

—¿Ha probado algo de algún otro plato? —intervino Rufino.

Anastasio, que había estado sentado a la derecha de Domatilla, sacudió la cabeza, haciendo señales a la emperatriz con las manos. Bessus confirmó igualmente este extremo, mientras que el tribuno, un hombre de nervios templados, puntualizó que había estado observando las mesas desde el momento en que se desplomó Domatilla.

—¿Para qué? —preguntó alguien.

—Para asegurarme que nada se cambiaba de sitio —replicó con calma—, y así ha sido.

—¿Y la compañía de teatro? —preguntó Bessus.

—Pero ellos no traían comida —replicó la emperatriz.

—Algunos venenos tardan horas en hacer efecto —declaró el médico—. Otros, unos pocos segundos. La señora Domatilla podría haber comido o bebido algo antes, incluso, de que comenzara el banquete.

—¿Qué tipo de veneno? —preguntó Elena.

—Augusta, ¿cuántas plumas hay en el ala de un cisne? Roma está repleta de venenos y envenenadores.

Elena, que había comido y bebido bastante poco, reafirmó su autoridad.

—¡Llevaos el cuerpo a su habitación!

—¿Y la compañía de comediantes?

—¿Qué probaría eso? —interrumpió la emperatriz—. Todo lo que conseguiríamos, si les interrogásemos, es hacer pública la muerte de Domatilla al resto de Roma —se sentó junto a su hijo—. ¡Tribuno, despeja la habitación! ¡Damas y caballeros, como podrán suponer, el banquete ha concluido!

Le hizo un gesto a Rufino, Criso y Bessus para que se quedaran. Se giró en su diván y miró hacia Claudia.

—¡Tú también, niña! Mi hijo y yo necesitaremos vino.

Claudia esperaba que Anastasio fuese también invitado, pero la emperatriz se levantó, le llamó y le susurró unas palabras. El sacerdote se apresuró a abandonar la habitación. La sala del banquete se despejó y las puertas se cerraron.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Qué tenemos aquí? —preguntó la emperatriz en voz baja, como si hablase consigo misma.

Rufino se disponía a replicar cuando alguien aporreó la puerta con insistencia. Bessus acudió en respuesta, y volvió muy nervioso.

—Divina Augusta, creo que todos deberían venir con nosotros.

Abandonaron la sala del banquete y, acompañados por una escolta militar, recorrieron el pasillo que conducía hasta la alcoba de Domatilla. Su cuerpo yacía sobre la cama, oculto bajo una sábana. Claudia, a la que Elena había ordenado que caminase tras ella, miró a su alrededor, horrorizada. La cama y las paredes habían sido rociadas con sangre.

—Alguien ha rellenado de sangre un pellejo de vino, y ha rociado con él toda la habitación —suspiró Rufino.

Tenía el rostro pálido. Claudia observó que una gota de sudor recorría su frente.

—Esto es demasiado —añadió en un suspiro entrecortado.

—¡Divina Augusta, mira! —Bessus señaló hacia el tramo de pared que había justo detrás de la puerta, donde habían escrito con una caligrafía rudimentaria:

*IN HOC SIGNO VINCES!*

—¡Los quiero a todos arrestados! —bramó Constantino—. ¡Quiero que lleven a los calabozos de palacio a todos los que han estado aquí esta noche; actores y sirvientes!

—¡No seas necio! —siseó Elena—. Eso es precisamente lo que agradecería al asesino: un arresto colectivo.

Constantino asintió con la cabeza.

—Llamad a la guardia —ordenó el emperador—. Abandonemos estas dependencias ensombrecidas por la noche.

El emperador y su madre, acompañados por sus cortesanos, abandonaron bruscamente la villa. El saqueo comenzó apenas salieron al exterior. Los sirvientes y las mismas cortesanas, sabiendo que su señora había muerto, comenzaron a servirse libremente. Claudia permaneció en el pasillo, escuchando el sonido de los cristales rotos y de los incesantes gritos y exclamaciones. Fue a comprobar si los actores seguían aún allí, pero la informaron de que les habían asignado una escolta militar hasta la puerta. Volvió a su propia habitación, cerrando la puerta y echando el pestillo. En cuanto encendió las lámparas de aceite se percató de que alguien había estado allí también. En la pared en la que se apoyaba su cama habían garabateado las palabras *IN HOC SIGNO VINCES!* El asesino le enviaba una advertencia. Esta noche había sido el turno de Domatilla; mañana podía ser el suyo, o el de la emperatriz, o el de su hijo.

—No puedo quedarme aquí —murmuró Claudia.

Cogió la áspera capa militar que siempre usaba, envolvió con ella sus efectos

personales, cogió su bastón, trepó hasta la ventana y saltó con cuidado al suelo. Corrió a través del jardín, medio agachada, y se detuvo bajo un árbol, temerosa de los guardias y de sus feroces perros. Sin embargo, todas las órdenes se habían desmoronado. Los vigilantes, los musculosos matones que había contratado Domatilla, habían abandonado sus puestos y habían corrido hacia la villa, para servirse a gusto.

Claudia se mantuvo oculta unos instantes, poniendo en orden sus pensamientos. Dudaba que Domatilla hubiera ingerido el veneno antes del banquete. Se había mostrado bastante saludable y robusta, entonces, ¿cómo? Su bebida y comida no se habían contaminado. ¿Sería, quizá, una pieza de comida ofrecida por un invitado? ¿Habría dado un sorbo a la copa de otra persona? ¿O la habrían pinchado con una aguja infectada? ¿Habría abandonado la habitación para aliviarse? ¿O, como era costumbre, para vomitar? Claudia suspiró y sacudió la cabeza.

Había observado minuciosamente a actores e invitados, sin notar nada sospechoso. Recogió su bolsa y su bastón y se dirigió a toda prisa hacia la puerta. Acababa de salir, y se disponía a recorrer el callejón que la conduciría hasta la vía principal, cuando escuchó un sonido a su espalda. Paris surgió de entre las sombras.

—¿Qué ocurre, Claudia? ¿Qué ocurre?

—Domatilla ha muerto. Alguien, incluso, te ha culpado a ti y a tu compañía de comediantes.

Paris se acercó un poco más. Aún llevaba el rostro maquillado.

—¡Pues no hemos sido nosotros! No he dejado el escenario en ningún momento, ¿y por qué iban los otros chicos a envenenar a esa pobre fulana? —preguntó, apoyando el brazo en el hombro de Claudia—. De todas formas, no tienes nada que temer —añadió, haciendo un gesto con la cabeza.

Claudia se giró. Murano, que había permanecido oculto tras una hilera de laureles, se aproximaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—No sé —tartamudeó—. Solo venía para...

—¡No importa! —interrumpió un petulante Paris—. Las Burras nos espera. ¡Polibio nos debe una copa de vino!

## Capítulo 13

«Él, en persona, muestra lo que debo hacer:  
acertado es aprender hasta de un enemigo».

Ovidio, *Metamorfosis*, IV. 428

Claudia se levantó tarde a la mañana siguiente. Los sonidos y gritos que provenían de la taberna la arrancaron de un profundo sueño, aunque plagado de pesadillas. Se aseó y bajó hacia el jardín. Se sentó y observó cómo Popea preparaba un nido para los pájaros, sin parar de hablar de esto y lo otro. Claudia no sabía qué hacer. Polibio no daba abasto, ahora que Granio y Faustina habían desaparecido, y no paraba de correr, murmurando maldiciones e insultos. Sin embargo, se sentía feliz con el giro que habían tomado los acontecimientos. A Claudia se le hizo la boca agua ante las porciones de pollo ahumado que Popea le puso por delante. La cerveza tenía un ligero sabor rancio, y le levantó ligeramente el estómago, así que la echó a un lado con disimulo. ¿Debería presentarse en palacio, o esperar nuevas órdenes? ¿Y qué podría hacer ella? Domatilla estaba muerta. A Locusta la habían asesinado. Desde luego, podría acercarse a El Caballo de Troya, pero dudaba que descubriese algo interesante allí. A estas alturas, la taberna, al igual que la casa de Domatilla, estaría sufriendo el expolio de los sirvientes; sin olvidarse de la policía, que acudiría en masa, cual moscas al estiércol.

Claudia se recostó en el banco de madera y observó a un canario dorado, que cantaba desde su jaula de plata. El aire de la mañana era fresco. Pensó que podría quedarse todo el día sentada allí, relajándose, permitiendo que los miedos y temores le resbalasen. Seguía intrigada por el encuentro con Murano de la noche anterior. Él y Paris la habían acompañado hasta Las Burras, donde encontraron más fiesta y celebraciones. Polibio, desde luego, fue incapaz de mantener la boca cerrada. Dijo que había encontrado la plata, pero todos sabían, o al menos sospechaban, que los responsables habían sido Granio y Faustina. Claudia se enjugó los labios. ¿Qué estaría haciendo Murano, oculto entre las sombras? ¿Estaría preocupado de veras? ¿O sería el responsable de la muerte de Domatilla y había visitado la villa para comprobar los efectos de su obra? Desde luego, Paris tenía una vista muy aguda. Una vez descubierto Murano, sería difícil que el gladiador se esfumase.

—¿Piensas quedarte aquí todo el día? —Polibio la sacó del limbo de sus pensamientos.

—¿Por qué? ¿Hay algo que deba hacer? —preguntó.

—Puedes ir a la alfarería. Necesito algunas copas, y unas cuantas jarras. Océano te acompañará para cargarlas hasta aquí.

Claudia se incorporó y se enfundó las sandalias. Océano aguardaba en la puerta principal, con sus enormes manazas colgando a cada lado. Se internaron en las concurridas calles, que contrastaban drásticamente con la quietud del jardín. El clima se había endulzado, y la multitud había salido en masa a la calle, para comprar o, simplemente, para tomar el aire: hojalateros con sus mulas cargadas hasta los topes; adivinos y videntes, que preparaban sus pequeños y rudimentarios puestos. Un grupo de mercenarios, procedentes de la guarnición de la ciudad, y vestidos con sus resplandecientes y primitivas armaduras, pasó junto a ellos, lanzando miradas a las chicas y buscando pelea.

Mientras cruzaban una pequeña plaza, Claudia podía escuchar a Océano, que farfullaba algo inaudible acerca de los juegos. Llegaron finalmente a la alfarería y Claudia hizo sus compras, firmando en la pizarra de cera en nombre de su tío. El alfarero, de mirada tenaz y rostro cetrino, visitaría la taberna antes de acabar el día, para reclamar su dinero y sellar la compra con una copa de vino gratis. Pasados algunos minutos, comenzaron su paseo de vuelta. Océano llevaba en alto la bandeja de madera cuando una litera pasó junto a ellos. Una mano se deslizó desde el interior y se posó en su hombro. Claudia se detuvo tan en seco que Océano tropezó con ella. Se disponía a resistirse cuando vio el anillo de amatista y reconoció la mano derecha de Anastasio. Se volvió hacia su compañero. Océano la miraba, uniendo las pobladas cejas.

—Vete a casa, Océano. Di a Polibio que tengo que ocuparme de unos asuntos.

La mano volvió al interior de la litera, que reinició la marcha, llevada por seis esclavos vestidos con los colores imperiales y túnicas blancas, con una raya púrpura en la mitad de la espalda. Tras ellos caminaban dos soldados. Claudia conocía bien el procedimiento. Debía seguir disimuladamente a la litera, hasta que se detuviese, y solo entonces, Anastasio se reuniría con ella. Aquello le pareció interminable. Cruzaron la zona de los mercados, donde parecía haberse concentrado el mundo entero. A la sombra de una columnata, los comerciantes ofrecían a voces sus servicios: zapateros y comerciantes de telas, mercaderes de vasijas de bronce y pequeños complementos, vendedores de carne adobada, chicos que ofrecían pan y dátiles, mujeres que portaban grandes cestos repletos de frutas y verduras, escribas que ofrecían sus servicios a los visitantes de la campiña, o que escribían cartas dirigidas al hijo de alguien, aislado en una guarnición el ejército. Un ensordecedor murmullo de voces, mezclado con los ásperos gritos de pordioseros, chapuceros, encantadores de serpientes y vendedores de pájaros. Varios ancianos, apoyados sobres sus cayados, observaban a la multitud. Una joven, que tiraba de una carretilla repleta de coles, miraba a los hombres con tal lascivia que Claudia se preguntaba si se vendía a sí misma, en lugar de las verduras.

Finalmente, el palanquín de Anastasio bajó por un callejón hacia el jardín de una taberna. Salió de la litera y Claudia le siguió hacia el interior. Se trataba de un establecimiento mayor y más elegante que Las Burras. Las pinturas de las paredes y

suelos sugerían un mundo de un sensual colorido: Baco luchaba contra Mercurio; Venus pescaba en un río; dos jóvenes sátiros bailaban con un cachorro, con unos enormes racimos de uvas que colgaban de sus rechonchos dedos. El tabernero salió a recibirlos.

Había reconocido a Anastasio, que simplemente chasqueó los dedos, y el hombre le condujo por un pasillo hacia una dependencia privada.

Claudia le siguió. Anastasio la miró con ojos pesados. Aguardó a que el tabernero trajese dos copas de vino aguado y unos cuencos de barro repletos de frutas. El secretario del emperador cerró la puerta y, por medio de señales, indicó a Claudia que tomara asiento en el taburete que había situado frente al suyo. Permaneció unos instantes estudiándola con mirada triste. Claudia comenzó a inquietarse. La mirada era inquisitiva, como si Anastasio la viera por primera vez. Claudia se preguntaba qué podía haber ocurrido. Sintió un ligero escalofrío. ¡Comprendía esa mirada! Elena y su consejo habían pasado la mayor parte de la noche discutiendo posibilidades. ¿Sospecharían ahora de ella? Recordó las palabras de Domatilla, junto a la primera regla que todo espía debe aprender: «No confíes en nadie». En los viejos tiempos, antes de que Constantino se hiciese con el poder, había trabajado con espías que tenían un pie en cada zona: hombres y mujeres que trataban de servir a más de un señor a la vez. Trató de mantener la compostura ante el severo escrutinio de Anastasio. Después de todo, ¿cómo podía culparle? Ella estaba en el salón cuando murió Domatilla. Había servido el vino.

Claudia decidió romper el silencio.

—¿Confías en mí? —dijo, acompañando sus palabras con rápidos signos.

No hubo respuesta.

—Si no confías en mí —repitió Claudia—, deberías despedirme.

—Jamás se te despedirá —señaló con las manos—. *Usque ad mortem*: ¡hasta la muerte!

—Debes confiar en mí —afirmó Claudia—. No debes hacer lo que quiere el asesino.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Anastasio.

—Que arremetamos unos contra otros, que se cree tal desconfianza que no tengamos capacidad de actuación: como ocurre en estos momentos —declaró con vehemencia.

Anastasio suspiró. Esta vez movió los labios al responder, enfatizando sus palabras con signos.

—Confiamos en ti. Pero la emperatriz se encuentra totalmente perdida. Hemos solicitado el consejo del sacerdote Silvestre —Anastasio hizo una pausa, y esbozó una leve sonrisa.

Claudia volvió a preguntarse si conocería su relación con un emisario tan poderoso.

—La emperatriz —continuó, usando ahora ambas manos para comunicarse con

Claudia— le ha contado todo. Eso es lo que piensa Silvestre —hizo una pausa, abriendo bien los ojos—. Silvestre piensa que el Sicario es un alma podrida por la furia y la ira. Está librando su propia guerra privada contra la emperatriz.

Claudia asintió la cabeza. Estaba de acuerdo con tal afirmación.

—Además, se trata de alguien muy diestro —continuó Anastasio—. Todos esos asesinatos... —se encogió de hombros—. Podría recibir una fuerte recompensa de los enemigos del emperador, pero él lo hace porque disfruta con ello.

—¿Por qué dices «él»? —preguntó Claudia—. Podría tratarse de una mujer.

Anastasio sacudió la cabeza.

—El sacerdote Silvestre puntualizó que ninguna mujer se acercó a Domatilla ayer, y en eso estamos de acuerdo.

—Pero le pueden haber suministrado el veneno mucho antes.

Anastasio sacudió la cabeza.

—Por eso quería verte. Han examinado minuciosamente el cadáver de Domatilla. La emperadora ha accedido graciosamente a asistir a su sepelio. El veneno procede de una planta, es una rara poción importada de Siria. Causa la muerte en un corto periodo de tiempo.

—¿Así que deben habérselo administrado durante la fiesta?

Anastasio asintió con la cabeza.

—Hay una cosa más —se inclinó acercándose al taburete—. Silvestre ha sabido de boca de sus obispos del este que Licinio está acumulando tropas a lo largo de sus fronteras. Es como si nuestro emperador de Oriente supiese que algo importante está a punto de suceder.

Anastasio vació su copa y se puso en pie. Apoyó una mano en el hombro de Claudia e hizo unos signos en el aire con la otra.

—Debemos acorrallar al Sicario y atraparle: ese, Claudia, es el deseo del emperador.

Se retiró de la habitación. Claudia esperó a que desapareciera y salió. Procuró no salirse de las vías principales, deteniéndose de vez en cuando para mirar por encima del hombro, hasta estar convencida de que nadie la seguía. Llegó hasta el callejón que conducía a Las Burras y se tropezó con una figura que salía de una tienda. Paris se llevó un dedo a los labios y le hizo señas para que se acercara.

—¡Claudia, el hombre con el cáliz púrpura!

—¿Qué pasa con él? —demandó Claudia.

—Creo que puedo ayudarte. Esta noche vamos a representar una obra de Esquilo. Hay rumores de que incluso nos pueden citar en palacio. Estarás allí, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó Claudia—. ¿Qué tiene eso que ver con el hombre que estoy buscando?

—Quizá él esté allí también. Claudia —Paris le ofreció una mano—, acepta ser mi invitada esta noche. O incluso, ¿por qué no representas un pequeño papel esta noche? Así podrás observar a la audiencia.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Claudia con curiosidad.

—Yo no. Uno de mi compañía reconoció a un soldado anoche.

—¿Un miembro de la guardia imperial?

—Un oficial. Llevaba una muñequera, pero se le deslizó —sonrió—. Ya conoces la buena vista que tenemos los actores. Le pareció extraño: se trata de un signo utilizado por los adoradores del culto de Mitra, aunque la emperatriz suele rodearse de cristianos.

Claudia notó que la excitación le provocaba un pellizco en el estómago.

—No puedo quedarme ahora, Claudia. Reúnete conmigo alrededor de una hora después de la primera representación del teatro, cerca de la tumba de Quintiliano, en la Vía Apia. ¿Sabes dónde está?

Claudia recordó el gran sarcófago de mármol con una cabeza grotesca en cada esquina. Era un lugar tranquilo y apartado en el cementerio, donde solían acudir los enamorados.

—Almorzaremos juntos —ofreció Paris, observando la mirada confusa de Claudia—. Escucha, si lo prefieres, trae también a Océano o a Murano, no me importa, o a alguna amiga —los dedos de Paris jugueteaban con la llave que colgaba de su cuello—. Yo traeré a Maco.

—¿A quién?

—Al actor que lo descubrió. Está asustado.

—¿Por qué?

—Cuando nuestros actores se mezclaron con la audiencia, este oficial se acercó a Domatilla. ¡Mira! —Paris extendió las manos—. Macus está en el teatro. Como yo, está asustado. Solo hablará cuando esté bien apartado de los demás.

Se giró y entró de nuevo en la tienda, volviendo a salir con un hombre enclenque y de reducida estatura.

—Este es Calixto, es un buen cocinero, y tiene un oído muy fino. ¿He estado aquí con Maco?

El dependiente asintió con la cabeza.

—¡Vamos, cuéntaselo a la señorita!

—Se fue muy asustado, gritándole a Paris que solo hablaría cuando estuviese en un lugar apartado de la ciudad.

Claudia asintió.

—Estaré allí.

—¡Bien! —Paris sonrió y despidió a Calixto—. Yo traeré la comida, tú ocúpate del vino —el actor se disponía a volverse cuando se llevó la mano a los labios—. Ah, e iremos directamente al teatro desde allí —dijo, esbozando una sonrisa—, así que ponte esa preciosa túnica azul, te sienta muy bien.

Y se marchó.

—¡Allí estaré! —gritó Claudia—. ¡Pero dame un poco de más tiempo!

Paris levantó la mano, en señal afirmativa. Claudia regresó a Las Burras. A

Océano se le había caído la bandeja de copas y jarras, y permanecía enfurruñado en una esquina. Polibio, con las manos alzadas, gritaba algo mirando al techo. Claudia se deslizó tras su tío y fue directamente a su habitación. Estaba decidida a encontrarse con Paris y comenzó a prepararse. Se aseó y se aplicó algo de pintura en el rostro, sacó las nuevas sandalias y la túnica que le había dado Domatilla y las puso junto a la cama. La túnica estaba ligeramente manchada, y recordó lo que le había dicho Paris. Abrió el arcón y sacó su túnica azul. Popea la había lavado y reparado. Claudia estaba a punto de enfundársela cuando, de repente, sintió un escalofrío, una desagradable sensación en el estómago. Caminó hasta la puerta, echó el pestillo y se tumbó en la cama, tapándose con la capa.

Debió permanecer allí durante, al menos, dos horas, ignorando los sonidos de la taberna, mientras una miríada de pensamientos e imágenes pasaban por su mente. Su miedo se vio reemplazado por la ira, por una fría determinación. Era una espía, una informadora, haría lo que fuese necesario. Se apresuró a vestirse, cogió una pequeña bolsa de cuero y metió en ella una daga. Cogió su bastón y bajó las escaleras hacia el comedor. Polibio estaba a punto de regañarla, pero una rápida mirada al rostro endurecido de su sobrina hizo que cambiase de opinión.

—Tío, necesito dos vasijas pequeñas de vino, del mejor que tengas. Por favor, no preguntes por qué. Estaré fuera un buen rato, pero hazme un favor —señaló el reloj de agua que había en la esquina opuesta—. Espera media hora y... ¿podrías reunirte conmigo en la tumba de Quintiliano, en la Vía Apia? —cogió la mano de su tío—. ¡Por favor! ¿Como recompensa por haber encontrado el oro de Ario? Ah, y llévate a Océano contigo.

Su tío fue enseguida a la bodega y trajo dos frascos. Estaba a punto de preguntar algo a Claudia, pero su sobrina cogió el vino y salió casi corriendo por la puerta. Iba tarde, pero se detuvo en una botica para comprar lo que necesitaba. Después, correteando como la ratoncita que Elena decía que era, se internó en los callejones que conducían al exterior de la ciudad y hacia la Vía Apia. Ahora no se encontró con tanta gente: la mayoría de los comerciantes se encontraba en la ciudad, y aún transcurrirían varias horas antes de que terminasen de hacer negocios. Abandonó la calle principal, internándose en la Ciudad de los Muertos.

Había caminado alrededor de un kilómetro cuando alcanzó los cipreses que daban sombra a la tumba de Quintiliano. Se detuvo, hizo sus preparativos y siguió adelante.

Paris la aguardaba. Ya había extendido una sábana, sobre la que había depositado un canasto y unos paquetes de comida. Se puso en pie cuando llegó Claudia, la tomó de la mano y la besó en ambas mejillas. Actuaba de manera tímida, casi avergonzado.

—¿Has traído el vino?

Claudia asintió y le entregó la pequeña vasija de vino blanco.

—Y he traído las copas —dijo—. Son de hojalata, pero servirán.

Paris llenó una y se la entregó. Claudia se la llevó a los labios y simuló que bebía.

—¿Dónde está Maco?

—Viene de camino, estará aquí en breve —Claudia sonrió—. ¡Y también Océano!

—Bueno, entonces esperaremos. ¿Has tenido algún problema para llegar aquí? —preguntó Paris—. Siento haberte dado tan poco tiempo.

Claudia estudió su rostro afeminado: su suave piel de color aceituna, hinchados carrillos, ojos lustrosos y pelo negro rizado, con pequeños tirabuzones que caían sobre sus mejillas.

—¿Por qué no comes? —dijo.

—No... No tengo mucha hambre —replicó.

Los ojos de Paris adoptaron una mirada cautelosa.

—¿Algo va mal?

—No, no, ¿por qué lo preguntas?

Claudia desvió la mirada hacia las lápidas del cementerio; algunas eran de mármol blanco y otras eran grises y estaban bastante deterioradas. El cielo se había ido cubriendo de nubes, aunque el sol asomaba de vez en cuando. Vaya un sitio tranquilo que había elegido Paris: la localización ideal para cometer un asesinato.

—¿De dónde eres? —preguntó Claudia.

—Verás, soy originario de Capua, aunque he viajado mucho.

—¿Y tus padres?

Fue entonces cuando la joven notó el cambio: una suave caída del ojo, una ligera rigidez de los labios.

—Murieron cuando era muy joven.

—¿Cómo murieron?

Su mirada se tornó aún más recelosa.

—Tenían una pequeña granja, no era gran cosa, con un suelo muy pobre y unas pocas vides. Eran tiempos revueltos. Yo me había ido al campo, a jugar. Estaba solo. La brisa fue la primera en traer la noticia: aquel olor terrible a quemado. Era un día muy bonito, Claudia. El cielo estaba muy azul, y enseguida distinguí la columna de humo negro que lo cruzaba como un sucio arañazo. Era muy joven, pero me di cuenta enseguida de que algo iba mal. Volví corriendo a través del campo. Se trataba de una granja solitaria. Los soldados, unos amotinados, habían matado ya a mi padre. El edificio estaba en llamas, y violaron a mi madre antes de cortarle el cuello. Lo presencié todo, oculto tras unos matorrales.

Paris acercó su copa y Claudia la rellenó.

—Me quedé allí, escondido. El resto es bastante simple. Mientras mendigaba alimentos, una compañía itinerante de comediantes pasó junto a mí y —se encogió de hombros—, desde entonces, soy lo que soy.

—¿Mataste a los hombres? —preguntó Claudia.

—¿Qué quieres decir?

—A los soldados que mataron a tu padre y violaron a tu madre. ¿Averiguaste a qué unidad pertenecían? ¿O el oficial que estaba al mando? ¿Les seguiste y los

mataste?

Paris se sentó sobre sus talones y la miró fijamente, con gesto de estupefacción.

—¿Cómo lo has sabido?

—Simplemente, pensé que lo habrías hecho.

Claudia abrió el frasco de vino tinto y rellenó su copa. Paris cogió un muslo de pollo y comenzó a devorarlo. La joven observó que bebía el vino con mucha rapidez. Ella tenía tiempo suficiente, no había prisa.

—¿Y te gusta el color azul? —continuó, pellizcándose la túnica—. Me pediste que llevara puesto esto.

—Sí, sí, lo hice.

—¿Y cuándo fue la última vez que me viste con esta túnica? —Paris bajó la copa—. Vamos, Claudia, no seas tan suspicaz. Cuando registramos Las Burras —sonrió—. Por supuesto, yo elegí registrar tu habitación. Miré en el arcón en el que guardas tus ropas.

—No es cierto, no estaba allí —respondió Claudia—. Se la había dado a Popea para que la lavase. Se la había llevado al lavadero para quitar las manchas —se inclinó hacia delante y rellenó su copa.

—Claudia, ¿qué me quieres decir?

—He llevado esta túnica dos veces, Paris. Hoy y, curiosamente, cuando vine aquí a reunirme con el sacerdote Silvestre, en las catacumbas. Lo recuerdas bien, ¿no es cierto?

Paris comenzó a actuar nerviosamente. Volvió a beber, y Claudia supo que el peligro había pasado. Había bebido mucho. Pasaría otra media hora antes de que el veneno actuase, aunque sus párpados comenzaban a pesarle. Sacudió la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

—Eres Paris, el actor, pero también eres el Sicario, el asesino profesional. Representas ambos papeles a la vez.

Puedes imitar a un hombre o a una mujer, joven o anciano, a un mendigo o a un rico adinerado, a un diletante o a un juicioso erudito. Albergas tantas almas en tu interior que dudo incluso que sepas cuál de ellas es la auténtica. Te gusta matar, causar la muerte violenta. Disfrutas con ello —continuó Claudia—, con el poder que te transmite. Era tu trabajo, una tarea que llevar a cabo. Solo los dioses saben como contactó contigo Majencio —Claudia se movió sobre la hierba: el suelo estaba duro y lleno de guijarros—. Te ves a ti mismo como una especie de ángel vengador. No matarías por cualquier persona. Te gusta la protección de la ley, o al menos, de aquellos que la ejercitan.

Paris no dejaba de manosear la copa, mirándola fijamente.

—¿Mataste a uno de los oponentes de Majencio para aprovecharte de ello? ¿Se lo contaste al emperador y le dijiste que, en caso de que hubiera otros trabajos que hacer, podría contratar tus servicios a través de esa arpía de Locusta?

—¡Locusta! —exclamó Paris.

—Sí, la tabernera, la bruja malvada que regentaba El Caballo de Troya. Solías desplazarte hasta allí para recibir tu comisión y tu pago. Probablemente, la tendrías totalmente aterrorizada. Una vida interesante, la tuya. Debes ser un hombre extremadamente rico, Paris, con tanto oro y plata escondidos en algún lugar. Pero, desde luego, todo tiene su final. Tu fama crecía mientras las fortunas de Majencio menguaban. Constantino y Elena llegaron triunfalmente desde Milán. Supieron de tu existencia o, al menos, lo supo la emperatriz. Uno de sus espías se introdujo en la ciudad con un nuevo encargo: Majencio va a morir irremediabilmente en batalla, y cuando eso ocurra, la emperatriz Elena no quiere que persista oposición alguna a su querido hijo en toda Roma.

—¡Pero a Severio lo mató una mujer! ¡Todos lo saben!

—Vamos, Paris, con un poco de seda, una peluca, algo de maquillaje y zapatos de damisela, podrías pasar fácilmente por una bella cortesana. Severio murió, y tú debes haberte sentido como un gallo sobre un montón de estiércol. Un empleado se va y otro ocupa su lugar.

Paris comenzó a frotarse el estómago.

—Pero Elena te utilizó, y después, Elena quiso despacharte. Te convocó a una reunión en la villa de Domatilla, pero nuestro Paris es astuto como un zorro. Por medio de alguna argucia que desconozco, conseguiste persuadir a alguien para que ocupara tu lugar, pagándole mucho oro y plata, asegurándole que no tenía nada que temer. ¿De quién se trataba, Paris? Alguien a quien sedujiste, que hubiera hecho cualquier cosa para conseguir tus favores. Eres un experto de la mascarada: ¿le dijiste a Iolo y a Calixto, e incluso a Maco, lo que debían decir? ¡Harían cualquier cosa por Paris! Como esos matones que nos siguieron aquella tarde; todo eran pequeñas pantomimas organizadas por Paris.

—¿Hablabas de Elena?

—Ah, sí, tus sospechas resultaron ser fundadas. El supuesto Sicario murió a manos de Burrus, y su cadáver terminó flotando en las aguas del Tíber.

Claudia se inclinó hacia delante. Unas diminutas gotas de sudor comenzaron a poblar la frente de Paris.

—¿Me dejarás concluir mi historia?

Claudia introdujo la mano en su bolsa de cuero y sacó un pequeño cuchillo.

—Puedo correr, y sé defenderme, Paris.

—Entonces, termina tu historia, Claudia. Es una divertida actuación teatral.

—No, no, Paris, no fue nada divertido para ti, tan lleno como estás de arrogancia e ira. ¿Cómo podía nadie atreverse a amenazar al gran Paris, el Sicario?, ¿el hombre que decide quién debe vivir o morir? ¿Una emperatriz advenediza? ¿La hija de un tabernero? Elena y Domatilla debían recibir una lección. Elena, por haber conspirado contra ti; y Domatilla, por ser cómplice de Elena.

—¡Pero yo amaba a esta fulana estúpida y mofletuda!

—Tienes el rostro de Adonis, Paris, y el gélido corazón de hierro. A nuestro noble

emperador le gusta la carne suave y perfumada, así que comenzaron los asesinatos. Las chicas de Domatilla eran presa fácil. Podías transformarte en un hombre rico y poderoso, en un amante, hombre o mujer, engañarlas para encontraros en algún escondite secreto, y después, matarlas.

Paris bostezó.

—La única que sigue intrigándome —continuó Claudia— es Sabina, asesinada en las dependencias del palacio imperial. Sabemos que entró una mujer: se trataba de ti. Pero ¿cómo conseguiste burlar a los guardias?

Paris sonrió lánguidamente.

Apuesto a que tuviste la insolencia de marcharte por el mismo sitio que entraste; aunque, esta vez, sin que nadie se percatase.

De nuevo asomó la sonrisa.

—Sabina, desde luego, te dejaría pasar. Pensaría que eras alguien enviado por el emperador, o por Domatilla; su asesinato debió de ser rápido y fácil. Después, por supuesto, estaba la pobre Fortunata. La reconociste desde el principio, como has hecho conmigo, como una espía. Comiste y bebiste vino con ella. Fue tan insensata como para acudir a El Caballo de Troya. Sin embargo, de camino a casa, observó algo increíble. Dudo mucho que fueras a ver a Locusta tal como eres: te caracterizarías como un anciano. Otras veces, serías un mendigo, o un siervo. A veces, incluso, serías una joven perfumada y envuelta en sedas. Aquella noche en particular, Fortunata te vio sobre una litera. Y descubrió tu disfraz.

—No existe ley alguna, querida —intervino Paris— que prohíba que me vista de mujer y que me lleven por la ciudad sobre una litera.

—Claro, y estoy segura de que Fortunata opinaba lo mismo, pero aquello la hizo pensar. Después de todo, te vio en un lugar donde, quizá, no suelen encontrarse ese tipo de mujeres. Apuesto a que se preguntó si te dirigías a El Caballo de Troya, o si venías de él. Desde luego, puede haber ciertos chismes y habladurías que hayan llegado a oídos de Fortunata, o quizá algún sentimiento instintivo de que algo iba mal. Así que, la pobre Fortunata debía morir. Tú, arrogante como siempre, querías dar una lección a la emperatriz, demostrarle que nadie podía estar por encima de ti. Le cortaste el cuello a esa pobre desgraciada y, disfrazado de carnicero, o de carretillero, conseguiste introducir su cuerpo en el matadero de palacio. Dejaste el cuerpo colgado del gancho, como advertencia, como hace el granjero a las ratas, y volviste a ocuparte de tus asesinatos. Como el depredador que devora poco a poco a su pieza, hasta llegar al corazón, te fuiste acercando cada vez más al palacio.

Paris sacudió la cabeza y puso las manos sobre la hierba, tratando de conservar el equilibrio.

—Podría matarte ahora —tartamudeó.

—Mi querido Paris —dijo burlonamente Claudia—, no vas a matar a nadie. Te he suministrado dos pociones: la del vino blanco hará que te sientas algo cansado y somnoliento.

—¿Y la del rojo?

—Estarás a salvo, mientras no hagas movimientos bruscos o violentos.

—¡Eres una perra astuta!

—No, Paris, soy una perra asustada. Me dijiste que trajese aquí a alguien conmigo, pero sabías que no lo haría —Claudia se encogió de hombros—. Y, si lo hubiera hecho, él o ella habría muerto también.

—Te has arriesgado mucho. Podría haberte matado nada más verte.

—No, no, Paris, no creo que lo hubieras hecho. Para ti, matar es como una buena comida para un buen *gourmet*. Te gusta saborearlo, prepararlo. Sospeché que sería una tarde estupenda, comiendo y bebiendo. Insultarías a Maco por su tardanza, pero me prometerías que iríamos a buscarle. Mientras tanto, me entretendrías con alguna canción o poema, y entonces, cuando pensara que ya era tiempo de marcharme... —Claudia tiró a un lado su copa—. Habrías disfrutado mucho dejándome algún tiempo, para que observase lo superior a mí que eres, para aceptar que me habías engañado, para reconocer que eres mucho mejor que yo, más rápido, más astuto. Eres un cazador, Paris. Cazas personas. Me habrías matado, y habrías hecho conmigo lo mismo que con Fortunata: colgarme de algún garfio, quizá con una maldición cosida a mi túnica, o con una advertencia de que te estabas aproximando a la emperatriz. Pasarían días antes de que descubriesen mi ausencia. ¿Y cuándo habrías atacado a Elena? ¿Esta noche? Eres un bastardo astuto y cruel, y tienes el corazón frío como el hielo. La emperatriz y su hijo, o ambos, posiblemente, habrían sido tus últimas víctimas.

—¿Por qué dices eso?

—Por eso mataste a Locusta. Es momento de despedidas. Tuvieras éxito o no, Roma comenzaba a aburrirte. Locusta debía ser silenciada antes de que sigudieses con tus viajes. ¿Hacia dónde? ¿Nicodemia? ¿Para recoger tu recompensa de manos de Licinio?

—¿Y Domatilla? —Paris estaba decidido a mantener la compostura, a mostrar que no estaba asustado.

Claudia se preguntó si Paris creía de veras que había sido envenenado. El consumado actor, tan alejado del mundo real, quizá pensara que todo esto era un sueño.

—Domatilla fue una víctima fácil. Probablemente, conseguiste que te invitara y, una vez empezado el festín, mientras se suponía que se preparaban para la actuación, te deslizaste por el pasillo hacia la habitación de Domatilla, con un pellejo de vino relleno de sangre. Las puertas cerradas no son un problema para ti, ¿no es cierto, Paris? Probablemente, llevas todo tipo de herramientas para acceder a esta o aquella puerta. Por eso fuiste tan certero con nuestro crimen en Las Burras. Supongo —añadió en tono burlón— que si posees la mente de un criminal, te resulta más fácil descubrir a aquellos que son como tú.

—¿Eres tú una criminal, Claudia?

—Hay un pequeño toque de ti en mí.

—Si me saliera con la mía —dijo despectivamente—, habría algo más que un pequeño toque.

—¿Por qué no? —replicó—. Robo, asesinato, violación. Tu propia guerra particular contra el mundo, ¿no, Paris? Representando ese horrible drama que presenciaste cuando niño.

Por primera vez desde que se encontraron, Paris perdió los nervios. Su boca lanzó un gruñido y se dispuso a abalanzarse sobre ella, pero Claudia esgrimió su daga.

—Te lo prometo —susurró—, mi historia no durará mucho.

—Hablábamos de Domatilla, ¿no es cierto?

Paris volvió a sentarse sobre la hierba, cruzando las piernas. Estás muriendo, pensó Claudia, te he matado, y ni siquiera sospechas de mí.

—También debería hablar de Polibio, mi tío: trajiste algunos valiosos pergaminos a Las Burras, como hiciste con otros taberneros, para avivar el fuego de las habladurías en Roma.

—¡Olvídate de eso! —dijo Paris, haciendo un gesto de dolor—. ¡Domatilla!

—De acuerdo, Domatilla. Tus actores y sus máscaras.

## Capítulo 14

«¿Quién guardará a los guardias?».

Juvenal, *Sátiras*, VI

Claudia hizo una pausa, se giró y miró por encima del hombro. Creyó haber escuchado un sonido, y se preguntó si Paris no había venido solo. Pero, por supuesto, sí lo había hecho. Miró a su víctima. Debía apresurarse, porque las pociones comenzaban a hacer su efecto: su piel aceitunada se había vuelto ligeramente gris, unas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas.

—Domatilla fue fácil de matar. Con todos esos actores enmascarados. ¿Convenciste a uno de tu compañía para intercambiaros las máscaras? Y, cuando los actores comenzaron a desfilarse entre los invitados, te sentaste junto a Domatilla. Estaba empapada de vino y de regocijo, sin temer peligro alguno. Le ofreciste algún dulce alterado, o una uva, o cualquier fruta. Se la comió y te retiraste apresuradamente de su lado. Tú y tus actores ibais y veníais al escenario, o detrás de este. Se intercambiaron las máscaras. Nadie podía decir, en realidad, quién era quién, o dónde iba cada cual. Al final, Domatilla empezó a agonizar, como tú estás haciendo ahora mismo.

—¿Qué? —Paris se llevó la mano al estómago y se inclinó hacia delante.

—Las pociones que te he suministrado comenzarán a hacer efecto en breve. Son muy parecidas a las que tomó Domatilla. Es mejor así, Paris. Constantino te habría crucificado sobre la arena. Así también se hace justicia a Domatilla, Faustina, Sabina y el resto, ¡además de a mí!

Paris se contrajo ante el dolor de su estómago.

—Me seguiste hasta aquí, ¿no es cierto? —continuó Claudia—, cuando vine a reunirme con el sacerdote Silvestre. Escapé y crucé ese bastón en la puerta. Cuando volví a verte levantaste los tobillos, como para mostrarme que no tenías contusiones y quedar así libre de sospecha. Sin embargo, durante esa mañana, te disfrazaste de soldado, tal como hiciste cuando le hiciste aquella advertencia a Domatilla. Más tarde, me seguiste hasta la ciudad, y cometiste la imprudencia de devolverme mi bastón.

Paris suspiró profundamente.

—Nunca pensé que esto terminaría así —dijo.

—Llevabas botas aquella mañana, ¿no es cierto? —continuó Claudia—. Unas robustas botas de combate, que protegen los tobillos. Debió resultarte fácil seguirme llevando aquella túnica. Fue el único de tus errores que me hizo pensar. En cuanto al ataque bajo el Coliseo, aquello fue muy cruel. Lo sabías todo de mí. Pagaste a un

granujilla para que me guiase hasta los sótanos en un momento en que las bestias estaban desatendidas —Claudia hizo una pausa.

Paris daba ahora inspiraciones profundas, como para controlar su vértigo. Claudia se sentía fría ante la presencia de este despiadado asesino. Tres veces había tratado de arrebatarse la vida, y si no hubiese sido por la túnica, quizá sería ella la que estaría bebiendo la poción, o estaría a punto de ser acuchillada o golpeada.

—Podías haberme permitido suplicar por mi vida —Paris se recostó hacia atrás, sujetándose el estómago—. Tú y yo, Claudia, podríamos habernos ayudado el uno al otro. El hombre con el cáliz púrpura en la muñeca. Le habría encontrado por ti.

—No lo creo, Paris. No compartes nada con nadie. Me habrías asesinado, atacado a la princesa y abandonado Roma. Milán, o cualquier otra ciudad, se familiarizaría con el Sicario. Toda una vida consagrada al asesinato y a amasar una gran fortuna.

Claudia se puso en pie. Recogió las ánforas de vino, los vació sobre la tela y se retiró.

Paris la llamó, pero le ignoró. Claudia se sentó en una tumba y leyó la inscripción: una dedicatoria a algún caballero. Observó los grabados, los diestros trazos que representaban a un soldado a caballo, lanzando una lanza a algún bárbaro. Solo se volvió una vez. Paris yacía sobre la tela, como si hubiese tratado de arrastrarse hacia ella. El sol comenzaba a caldear el aire. Claudia miró hacia el cielo. Cuando esto acabase, le recordaría varias cosas a la emperatriz. Se preguntó si conseguiría alguna vez atrapar al hombre que mató a su hermano y la violó cruelmente. Escuchó un sonido parecido al aullido de un animal herido, pero se mantuvo fría. No había nada que ya pudiera hacer.

Pasados unos instantes, se levantó y regresó. Paris yacía tumbado en el centro de la tela, con los ojos sin vida mirando hacia el cielo, y la boca abierta. La piel de su rostro se había vuelto de un tono moteado, una veta de vómito asomaba por una esquina de su boca. Se arrodilló junto a él y presionó la mano contra su cuello; seguidamente, cogió su bolsa de cuero. Derramó su contenido sobre la hierba: pequeños frascos de pintura, dos o tres pelucas, una calva falsa, dos capas, un puñal y algo de cuerda; posibles disfraces, pero nada incriminatorio. Se apoyó sobre los talones. Faltaba algo. Paris jamás se lo habría contado, pero ¿cómo se las habría arreglado para introducirse en las dependencias imperiales? Y ¿por qué contrataría Domatilla a su compañía de actores?

Claudia recogió la peluca y olisqueó el perfume. Paris había sido un consumado actor, un imitador casi perfecto, capaz de deslizarse donde quisiera sin ser advertido. Había proclamado en voz alta que no le gustaba la visión de la sangre, pero había estado todo el tiempo en el Coliseo. Había provocado deliberadamente la ira de Majencio cuando sintió que el emperador estaba a punto de caer. Claudia observó el cadáver.

—Solo simulaste abandonar Roma —murmuró con suavidad—, representando tu papel favorito de conejillo asustadizo. En realidad, entrabas y salías de Roma cuando

querías.

Chasqueó la lengua. Paris debía tener un protector. Alguien que le ayudara. Procedió a examinar el cuerpo. Encontró una bolsa llena de monedas, y la deslizó dentro de su propia bolsa. Palpó sus ropas y sonrió. ¡La llave que Paris llevaba siempre alrededor del cuello! Durante la agonía de la muerte, había intentado arrancársela, o quizá, esconderla. La cadena estaba rota; Claudia introdujo la mano bajo la túnica de Paris y sacó la llave. Era de un delicado bronce, pequeña y gruesa.

—No es de una puerta —murmuró Claudia—. Es demasiado pequeña: Paris querría mantener constantemente vigilado aquello que deseara esconder.

Introdujo la llave en su bolso, cogió los frascos de vino y los estampó contra unas piedras. Introdujo las copas de hojalata en una grieta de una tumba en ruinas. Tiró la comida y, tras envolver el cuerpo en una manta, lo escondió bajo la sombra de unos árboles. Cogió sus cosas y se encaminó hacia la senda que conducía a la Vía Apia. Había avanzado apenas unos metros cuando escuchó su nombre: Polibio, seguido por Murano, se dirigía hacia ella.

—Claudia, ¿qué ocurre? —dijo, cogiéndola por los hombros—. Estás muy pálida. ¿Con quién has estado? He traído a Murano; Océano es un completo desastre.

—¿Conoces la tumba de Quintiliano? —replicó Claudia, tratando de no cruzar la mirada con Murano. Se sentía culpable por sus antiguas sospechas.

—Sí, sí, claro. Está junto a un grupo de árboles.

—¡Id allí! —dijo Claudia. Cogió la mano de su tío y le miró a los ojos—. ¡Paris está muerto! —confesó—. ¡Me tendió una trampa, pero le he matado!

—¿Qué dices? —Murano apartó a un lado a su tío, y se inclinó hacia ella—, ¿Has matado a Paris?

—Trató de asesinarme. Es el Sicario.

—Pero Claudia, ¡es un actor muy popular!

—Ya no lo es —dijo Claudia con una medio sonrisa—. No toquéis la comida ni el vino, están envenenados —sacó de su bolsa lo que había comprado en la botica, y lo depositó en su mano—. Deshazte de esto —suplicó—, pero ten cuidado. Debo ir a la ciudad.

—Iré contigo —se ofreció Murano.

—No, no vendrás —advirtió Claudia—. Este asunto no ha concluido todavía. Cuanto menos sepáis, mejor.

Ambos hombres se disponían a protestar, pero Claudia se retiró con rapidez. El tío Polibio la llamó; Claudia se limitó a levantar la mano, y aligeró la marcha. Al alcanzar el teatro Zosinas, un portero trató de detenerla en la puerta.

—Soy amiga de Paris —mintió—. Él me envía —dijo, mostrándole la llave—. Quiere que recoja algo para él.

—¿Te ha enviado con eso? —exclamó el portero—. Entonces, debes de ser amiga de Paris. Siempre la lleva alrededor del cuello y nunca se la da a nadie.

Le abrió paso y entró en el teatro. Un sirviente la condujo hasta el camerino de

Paris, una pequeña habitación situada detrás del escenario. No había mucho en su interior: un catre, una mesa y varios taburetes.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó el sirviente.

—No —replicó Claudia—, ya sabes cómo es Paris.

—Desde luego —replicó—. Debes de ser alguien muy especial para él. Jamás permite que entremos aquí.

Una vez cerrada la puerta, Claudia comenzó su búsqueda. Las estanterías contenían algunas piezas de cerámica y varios rollos de pergamino grasientos, listas de artículos que había comprado el actor. Encontró unas cestas repletas de interesantes disfraces: ropas de mujer y sandalias, cascos militares, grebas, botas, la falda de combate de un legionario, pelucas de diferentes tipos. Botes de pintura, parches para el ojo, perfumes de mujer y maquillaje. Aunque la habitación era pequeña, Paris se las había arreglado para guardar muchas cosas. Sobre una esquina había una lanza y un escudo de legionario, y una espada envainada, colgada de un cinto. Más interesante aún, varios salvoconductos sellados por este o aquel oficial de la policía.

—Tenías paso franco por toda la ciudad —murmuró Claudia.

Paris habría flirteado con hombre o mujer para conseguir salirse con la suya. Sin embargo, no encontró lo que andaba buscando. Miró debajo de la cama: más disfraces y baratijas, pero nada extraordinario. Se sentó en un taburete y miró al techo. Parecía bastante sólido. Dio unos suaves golpes en todas las paredes, se subió en el taburete y presionó con la mano sobre la capa de yeso del techo. Saltó del taburete y sonrió ante el sonido a hueco que escuchó bajo sus pies. El suelo era de madera pulida, pero esta zona había cedido. Se puso de rodillas y observó; las planchas estaban unidas con clavos de madera. Echó a un lado la cama y continuó con la exploración.

En ese momento, se percató de que había un trozo de cuero incrustado en una esquina. Daba la impresión de que estaba clavado, pero se despegó con bastante suavidad, dejando a la vista una trampilla. La abrió y palpó con la mano en el interior. Encontró más artículos. Acarició con los dedos la tapa metálica de un cofre. Lo sacó de su escondite y lo depositó sobre el suelo, a su lado. Introdujo la pequeña llave en la cerradura. La llave giró con facilidad, y el cofre se abrió, esparciendo su contenido por el suelo. En una primera exploración, encontró lo que esperaba, un trozo de pergamino con el sello imperial, que daba autoridad a Paris para moverse por donde deseara. En otras piezas de pergamino, secas y amustiadas, aparecía el sello de Majencio y el de algunos de sus oficiales. Claudia desenrolló un pergamino rodeado por una cinta escarlata. Contenía tres documentos en total, dos firmados por Severio dos semanas antes de la batalla en el Puente Milviano. El tercer documento era más interesante. Claudia sintió un escalofrío ante la lista de nombres: Fortunata, Domatilla, el suyo propio, y otros más, incluyendo el del gladiador Murano. Cada entrada de la lista era, según se aseguraba en el documento, un espía empleado por

Elena o su hijo.

—No es de extrañar que supieras tanto —susurró Claudia.

Cogió los manuscritos y los introdujo en su bolsa, devolvió a su sitio el cofre y ordenó la habitación, hasta dejarla presentable. Al salir del teatro, se dirigió directamente a Las Burras. Ignoró la oleada de preguntas y se fue directa a su habitación. Permanecía junto a la ventana, mirando el jardín, cuando Murano llamó a la puerta y entró.

—No debías haber matado a Paris —dijo—. La divina Augusta le habría torturado durante días.

Claudia le miró por encima del hombro.

—¿Para qué, Murano? ¿Para que otra gente pudiera ser arrestada y crucificada? —se sentó en un taburete—. ¿Por qué no me lo dijiste? —dijo, extendiendo las manos—. Yo no guardo ningún secreto. Soy un espía imperial. Trabajo para los *Agentes in Rebus*.

—Yo no diría eso —replicó Murano.

—¿Por qué no? Si es necesario, volveré a decirlo. Es un mundo extraño este que habitamos, ¿no crees, Murano? Todos se vigilan y nadie confía en el prójimo. Vamos, siéntate en la cama. No puedo seguir mirándote si sigues de pie, me duele el cuello.

Murano obedeció.

—Entonces, Fortunata no era tu hermana, ¿me equivoco?

Murano sacudió la cabeza.

—Probablemente, trabajaríais juntos, ¿no es cierto?

—Se nos asignaron algunas tareas a los dos.

—¿Y sospechabas de Paris?

—No —suspiró—. Fortunata era arrogante. Apenas compartía información conmigo. Quería ganarse el favor de la emperatriz. Más tarde, sí, comencé a preguntarme si Paris estaría involucrado.

—Pero, claro, había sido exiliado por Majencio, y cuando murió Severio, se suponía que estaba en Capua.

Murano se encogió de hombros.

—Ya sabes, era como... una mariposa.

—No como tú, ¿verdad, Murano? —bromeó—. Yo vigilo a la gente, tú me vigilas a mí. La pobre Januaria cree que vienes aquí por ella, pero lo haces para protegerme, ¿río es cierto? ¿Eligieron especialmente a tu oponente en el Coliseo para darte a ti la victoria? Después, viniste en mi busca —Claudia esbozó una sonrisa—. Me alegro de que lo hicieras. Eso es lo que hacías en el exterior de la villa de Domatilla, ¿no es cierto?

Se puso en pie y le besó tiernamente en la ceja.

—No, eso no ha sido una invitación, es para darte las gracias. Paris también me aguardaba, pero no era para besarme, sino para darme muerte. Se percató de que estabas allí, así que representó el papel de amigo jovial. ¿Qué importaba aquello para

una mente fría como la suya? Siempre tenía el recurso de invitarme a un almuerzo en el campo, el día siguiente —se giró hacia la puerta y la abrió—. Ah, por cierto, transmite mis saludos a Anastasio. ¡Estoy convencida de que fue idea suya que fueras tú mi guardián!

Más tarde, ese mismo día, tuvo lugar una reunión especial en las dependencias imperiales. Constantino, equipado con la armadura de general, permanecía sentado en un taburete; su madre estaba sentada junto a él, cogiéndole de la mano. Bessus, Criso y Rufino estaban presentes también, al igual que Anastasio y Silvestre. Claudia ofreció una descripción sucinta de lo ocurrido, omitiendo ciertos detalles. Constantino la observaba detenidamente con sus ojos ligeramente hinchados. De vez en cuando, su duro gesto se rompía en una ligera sonrisa. Sin embargo, Elena estaba furiosa. Su constante taconeo en el suelo la delataba. Silvestre se mostraba divertido; Criso y Bessus, ligeramente celosos. Anastasio sonreía, como atribuyéndose los logros de Claudia.

—¡Entonces, está muerto! —dijo Elena cuando Claudia concluyó—. ¡Si de mí hubiese dependido, habría crucificado a ese bastardo en público, para que todos le vieran!

—No, mejor que no —dijo Constantino en tono conciliador—. Paris era un actor muy querido por el público.

Los actores vienen y van, y desaparecen. Paris ha desaparecido, y así permanecerá. Lo que me preocupa es la posibilidad de que tuviera un cómplice.

Claudia sacudió la cabeza.

—Si hay un cómplice, excelencia, entonces reside en Nicodemia.

—¡Ah, Licinio! —exclamó Constantino, alzando un dedo—. Uno de estos días le devolveré el favor. Si se puede comprar un asesino, se puede comprar también a otro —se separó de su madre y se inclinó hacia delante—. Lo has hecho muy bien, ratoncita. Mucho mejor de lo que pensé en un principio. ¿Bessus? —el bárbaro se giró—. Asegúrate de que se demuestre mi gratitud, por supuesto, en el momento apropiado —el emperador se puso en pie—. Bueno —suspiró—, el peligro ha pasado. Es una lástima que Domatilla haya muerto —sonrió—. ¡Sus pobres muchachas necesitarán mucho consuelo!

Seguido por Criso y Bessus, se inclinó ante su madre y se retiró de la habitación.

—¡El hijo típico! —protestó Elena—. El peligro ha pasado y, durante una temporada, no pensará más en ello. Pero volverá, Claudia, y me hará preguntas sobre las brechas y las sombras que hay en tu historia.

—¿Como cuáles, excelencia?

Anastasio dejó de sonreír y le dedicó una mirada de advertencia.

—Ratoncita, lo sabes muy bien. Sí, es cierto, tenemos a Paris disfrazado, haciendo esto y lo otro. Debió de sentirse como el dios Júpiter, asumiendo la personalidad que quisiera, ¡pero él no era un dios! Me gustaría saber cómo llegó a internarse tan profundamente en las dependencias imperiales para asesinar a Sabina.

Claudia sacudió la cabeza.

—Excelencia, no lo sé. Quizá sobornara a un guardia, o a un sirviente de palacio.

Elena se mordió un labio, mirándola con gesto de preocupación.

—Puede ser, es posible. ¿Pero un soborno? —negó con la cabeza—. Lo dudo. Llevaba un salvoconducto. Me gustaría saber quién se lo entregó. Sin embargo, lo has hecho muy bien, ratoncita. ¿No es cierto, Rufino?

El banquero sonrió. Había permanecido reclinado sobre una silla, mirando a Claudia con curiosidad, como si fuese incapaz de calcular su auténtico valor.

—¿Y Murano? —preguntó Claudia.

—Sí, querida, es uno de nosotros —Elena se inclinó y acarició el rostro de Claudia—. Debo cuidar de mi ratoncita. Hay demasiados gatos al acecho, ¿no es cierto? —la emperatriz se puso en pie—. Ya sabes lo que te aprecio, Claudia. Anastasio, alegrémonos de las noticias. ¡Un paseo por los jardines imperiales refrescará nuestra mente! Dominus Silvestre, ¿te unes a nosotros? ¿Y tú, Rufino?

El banquero se incorporó muy despacio.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Claudia con picardía.

—Puedes retirarte, ratoncita, por el momento. Vuelve a Las Burras. Di a tu querido tío que no tiene nada que temer de esos zoquetes vestidos de policías. El emperador no olvidará, ni yo tampoco.

Elena agitó el pelo de Claudia y se dirigió hacia la puerta.

—Rufino, ¿vas a venir? ¿O prefieres quedarte a seducir a mi jovencita? —Rufino soltó una carcajada—. Excelencia, quisiera recompensar personalmente a esta muchacha sorprendente.

La emperatriz se encogió de hombros y se marchó. Silvestre dedicó una mirada de advertencia a Claudia y la siguió. Claudia permaneció sentada, con gesto tímido. Rufino separó los labios para comenzar a hablar.

—Aquí no, señor —susurró Claudia—. ¿En otra zona de los jardines, quizá?

El banquero asintió. Caminaron por los pasillos. Escucharon la voz de Elena, que llamaba a gritos a los sirvientes, así que decidieron salir por otra puerta. Cruzaron un camino de guijarros hasta llegar a un espacioso banco de mármol, que asomaba hacia el jardín. Ante ellos, rodeado por un lecho de flores, se erguía una enorme fuente: dos mujeres sujetaban una pila, de la que brotaban chorros de agua de distintos colores. El sol comenzaba a menguar, y la brisa de la tarde se hacía cada vez más fría.

—Cuando comenzaste a hablar —murmuró Rufino— no supe muy bien qué debía hacer. ¿Atravesarme con una espada? ¿Ingerir veneno? ¿O correr a casa y abrirme las venas en un baño caliente? ¿Los tienes? ¿Cuánto me van a costar? ¿Qué quieres?

Claudia abrió la bolsa y le entregó los documentos que había extraído del cofre de Paris.

—Estos son los originales, y no quiero nada por ellos.

Rufino se quedó perplejo. La miró atónito y se mordió los labios.

—Vaya, cuando dije que eras sorprendente, era simple adulación. Ahora lo digo de veras. Todo el mundo quiere algo.

Rufino sacó una pequeña daga que guardaba bajo su toga y cortó la cinta del pergamino, procediendo posteriormente a cortar los documentos en pequeños pedazos. Los recogió con cuidado y se acercó a un pequeño brasero, en el que unas barras de incienso mezcladas con las brasas desprendían una suave fragancia. Rufino usó su toga para retirar la tapa del brasero y arrojó los trozos de pergamino. Colocó de nuevo la tapa y observó como aquellos fragmentos se convertían en cenizas. Seguidamente, regresó despacio al banco, inspeccionando minuciosamente el suelo para asegurarse de que no había quedado ningún pedazo sin arder. Se sentó junto a Claudia.

—Podría irme ahora —murmuró— y decir que nada de esto ha ocurrido jamás, pero te mereces algo más que eso. Soy un hombre asustado, Claudia. Soy un banquero que apoyó a Constantino. También soy un hombre que tiene una esposa, hijos, parientes. ¿No estuviste en Roma durante los últimos días de Majencio? Aquello fue una horrible pesadilla. No recuerdo ver la luz del sol; parecía que una noche eterna se había cernido sobre nosotros —suspiró—. Multitud de espías e informadores recorrían las calles. Majencio arremetía contra todos, Severio trataba de conseguir dinero para las tropas. Mi corazón estaba, y está, con Constantino, pero no me atreví a abandonar Roma. Si hubiese huido, otros habrían muerto. Se habrían apoderado de mi tesoro y se habría volatilizado. No, eso no es cierto del todo. Una pequeña parte de mí juega a ser banquero. Inviertes en una aventura, pero no cierras ninguna puerta. Severio vino a verme. El primer ministro de Majencio era un zorro traicionero. Quería conseguir de mí una notificación, un pagaré, una promesa de dinero para luchar contra el que denominaba usurpador Constantino. No tuve opción. Mi mujer estaba junto a mí, con el rostro desencajado, mis hijos se abrazaron a ella. Escribí la carta y la sellé. Garantiqué que apoyaría a Majencio, proporcionándole plata.

—¿Y lo hiciste?

—¡No, por supuesto que no! Pero...

—No lo entiendo —interrumpió Claudia—. Constantino habría entendido que esa carta estaba forzada. Seguro que no fuiste el primero en verte obligado a firmar semejante farsa.

Rufino volvió a mirar hacia el brasero, como para asegurarse de que todo se había destruido.

—Eso pensé yo. Cuando Constantino entrara en Roma, podría explicarlo todo. Se reiría, me daría un golpe en la espalda y me serviría una copa de vino. Desde luego, tomé mis propias precauciones. Cuando Majencio se marchó para luchar y Severio se fue a la villa de Domatilla, organicé a una banda para que destruyeran los informes imperiales. Recuperé mi carta y la quemé, junto con mi compromiso de financiación. Pensé que aquello acabaría con el problema —hinchó los carrillos—. Escuché que Severio había muerto a manos de una mujer. No volví a pensar en ello hasta que, una

noche, alguien puso en mi mano un trozo de pergamino. Nada importante, a excepción de hacer referencia al compromiso que contraje. Me dijeron que saliese a los jardines exteriores de mi villa, a una pequeña huerta cerca de la muralla. Debía ir solo, desarmado, portando únicamente una linterna.

—El Sicario —preguntó Claudia.

—Sí, el Sicario. Llevaba una máscara y una capucha, y me esperaba junto a unos árboles. Dijo tener en su poder una copia de mi carta y de mi pagaré. Me reí de él. Me disponía a llamar a los guardias cuando me mostró, a la luz de la linterna, el sello. Era de Severio. El ministro de Majencio tenía un alma ponzoñosa. En realidad, no había llegado a colaborar con él, pero había elaborado una carta dirigida a mí, firmada y sellada en nombre de Majencio, en la que me agradecía mi ayuda por los cientos, si no miles, de monedas de plata y oro que había depositado en sus arcas. ¿Comprendes ahora, Claudia, lo que eso significaba?

—Pero no habías entregado ese dinero, ¿no es cierto? —preguntó Claudia bruscamente—. ¿No podías haber mostrado los libros de contabilidad?

Rufino echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Claudia, Claudia, podía rellenar libros de cuentas que parecían exactos, pero que no eran más reales que las leyendas de los dioses. En los días previos a la batalla del Puente Milviano, movía monedas de plata y oro como si fueran piezas en un tablero de ajedrez.

—Así que, ¿aquello fue la venganza de Severio?

—Sí. Hablaba de mí en su carta como si fuera su cómplice. Es cierto, no habría sido una prueba concluyente de mi traición —dijo, riendo—. Pero ¿cuándo ha necesitado eso un emperador? Lo menos que podía esperar era la confiscación de mis bienes y el exilio. Constantino habría confiado en mí al principio, pero la duda roería su alma como un gusano un trozo de carne.

—¿Y el Sicario se había apoderado de esta carta?

—Aparentemente. Cuando mató a Severio, el asesino saqueó los pocos documentos que se había llevado el ministro. Encontró la carta y pensó que podría utilizarla en su beneficio. Me dio instrucciones muy precisas. Debía persuadir al emperador de que buscara la compañía de las chicas de Domatilla. También debía conseguirle un salvoconducto para las dependencias imperiales.

—¿Y qué más?

—Una lista de los espías del emperador. O eso, o la carta de Severio, llegaría a manos de Constantino. No tenía otra opción que aceptar. Nos volvimos a encontrar, y le entregué lo que me había pedido. Le exigí que aquello acabara con mis temores, pero el Sicario se rio de mí. Dijo que se tomaría su venganza, y después desaparecería. Le pregunté qué quería decir con eso, pero se burló de mí. Cuando comenzaron los asesinatos, sospeché lo que había ocurrido.

—¿Y la participación de Paris? —preguntó Claudia.

—El Sicario hizo una petición: cuando el emperador acudiese a la recepción de

Domatilla, debía asegurarme de que contratasen a la compañía de Zosinas. Desde luego, sospeché de Zosinas. Nunca pensé que se trataba de Paris —añadió, limpiándose el sudor de la frente—. Fue fácil de organizar. Me aseguré de que mi nombre no apareciese en ningún momento. Unas palabras con Bessus, una indirecta, una señal y, desde luego, el chambelán aceptaría. Después de todo, el principal actor de Zosinas, Paris, había sido proscrito por el difunto Majencio, así que la compañía contaba con el favor de Constantino —se giró para mirar a Claudia fijamente a los ojos—. No tuve otra opción —murmuró—. No podía hacer otra cosa. Después de haberme mostrado esa carta, después de que hubiese aceptado cooperar... —hizo una pausa—. Así que, ¿qué es lo que quieres, Claudia?

—Un hombre con un cáliz púrpura tatuado en la muñeca.

Claudia volvió la vista hacia el palacio. Silvestre permanecía en la puerta.

—Quiero a un hombre con un cáliz púrpura tatuado en la muñeca —repitió—. Quiero que muera, igual que él vio morir a mi hermano. Tienes una inmensa riqueza, ¿no es cierto, banquero? —Rufino asintió con la cabeza—. Pero ya se te ha pagado.

—¡Qué! —exclamó Claudia.

Rufino esbozó una sonrisa amarga.

—¿No te lo ha dicho la emperatriz? Sin duda, ese hombre es un soldado, un oficial. Muchos otros de su misma calaña fueron responsables de ataques sobre niñas de los suburbios, chicas del servicio.

Claudia contuvo su ira.

—No te preocupes —aseguró Rufino—. Probablemente, la emperatriz te lo contará todo, en su momento y lugar.

—¿Pero, hay más?

—Sí, Claudia, hay más. Los hombres pertenecen a una cohorte de la Sexta de Ilirios, estacionada en Dalmacia. Hemos recibido informes de muertes similares y violaciones sufridas allí por chicas nativas.

—Debo ir hasta allí —declaró Claudia.

Rufino extendió la mano.

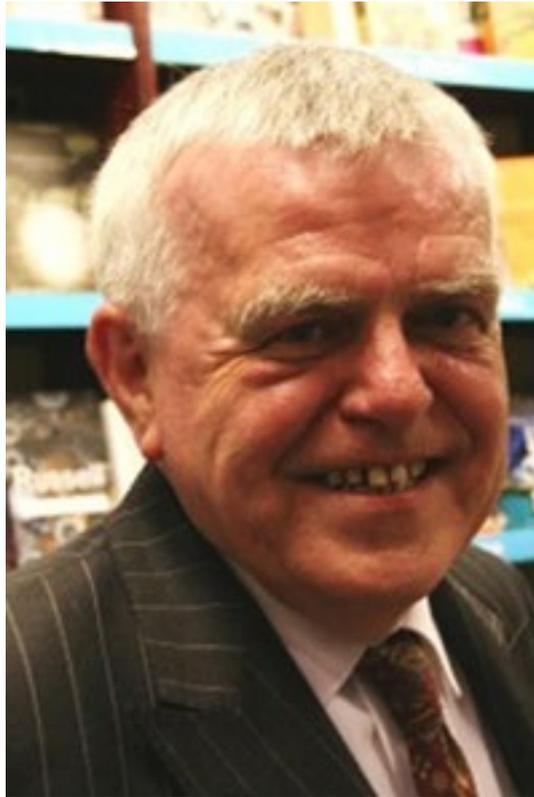
—¿Tenemos un acuerdo, Claudia? ¿Somos amigos y aliados? —Claudia tomó su mano—. Amigos y aliados.

—Removeré cielo y tierra —declaró Rufino, poniéndose en pie— para traer a esa cohorte de vuelta a Roma. Yo he recuperado mi vida; tú tendrás la cabeza de ese hombre —miró por encima del hombro y observó a Silvestre en la entrada—. Por cierto —dijo, girándose—, ¡recela de él!

Claudia le miró.

—Recuérdalo siempre —declaró Rufino—: en el gran orden de las cosas, ¿qué es más importante? ¿Una ratoncita, aunque una muy lista, o las almas de la emperatriz y su hijo?

**FIN**



PAUL C. DOHERRTY. (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.